

tan gran faena hizo en el año de 1887, y hermoso, grande y bien puesto el *Recorto*, de Gómez, que fué quemado en 1890.

Por eso repetimos que los ganaderos de la tierra, lejos de desmayar en la crianza de sus reses, deben dedicar su atención á observar cuáles son los medios que les den mejores resultados para ponerlos en práctica luego que de su bondad estén convencidos. Juzguen por la experiencia que

obtengan, si es más bravo un toro feo, largo y ligero, que uno fino, hondo y hermoso ó si, por el contrario, la sierra en que se crían, los prados en que pastan y las aguas que disfrutan excluyen en la zona de Castilla la hermosura de las reses, en cambio de fiereza mayor y más salvaje.

Claro es que llena más el ruedo un toro hermoso y de buen trapío, pero: ¿cómo es mejor: hermoso y manso ó feo y bravo?





880

XIV

ANTIQUEDAD DE LAS GANADERÍAS

T

RANSCURRIENDO los años poco á poco, van de tal modo introduciéndose alteraciones respecto de la antigüedad, mejor dicho, de la preferencia para presentarse en Plazas las ganaderías de reses bravas destinadas á la lidia, que verdaderamente originan confusiones y á veces contiendas difíciles de resolver por las autoridades, y aun por los mismos ganaderos, si á ello fuesen llamados.

Realmente, al aficionado á la fiesta nacional poco puede importarle que en la arena le presenten en primero ó en segundo lugar á los toros de ganadería menos ó más antigua, que lo que al público interesa es que sean bravos, de edad y buen trapío: pero los ganaderos tienen en eso sus pretensiones, justas en verdad, por más que no siempre puedan sostenerlas con buen éxito.



Es natural que siendo conocida de antiguo una vacada, que sonando su nombre siempre en los oídos de los empresarios y de los aficionados y aun de los toreros acudan al dueño en demanda de reses quienes las necesiten, mejor que al ganadero nuevo, cuyos toros se han probado pocas veces, y que, por lo mismo, en lenguaje taurino, se dice no están acreditados. Sin embargo, ¡en qué error están los ganaderos que creen vale más una vacada antigua, por sólo el hecho de serlo, que una moderna!

Muy antigua, de las más antiguas que se han corrido en la plaza de toros de Madrid, fué la de D. José Gijón, que llenaba los carteles hace más de cien años. Después de conservar su gran nombre por mucho tiempo, vino á parar á manos del marqués de Gaviria la parte principal de la vacada, y aquel nombre se acrecentó con justicia por los años 1820 al 40, y los toros eran pedidos y solicitados con empeño. ¿Y qué sucedía diez años más tarde? Que nadie los quería, que eran preferidas ganaderías desconocidas ó poco menos por ser de moderna fecha su formación: y eso que aquel trapío fino, aquella pinta colorada encendida que siempre distinguió á los gijones no los habían perdido, pero sí *sangre* y bravura, y por eso la vacada se extinguió y dejó de figurar en los anales del toreo contemporáneo.

Otro tanto aconteció con los célebres toros manchegos, de Muñoz y Pereiro, que se distinguían por la campanilla ó mamella que en la papada ostentaban, por su ojo de perdiz, por sus finísimos remos y afiladas armas. Pasaron los años de su apogeo, que fué anterior y aun simultáneo al de los Gavirias, y si bien la ganadería no se extinguió, bajó tanto su fama que el descenso se hizo notabilísimo. Mucho más antigua que las citadas es la de Valdés, del pueblo del Portillo, en Valladolid, de donde proceden las de Mazpule, Arroyo y Gutiérrez Salamanca y tal vez alguna más. Nunca llegó esta ganadería á figurar entre las de primer nombre ni por sus hechos ni por su precio; pero había en sus dueños cierto orgullo, cierta vanidad, como la del que en su linaje ostenta viejos pergaminos, en colocarse en primer término, si no por la fama de bravos por la de antiguos, y citaban que tenían privilegio de romper plaza en las funciones reales, y que en toda ocasión se anunciarían sus toros en primer término del cartel. En ambas afirmaciones padecían error. No era privilegio que tuvieran *para romper plaza* en funciones reales, porque esa preferencia la hubieran tenido

cualesquiera otros toros de *Castilla* comprados con ese fin: es que en tales funciones hay la costumbre de que, á ser posible, salgan al ruedo en primer lugar un toro de Castilla, en segundo uno de Aragón y si no de Navarra, detrás uno de Castilla la Nueva y luego otro de Andalucía, que son de España los reinos antiguos en que hay reses bravas—porque sabido es que en los antiguos reinos de León, Galicia y otros no se crían toros de lidia—de modo que igual derecho que la de Valdés, si derecho se llama la práctica de una costumbre, tienen las demás ganaderías de Castilla, como la de Bello, Sánchez Tabernero, etc., y que hace ya muchos años no pueden ponerse á la cabeza en los carteles, sábelo bien la afición, que la ha visto colocada diferentes veces detrás de otras modernas, ya por cambio de divisa blanca en encarnada que hizo D. Pablo Valdés, ya porque los sucesores de éste cedieron el puesto sin protesta alguna.

Para evitar ir á la zaga, D. Justo Hernández, hombre muy práctico en esta clase de asuntos, que había adquirido una vacada nueva fundada con gran éxito en 1840 y tantos por D. Manuel de la Torre y Rauri, vecino de Madrid, compró la antigua de D. Fernando Freire, de Sevilla, las mezcló, usó para todas la divisa de esta última y de ese modo dió á sus toros una antigüedad que, siendo de Torre y Rauri, no tenían, anteponiéndolos á otras muchas ganaderías de Madrid y Andalucía: y como ni él ni sus herederos han consentido nunca perder su puesto, aunque les ha sido disputado, conservan «de verdad» el que les corresponde.

De las vacadas que se corren toros con más aceptación desde hace tres cuartos de siglo es una la del duque de Veragua, á la cual nadie se pone por delante, pues desde que la poseyó Vázquez, el Real Patrimonio; los duques de Osuna y Veragua y luego sólo esta última casa, ha continuado mejorando en toda su pureza á pesar de haber sufrido las alternativas propias de las vicisitudes del tiempo. Claro es que conservando tan afortunada ganadería á más de la primitiva divisa el sin igual trapío originario de tan hermosa casta, no ha pensado nadie en disputarla ninguna clase de supremacía, sostenida por mayor espacio de tiempo que el ordinario entre las demás conocidas.

De tan larga fecha traen historia en Andalucía toros que un tiempo dieron que hablar y causaron entusiasmo en el público: de tan remota época ó más lejana se recuerdan con asombro las hazañas

del ganado castellano y manchego: algunas ganaderías de esas subsisten aún más ó menos degeneradas, y, sin embargo, hombres entendidos que han recogido restos de vacadas casi deshechas y las han formado de nuevo no cambiarían el nombre de hoy por el antiguo. ¿Quién ha de pensar que los sucesores de D. Antonio Miura, el conde de Patilla y algún otro quieran apellidar sus toros con nombres antiguos y adornarlos con cintas viejas teniendo adquirida justa fama con nuevas divisas y nueva denominación? ¿No se comprende que han de tener más elevado precio las reses de sus nuevas ganaderías que si las dieran con el nombre de las que formaron base para reformarlas?

Dispútense enhorabuena esos primeros lugares en los carteles los criadores de toros de celebridad reconocida y fama acreditada y renuncien los de segundo y tercer orden á sus pergaminos y ejecutorias mientras no consigan á fuerza de inteligencia, cuidado y grandes dispendios elevar su nom-

bre al nivel, cuando menos, de los más enaltecidos. El puesto de preferencia no se da ni se impone al aficionado, se conquista con los aplausos de éste. Si un ganadero de los que hoy van al frente en la crianza de sus reses y en el crédito de la bravura de sus toros, por ser éstos más modernos en el escalafón general se negase á que los suyos se corriesen detrás de otros más antiguos pero más desacreditados, ¿á quién acudiría en ese caso la empresa de una plaza? ¿A comprar lo dudoso antiguo ó lo nuevo cierto? ¿Con quién cerraría el trato?

Eso no quita para que no habiendo oposición ó vendidos ya los toros de diferentes ganaderías á una empresa, ésta tenga el deber de presentarlos por orden de antigüedad si en una función dispone se lidien de dos ó más, que siempre resultará lo bueno como bueno sea moderno ó antiguo.

Al toro ha de juzgársele por sus hechos. Estos son los que dan fama.





XV

EN DEFENSA AJENA.—ORDEN DE GANADERÍAS



HAYEMOS clamado uno y otro día y con tenaz constancia contra el olvido de muchas prácticas taurinas, que, á pesar de recomendarse por sí solas, atendiendo á lo beneficiosas que son al arte, y más aún á los ganaderos, toreros y empresarios, son éstos los primeros en hacer de ellas, casi siempre, caso omiso. El descuido y el abandono son proverbiales en nuestro país, y las corridas de toros no habían de librarse, ciertamente, de que los más interesados en que subsistan, cada vez con mayor esplendor, sean los que se encojan de hombros, sin perjuicio de quejarse después de verse perjudicados. Ninguna defensa merecerían entonces tales indolentes, si el interés que por nuestra fiesta favorita debemos tener todos los que por ella abogamos, no nos obligara á anteponer á su inercia y apatía la diligencia y empeño

que en el menor detalle puedan favorecerla. A eso principalmente vino la prensa taurina, y á eso tienen los verdaderos aficionados, para quienes la fiesta nacional es motivo de agradable entretenimiento.

Hoy vamos á ocuparnos en llamar la atención de todos acerca del lamentable abandono en que se halla, por regla general, la colocación, mejor dicho, el orden en que deben aparecer en el ruedo, para ser lidiados, los toros de las distintas ganaderías que en España existen, cuando un empresario ha comprado los necesarios á diferentes criadores.

En pocas plazas se tiene el cuidado de observar cuál sea el preferente derecho: en otras, no hallando antecedentes que consultar resuelve por sí el empresario, y en muchas ni se toman el trabajo de pensar en ello: destinanlas en el sitio que mejor les parece ó el jefe de las cuadrillas ó el alcalde ó cualquier cacique del pueblo, y tanto da que vaya en primer lugar una res de Santisteban del Puerto como de Veragua ó Martínez. Los daños que con tal conducta pueden originarse son incalculables: en primer lugar porque puede quedar postergada su antigüedad y, por consiguiente, en el nombre, una ganadería distinguida, puesto que presentándose en segundo ó tercer término y consentido esto por el dueño aparecerá de entonces en adelante por debajo, así traiga su origen de los famosos Gijones, Vázquez, Vistahermosa ó Valdés. No hablamos sin fundamento, que no hace aun cuarenta años que en la plaza de Madrid se pusieron por un conocido empresario sus toros antes que otros mucho más antiguos y estos quedaron desde entonces ocupando en los carteles y en el orden de la lidia un lugar que no les correspondía.

Hay también en esa alternativa de orden perjuicio para los lidiadores. Somos partidarios del principio que de antiguo viene de que un espada debe matar cualquier toro que de los chiqueros salga bien sea grande, chico, cornalón ó sin astas, que una vez admitido en el apartado luego ya no cabe excusa; pero entiéndase perfectamente que hay gran diferencia entre la lidia de un toro de casta acreditada y la de un buey morucho; entre la de un cuatreño cornicorto y la de un toro de seis años, tal vez corrido antes. El egoísmo personal, aunque no sea más que por lucirse, exigirá para sí lo mejor y manejable, y puede darse el caso (vaya si puede darse y *se ha dado*) de que un primer espada, si le dejan, escoja lo que para sí quisieran los que con él alternan. Eso mismo es posible hacerlo también, sin que el torero lo sepa, al alcalde, empresario ó cacique que mangoneen el negocio, acarreando perjuicios á unos lidiadores con ventajas para otros, y sin que digamos

nosotros que la perfidia ó mala intención se mezcle para nada en ello.

Pero la misma casualidad, si un peligro aconteciese, ¿no sería pretexto para que alguien atribuyese á malicia lo que era hijo del acaso? Es indudable; hay que quitar la más ligera sombra de sospecha de que tal pudiera suceder; hay que venir al fin que guió á los ganaderos antiguos á adoptar en sus vacadas un hierro y una divisa que, además de servir para conocerlas, les garantizaba una antigüedad fija y determinada. Apostaríamos doble contra sencillo á que hay ahora algunos ganaderos—que así se llaman—que no tienen registrado el hierro ó marca de sus reses en las oficinas de Fomento de la provincia, como es su deber, para justificar la propiedad en todo caso, porque hay dueño de vacada que sin haber salido ésta de su poder ha mudado el hierro cuantas veces se le ha antojado por mero capricho.

Cuanto á la divisa, que es la que principalmente guía en las plazas para conocer la procedencia de los toros y ganadería á que pertenecen, también hay poca escrupulosidad para perpetuar en cuanto fuere posible el blasón de la casa. Suelen usar una ó varias, y algunas veces, porque la ganadería se ha dividido por cualquier causa entre dos ó más individuos, adoptar cada uno distintos colores, como si las reses fuesen de diferente origen, ó los hijos, al emanciparse, perdieran el apellido de sus padres. No pueden quejarse los ganaderos de que en las plazas los cambien las divisas si empiezan ellos por alterarlas; persona hay en algún pueblo que habiéndola encargado divisas blancas para unos toros que debían ser corridos en otro de la provincia las envió encarnadas y azules porque las blancas eran sosas y las otras más alegres, y el que tal hizo ¡poseía ganado de lidia!

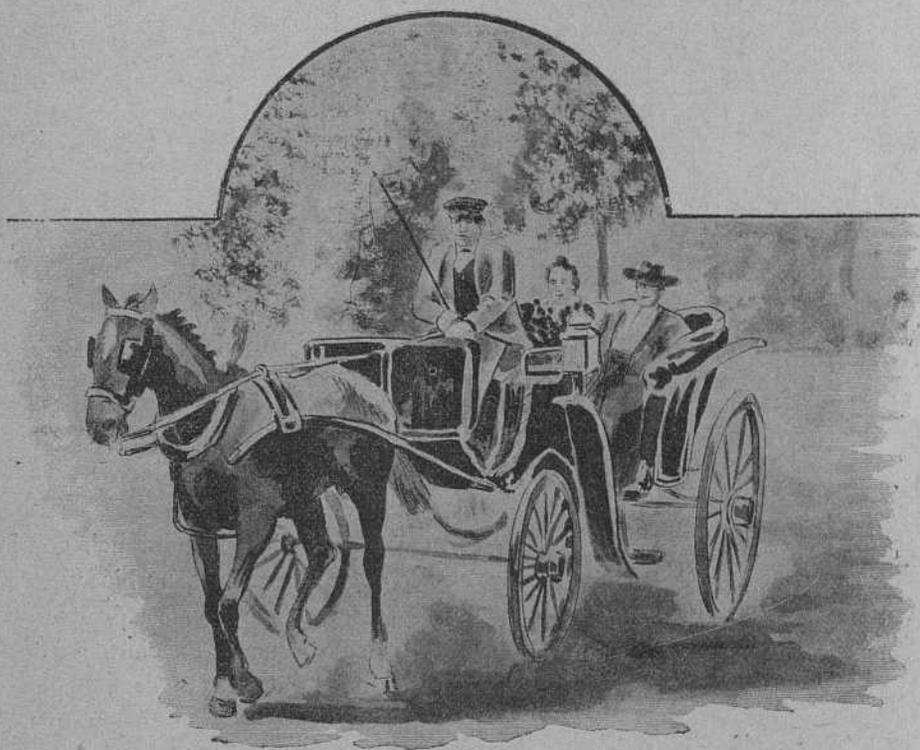
Para atajar esos males, que no van más que apuntados por no extendernos más en la materia, podría y debía reunirse en Madrid y Sevilla una junta de ganaderos, toreros y aficionados notables en que por sí, ó representados legítimamente, trataran de acreditar en forma legal la antigüedad de su vacada, hierro permanente y registrado, divisa constantemente usada y lugar de su estancia; que una vez oídos todos y cerciorados de sus respectivos derechos se formase una lista en que resultasen dichos extremos y los demás que se creyesen convenientes para depositarla en forma auténtica en los gobiernos de provincia y remitirla á los alcaldes de los pueblos en que haya plaza.

Muchos más puntos y más importantes podrían tratarse en dicha reunión, útiles todos al mejor resultado de las corridas de toros; dejamos de indicarlos porque estamos convencidos de que aquellos á quienes más beneficiosos habían de ser, más indolentes han de mostrarse.

La indiferencia es el constante alimento de los españoles, que no por eso prescindimos luego de

poner el grito en el cielo cuando los males no tienen remedio.

Si, á pesar de todo, los ganaderos creen más conveniente acreditar de nuevo con restos de otras las vacadas que por sí formen, renunciando antigüedades por créditos modernos, háganlo por sí, pero que nadie se entrometa en asuntos particulares vulnerando sus derechos.





XVI

DE LA PRELACIÓN DE GANADERÍAS Y MATADORES



CUANDO y mezclándose la ignorancia con la negligencia, y la envidia con la soberbia, vienen estos vicios hace tiempo siendo causa de que en las lidias de toros se prescindiera de ciertos detalles, que á los ojos de los que á todo se encogen de hombros, parecen poco importantes, y que, sin embargo, llevan en sí tal trascendencia, que, á la corta ó á la larga, resultan irreparables. El hermoso maridaje del decoro y de la formalidad, ha cedido su puesto al concubinato del abandono y la vanidad; y de tal modo se ha producido la confusión en todos los actos que forman parte del gran espectáculo, que éste ya se hubiera derrumbado si no tuviera tan fuerte y consistente solidez, como la que le han dado las costumbres y voluntad de un pueblo tan enérgico como el español, manifestadas constantemente en el espacio de muchos siglos.

Los ganaderos y lidiadores, en su afán de *hacer dinero* á todo trance, saltan y atropellan *por todo*

sin miramiento alguno; y tanto les da lastimar su buen nombre y el crédito de sus vacadas para lo futuro, como á los últimos quedarse de motilones en la puerta del convento de la torería, siempre que se les permita llevar en el hábito la distinción de frailes de la orden. Todo miseria y pequeñez de ideas. Justo es que aspiren á la legítima recompensa de sus afanes y sus trabajos, pero ¡por Dios! que lo procuren por los medios que no cedan en desprestigio suyo, ni de las buenas prácticas taurinas, reconocidas *siempre* por adecuadas y conformes á la justicia.

No hablamos por hablar, ni por llenar cuartillas; y para que se vea con cuanta razón nos quejamos, exponremos algunos indubitables hechos que darán fuerza á nuestras quejas, protestando ante todo de la sinceridad de nuestras intenciones y de la consideración que nos merecen personalmente los ganaderos y toreros cuyos nombres nos veamos obligados á citar. No quita lo cortés á lo valiente.

Hay dueños de vacada que en pocos años, por antojo inexplicable, cambian de hierro y de divisa, como pueden cambiar de traje. Ahí está, entre otros, alguno que no queremos nombrar y que así lo ha hecho, sin tener en cuenta la confusión que ha introducido para el exacto conocimiento de sus reses, ni la pérdida de antigüedad, ni nada.

Menos celo aún han demostrado por esa primacía las ganaderías de Colmenar Viejo, que teniendo fecha de origen de lidia en 1796 y 1797, han consentido que se corran sus toros detrás de los Muñozes, de los Barqueros, de los Freires y otros de creación posterior. Bañuelos, Martínez, Gómez y Aleas, no debieron consentir esa preterición que en Madrid se hizo con sus reses en 1856 y 57, y que por su condescendencia les hará ir después de aquellas.

Al menos Miura, que en 31 de Octubre de 1869, cedió en Madrid su puesto á Pérez de la Concha y á Laffitte, sin duda porque estas reses usaron sus antiguas divisas, en 1872 figuró por delante de Concha, pero, ¿á qué cansarnos en citar otros muchos, que sin salir de sus manos las vacadas

(porque al fin cuando se divide entre varios interesados, es disculpable el cambio de señales), han originado con su conducta tales desconciertos, que es ya difícil, si no imposible, conocer con exactitud los hierros, divisas y grado de prelación de las ganaderías?

Cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo, como dice el refrán, y los ganaderos son muy dueños de dejarse arrebatar los derechos que tanto les pesan, pero también los que en asuntos taurinos nos ocupamos, tenemos poder para protestar de una desidia que proporciona incalculables daños y confusiones que ya pondremos de manifiesto en otra ocasión.

No es corto tampoco el embrollo que han originado esos matadorcitos que acaban de salir del horno calentitos, con la eterna cuestión de si es válida en Madrid la alternativa tomada en cualquier punto de España ó el extranjero. Al diablo que entienda ya si ha de ser antes *Bombita* que *Quinito*, ni si el *Torerito* decidirá mañana dar con formalidad el grado á *Mazzantinito* y al *Ostioncito*, y éstos querrán, como cualquier otro *ito*, *Mancheguito* y *Conejito*, por ejemplo, ser antes que aquellos con quienes no se guardó la ritualidad de cesión de trastos que los cánones preceptúan. Olvidada teníamos ya esta cuestión, que en mal hora provocó el *Gallo* hace años; nos hemos ocupado en ella antes de ahora, y *no queremos* hablar más del asunto, aunque cada vez estemos más firmes en nuestra opinión: los grandes maestros, los hombres de valer, los que aceptaban motes que no eran tan diminutos, como los que ostentan esas turbas de *jovencitos*, respetaron todos la antigüedad que la plaza de Madrid les concedía; hoy no quieren los pigmeos de nuevo cuño observar aquella ley, ni dar preferencia á las plazas de Maestranza; casi, casi hacen bien; para gente tan pequeña, basta la plaza de Alifa de los Melones, que los circos de primer orden *les vienen muy anchos* y por eso procuran entrar en ellos por la puerta falsa.

Siga, pues, el lío en el cual van envueltos, que en el pecado llevan la penitencia.



XVII

¿QUÉ DEBEMOS PREFERIR?



ÁCILMENTE se comprende que para que una corrida pueda ser calificada como buena, es preciso que el ganado lidiado en ella haya sido bravo, duro, noble y de buenas condiciones, y los diestros no solo valientes y entendidos, si no trabajadores y afortunados.

Por desgracia no siempre sucede esto. Acontece que cuando los toreros se prestan á cumplir bien su cometido, no pueden verificarlo por las circunstancias que los toros presentan, ya por recelosos, huidos ó cobardes, ó ya por demostrar «sentido», ó ser tuertos ó burri ciegos; y, por el contrario, hay ocasiones en que las reses quieren pelea, demostrando bravura y nobleza, y los toreros viendo en aquéllas lo que no hay, se sienten influídos por un temor injustificado, dan á los toros lidia distinta á la que requieren y concluyen por desvirtuar el buen toreo, desconociendo sus principales reglas y preceptos.

Dado caso de que no puedan sumarse las dos favorables condiciones que al principio van expuestas para conseguir que una corrida sea, en justicia, calificada como buena ¿qué debemos preferir? ¿Toros buenos y sin

tacha con toreros poco expertos ó desidiosos, ó toreros de buena reputación y fama con ganado manso, cobarde y exento de buenas condiciones de lidia?

No es tan sencilla la contestación, aunque lo parezca. Porque de nada servirá que un toro acometa con bravura á un picador, si éste rehusa la suerte, yendo de un lado á otro para esquivarla, ó la toma atravesándose, pinchando en los brazuelos ó en los costillares y clavando la garrocha en el hoyo abierto de intento, con premeditación y alevosía; de nada servirá que el animal vaya con nobleza al segundo tercio de la lidia, si el banderillero, demasiado precavido y malicioso, hace que sus compañeros capoteen sin piedad ni descanso al animal, que si tiene codicia pierde fuerzas y aprende á cortar el terreno, dificultando la suerte: y finalmente de nada servirán las buenas condiciones de la res en la hora de su muerte, si los peones la marean con idas y venidas, saltos, brincos y recortes, antes ó al mismo tiempo que los espadas se acercan con precauciones, se apartan con temor y llegan con espanto, saliendo y entrando sin conciencia de lo que hacen. En esos casos, por bravo, noble y duro que sea un toro se convertirá en marrajo, de peor intención que un buey, desparamará la vista, porque á eso le han enseñado, y acometerá á golpe seguro, aumentando la desconfianza del matador—por no decir el miedo—que su ignorancia le ha creado.

Es, pues, muy difícil dar explícita contestación á la pregunta; que razones hay en pró y en contra para defender contrarias opiniones, y no hay en materia taurómaca persona, que por grande que sea su respetabilidad, adquirida en largos años de constante observación, ó de continuada y aplaudida práctica, pueda imponer su criterio como axioma incontrovertible. Si los grandes maestros del toreo resucitasen, y, sobre el punto que sirve de tema á nuestro artículo, dieran su opinión, fijamente sería rebatida y puesta en tela de juicio, y quién sabe si el número de disputadores, la cantidad ya que no la calidad, derrotaría á los diestros, á los viejos ganaderos y á los antiguos aficionados, á quienes debe suponerse más conocimientos en el asunto, que el que en pocos años puede adquirir un joven imberbe, aunque sea más listo que Cardona, como vulgarmente se dice. A los toreros se les calificaría de parciales: á los ganaderos se les concedería que entendían de reses bravas, pero no de su lidia, y á los antiguos aficionados, aunque de ellos hubiesen aprendido los nuevos lo

poco que saben, les negarían inteligencia y hasta capacidad. Lo trae consigo la índole del espectáculo.

Nosotros no tendríamos inconveniente en preferir los buenos toreros con los toros malos, si viésemos á aquéllos trabajar con inteligencia, arte y valor. Porque con ganado de sentido y cobarde es con el que pueden apreciarse, mejor que de ningún otro modo, aquellas relevantes condiciones, viendo dar al toro lo que pide y apoderarse de él, poniendo en práctica los recursos que aconseja el arte. Ya sabemos que la lidia de semejantes bichos se hace pesada y fastidiosa, cuando no se observa gran pericia en los diestros, y aun poniendo éstos mucho de su parte; mas de no ser completamente toros de desecho ó bueyes de carreta, todavía pueden prestarse á la ejecución perfecta de alguna suerte en la de varas y aun en la de matar. Costará trabajo, por ejemplo, hacer que acudan á los caballos, pero entonces el picador entendido sabrá obligarles, herirles y despedirles, según sus condiciones, con gran lucimiento: el banderillero, á quien no se presente ocasión de parear cuarteando, de frente ó al quiebro, podrá verificarlo al sesgo, con más exposición, pero también con más mérito: y el espada, venciendo mayor número de dificultades, puede hacer patentes sus buenas condiciones, extendiendo su fama de entendido y valiente. Todo esto puede realizarse, aun siendo los toros malos, blandos, cobardes ó de sentido, y los toreros inteligentes, valientes y pundonorosos.

Forzosamente ha de ocurrir lo contrario cuando dichos factores se hallen en sentido inverso, y nos atrevemos á decir que la función ha de resultar más alegre, más entretenida y con mayor número de peripecias, siendo los toros bravos, nobles, duros y de poder, contra toreros de poca inteligencia en el arte. No necesitamos esforzarnos para convencer á nuestros lectores de que en el caso que decimos los llamados diestros «andarán de cabeza», los caballos «pagarán el pato», si no le paga también algún descuidado, y el «gran público» saldrá entusiasmado, creyendo haber visto una corrida notable, aunque el arte no haya aparecido en toda la lidia; ¿qué importa que los picadores rajen, huyan, se atraviesen y pinchen en los brazuelos? Nada para el ignorante á quien se presenta por ello ocasión de gritar y apostrofar á placer. ¿Que los banderilleros vayan, vengan, se pasen y al fin claven en la atmósfera?... Mejor. Y todavía mejor si el matador corre parejas con la cuadrilla, porque entonces los silbidos forman un inmenso

coro, muy agradable para los *zulus* que suelen acompañar con naranjazos, botellazos y otras barbaridades.

De modo que una corrida en que el ganado sea flojo y las cuadrillas buenas, por componerlas acreditados diestros, podrá agradar á los inteligentes en el arte de torear: al paso que al público, en

general, ha de satisfacerle mucho más la fiesta en que haya toros de primera clase y gran cartel, así sean torpes é ignorantes los lidiadores.

Está dada contestación á la pregunta al principio formulada. Tal vez á las empresas convenga más seguir el rumbo que la muchedumbre marque, si atienden sus intereses: pero ¿y el arte?





XVIII

LOS PICADORES DEL DÍA



AMENSE así ó llámeseles como se quiera á los toreros de á caballo, á todos en varias ocasiones hemos dicho que no siempre las deficiencias que se advierten durante la lidia de toros y en el primer tercio de la misma son imputables solamente á ellos, sino que consideramos responsables de los abusos en primer término á los matadores que, por conveniencia propia, quieren que las reses lleguen á la muerte rendidas y destroncadas mejor que con facultades; pero ya dijimos que con los picadores habíamos de entendernos después y hoy les ha llegado su turno.

Mil veces hemos puesto de relieve la ineptitud de la mayoría de los actuales piqueros en determinadas funciones y muchas también hemos hecho mención de la imprescindible necesidad que hay de mejorar cuanto antes la manera de picar toros con vara de detener, si no se quiere que tan gallarda suerte desaparezca de nuestras plazas, y sea sustituida por la de rejonear, que si bien no conduce á igual fin que aquélla, porque lejos de mejorar las condiciones de los toros los resabia y hace temerosos é inciertos, evita al menos en gran parte el repugnante espectáculo de que

veamos una y otra vez la entrega de los caballos para ser despanzurrados y la inevitable caída del desdichado jinete que no confía en su habilidad sino en la Providencia y en el trapo de los peones la salvación de su cuerpo.

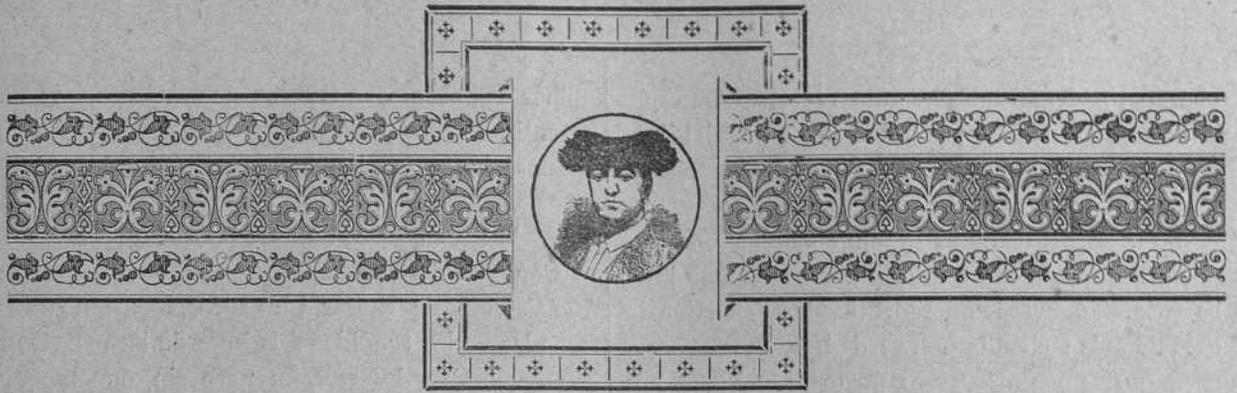
Parece mentira que tengan su vida en tan poco aprecio esos hombres que, sin noción alguna de lo que es el arte de torear, se lanzan á la palestra resueltos á concluir de una vez con su existencia. Hállanse por ahí vagando sin oficio ni beneficio, y en vez de ponerse á esportear cantos se hacen toreros, no por afición sino prefiriendo morir de una cornada á fallecer pobres en un hospital. Loable conducta sería si entrando con fe en el oficio procurasen adelantar en él observando lo bueno de algunos maestros para aprenderlo y apartándose del mal camino por otros emprendido; que de esa manera han llegado á distinguirse, entre los que hoy actúan, *Badila*, *Agujetas*, *Fuentes*, *Pegote* y otros pocos, y de ese modo lucieron los Calderones, *Chuchi* y *Onofre*, y, antes que éstos aquella brillante pléyade de excelentes picadores que contaba con los Puertos, *Pinto*, *Charpa*, *Coriano* y *Lorenzo Sánchez*. Pero si hoy de cada ciento sólo suelen ganar cinco y aun esos no de primera nota; si ahora ninguno tiene afán de conquistar aplausos; si no piensan más que en salir del paso con el menor trabajo posible; si no hay matador que despida de su cuadrilla al tumbón que raja los toros de ordinario, ni autoridad que castigue al remolón que rehuye las suertes, ni público que aprecie y distinga el trabajo del bueno y del malo, ¿qué ha de suceder? Nada más que lo que forzosamente es consecuencia de la ignorancia y de la malicia. Esquivar la suerte cuanto tiempo sea posible montando y desmontándose con frecuencia, rodeando la plaza en toda su extensión en vez de ir por el camino más corto en busca del toro y retrasando el momento de hallarse frente á frente con él para luego atravesarse, pinchar en los brazos y dejarse caer con estrépito esperando una hora menguada; y como un picador que tal hace consiente á los toros demasiado, y lejos de prestar ayuda á sus compañeros, llevando por mitad el peso de la corrida, los perjudica, todos se echan al surco, y el bueno concluye por ser mediano y el regular por ser rematadamente malo.

Así es que en estos tiempos vemos con escándalo que *todos* los picadores han aceptado la bochornosa costumbre, por ellos establecida, de turnar ¡seis hombres para una corrida de seis toros! cuando siempre bastaron dos, ó á lo más tres,

para picar seis ú ocho, y en lo antiguo para picar diez: es decir, que seis hombres clavan ahora, Dios sabe cómo, cuarenta puyazos, ó sea media docena por individuo en toda una tarde, y sudan y se cansan como si algo hicieran; y hace una veintena de años, sin acudir á tiempos antiguos, ningún picador ponía menos de veinte varas.

De ese desbarajuste, de esa aglomeración de piqueros entrando y saliendo y relevándose á cada toro, nace, naturalmente, una terrible confusión que, perjudicando á la fama y buen nombre de esos toreros, daña al arte más de lo que parece y á la afición de una manera declarada. A ellos, porque no tienen ocasión, los de buen deseo, de ejecutar lucidamente suerte alguna, habiendo de limitarse á entrar en ella pocas veces y con distintos toros; al arte, porque el que aspire á descollar entre sus compañeros se encuentra con que el que está á su lado, lejos de poderle enseñar, quiere y sabe menos que él; y á los aficionados, porque no pueden apreciar en tan escaso trabajo, interrumpido y no continuado, el mérito, la voluntad ni la fuerza de ningún picador.

El medio de recobrar lo perdido es volver á las prácticas reconocidas constantemente como buenas. ¡Cuánto no agradaría al público ver en toda una corrida de seis toros á los valientes *Badila* y *Agujetas* sólo, sin más que un *entra* y *sal*, mientras cambiasen caballos! ¡Qué satisfacción no produciría apreciar el trabajo de esos dos hombres, de *Pegote* y *Fuentes*, del *Chato* y del *Sastre* y de otros por el estilo! Entonces se despertaría en todos la emulación, hiriendo en cada uno su amor propio, y los buenos tendrían siempre contratas y los malos quedarían útiles para novilladas. Ganarían no poco las Empresas, porque lo mismo que en lo antiguo se miraba en los carteles quiénes eran los matadores anunciados, atendíase también —y por algunos en primer término— al nombre de los picadores, y más entradas dieron en la plaza de Madrid *Cristóbal Marchante*, *Francisco Sevilla*, *Sebastián Míguez* y *Cristóbal Ortiz* que los matadores *Parra*, *Carreto* y *Lucas Blanco*. Por ver picar con vara de detener íbamos entonces á los toros; hoy vamos á... presenciar el lastimoso espectáculo que ofrecen un hombre y un caballo rodando por los suelos, un toro despellejado por un rasgador pinchazo y un torero á pie salvando con un trapo de segura cogida á aquel infeliz, cuyo delito consiste en ser un ignorante: y esto sucede indefectiblemente casi todas las veces en que el toro acomete.



XIX

CONTRA LOS MALOS PICADORES



AS que el olvido de otras cuestiones importantes, lo que nos incita á emprender nueva campaña sobre el modo de picar que ponen hoy en práctica la mayor parte, por no decir todos, los que se dedican al difícil arte de torear á caballo, es la vergüenza que da el ver ejecutar malamente tan principal suerte, que fué en un principio base importante de la lidia de toros bravos.

La han reducido los modernos piqueros á llevar á segura muerte á cuatro malos jamelgos, en cambio de inevitable costalada por cada inseguro puyazo; y la suerte no es esa, que es precisamente lo contrario. Picar bien y con arreglo al arte, consiste en clavar la puya en la parte alta del morrillo del toro, ó muy poco más adelante, el mayor número de veces posible, salvando al caballo y evitando las caídas: para conseguirlo, debe procurar el picador entrar por derecho á la suerte; y despacio, si viene levantado, alargando más la garro-

cha, pero siempre esforzando el brazo para que la fiera salga por delante y á la izquierda del jinete, que ha de torcer en esa dirección el caballo para evitarle cornadas.

¿Se hace esto ahora? Dígalo cualquier espectador que en ello repare y juzgue con mediana inteligencia. Todavía los amigos de algún picador de esos de más fachenda que verdad, dirán en su defensa que, poco más, poco menos, igual es el número de caballos muertos en una corrida de ahora que en una de hace cincuenta años; pero no tienen presente que hoy ningún toro recibe más de diez varas, y entonces llevaban veinte, treinta y aun cuarenta; de modo, que aun siendo en número igual las víctimas, no es lo mismo que sucumban en cuarenta varas que en noventa ó ciento. Poca pericia, menos voluntad, puyas que, en vez de pinchar, rajan y asesinan; malicia al herir en sitios inconvenientes; de todo se puede tratar con gran fuerza de lógica y argumentos incontestables. Pero toda la fe que tuvimos en que los matadores de vergüenza y pundonor pondrían en práctica para ejecutar la sublime suerte de recibir toros, nos falta, tratándose de los picadores, porque aquellos son pocos en número (los distinguidos, se entiende) y los últimos son tantos, tantos, que alternando lo poco bueno que hay, con lo mucho malo que abunda, se confunde todo, se mezcla, y si bien viene, se aplaude más al piquero que pierde más caballos, que al que los reserva y defiende.

Y la culpa de que no haya, como en otros tiempos, buena baraja de picadores, la tienen los jefes de las cuadrillas.

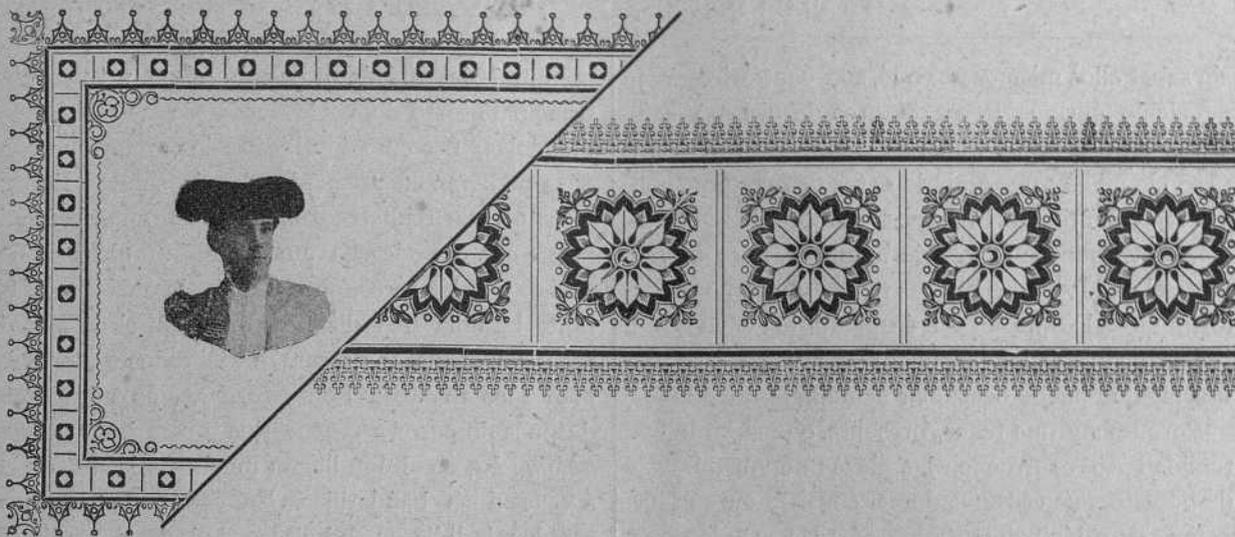
Estos admiten al lado de uno que tenga buena voluntad otro par de ellos, que por no acercarse á los toros, dejen á estos correr en todas direcciones á merced de los capotes de cuatro peones *destroncadores*, que rompan las patas á las reses: admiten también á esos que se dejan matar caballos, porque los toros, ya cansados á fuerza de capotazos, se rinden mucho más cabeceando para levantar acémilas en peso una y otra vez; y, por último, con las constantes caídas de los jinetes, aprovechan los matadores la ocasión de conquistar un aplauso, presentando á los toros el percal á brazos abiertos, como aspas de molino, para ter-

minar con el forzoso recorte, que siempre fué anatematizado por reglamentos y aficionados inteligentes, hasta que se ha entronizado de treinta años á esta parte, convirtiendo la seriedad de la lidia clásica en juego bufo de informal herradero.

Con esos destronques, con esos recortes y con ese sistema de cansar á los toros, consiguen los espadas verlos rendidos á la hora de la muerte, y sin facultades de ligereza; pero sin que tengan ahormada la cabeza, como se logra con la garrocha, y tienen que acudir al expediente de darles treinta ó cuarenta pases en vez de tres ó cuatro, ó al medio de trastearlos con esa invención de pases de barredera, en los que el toro nunca ve al diestro, y éste, encorvándose, forzosamente pierde terreno. Rendidos y aburridos así los animales, se entregan con facilidad, que es lo que se busca, y se consiguen ovaciones hasta con las estocadas á paso de banderillas, sobre todo, si los cuernos son cortos.

¿Para qué, pues, necesitan los matadores buenos picadores? El objeto de que los toros lleguen apurados á la muerte, le consiguen por los malos medios antes mencionados, y por lo tanto, impórtales poco que se ejecute bien ó mal la suerte de picar. Con tal conducta ocasionan un daño incalculable; primeramente al arte de torear, que ve desaparecer aquella brillante pléyade de excelentes picadores que causaron la admiración de los aficionados de otros tiempos; luego á los ganaderos de reses bravas, que tienen que darse por contentos con que sus toros entren seis ú ocho veces á las varas, cuando acudirían á más de veinte si no los maltratase la gente de capea, y si los dejasen salir libres, sin recogerlos de su viaje natural; y, finalmente, á la nobleza de la casta, que, por aquellos abusos, siempre prohibidos y hoy ensalzados, hace que resulten cobardes ó de sentido reses bravas á quienes se ha rendido, pero no se ha castigado.

No es esto decir que los picadores se hallen exentos de culpa, ni mucho menos; que de los cargos que se les hacen, difícilmente pueden eximirse; y de los que hemos de dirigirles en otro artículo, bueno es que estén preparados y apercebidos á la defensa, si es que pueden ejercitarla razonablemente.



XX

EL REJÓN Y LA GARROCHA

K

ASABAL, el elegante escritor que tan bien describe las costumbres españolas, oyó decir, como nosotros, en cierta ocasión á un entendido aficionado, que todo lo que se ha dicho y repetido hasta la saciedad, por cuantos de las corridas de toros se ocupan y á sus detalles prestan atención, respecto de la suerte de varas, tal y como en el día se practica por la mayoría de los picadores, repugna al espectador y le prepara á mirar con aversión tan hermosa fiesta, que en todo lo demás seduce y entusiasma aun á los muchos que, por no comprender las suertes, pueden tener menos criterio para apreciarlas en su justo valor.

Razón tenía el inteligente aficionado que departía con el insigne *Kasabal*: y no es lo peor que se haya dicho, si no que haya fundamento para afirmarlo, y no se vea por de pronto remedio para su mal.

Es ocioso repetir en distintos tonos y á todas horas las declamaciones que sobre el particular hacen los inteligentes imparciales, y las que, con sobra de intención, y para sacar de ellas partido, pronuncian sentenciosamente los que,



sin saber ellos mismos por qué, son contrarios al espectáculo taurino. Hartos estamos de oirlas, y sentimos en el alma no poderlas siempre contradecir; pero el mal hay que atajarle antes de que tome mayor incremento, y no merece el nombre de buen aficionado el que se encoja de hombros, mire indiferente el olvido de las buenas reglas del toreo, nada le importe lo que en su desprestigio vaya y no procure corregir los inconvenientes y aún las desgracias que puede ocasionar semejante abandono.

Porque hay que tener presente que si en la actualidad no ocurren en las plazas mayor número de desastres con los picadores, consiste en que los peones, y principalmente los espadas, acuden con demasiada bravura á los quites, sacrificando alguna vez y exponiendo siempre su vida por salvar la de aquellos que, lejos de evitar los peligros picando bien y conociendo el arte, lo fían todo á la destreza y buena voluntad de sus jefes de cuadrilla. No eran, en lo antiguo, tan solícitos para los quites los matadores de nombre, que dejaban en muchos casos ese cuidado á los sobresalientes y medio espadas, por lo cual, sin duda, aquellos cumplían mejor su obligación, y apretando con el brazo derecho unido al cuerpo, mandaban fuerza para castigar, y con la mano izquierda, adecuadamente usada, hacían girar al caballo que montaban, librándole del hachazo, y á sí mismos de frecuentes revolcones.

No saben convencerse los picadores de hoy, de que por la fuerza ellos han de llevar la peor parte, que no los toros, y de que para vencer á estos, lo principal es la inteligencia y la destreza. Podrá el ímpetu del toro alcanzar al caballo de cinchas atrás si se pica bien y con arte, pero en el pecho jamás. Fíjense bien en esto los aficionados, y cesarán los aplausos que prodigan al que no los merece, en justicia.

Demostrada la completa ignorancia del arte que en gran mayoría tienen los que se dedican á picar toros, más de una vez se nos ha ocurrido pensar si podría ser sustituida esa suerte con la de rejonear que es más airosa y menos expuesta, dada la mayor aptitud que han acreditado los rejoneadores de estos últimos tiempos: y del examen y comparación que de una y otra hemos hecho, estamos convencidos de que no es posible la sustitución, á no ser que renunciemos á que las corridas de toros sean lo que fueron, y se las dé nueva forma, no más ventajosa ciertamente.

La vara de detener empezó á usarse por los picadores, llamados entonces varilargueros, antes de

la mitad del próximo pasado siglo, y tuvo por principal objeto domar la fiereza de las reses, rindiéndolas, pero no inutilizándolas, para que con ellas pudieran efectuarse las demás suertes de capear, plantar rehiletos y matar á estoque, frente á frente con el poderoso auxilio de la muletilla. Es sabido que los toros, en el Coso, demuestran durante la lidia tres distintos estados: el de *levantados* con el cual se presentan casi todos y especialmente los abantos; el de *parados*, que adquieren después de correrlos, capearlos y picarlos; y el de *aplomados*, en el que llegan muchos á la muerte y á veces á las banderillas. En cada uno de esos estados, la lidia que admiten, dadas sus condiciones, aparece y tiene que ser enteramente distinta, y por eso el picador ejecuta la suerte que le es peculiar, bien con los levantados, más difícilmente con los parados y mal con los aplomados; porque si éstos acuden después de ser obligados, se quedan en la suerte más que los parados, que salen de ella, solo cuando los capotes los embozan el testuz, al paso que los primeros, cuando se les pica como debe ser, recargan menos, en su mayoría.

Resulta de esto, que si á un toro se le apura demasiado en la suerte de varas, será atrevido invitarle á entrar en banderillas al quiebro ó de frente, porque puede quedarse en el centro, y habrá que aprovechar el cuarteo; y si está aplomado sin querer arancar, al sesgo será preciso clavarlas cuando se acule á las tablas. El espada podrá recibir los levantados y aún los parados que acudan y si no matarlos arrancando: pero á los aplomados, la suerte más indicada es la del *volapié*.

Es decir, que para todos los toros picados con vara de detener, tiene recursos la tauromaquia, sean las que quieran las condiciones ó estados en que se presenten ó transformen. ¿Los tiene también para los que hayan sido rejoneados?

Veámoslo. No hablemos del rejón á la española, que destinado con su hoja de peral á causar la muerte de la fiera, excluye, por consiguiente, ulteriores faenas si bien se clava: y referiremos á la farpa portuguesa, ó llámese banderilla larga, que hiere sin matar.

El modo de rejonear á la portuguesa no es otro que el de poner una banderilla á caballo, cuarteando: pero como para ello es indispensable hacer frecuentes salidas, innumerables cuarteos y repetidas huidas en vago, los toros se cansan, se recelan y reservan y concluyen por huirse. Han aprendido que el bulto que se les acerca los lastima, y que si le buscan se les va, y abúrrense mu-

chas veces y se descomponen siempre, al contrario de lo que sucede con la suerte de vara larga, que les ahorma la cabeza y les acostumbra á buscar los objetos en línea recta, evitando las curvas. Aunque no tuviera la pica otra ventaja sobre el rejón que la de evitar en las acometidas que los toros corten el terreno, sería un bien inapreciable. ¿De qué manera podrá un banderillero ir con seguridad á poner un par de rehiletos á un toro rejoneado que se venga en línea curva ú oblicua y no sepa ó no pueda cambiar rápidamente los terrenos? ¿Qué confianza puede llevar un espada en su muleta cuando el toro tenga ya formada su inclinación á entrar de soslayo, ni quién tiene la imprudencia de arrancarse á matar por derecho á una fiera cuyo viaje no es recto ni seguro?

Por otra parte no se alcanza la utilidad de poner más banderillas al que ha sufrido otras clavadas desde el caballo, de modo que es forzoso suprimir suerte tan bonita y generalmente tan apreciada: ni se concibe que, á no ser por casualidad,

puedan darse buenas estocadas á toros rejoneados que no se prestan á la buena lidia.

Para serlo ésta, en el sentido de que todas y cada una de las suertes que hayan de ejecutarse sean practicadas con arreglo al arte, no puede prescindirse de la vara larga ó garrocha que hoy usan los picadores, sin perjuicio de que, como hasta ahora viene haciéndose, agrade ver la destreza del rejoneador á caballo.

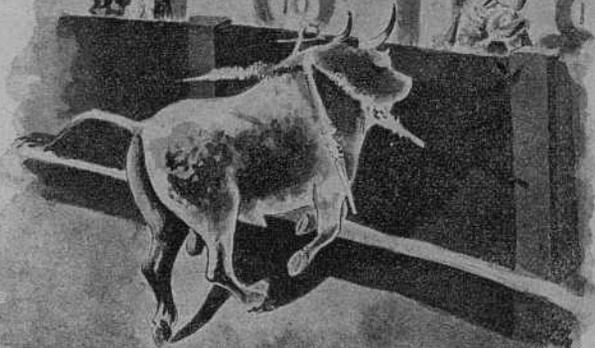
A riesgo de parecer pesados, y, lo que es peor, de abrigar la triste persuasión de no conseguir resultados favorables con nuestros consejos, clamaremos siempre por la preferencia de la suerte de picar sobre todas las demás y porque su ejecución sea lo más perfecta posible con arreglo al arte. Ténganlo entendido los picadores actuales y los que vengan después: procuren adquirir la preponderancia que tuvieron sus antepasados, y los que algo valgan desdeñen alternar con *monos* á caballo que imitan lo malo y no comprenden lo que es habilidad artística.





XXI

¿HAY TOROS?



QUE si hay toros! ¡Vaya si los hay! y de las tres B. B. B. *buenos, bravos y boyantes*, como los ha habido cuando no pedían ciertos toreros bichos terciaditos, *buenos, bonitos y baratos*, y como los habrá siempre que la lidia que con ellos se efectúe sea franca, leal y exenta de ardides mañosos, con los que se engaña al público ignorante. Que haya verdad en el toreo, que éste se ajuste al arte, que los matadores no maltraten el ganado por arrancar aplausos, y que los *destroncadores* de oficio, cumpliendo su obligación, abandonen la senda que en mal hora emprendieron, y ya se verá que hay toros buenos y valientes. Que los picadores que saben, aunque son pocos, coloquen la puya en lo alto de los bichos, librando el caballo como es debido y entrando en la suerte por derecho, y los toros de hoy darán el juego que daban los lidia.

dos hace cuarenta ó cincuenta años. En esto muy principalmente consiste la mayor ó menor pujanza de las reses. A una que se la clava la garrocha en las paletillas: á otra que se la rasga despiadadamente, y á todas las que el picador espera atravesado, ¿cómo puede creerse, ni en qué caletre cabe, que ofrezcan resistencia sin perder la voluntad? Aun picándolas en lo alto y sin zurcirlas, el romance que sufren en las astas y en la cabeza, levantando y derribando caballos tantas cuantas veces entran á la suerte, les produce cansancio, aniquilando su poder: y por eso, toros que tomarían veinte varas, si se les picase bien y con arte, dándoles salida franca y natural—y sin que los peones se la impidieran, recogiénolos en los vuelos del capote—no toman ocho, y todavía nos parecen muchas. Al toro, siempre, en toda ocasión, y para toda clase de suertes, debe tomársele en completa rectitud, es decir, perfilándose con él cara á cara y en una misma línea recta: porque cada vez que se le hace girar sobre sus remos, se le quita poder, y cada vez que el picador se atraviesa ante él para que derribe el caballo, le cansa y fatiga.

No hay, pues, que culpar en toda ocasión al ganado del resultado que ofrece en las plazas al ser lidiado: que muchas veces, muchas, los toreros tienen que ser responsables, ante los que saben lo que ven y entienden algo del arte, del mejor ó peor éxito que en los circos obtengan.

Difícilmente se borrará de la memoria de cuantos presenciarnos la corrida celebrada en Madrid el 4 de Mayo de 1884, la lidia que se empleó con toros de una ganadería nueva, hermosos, grandes y bien criados. Eran de respeto, se presentaron abantos, y no hubo nadie que los parase los piés con cuatro verónicas; y como no se prestaban á recortes á patas abiertas, en vez de convertirlos de abantos en parados, los hicieron huídos, sin buscarlos en parte alguna. Muchísimo más abantos y ligeros fueron los bichos portugueses que torearon *Cúchares*, *El Chiclanero* y *El Cano* en 24 de Junio de 1852, y gran partido sacaron de ellos, haciéndoles fijarse y ofender, á pesar de que por lo difícil de la lidia, tampoco hicieron más que cumplir aquellos notables toreros.

Por lo demás, y ya que hemos evocado recuerdos de antaño, conviene decir que por cuestión de peor ó mejor ganado, no ha habido en los modernos tiempos de la plaza nueva pretexto para promover un escándalo como el que se originó en la vieja el 11 de Junio de 1860, en que por haber dado la empresa seis bichos pequeños, tísicos y

cobardes, el público protestó como entonces se protestaba, y la gente de las gradas se volvió de espaldas, y la de los palcos los cerró por fuera y por dentro. Hay ahora, como antes y siempre, toros malos: pero tenemos la seguridad de que si se los lidiase á la antigua, más claro, al modo que se usaba antes de 1870, habían de resultar buenos en su mayoría: que á la buena sangre del toro hay que ayudarla y no maltratarla, si se quiere que el espectáculo no decaiga. La prueba evidente de lo que decimos es que en el día, algunos toreros que atienden más á la verdad que á las monadas y adornos, hacen lucir á los toros mucho más que los otros, y obtienen de ellos más nobleza y mejores condiciones para la muerte.

Somos los primeros en reconocer, y lo hemos dicho más de una vez, que á la plaza han salido de los chiqueros toros que no tenían de tales más que el nombre: toros de desecho; toros que parece imposible haya ganadero que los saque del matadero para la lidia, y empresario que los compre á mayor precio que el de la carne: hemos visto también toritos *cuatreños* y hasta utreros, lidiados por emi-nencias, y toros *hechos*, de siete años, toreados por novilleros de poca alzada: todo eso, y mucho más, hemos presenciado, tolerado y consentido: pero tales desmanes no prueban, ni inclinan á creer, que no haya toros de sobresaliente bravura y excelentes condiciones, si no que hay gente de poca conciencia que explota la candidez y mansedumbre. Fueron en lo antiguo ganaderías renombradas las de Gaviria, Veragua, Lesacas, Freires, Barberos y otras, y adquirieron su crédito porque no vendían toros que no infundiesen respeto por su edad y condiciones: ahora se crían tan bravos toros como los de aquella época en muchas más ganaderías, que todos conocemos; pero no hay la misma conciencia en los dueños, ni en los empresarios, ni en los toreros: que aquéllos venden *malo* á sabiendas cuando se lo piden, los segundos compran á bajo precio, y los últimos se encargan de destrozar y anular lo que no les conviene.

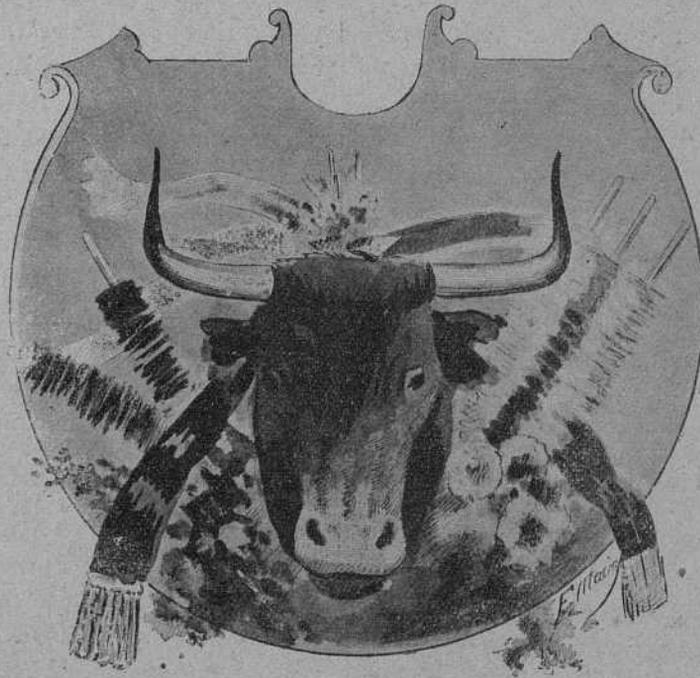
Buen nombre dejaron hace años años los famosos toros *Pajarito*, de Arias Saavedra, lidiado en Málaga por Francisco Montes: *Fontela*, de Veragua, en Madrid, que tomó veintitrés varas y mató siete caballos: *Cartero*, de Gómez, que en doce mató once jacos, en 1844, así como otros de dichas ganaderías y alguna otra; sin embargo, bien pueden ponerse al lado de aquéllos, sin que desmerezcan los de época reciente, *Mechones*, de Veragua, que en Cartagena, en 1881, mató nueve

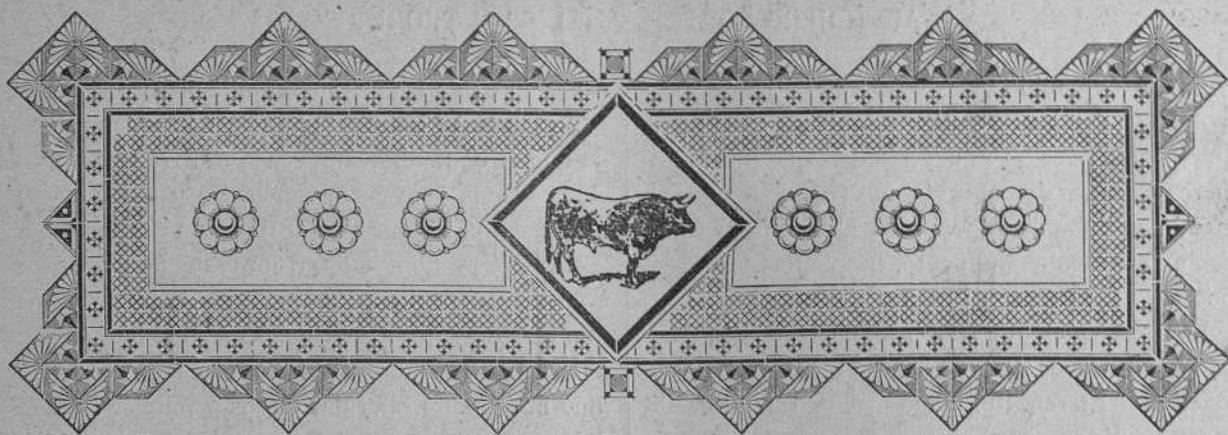
caballos, sufriendo diecinueve puyazos: *Huracán*, del conde de Patilla, en Barcelona, en 1884, tomó trece varas y mató once acémilas: *Religioso*, de Ibarra, lidiado en Alicante en Agosto de 1890, y *Faquetón*, de Solís, que de rabia y furia se murió en la plaza de esta Corte el 24 de Abril de 1887.

Entonces y ahora hubo y hay toros malos y buenos en todas las vacadas, sólo que los ganaderos actuales—entren todos y salga el que pueda—tienen más apego al dinero que los antiguos, y prefieren cobrar unas cuantas pesetas más por dar sus reses á la lidia, que entregarlas al matadero,

que es á donde iban siempre esas alimañas que llaman desecho de tienta y cerrado. Se exprime más el limón, hay más avaricia, pero toros, lo diremos mil veces, los tienen las vacadas actuales tan sobresalientes ó más que antes, con la circunstancia de que en el día es mayor el número de las ganaderías.

Ni por falta de toros ni de toreros acabarán en España las corridas, por más que en la lidia se hayan introducido corruptelas que hacen tomar al espectáculo distinto carácter del que tuvo y debe tener para su magnificencia.





XXII

NUEVA CAMPAÑA



UNQUE mi buen amigo *Verduguillo* en su acreditado periódico *El Touro de Barcelona* no lo hubiera dicho, diría yo que

Tenor que no de el do,
matador que no reciba...
¿Para qué los quiero yo?

y con este motivo hablaré contra los matadores de toros que, sin los requisitos necesarios de inteligencia, salen *alternando* por esas plazas de Dios como salen á la desbandada pájaros espantados.

También el no menos acreditado periódico *La Muleta*, de Sevilla, clama, en bonitos versos, contra esos espadas que nacen sin escuela, que viven de milagro, que no quieren aprender y cobran *dies mil reales* para empezar.

Como esos colegas piden otros y reclaman muchos aficionados verdaderos que se ejecute y no veamos proscripta, como lo está siendo hoy día, la hermosa suerte de recibir toros.

Se ha extendido, y cada vez se extiende más, el deseo mencionado, sobre todo desde que vemos inundar los circos esa nueva torería que por lo numerosa es ya desconocida individualmente, formando un montón ó grupo en el cual nada se ve que no sea atolondramiento, desplantes y pretensiones.

La opinión se abre paso pronunciándose resueltamente en favor de la suerte de recibir, que es la suprema del toreo. Reiterando y confirmando cada vez con más empeño mis afirmaciones de antiguos tiempos, he dicho y sostengo que no es *completo* el matador de toros que no sepa recibirlos; y como en esa afirmación no excluyo ni á los que empiezan ni á los que acaban, la consecuencia sáquela el lector.

Vemos frecuentemente atrevimientos inverosímiles, valentías espeluznantes, arrojos que nos tienen con el alma en un hilo, quiebras á dos pasos de la cabeza del toro, desplantes rascándoles el testuz y limpiándoles la baba; vemos... qué sé yo; demostraciones de ausencia del miedo, pero no vemos á nadie que pare, se repare y, parando, mate toros recibiendo. ¿A qué atribuir semejante rareza? ¿Es que no hay *agallas* para esperar tranquilos la acometida del toro, ó es que no hay arte para saberle guiar con la muleta? Ambas cosas son motivos bastantes para darlas como verdad inconcusa.

Parece increíble que entre tantos mozos que en los modernos tiempos se han dedicado al toreo con verdadera afición no haya habido uno siquiera que haya intentado ejecutar la suerte de recibir, sabiendo que con sólo el conato se consigue un aplauso. No se explica semejante proceder, porque aunque digan como disculpa que no la han visto practicar y por eso no la intentan, lo cierto es que tampoco han visto hacer otras suertes y, sin embargo, las intentan y ejecutan á su modo, á veces con excelente éxito.

¿Quién le enseñó al *Gordito* á poner banderillas quebrando? ¿A quién había visto el *Gallo* dar el cambio en rodillas? ¿Y Reverte de quién ha aprendido esos lances capote al brazo que son tan aplaudidos? No es, por lo tanto, disculpa aceptable la que queda expuesta.

El mal, á mi modo de ver, hay que achacarle á esa funesta manía que en la gente moderna se ha desarrollado de convertir en circos acrobáticos las plazas de toros. Los saltos y brincos, los recortes con el capote á dos manos, no á cuerpo limpio, que si así fueran al menos tendrían mérito, ya que

causaran daño; las posturas académicas y el estragado gusto del ignorante populacho son las causas de que se contenten con ver la muerte de un toro ejecutada sin arte y sin conciencia y aplaudan al que tenga la fortuna de dar una sola estocada.

Es preciso que se interrumpa de una vez para siempre esa fastidiosa monotonía de matar toros de un solo modo, es indispensable ya, que á cada uno se le dé lo que sus condiciones indiquen; y es muy importante reformar el gusto público haciéndole entender que *no son volapiés* los que así llama cuando ve al matador irse al toro, si éste arranca también hacia el torero, y que los volapiés, aun siendo legítimos y tales como Costillares los inventó, no son más que estocadas de recurso y valen menos, mucho menos que las dadas recibiendo. La prensa taurina no debe dejar el asunto de la mano, y excitando el amor propio de los espadas que hoy valen algo y están en condiciones para ello, debe exigirlos que reciban toros muy á menudo, tanto, que de cada seis bien pueden con uno ejecutar la suerte: que lo hagan ahora más que nunca, puesto que para ello les dan facilidades los ganaderos criando reses pequeñas, de poca armadura y de ningún respeto: y debe, por último, desaprobando siempre la prensa el acto de matar por «sorpresa y á tiro rápido,» tan en boga actualmente. Aplaudiéndoles al intentar sólo el conato de recibir, disculpándoles cualquier defecto en esta suerte, hasta que á ella se acostumbren, y alentándolos á proseguir el camino de la verdad, tal vez llegue un día en que resucitada suerte tan magnífica cause el deleite de los aficionados.

Los espadas que con más empeño se apliquen á recibir toros deben pensar que una vez tomado el tino al modo de ejecutarla ha de parecerles facilísima, aunque no lo sea en sí; porque el que se acostumbra á la práctica continua de una suerte determinada cuéstale poco trabajo, mientras que no acierta, á «dar pie con bola,» como suele decirse en las que no intenta nunca. Y tengan presente el ejemplo de Manuel Domínguez en la historia taurina. Los que le conocimos vimos en él un hombre valiente, pero pesado; entendido, pero sin agilidad; que por falta de ligereza no podía acudir á los quites de picadores; que jamás hizo mérito en su carrera de la suerte de banderillas y que la muleta no le servía más que de auxiliar, poco importante en sus manos, para preparar la buena colocación de las reses. En una palabra: que Domínguez sin su inteligencia y valor era en él ruedo, especialmente desde que volvió de Améri-

ca, una masa de carne que costaba trabajo moverla, en términos de que nunca le vimos correr delante del toro, ni saltar la barrera; y, sin embargo, ¡con qué facilidad mataba los toros recibiendo!

¡Qué precisión en el cité con la muleta muy en corto, con los pies clavados y juntos, y qué exactitud en dar la salida y colocar el estoque!... Pues bien: eso sólo que hacía Domínguez una ó dos veces en cada corrida valía más que cuanto hacen ahora los modernos matadores que tantas pretensiones tienen. Hay hombre de éstos que lleva diez, veinte ó treinta años estoqueando toros y no ha recibido *uno* en su vida y querrá que la historia le llame y considere matador de primera nota.

Ya sabemos que los espadas que desde ahora se paren, con vergüenza, ante el testuz de las reses, las esperen y las reciban, pincharán muchas veces en los bajos y otras que ladearán y aun cruzarán las estocadas; ¡pero acaso no hay golletazos, pescueceras y atravesamientos en los volapiés, en

los cuarteos y en los rápidos arranques? En estos últimos casos pueden consistir más fácilmente los defectos en el torero que en el toro, porque aquél es quien dirige su voluntad contra éste, al paso que en la suerte de recibir, como es el toro el que únicamente se mueve, hay que aceptar su viaje como le emprenda.

Protección, pues, para el matador de toros que reciba más frecuentemente los que en la plaza se le presenten; censuras para todos los que, sin saber por dónde andan, salen saltando y brincando para colocar la espada como quien clava una banderilla, y más prudencia y parsimonia en el público para aplaudir lo que no merece elogio. Con esto y con buena voluntad de parte de tres ó cuatro matadores que pudiéramos señalar con el dedo por sus especiales condiciones, lograremos ver restablecida, elogiada y cada vez más aplaudida, la suerte de recibir.

A ver quién es el torero que inicia la campaña.

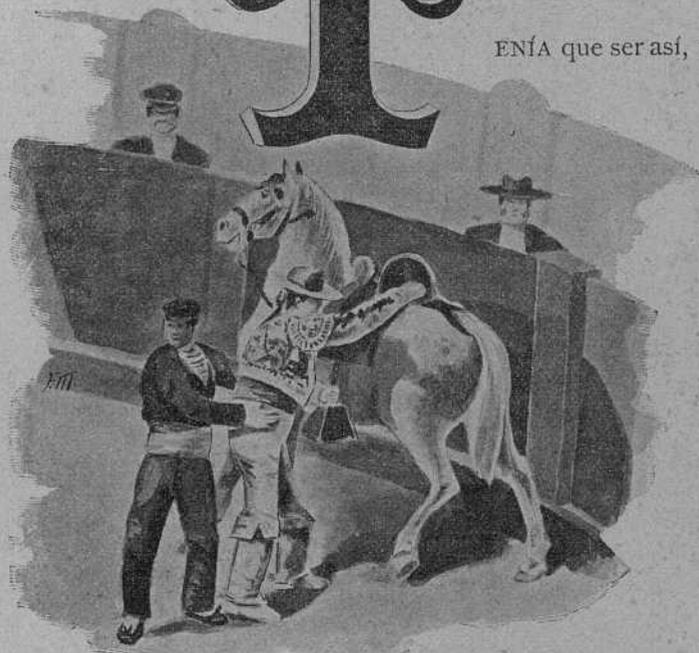




XXIII

SIGUE LA CAMPAÑA

T



ENÍA que ser así, y no de otro modo. La campaña emprendida estimulando á los matadores de toros á que practiquen la suprema suerte de la tauromaquia, ha tenido poderosos auxiliares en los periódicos sevillanos *El Loro* y *La Muleta*, que han acogido la idea con entusiasmo, apoyándola con denuedo. Dadas las condiciones de inteligencia y amor al arte de los escritores que tan dignamente dirigen aquellos periódicos, no podía ser de otro modo, volvemos á repetir; y ya, con la suma de fuerzas que aportan á nuestra campaña, nos consideramos fuertes y capaces del triunfo, á pesar de la desidia de algunos espadas y de la rutinaria costumbre de matar toros á paso de banderillas, más ó menos disimuladamente, que casi todos vienen observando.

La suerte de recibir no ha muerto. Hicieronla olvidar á los toreros las veleidades del público que juzga sin reflexión por las impresiones del momento, aplaudiendo al éxito más que al mérito, y dejaron de practicarla los espadas, porque, cosechando iguales ó mayores muestras de satisfacción al matar de diferente manera menos expuesta, aunque menos

artística, inclináronse, naturalmente, á lo más cómodo y fácil. De nada servía que algunos viejos espadas, y entre ellos citaremos al desgraciado *Bocanegra*, intentasen, de vez en cuando, recibir un toro; sus buenos deseos y aun la buena ejecución eran aplaudidos, pero por un momento, solo por el tiempo que tardaba en andar el diestro desde el sitio en que el bicho mordía la arena, hasta el de la barrera, en que dejaba estoque y muleta. Y era que, á sus años, el pobre no podía hacer más que aquello; no podía estar activo en el resto de la lidia; no sabía en ella hacer monadas, y faltábale ligereza y el vigor para la faena que presta la juventud.

En cambio, cuatro muchachos atrevidos que con él toreaban, oían continuo palmofoeo por sus saltos, brincos, quiebro, desplantes y demás ejercicios gimnásticos, incluso el de dar muerte á las reses á tiro rápido, ó al cuarteo pronunciado. Esa perversión del buen gusto es la que trajo aquel mal, que durará aún, pero que pasará como pasaron los bufos, el cancan y otras modas que extragaron los estómagos y hoy le causan náuseas y desprecio. Día vendrá en que los coleos inoportunos, los recortes con el capote á dos manos, las pataditas, las adoraciones y demás pamplinas que hoy gustan á ciertos ignorantes, sean silbados y escarnecidos; que la reacción en buen sentido ha de venir, puesto que lo bueno se impone.

Por eso no puede extinguirse la suerte de recibir.

Así lo han comprendido los aventajados matadores *Cara ancha* y Mazzantini, que por algo ocupan en las filas taurinas un distinguido puesto. Alentados, sin duda, por nuestras excitaciones, convencidos de que una cosa es ser torero como el arte quiere y otra, muy distinta, serlo á medias con ribetes de volatineros, han hecho caso de nuestros artículos anteriores (así queremos creerlo) y de los que á igual fin han publicado los colegas antes citados, y *han recibido toros*.

Cara ancha, recordando sus buenos tiempos, ha matado un toro, *recibiendo*, en la plaza de Badajoz el día 15 de Agosto, y Mazzantini, cuyo amor propio corre parejas con su vergüenza, ha *recibido* otro *en toda regla* en el Puerto de Santa María el día 21 del mismo mes. ¿Lo han hecho ofendidos de que hayamos dicho en artículos anteriores que ya perdíamos la esperanza de ver á los actuales toreros acudir á nuestro llamamiento? ¿Sí? Pues nos damos la enhorabuena de que tan pronto nos hayan desmentido; que por encima de todo está el arte, á quien rendimos culto. Adelanté y adelanté. No hay que cejar en la empresa, que el por-

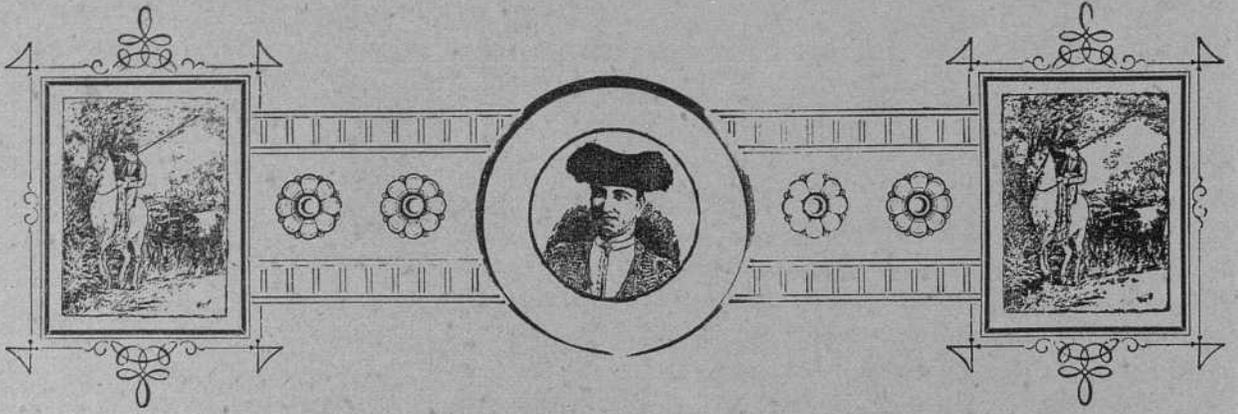
venir, en gloria, honra y provecho, está en el que levante la suerte de recibir de la postración en que se halla.

Si José Sánchez del Campo, que tan perfectamente recibió toros en la plaza de Madrid en el año de 1881, no hubiese abierto un paréntesis en su vida torera desde entonces hasta el presente año, en que ha vuelto á ejecutar dicha suerte, nadie se le hubiera puesto por delante, y ocuparía hoy el primer grado en la escala del arte. Los resultados nadie los ha tocado como él; pero aun es tiempo de llegar á donde su mérito le llama. Aprenda en ese ejemplo Mazzantini, aprenda Guerra, aprenda *El Espartero* y aprendan todos, absolutamente todos, los que matan toros, que á nadie excluimos y á todos acepta el arte; aprendan, que el que se estaciona, el que no muestra cada día mayores deseos, pierde el puesto antes conquistado, y conociéndolo *Guerrita*, con esa voluntad especial que Dios le ha dado, no ha querido ser menos que aquéllos, y ha practicado la suerte de recibir, en San Sebastián, el 28 de Agosto, repitiéndola otra vez *Cara ancha*.

¡Bien por los hombres de vergüenza! A sus oídos han llegado, indudablemente, nuestras excitaciones, y han querido *completarse*, demostrando que cuando la prensa demanda en justicia hechos razonables, encuentra eco en los que se tienen en alguna estima. De ahí vendrá la noble emulación, la verdadera y legítima competencia entre los que valen algo, y quedarán relegados á segundo término los que todavía, por grandes que sean sus deseos y su arrojo, no pueden llegar al puesto de matadores completos; que no es lo mismo derrochar la valentía sin conciencia, arrojándose al peligro, que esperar tranquilos, con valor sereno, la acometida de la fiera.

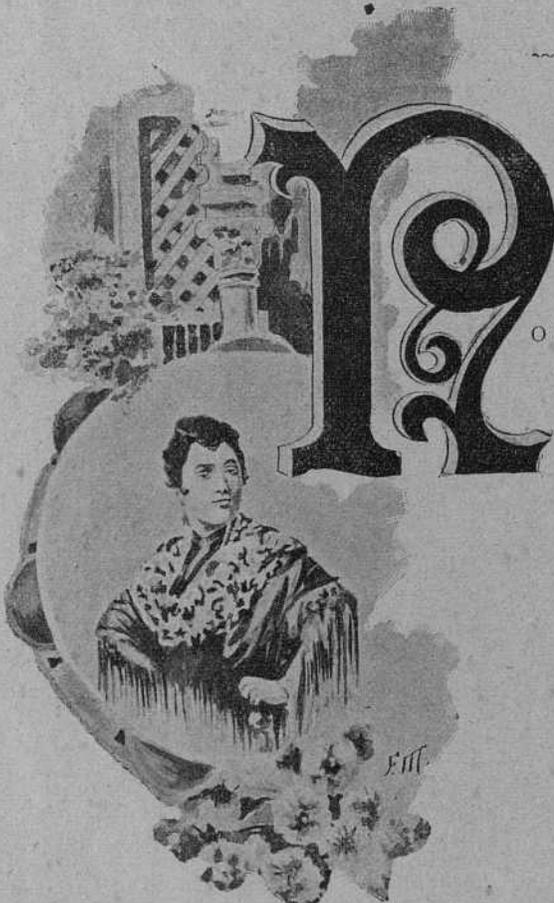
Todavía, en lo que resta de año, pueden los espadas que tan bien han secundado nuestras indicaciones, adiestrarse más y más en la ejecución de tan magnífica suerte: todavía pueden ensayarla los que aún no la han intentado, si no quieren quedarse atrás; y tengan todos presente que el que más veces la ejecute se colocará en el más alto puesto del toreo, si el éxito corresponde á sus deseos.

Que no sean las manifestaciones de *Cara ancha*, Mazzantini y Guerra, en el pasado mes de Agosto, fuego fugaz que acabe cuando el verano, es lo que les exigimos, en nombre de la afición taurina; y que su ejemplo sea imitado por *Espartero* y otros, para que podamos decir con verdad: *la suerte de recibir vive aún*.



XXIV

ÁNIMO Y ADELANTE



O hace muchos años, daban principio en Madrid las funciones de toros de la segunda temporada en el primer domingo del mes de Septiembre, ó lo más tarde en el segundo; pero como las costumbres han cambiado tanto y Madrid se desalquila en verano, porque ahora todos sus moradores *necesitan* baños que curen sus imaginarias dolencias, la empresa de nuestro circo tiene el buen acuerdo de retrasar la inauguración hasta el 25, considerando que muchos abonados no podrían, por hallarse ausentes, renovar el de sus localidades.

Durante el veraneo, los toreros han hecho su agosto en provincias, y el arte no ha perdido, que sepamos, nada absolutamente: antes bien, ha ganado, ensayando los principales matadores, de quienes todavía puede esperarse mucho, la admirable suerte de recibir toros. Bien han hecho intentando consumarla en regla para *completarse* como maestros en su arte,

y bien harán si no la olvidan. Ya dijimos cómo la habían practicado *Cara* y *Mazzantini*, y ahora vamos á trasladar aquí lo que dice el ilustrado director de *La Revista*, excelente periódico que se publica en Alicante, al describir la corrida celebrada en Murcia el día 8 de Noviembre del año 1892:

«Una sorpresa.— Su segundo llegó á muerte en excelentes condiciones, y el diestro (habla de *El Espartero*) las aprovechó, como nunca, para sacar de ellas un gran partido. Previa una faena corta y bonita, el diestro se arregla al toro, y cuando todos nos decíamos: valiente volapié va á soltar el chico (aquí la sorpresa), le vemos perfilarse divinamente con gran parsimonia, y de seguida adelanta el pie izquierdo, alegre con la muleta, se le viene el bicho, espera con valentía sin abandonar su sitio, y mete el sable en lo más alto del morrillo. (Estupefacción general seguida de un gran aplauso).»

«Ya estará Neira contento,
me dije en aquel momento.»

«Ahora bien: ¿salió el diestro limpio de la suerte, como una patena? Tal vez no, pero, indudablemente, se acercó en todo lo posible á la perfección. Tengo la completa seguridad que no habrá ni uno solo de los aficionados que presenciaron lo que llevo expuesto que no se diera por muy contento con lo hecho por *Espartero*. El primer paso está dado: ahora la cuestión consiste en no pararse en el camino. Desde que el excelente crítico taurino, mi respetable amigo D. José Sánchez de Neira, viene excitando á los matadores de primera línea para que saquen del rincón del olvido la lucidísima suerte de recibir toros, vemos que la han practicado, en pocos días, *Cara*, *Mazzantini*, *Guerra* y *Espartero*. Es decir, los mismos diestros á quienes el Sr. Neira viene *apretando*. Indudablemente, algo (por no decir mucho) han valido esas excitaciones, y por ellas doy un aplauso al decano de los escritores taurinos.»

Gracias mil al cariñoso amigo é inteligente revisero por sus laudatorias, aunque inmerecidas, frases, y gracias también á los valientes lidiadores que en su afán de completar su gloria artística han acudido rápidamente á nuestro llamamiento. No tenemos la pretensión de que sólo por satisfacer nuestro deseo lo hayan verificado, ni nos consideramos con autoridad bastante para que los toreros atiendan nuestros consejos, expuestos siempre con lealtad y mesura, si bien algunas ve-

ces con dureza; pero lo cierto es que desde que iniciamos la campaña en el sentido de que no es matador de toros *completo* el que no practique todas las suertes de estoquear que el arte conoce, y principalmente la de recibir, que es la suprema, ha sido ésta practicada, en menos de un mes, cinco ó seis veces y por distintos espadas. Ellos saben, mejor que nadie, el delirio que han causado en los espectadores de todas las plazas en que la han ejecutado; y eso, más que nada, ha de hacerles comprender cuán injustamente estaba olvidado, ó poco menos, tan hermoso acto de valor, hermanado con la inteligencia.

Disculpábaseles diciendo que los actuales toreros no lo habían visto practicar, y ese pretexto tenía más de ficticio que de real; ¿acaso habían visto á toreros antiguos tomar el capote á dos manos para recortar las reses á la salida de la suerte de varas, impidiéndolas su viaje natural? ¿En qué ocasión vieron á ningún espada de nombre alternar los pases de muleta con los capotazos de los peones? ¿Y desde cuando los banderilleros han necesitado que les preparen los toros para clavar los palos, en vez de preparárselos ellos y encontrar morrillo en todos los sitios del redondel? Esas son corruptelas no aprendidas de maestro alguno, y, sin embargo, el ignorante vulgo las admite, sin tener en cuenta que dañan más que favorecen á las reses, á la lidia y al arte. Pues si todo eso hacen ahora, sin haberlo presenciado ni estar escrito en ningún libro de tauromaquia, ¿qué dificultad puede haber en practicar, aunque no se haya visto antes, una suerte que, además de estar explicada prolijamente en todos los tratados taurinos, es de tan fácil comprensión como de soberbios resultados? Ejecutándola siempre que los toros se presten á ella, con nobleza, ya el público y los mismos diestros sabrán apreciar cuál es el matador que logra practicarla con mayor perfección; distinguiendo quién la hace más ó menos encorvado, más ó menos cerca, de mejor ó peor manera perfilado, esperando con mayor tranquilidad, y dando salida ceñida ó apartada: que eso mismo sucede en los volapiés y en las estocadas arrancando, donde harto se ve quién se acerca más y quién cuarteja menos.

Ahora, con esa suerte magnífica, ha de despertarse la noble emulación entre los toreros de verdad y de vergüenza: ahora es cuando, merced á ella, puede salir el toreo del estado de abatimiento en que se encuentra; y ahora, en fin, es la ocasión de que se susciten esas rivalidades de amor propio

que, alejando la envidia, consoliden la fama del más diestro y más afortunado, hasta el punto de que los empresarios se le disputen y el pueblo le erija en ídolo, enfrente del que otra parte aclame como vencedor. Y entonces renacerá la afición; se marcará una nueva época en los fastos taurinos, y volverán á ser las corridas de toros el encanto de los españoles y el asombro de los extranjeros.

Ánimo, pues, y fuera vacilaciones por temor de quedar mal, y nada de arrepentimientos que denoten poca fe y menos confianza en las fuerzas propias.

Tiempo es ya de que la verdad en el toreo ocupe el puesto que la corresponde, y de que los floreos y adornos se estimen como parte secundaria en el arte de Romero y *Costillares*.





XXV

FILÍPICA.—SOBRE LA SUERTE DE RECIBIR



reciben vuestras mercedes toros, señores matadores de primera fila, ó no los considera sino que de segunda, cuando más, la afición inteligente, que puede exigirles mayores deseos de complacencia.

Basta ya de contemplaciones, de estímulos, de excitaciones y de buenas palabras. Hemos llegado al final de la primera temporada, se han celebrado muchas corridas en que han tomado parte y no han sido capaces de recibir un toro siquiera cada uno, sabiendo perfectamente que es la suerte principal del toreo, y la que más agrada al público.

¿Es que no saben ejecutarla? Entonces confiesan que no son *completos* matadores de toros, y que les falta aprender lo más importante del arte. Pero si no la intentan, ¿cómo han de saberla? ¿Tanto miedo tienen á quedar mal? ¿No comprenden que sin voluntad no hay toreo posible? ¿Puede llamarse torero al que tiene temor, asco, reparo, ó llámenlo como quieran, y *no se atreven*, como

los malos estudiantes, á graduarse de doctor? ¿Conviene á los espadas á quienes aludimos, parecerse á los funámbulos, que no saben otra cosa que bailar en la cuerda floja?

No nos vengan diciendo que en tal ó cuál punto de la Península mataron en tal ó cuál fecha un toro recibéndole en regla, y que hubo orejas y les llevaron en andas y les encendieron velas, que ya sabemos lo que son los telegramas y también lo que son ustedes (muy buenos caballeros, pero mi capa no parece, es decir, mi suerte suprema). Es muy raro, y no sabemos como calificarlo, el desdén que hacia Madrid manifiestan ustedes (en el caso de que fuese verdad lo de los telegramas) porque una plaza que tanto dinero les da, y tanta fama les proporciona, no merece, en justicia, que se la postergue á otras, ejecutando en estas mejor trabajo. Y que han salido toros en Madrid y en la temporada que ha finado, muy apropósito para ser recibidos, ni ustedes, ni el mismísimo *Pepe Illo*, que volviese á nacer, podrán negarlo: pero ya se ve, acostumbrados á ganar el dinero por hacer siempre, siempre y siempre, una misma cosa—como el tocador de vihuela; patilla cruzado y vuelta á empezar—no quieren aprender más y se contentan con su especialidad.

Esto de las especialidades tiene su contra y ahí va un ejemplo.

Hace unos cuantos años llegó á Madrid un caballero de provincia, de posición desahogada, joven y de buenas prendas personales, que, relacionado con gente principal, trató de frecuentar los salones y círculos más elegantes. Antes de hacer su entrada en el gran mundo, tomó informes acerca de un sastre que le proveyese del equipo necesario para presentarse con decoro y tan encomiásticos fueron los que le suministraron de un *tailleur* de gran fama, que no dudó en irle á ver desde luego.

—Quiero—le dijo—que me haga media docena de pantalones de género inglés, de primera clase.

—Gracias: los tendrá usted antes de quince días y le han de gustar. Precisamente los pantalones son mi especialidad.

—Bien, además hará usted dos fracs de última moda.

—Perdone usted, en eso no soy especialidad.

—Y un gabán de abrigo, largo ó como se llaven...

—Perdón; vuelvo á decir á usted que no soy especial en...

—Pero bien—replicó el caballero—si no hace usted fracs, ni gabanes, hará levitas.

—Tampoco, señor, tampoco.

—Pues entonces, ¿qué sabe usted hacer?

—Pantalones, esa es mi especialidad.

—¡Dale con la especialidad! Eso no es nada.

—¡Caballero! Está usted faltando á un artista.

—¡Qué artista ni qué demonio! Diga usted que, de su oficio, no sabe más que la mitad y...

—¡Caballero!

—Basta; concluyamos de una vez, no hay que enfadarsê, concederé que es usted un buen sastre, pero concédame que no lo es más *que de medio cuerpo abajo*.

Aunque la constancia y si se quiere la tenacidad, son muy poco apreciadas, generalmente, sobre todo si molestan á otras personas, ya saben ustedes que nosotros hemos de tirarles muchas *puntadas*, para evitar que las gentes enemigas suyas, por sistema, los tengan por toreros de «medio cuerpo abajo» como el sastre de la *especialidad*. Muy afamado era él, en una sola rama de su profesión y también ustedes lo son en una sola rama de su arte; pero ni él, ni ustedes saben su oficio por completo. Claro, van á gusto en el machito, cobrando pesos y aplausos; no viene detrás quien arree, y así van viviendo sin la ambición de gloria y sin el deseo de llegar á la perfección que son innatos en todos los que se precian de artistas, aunque no lo sean.

Una pregunta, y no hablaremos, por ahora, más del asunto: ¿Es que allá, cuando se retiren ustedes del toreo, piensan hacerlo, como algunos otros, sin haber practicado la suerte más principal del arte?

Sí: pues váyanse mucho con Dios y que escriban en llegando.



XXVI

¿ES DE RECURSO LA ESTOCADA Á VOLAPIÉ?



ARA mí no ha ofrecido duda la contestación que á lo interrogado debe darse y que jamás he oído preguntar hasta los tiempos modernos, tal vez porque en ellos se abusa más de esa palabra, mistificando su verdadero sentido, ó porque se haya dado tal amplitud á la

ejecución de esa importante suerte del toreo, que puedan confundirla con otras de nuevo tecnicismo, los que no fijan su criterio en el modo de practicarla, ni en las circunstancias que en ellas concurren. Observen detenidamente los que quieran entender las reglas ciertas, exactas, que los maestros han dado para la práctica de cada una de las suertes que el arte consigna, compárenlas con las que de él se apartan más ó menos; y atendiendo con cuidado á las diferencias que existen al realizarlas, encontrarán cumplida contestación á la pregunta que encabeza estas líneas.

Han supuesto algunos que es volapié toda estocada que da

el diestro al toro cuando no le recibe ó aguanta, y en eso hay un lamentable error. Para que no pueda suponerse que quiero imponer mi criterio como dogma de fe, considero necesario explicar lo que realmente es esa estocada, según la definió el célebre *Pepe Illo* en su *Tauromaquia*, y cuya autoridad no puede ponerse en duda, tanto por su competencia en el arte que le dió nombre, como por haber sido testigo presencial de su invención cuando por primera vez la ejecutó el célebre Joaquín Rodríguez (*Costillares*).

«La estocada á vuelapiés, cuyo autor fué el famoso Joaquín Rodríguez (vulgo) *Costillares*, es la que el diestro se *ve precisado* á ejecutar con algunas reses que rendidas y castigadas con las varas y banderillas *carecen del poder necesario para embestir* en la estocada de muerte. Entonces, viendo el diestro que puede acercarse al toro con alguna seguridad, corre á presentarle la muleta, á cuya acción el toro baja la cabeza y proporciona á aquel la ocasión segura de meter el estoque, saliéndose inmediatamente del centro.»

Esa es la definición que da *Pepe Illo* del volapié, considerándole cierto y seguro con los referidos toros.

Exige, pues, el volapié que el toro esté aplomado y no quiera obedecer al engaño viniéndose á él cuando con insistencia se le llame, lo cual no sucede con las estocadas arrancando, á un tiempo y á paso de banderilla, en que si bien el matador va á herir de más cerca ó más lejos cuando el toro está quieto, viénese éste al bulto ó engaño y recibe la estocada en el centro de la suerte, que unas veces se verifica á la mitad de la distancia que entre ambos media, como en la que es á un tiempo y otras á las dos terceras partes ó más, según lo lejano del sitio en que el torero haya engendrado su movimiento de arranque.

Siendo esas diferencias tan esenciales entre sí, claro es que no puede equivocarse el volapié neto, como dijo Montes, con ninguna otra estocada, aunque sea parecida en un principio. Para aquélla, vuelvo á decirlo, el toro no ha de moverse de su sitio, aunque vea venir al diestro, hasta que, sintiéndose herido, se revuelva, si le quedan bríos, ó se pare, si el estoque le ha cortado la vida, para caer redondo. Sucede en ese caso lo contrario de lo que acontece en la suerte de recibir, que tiene por requisito indispensable el de que el espada no se mueva, viendo venir á la res, hasta que haya pinchado, y en el volapié, que el bicho no se mueva hasta ser herido; en el primer caso concurren

por igual las voluntades encontradas de la fiera y el hombre; en el segundo no concurre más que la del último. En las demás estocadas, ambos agentes, el diestro y el toro, ponen de su parte la voluntad para encontrarse, por más que el espada lleve la ventaja del engaño y la facultad de usar de su agilidad saliéndose del centro de la suerte no sólo con el quiebro de muleta sino también con el del cuerpo, siendo, por consiguiente, de más mérito entre éstas—entiéndase así y por el orden que decimos—la de «á un tiempo», la de «al encuentro» y la del «paso de banderilla», según el uso que el lidiador hace de sus pies para consumarlas.

Conocido ya lo que es el volapié propiamente dicho, y sin consentir que al ser ejecutado haya movimiento alguno en los pies del toro, como al practicarse la suerte de recibir no ha de haberle tampoco en los pies del espada, voy á citar el texto de autoridades notables en tauromaquia para deducir la consecuencia necesaria al objeto de este artículo.

Dice *Pepe Illo* en su *Tauromaquia ó Arte de torear*, página 81 de la edición con láminas de 1804, que esa suerte es «la que el diestro se *ve precisado* á ejecutar con las reses que *carecen* del poder necesario para embestir», siendo contraria y peligrosa con los que se hallan en estado de entereza y actividad.

Montes, cuyo arte de torear es más extenso que el citado y el mejor de cuantos se han escrito, al elogiar dicha suerte dice: «Sin ella *no tendríamos recursos* para matar ciertos toros que por su intención ó por su estado particular no arrancan ni se prestan á suerte alguna», y antes, mucho antes de que esas opiniones ó preceptos se emitiesen por maestros de tanta reputación como esos dos grandes toreros, un célebre aficionado, cuyo nombre conocen cuantos se han ocupado de la historia taurina, el Sr. D. José de la Tixera, en 13 de Mayo de 1801, al relatar la muerte desgraciada del matador sevillano, emitía su opinión del siguiente modo: «Las estocadas á vuelapiés, inventadas por la refinada y original destreza de Joaquín Rodríguez *Costillares* con el fin de que las clases de toros que le designaran y antes se mataba de muchas estocadas con demasiado riesgo, en el día se rematan con incomparable menos que cuando embisten y con la prontitud que vemos *únicamente* deben usarse con los que por cobardes, cansados, débiles, vencidos de las varas y banderillas ú otra inopinada causa, *no parten* y consienten que

el lidiador se les aproxime lo necesario al efecto, estando en la suerte que corresponde, en cuyo acto no debe detenerse en arrojarse á él por las muchas y poderosas razones que por no dilatar me reservo.»

El bachiller tauromaquia, D. Juan Corrales y Mateos, que escribió en 1856 unas reglas del toreo muy extensas, y el inteligente aficionado práctico y distinguido escritor público que con el pseudónimo de *Arsenio* dió á luz en 1874 unos apuntes del toreo, que no tienen desperdicio, convinieron en que, para ejecutar la suerte del volapié, era preciso que los toros estuviesen sin piernas, *completamente parados*, añadiendo el cono-do escritor taurino Santa Coloma en el año 1876, cuando refundió y aumentó el arte de torear de Montes, y al hablar de la dicha suerte las mismas palabras de tan célebre diestro, «sin ella no tendríamos *recursos* para matar ciertos toros.»

Y por último, el muy entendido escritor taurino, Sr. Sanchez Lozano, en su *Manual de la tauromaquia*, publicado en 1882, previene con gran acierto que «es absolutamente indispensable que el toro esté *aplomado*, porque las reglas del volapié *estriban en su inmovilidad*.»

No hay para qué citar más autoridades: los buenos aficionados, los que algo entienden de tauromaquia, consideran como axiomas inconcusos las afirmaciones de todos los preceptistas; convienen unánimes en que para el volapié es preciso que el toro esté falto de fuerzas, sin piernas, aplomado, que le sea difícil moverse; y yo creo, y llego hasta el punto de afirmarlo, que si antes de recibir la estocada arranca hacia el diestro, la suerte pierde el nombre de volapié.

El volapié clásico, puro, legítimo y neto, como le llamó el gran maestro Francisco Montes, exige en el toro *completa inmovilidad*.

Pues bien: si el toro no viene al diestro, éste no puede hacer otra cosa que irse á él, y entonces, si ha de matarle á estoque, no hay otro *recurso* que

realizarlo á volapié, y si no hay otro recurso, la palabra lo dice, *de recurso es la estocada*. Esto es innegable. Tan de recurso como el golletazo á la carrera, cuando el bicho no se para; tan de recurso como las que á la media vuelta y al revuelo de un capote suelen darse á los de mucho sentido; y tan de recurso como el paso de banderillas cuando el diestro falsifica el volapié, y no sabe, ó no se atreve á alegrar al toro, para esperarle, ejecutando suerte de más lucimiento.

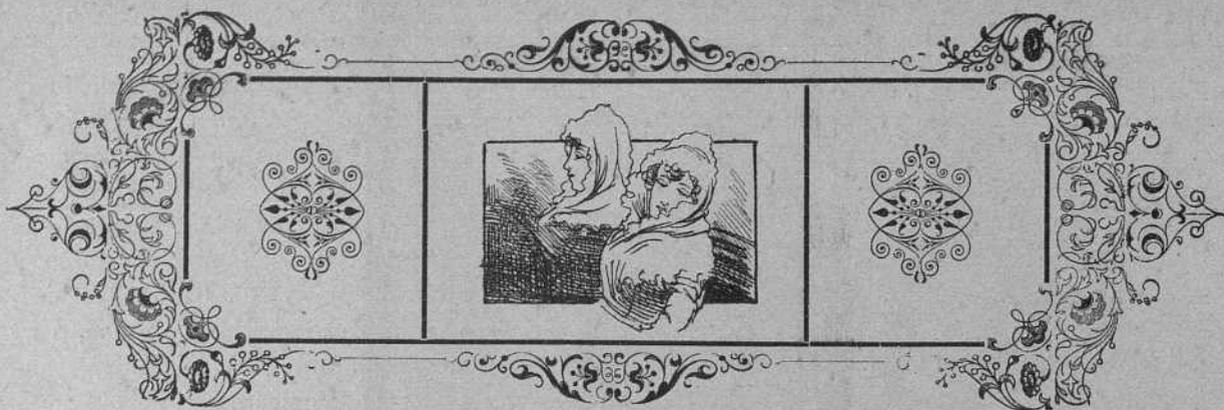
Consecuencias.

¿Se mata el toro á volapié porque no puede matársele de otro modo? Luego es como *recurso*.

¿Se le busca, se le incita, se le provoca al arranque y no lo verifica? Pues no hay más *recurso* que irse á él á volapié.

¿Por ser cobarde y faltarle fuerzas, no acomete aunque le pinchen desde las tablas? Pues *recurso* indispensable es darle un volapié, como mejor se pueda, según su colocación. Es decir, si el mator tiene conciencia y estima en algo su nombre. De otro modo, tomando carrera, describiendo círculos y pinchando sin sujetarse á regla alguna también mueren las reses, pero... no quiero decir de qué manera.

No alcanzo la razón de haberse puesto en duda que el volapié es la estocada primera de las de recurso. Tal vez hayan creído algunos que al considerarla así desmerece de las demás conocidas: es posible también que ignorando el arte de torear llamen volapié á cualquier estocada, para la cual vean que el torero va á la fiera, sin mirar cómo lo hace: hasta habrá gente que dé más importancia y mérito al volapié en general que á la estocada arrancando á un tiempo, y á la que se da aguantando; de todo eso habrá y mucho más; pero piensen como quieran y digan lo que mejor les plazca, lo indudable, lo que no admite razonada réplica, la verdad axiomática en el arte taurino, es que *Costillares inventó el volapié COMO ESTOCADA DE RECURSO*.



XXVII

TECNICISMO



ON igual laconismo que el que usé en anteriores artículos, tratando de otros asuntos, me propongo en este tratar de la semejanza que para algunos tienen en la fraseología taurómaca las voces «á un tiempo» y «al encuentro» ó encontrándose, que se usan indistintamente como de igual acepción ó parecida para designar una suerte de matar, sin que se detengan á reflexionar que no es ni puede ser lo mismo una que otra y que tienen entre sí diferencias esenciales que las separan por completo.

Pocas palabras, precisas, y que, en lo posible, no den lugar á dudas. Así me haré entender que es mi deseo.

Cuando el matador, viendo al toro parado y cuadrado, se *arranca* á él como debe ir al volapié, y al verificarlo en aquel mismo momento emprende su viaje el animal, es indispensable que si ninguno se

aparta de la ruta emprendida se hallen en el centro de la suerte, y al dar la estocada el diestro se llame ésta ó se diga que fué á *un tiempo*.

Cuando el espada se halla colocado á más de tres metros de distancia de la cabeza del toro ve que éste *se le viene* á entrar en su terreno, y, con serenidad, lejos de huir, se dirige, mejorando su jurisdicción, á derecha ó izquierda, según convenga, á encontrarse en el centro de las distancias que antes ocuparon, en cuyo acto clava el estoque, se denomina la suerte «al encuentro».

Es decir, que en aquel primer modo de matar, lo mismo que en el último, en el terreno medio que ocuparon respectivamente la fiera y el hombre, y que es el que se llama centro, es donde se consume la suerte, siendo forzoso, para que así suceda, que uno y otro se *arranquen* ó dirijan á buscarse. Esta es la causa, sin duda alguna, de que muchos confundan ambas suertes, y, para que así no suceda, voy á explicar sus diferencias.

En la estocada, más claro, en la suerte de matar á *un tiempo*, el torero está más cerca de la res; ésta se halla cuadrada y parada, y si no viera al diestro engendrar el movimiento de arranque, que es cuando el toro engendra el suyo, alegrado, sin duda, por el instinto de coger, es posible que en muchos casos diese lugar á la cita con la muleta para ser recibido.

En la titulada al *encuentro*, el diestro, que está preparándose á enfiar con el testuz, para lo cual ha de adelantarse algo, ve que el toro se dirige á él antes de que pueda situarse convenientemente y entonces avanza con rapidez procurando tomar el frente del testuz, aunque necesite para conseguirlo ladearse de su primitivo punto de partida.

De manera que en la primera de dichas suertes es el hombre quien indica antes el arranque, en la segunda es el toro el que la inicia. En aquélla el torero parte en rectitud del sitio primeramente

ocupado, en la segunda enmienda en el viaje su colocación. En una palabra: que se ejecuta la suerte de matar á *un tiempo* por la voluntad del hombre, siquiera sea simultánea la del toro, y que por verse obligado el espada de conciencia á no huir ó á dar un pase inútil lleva á efecto la segunda.

Si se me pregunta cuál de las dos tiene más mérito, casi no me atrevo á contestar.

La ejecución de las suertes del toreo depende de tantos accidentes, de tantos detalles y circunstancias, que á veces la más difícil es relativamente fácil, y la que en general ofrece pocas dificultades se hace comprometida é imposible en multitud de ocasiones por la índole de las reses, el estado en que se encuentren, el sitio que ocupen y hasta por la disposición de ánimo del torero; pero yo, siempre en igualdad de circunstancias, he concedido más simpatía á la manera de matar parando ó á la que de algún modo se asemeje á la de esperar, y poco menos que esto es ver venir al toro y en vez de esquivar el peligro irse á él con valor para corregir en aquel crítico instante su mala ruta ó dirección.

Las dos suertes de matar que han sido objeto de este artículo son derivaciones de las de volapié que inventó *Costillares* para suplir sólo á la de esperar cuando los toros están ya apurados de facultades y *no se vienen* al engaño.

Como no son estrictamente iguales, como no se practican las originarias en el toreo, tales como son en sí, ha habido necesidad de subdividir, así las que quieren ser semejantes ó al menos parecidas dándolas forzosamente nombres nuevos para hacerlas comprender. Hay que admitirlas, por lo tanto, como otras muchas que explican suertes, que muchos miran y pocos ven, y algunos que las ven no saben explicar.





XXVIII

LA MANO IZQUIERDA



L torero, mejor dicho, todos los que se dedican al difícil arte de lidiar toros, tienen ó deben tener en perfecto estado de salud sus piernas y brazos, pero no es tan claro que sepan servirse de ellos como el arte exige y su seguridad personal demanda. Hace tiempo que está llamando la atención de los más inteligentes aficionados al espectáculo nacional, el completo olvido en que tienen la mayor parte de los toreros actuales, el buen uso del toro de brazos, y el gran abuso que hacen del excesivo movimiento de sus piernas, en términos de que urgentemente reclama cuidado el abandono que, tanto los toreros de á pie, como de á caballo, vienen haciendo del uso de la mano izquierda, que no vale menos y á veces más que la derecha.

Es una vergüenza ver que por impericia de los mal llamados picadores de toros, sean sacrificados sin necesidad, en el redondel, tan gran número de caballos, cuando podría evitarse tal sacrificio, con un poco de inteligencia y otro poco de voluntad, librándonos de las justas censuras que lanzan contra la fiesta los enemigos de ella. Es el punto vulnerable y en él hacen hincapié

para clamar contra los bárbaros aficionados: si clamasen contra los bárbaros que no saben picar, razón habría y de sobra, que á ellos y solo á ellos es imputable tan innecesaria carnicería, que no consiente el arte y mucho menos la autoriza. Mil veces lo hemos dicho y con nosotros cuantos comprenden bien lo que es la suerte de picar con garrocha ó vara de detener: bien practicada es lucidísima, tanto como la mejor de la tauromaquia, mal hecha es repugnante; y es que, aplaudidos por el vulgo esos malos piqueros á quienes cuesta un caballo cada vara que ponen, no se cuidan de conocer sus deberes y creen que sabiéndose tener á caballo han aprendido lo bastante para desempeñar su cometido.

Nunca, en el momento de la entrada, usan de la mano izquierda para levantar, retirar ó hacer girar el caballo á fin de librarle del hachazo, ¡y se llaman buenos jinetes y tienen dormida la mano de las riendas en el momento más crítico! ¿Para cuando la reservan? No comprenden que debe ser simultáneo el uso de las dos; la derecha para herir, y la izquierda para librar el jaco de cornada, y aguantan impávidos la acometida, como si fuera de bronce, clavado en el suelo, el sustentáculo en que se apoyan. Ni eso es arte, ni siquiera acto humano admisible en una nación culta.

Vale más librar al caballo de la muerte, aunque se pique con menos fuerza—y eso que todo puede hacerse á un tiempo—que martirizar á sabiendas al pobre animal, que forma un mismo cuerpo *con el que lleva encima*: y en esos casos de gran poder y codicia del toro, debe saber el buen picador, que solo de cinchas atrás puede salir herido su caballo, pues para eso tiene gran cuidado de usar á tiempo de la mano izquierda y ayudarse con las espuelas.

Si no de tanta trascendencia como en los picadores, en quienes consideramos absolutamente indispensable el buen uso de la mano izquierda, es también ésta de mucha importancia para los buenos banderilleros. No es en estos tan general ese abandono, pues casi todos los que hoy practican esa suerte, parean por ambos lados; pero hay y ha habido algunos, que solo por la derecha entran al toro, sucediendo como no puede menos, que en muchos casos se ven obligados á retrasar la entrada, aburriendo al público con salidas falsas, ó viéndose precisados á clavar un solo palo, ó malamente los dos. En un viaje largo, por ejemplo, si viene el toro cortando terreno por el lado favorito del diestro, no tiene objeto que éste se cam-

bie en corto para mejorar el suyo y entrar en jurisdicción—lo cual es de gran mérito y seguro efecto—porque siéndole difícil pinchar con la izquierda, no aventura el desaire ni quiere exponerse á una cogida. Vale, por lo tanto, ese peón, mucho menos que el que parece por ambos lados, y todo por no querer acostumbrarse desde un principio á ejercitar la mano izquierda lo mismo que la derecha, en una suerte para lo cual tan indispensable es la una como la otra.

Pero donde más útil y conveniente se presenta el buen uso de la mano izquierda, es en la suerte de matar. Por no tener los espadas una completa seguridad en su exacto manejo, han abandonado la suprema hazaña de estoquear *recibiendo* (aparte de la mejor aptitud y mayor valor que para hacerla se requieren). Por igual razón son poquísimos los pases de pecho que á pie quieto vemos dar hoy en defensa del lidiador, y por eso todos apelan á los pases cambiados y fuera de cacho que, preparados de antemano, tienen igual ó menor que un pase alto regular. El origen de las *coladas* que hacen las reses á los matadores, no es otro que el de no saberlas despegar y darlas natural salida, jugando bien la mano izquierda, empapando en corto el testuz del toro, y guiando á este convenientemente al terreno de afuera, para impedir que si extiende poco el brazo y no da vuelo suficiente al trapo se le eche encima la res.

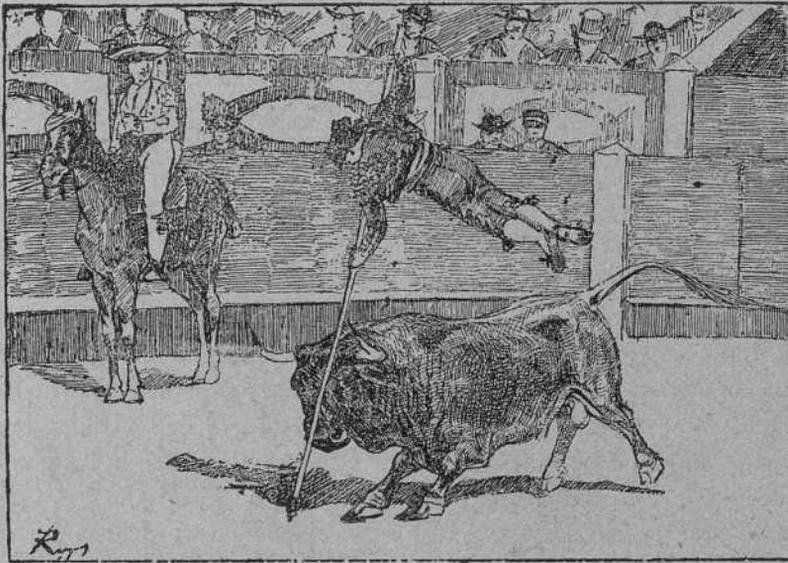
Hemos dicho antes que la suerte de recibir no se practica porque los espadas no tienen completa seguridad en el exacto manejo de la muleta. Verdad es esta que si alguien pone en duda nos hará preguntarle si conoce hoy algún matador de toros que, firme en su terreno y sin perderle, lleve á las reses donde quiera guiadas por su mano izquierda. Hay algunos que se defienden bien de ellas, aceptando el juego que dan, no el que él quiere; hay otros que llevan al toro persiguiendo el trapo pero perdiendo ellos el terreno que los bichos ganan; y hay otros que no hacen ni lo uno ni lo otro, salvando con los piés la deficiencia de la siniestra mano. Eso sí, dificultades podrán tener para manejar los brazos, pero las piernas cada vez las tienen más ligeras.

Como tampoco en el último momento *lian* la muleta, sino que extendida la ponen delante del cuerpo, sucédeles que por fuerza han de dar las estocadas por el sistema rápido y á golpe de trueno seco, pues de otro modo sería fácil la cogida, toda vez que no hay con uno y otro brazo la formación de la cruz que ambos hacen en aquel

momento. ¡Oh! y todavía hay algunos que califican de grandes toreros, de herederos de Montes y de no sabemos quiénes más, á lidiadores que sin preparación de la muleta para que guiada con la mano izquierda incline al toro al terreno de afuera, se lanzan valientemente (otro calificativo merecen) á clavar el estoque y á recibir un revolcón, en la seguridad de obtenerle, porque no saben

que llevan un trazo que ha de ser su salvación si le manejan bien. Podrá el público aplaudir al que tal muestra de ánimo temerario ponga de manifiesto, puesto que ya es costumbre otorgar palmas á cualquier cosa, pero lo cierto es que á la plaza no vamos á ver garrochazo por cornada, ni estocada por cogida.

Otra cosa muy distinta es el arte de torear.





XXIX

LOS QUITES



A oportunidad para hacer los «quites» á la gente de á caballo y á la de á pie que se ve en peligro, es una de las cualidades más esenciales en todo lidiador, y la que en muchas ocasiones denota en él gran conocimiento del arte, excelente vista y previsión y generosos sentimientos. No puede intentarlos nunca un hombre tímido que piense más en sí que en sus compañeros, porque el instinto de conservación propia ha de obligarle á ser tardío é ineficaz: no debe pensar en hacerlos bien el que no tenga dominio absoluto sobre sí para dobligar su voluntad hasta el punto de inclinarla, no al lado que más le guste, si no al que más convenga en el momento crítico y determinado; y no puede ni debe acudir á un «quite» quien no tenga conocimiento exacto de su profesión, y aun de la índole y condiciones del toro que ha de apartar del peligro. De todo lo cual se deduce que hará mejores

quites, más oportunos y de mayor efecto el torero que se aproxime más á la perfección que cualquier otro que, aun practicando determinada suerte, sea menos inteligente en la ejecución de todas ellas, abarcando ilimitadamente el conjunto de las mismas. Más claro; un excelente banderillero puede ser

mal espada y un espada que por lo regular sea atinado al herir, puede ser hombre para quien el capote sea un estorbo en los «quites», á pesar de su buen deseo. Esto, que no es nuevo, autoriza á creer que antes de tomar la alternativa de matadores, debieran los toreros ser muy duchos en el manejo del capote «á pie quieto», no fiando á las piernas la salvación del individuo.

Son, pues, los «quites» actos importantísimos del toreo, que aunque no constituyan suerte definida, implica grande competencia en el que bien los ejecuta, y pueden reportarle crédito y fama merecidos. ¿Hay nada que arranque aplauso más espontáneo que cuando á un hombre perseguido por el toro que avanza con tanta rapidez como la que aquél va perdiendo en la carrera iniciada, ver que, casi alcanzado, poco menos que encunado, se interpone entre ambos un capote oportunamente dirigido, merced al cual cambia de rumbo el toro y el hombre queda salvado? Ciertamente que no. En este caso, como para todos, es necesario saber apreciar cuándo es el momento de hacer ese quite, porque no dará buen resultado querer alcanzar al toro corriendo tras él, ni llamándole para que atienda á otro lado, en cuyo caso créese el animal perseguido y cocea, y rara vez se vuelve. Precisa entonces salir á su costado y teparle con el engaño, y el éxito es seguro, puesto que ve un objeto tan cercano, que le hace perder la vista del que perseguía.

Más sencillos son los quites que ahora hacen los espadas al situarse en el centro de la plaza, llegado el momento de que los banderilleros vayan á parear. Antes no salían los matadores de *asistentes* al acto, porque los peones antiguos ponían rehiletos en todos terrenos y cualquiera que fuese la situación del toro: ahora son necesarios, pues sin ellos veríanse aquéllos apurados en todos los casos en que llaman al toro y éste va; porque no quieren si no que esté quieto y clavado si fuese posible. Basta para este «quite» casi siempre, soltar á la larga el capote y cortar el viaje al animal, que se para asombrado.

La parte más principal y la que con más razón se ha llamado siempre quite, es aquella que se hace en la suerte de varas. Es de varios modos y voy á describirlos brevemente.

Para que el toro no recargue sobre el caballo más tiempo del que permita al picador echársele por delante, el capote es un poderoso auxiliar, y la suerte, ejecutada por dos entendidos diestros, es de las más bonitas del toreo. Un picador, apo-

yando la vara en el morrillo del animal al tiempo mismo que hace girar con la mano izquierda al caballo que monta, para librarle del hachazo, y un hombre á pie que incita la salida de la res, extendiendo á lo largo el capote hasta tropezar en el hocico de ella, es un cuadro digno del pincel de Ferrant y del lápiz de Perea. Rara será la colección de láminas taurinas en que no figure dicha suerte en primer término. Debe, pues, hacerse ese quite exclusivamente con «largas» ó sea con el capote extendido, tomado de una punta, porque es la postura natural, la más airosa y la que da tiempo á prevenir una mala ó contraria salida del toro.

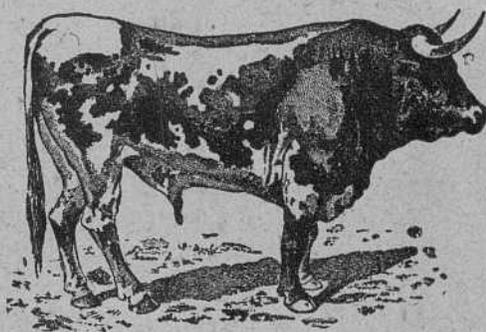
Yo condeno el sistema de abrir el capote á dos manos para hacer el quite á un picador que no ha sido derribado, y también para el que, habiendo caído, la fiera le ha abandonado, saliendo poco menos que de huída, porque si no hay peligro, si no hay que *quitar* ó salvar algún inconveniente, ¿á qué torcer el viaje de la fiera, que sale asombrada de la suerte? Quisieran en estos casos los espadas obtener aplausos que sólo prodigan los ignorantes, por dos ó tres malas verónicas, que recortando al toro á fuerza de correr á situarse fuera de cacho, le dejan parado; pero si quieren pararle, ¿por qué no dan esas verónicas á pie quieto y como el arte manda? Dejen al toro la salida franca, como las leyes del toreo exigen, y no quieran pase como *quite* lo que no lo es, puesto que significando en tauromaquia la palabra quitar, apartar, impedir que el toro arremeta contra el que tiene cerca como objeto de su fiereza, bien se comprende que cuando sigue su viaje natural, apartándose de todos los bultos, no hay tal quite, porque el apartamiento es voluntario. Insisto en esto, porque da ira ver cómo se trata á los toros para destroncarlos, y lástima la impasibilidad de los ganaderos al presenciar la lidia que hoy se practica.

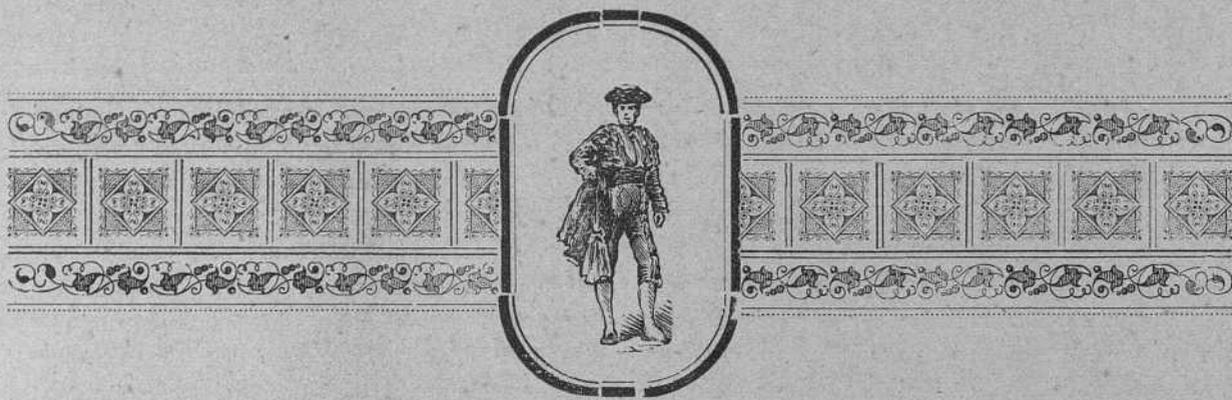
El quite verdadero, el quite de mérito, es aquel en que derribado al suelo el picador, se le ve esperando con angustia la cornada, sin poder moverse ni evitarla; al toro pegajoso, corneando al jaco con codicia, y á todos los espectadores, siendo presa de un terror y de un anhelo y fatiga extraordinarios, hasta que la capa del espada cubre la vista de la fiera y *aguantándola* de cerca sus derrotes, poco á poco y paso á paso, la lleva empapada en los pliegues del trapo, hasta apoderarse de ella, consintiéndola con su cuerpo, y salvando, con gravísima exposición de la propia, la vida del compañero desvalido. No hay con qué pagar un quite

de esta clase, y para ejecutarle ni deben pedirse observancia de reglas marcadas ni respetarse jerarquías. De cualquier modo que se arroje el capote á la cara del toro, de frente, de costado, liándosele al testuz, hágalo el primer espada ó el último banderillero ó todos los que cerca estén, siempre será bien ejecutado si se consigue el fin apetecido, que la vida de un hombre es ante todo. Por eso aplaude el público actos que, no existiendo aquel peligro, no puede tolerar; como son: el coleo innecesario y la intervención de los peones en atribuciones propias del espada; y yo me permito aconsejar á los toreros que, en casos tales, evitando todo barullo, pero demostrando eficacia, ayuden y estén muy al cuidado del compañero que arranca la fiera del sitio del peligro; porque haciendo este quite de cara á la misma, tiene que ir retrocediendo cuanto aquélla avance, y no es lo mismo ir

perdiendo terreno que ganándole, ni fácil atender á la colocación que se tiene en el ruedo, ni si en él hay otros inconvenientes que puedan acarrear un percance.

Como síntesis de este artículo, puede decirse que no intenten acudir á los quites los toreros que carezcan de valor, ni los que manejen mal el capote; que no se corra tras de los toros que persigan á un diestro, si no que para hacer el quite interpongan el capote de frente ó de costado; que no son quites, sino abuso detestable, las medias verónicas movidas, que impiden al toro, después de recibir el puyazo, seguir su viaje natural, ya por ellos iniciado; y que para los quites de compromiso, de aquellos en que por hallarse al descubierto un hombre, es necesario apelar á todos los medios, en el primer momento ha de seguirse el impulso del corazón, y luego que dirija la cabeza.





XXX

LA CAPA DE FAENA



El mano maestra pintó las excelencias de la capa el inclito *Solitario*, en una de sus famosas escenas andaluzas, modelo todas de buen decir y de una gracia y donaire inimitables. No hemos, pues, de pensar siquiera en hablar sobre lo mismo una palabra, que no picamos tan alto, ni mucho menos; y nuestro intento es únicamente referirnos á la capa de faena, impropriamente llamada capote, que usan los toreros en el rondel, ya que aquella eminencia se limitó á describir las gracias, ventajas y utilidad de la capa de calle ó paseo, prenda exclusiva de los españoles.

La capa de faena en la lidia de toros bravos es de uso muy antiguo, y en nuestra opinión debió sustituir á los capotes, anguarinas, gabanes y ferreruelos, de que se valían los caballeros y sus criados para los empeños de á pie y otros lances comprometidos. Ya el célebre

D. Francisco de Quevedo, dijo en una de sus poesías:

Jineta y cañas son contagio moro:
restitúyanse justas y torneos,
y hagan paces *las capas* con el toro.

Y esto prueba que en su tiempo, ese poderoso auxiliar del hombre para lidiar reses bravas, era de uso común y corriente: no el capote, que éste se diferencia de aquélla en que, sea cualquiera la hechura que le dé la moda, ó tiene mangas ó lleva huecos para meter los brazos. Sin embargo, como ya en la fraseología moderna se confunden ambas voces, hasta el punto de considerarlas sinónimas en el toreo, no hemos de ser los que en contrario rompan lanzas: nos quedaremos *á la capa*, sin echársela á nadie, y usaremos también de ambas voces—aunque lo menos posible,—que el mal ejemplo cunde y todos por él pecamos.

Con la capa debajo del brazo sale de casa el *guripa* de nuestros días, más alegre que unas castañuelas, á tomar parte en las capeas de los pueblos, sorteando, por lo general, novillos que no tienen de tales más que el nombre, pues son toros de seis ó más años, ya corridos veinte veces: suele volver al hogar de donde salió, que no nos atrevemos á decir suyo, con algunos coscorriones, pero contento y dispuesto para igual fiesta en otra parte, porque está convencido de que para ser torero no tiene otra escuela donde hacer su aprendizaje. Cuéستale caro en ocasiones, pero qué remedio; el que quiere algo, algo le cuesta, y poniendo en práctica el proverbio de que el que tiene capa escapa, se atreve á dar cuantos *lances* puede con la suya. ¿Qué sería del infeliz *guripa* sin su capa, cuyo manejo estudia en el patio de la casa, en el campo, en la calle ó en donde mejor se le proporciona?

¡Ah! Y el que aprende á manejar bien la capa tiene mucho adelantado para ser un buen torero. En las funciones de toros es elemento indispensable; es el baluarte detrás del cual el hombre se hace inexpugnable, es el salvavidas de cuantos en peligro se hallan, y es el instrumento que contribuye más eficazmente á regularizar la lidia, ordenarla y hacerla agradable, apartando de la vista lo repugnante ó triste.

Una capa bien guiada por mano diestra consigue fácilmente la buena colocación de un toro ante un picador que le espera, y con la misma facilidad echándola á la larga en la salida de la suerte de picar, recoge la fiera y la indica su viaje natural;

á no ser que por la codicia de la res, por su gran poder ó por la impericia del picador haya necesidad de coger la capa á dos manos, interponerla entre el hombre derribado y las aceradas astas, y allí el diestro, aguantando el momento del hachazo, le espera con ánimo, le reciba en la capa una, dos y tres veces, y alcance con su valor y el auxilio de aquel trapo, la salvación del picador que ni cuenta se da del peligro que ha corrido. ¡Dichosa capa ypreciadas manos que la guiaron!

En la suerte de varas, esos lances son frecuentes; pero la utilidad de la capa no se señala en ellos tan sólo. En la suerte de banderillas también sirve como en cualquier otra, que no hay poca exposición para el diestro que sale del embroque perseguido ó enganchado. Allí no hay cuerpo intermedio que separe el testuz del toro del cuerpo del hombre; el derrote, si le alcanza, le voltea, cuando menos, y si no fuese por una capa arrojada en aquel instante supremo, en aquel momento de angustia y de terrible expectación, por un lidiador valiente y de inteligencia, le recogería del suelo y Dios sabe si allí tendría el pobre banderillero el fin de sus días y el principio del hambre para sus hijos.

¡Pobre espada el que se viera sin rojo trapo en la mano izquierda, aunque la diestra sostuviese pesado hierro, y pobre el que tiene que habérselas con un toro de sentido que corta el terreno y llega entero á la muerte! Si la capa de un hábil compañero no distrajese repetida y tenazmente la atención del toro, si no lo separase á tiempo del lado del matador, desgraciada sería la suerte de éste, y con dificultad se libraría de una cogida.

En todos los lances, en los menores detalles é incidentes de la lidia, la capa es la Providencia del torero, el áncora de salvación de muchas vidas. Ya lo hemos dicho: el torero que sepa manejarla con soltura, aquel á quien un corazón de bravo sostenga los brazos que la tomen con sus manos, tendrá mucho adelantado para llegar sano y salvo al término de su carrera, llevando siempre unido á su nombre el de salvador de sus compañeros, que es el título que más puede enorgullecer al hombre de honrados sentimientos.

Obsérvese bien, y que los que aspiran á tener un buen nombre no lo olviden; nada hay en esa profesión tan importante, nada conduce á fines más prácticos en tan difícil arte como la oportunidad en el manejo de la capa; nada tan elegante como el capeo de brazos; nada tan seguro como la aplicación de las reglas escritas, en que entra como

principal condición el uso de la capa ó de la muleta, verdadera piedra de toque del arte de torear. Los más célebres diestros llegaron á serlo por el perfecto conocimiento, por la exacta ejecución con ella de las suertes inventadas; el gran Romero, por la seguridad en su muleta, con la cual guiaba á los toros á su voluntad, haciéndoles seguir la ruta por él marcada como el acero sigue al imán; el famoso Montes por su capeo á la aragonesa (de frente por detrás), el inolvidable Redondo por sus recortes capote al brazo; *Cúchares*, por sus limpias

navarras, y el elegante Cayetano por sus diversos lances, de capa de todos modos y en cuantas variaciones se han usado hasta ahora

Sin la capa no hay toreo de arte verdadero; ir á él sin saber manejarla es enviar á cualquiera á batirse sin conocer para qué sirven las armas; el único parapeto que la inteligencia del hombre puede oponer á la fuerza bruta del toro, en la seguridad de hacer con aquél un firme obstáculo que aleje todo peligro, es el capote de faena. ¿Quién habrá sido el inventor?





XXXI

LA MULETA Y EL CAPOTE



Es aquí dos instrumentos de los más importantes en el arte taurino; tan importantes que sin ellos sería difícil, sino imposible, dar muerte á los toros en la lidia.

Bien haya, pues, Francisco Romero, que inventó la muleta como poderoso auxiliar para suerte tan arriesgada al mismo tiempo que lucida.

Con la muleta en la mano, un buen espada no tiene que temer nunca la embestida del toro, ni debe huir si le acompaña el valor; al contrario, haciendo buen uso de ella, puede domar la fiereza de las reses, conocer sus condiciones y prepararlas á recibir la muerte, dándolas la colocación conveniente, llevándolas al sitio más adecuado y corrigiendo sus resabios ó sentido.

A los hombres más diestros en el manejo de la muleta les ha sido siempre más fácil estoquear los toros que á los que, torpes en dirigirla extendida, al aire ó inclinación más apropiado, les ha servido

de estorbo y cosa inútil. Esto es sabido por todos los que ven toros y no hay para qué hablar más de ello.

Pero la muleta, cuando fué inventada y mucho tiempo después, no era lo que hoy aparece en cuanto al tamaño. Debió ser pequeña, puesto que el inventor y los que le sucedieron en todo el siglo pasado llamáronla *muletilla* y corrobora esta opinión la explicación que de ese instrumento hace el maestro José Delgado (*Illo*) en su *Tauromaquia ó Arte de Torear*, página 76 de la edición con láminas, de 1804, que describe así: «La muleta se hace, tomando un palo ligero de dos cuartas poco más de largo, que tenga un gancho romo en uno de los extremos, en el cual se mete un *capotillo* cuyas puntas deben unirse en el otro extremo del palo, dándole algunas vueltas para que quede seguro.»

Por espacio de muchos años después de *Pepe Illo* todos los matadores, sin excepción, han usado esa muleta del tamaño de un capotillo, no de una capa ó capote, colocado en un palo de solas dos cuartas de longitud, si bien algunas veces, en lugar de tela de lana ligera y flexible, sustitúan ésta con otra más fuerte y pesada á fin de evitar la influencia del aire en tarde desapacible, pero sin aumentar por eso su tamaño. A *Curro Cúchares*, con el objeto indicado, vimos en más de una ocasión atar con un nudo en el extremo de la punta más larga, ó sea la más distante del cuerpo, una pequeña piedra que hiciese peso y permitiese desarrollar el trapo en toda su extensión. Sencillas, pequeñas también y de ligera tela, fueron las que regalaron al mismo *Cúchares*, al *Salamanquino*, á Manolo Arjona y á *Pepete*, con una inscripción bordada con plata que decía: «Galicia á... (el nombre de este matador)» cuando el 31 de Julio de 1853 se celebró en Madrid una gran corrida de toros á beneficio de los pobres habitantes de aquella región, y hasta algunos años después, ni se vieron aumentadas en tamaño ni forradas de otra segunda tela.

Pensaron de otro modo varios espadas más modernos, casi todos andaluces, aunque no todos sevillanos, y han ido *alargando la tela* de tal modo, que al pendón que empezó á usar el *Gordito*, le han dejado relativamente corto, y al palo de dos cuartas le han hecho crecer otro tanto. Estos son hechos que nadie pondrá en duda, atribuyendo á manías de los viejos su aseveración, que gente joven hay que no há mucho á visto usar muletas cortas á toreros modernos. Si son unas ú otras más á propósito para la lidia: si es mejor ó peor que las nuevamente usadas lleguen por un lado á barrer el suelo y por otro á separar tanto al toro

del centro de la suerte que se vea el hombre á tres metros de distancia de la cabeza de las reses, al paso que las antiguas requerían torear en corto y ceñido, el público lo dirá: bien que el público, en su mayoría, se preocupa poco de lo que más debiera importarle para apreciar el mérito de las suertes. Nosotros diremos siempre que el que no afronta el peligro, el que pone lejanas murallas para esquivarle, no es valiente: y el torero que no es valiente, por mucho que sepa, no tiene la primera de las cualidades que se exigen para torear.

*
* *
*

No es el uso del capote de tanta importancia ni de tanto mérito, como el de la muleta, aunque no deja de tenerlo en los diversos lances de la lidia. Ya van expuestos en otro capítulo, que ampliaremos en el presente. Requiere para manejarle cierta destreza, al mismo tiempo que actividad, y especialmente en los quites puede ser muy útil: no se ha inventado solo para llevar al toro de un lado á otro, que es necesario también para fijarle, pararle y quebrantarle cuando sus condiciones lo requieran, y la inteligencia del torero ha de manifestarse en la oportunidad de usar la capa. Es lo más difícil, en su juego, los galleos, la suerte de frente por detrás, las navarras y las verónicas: y lo más fácil, correrle por derecho abanicarle, lancearle de costado y recortarle con largas, por más que esto aparezca ser de mucho efecto. Cuando se vea recortar con la capa abierta de extremo á extremo, sin parar, ó sea ganando el hombre con media carrera en círculo el terreno que no debió perder si hubiese tenido valor para dar una verónica á pie quieto, no se aplauda, que eso ni tiene mérito, ni es propio de toreros que por tales se tengan, sino de capeas de pueblo. Nunca la capa debe tomarse más que de dos modos; ó de una punta para largas y carreras, ó con las dos manos, por los extremos de la charretera de la esclavina, para las demás suertes escritas, sin que esto quite que para quien sepa y se atreva á ejecutarlo, que son tan pocos que hoy no llegan á dos, se lleve rodeada al brazo para recortar en sitio amplio y conveniente.

Sabidos los usos á que la capa se destina, fácil es apreciar las ventajas que sobre otros ha de llevar el torero que la maneja perfectamente. Un capotazo á la derecha, en vez de dirigirla á la izquierda puede transformar de tal modo el resultado de la suerte, que produzca el contrario del que se pensó, y aun á veces un verdadero perjuicio. Mu-

chas capas estorban en cualquier sitio en que se hallen, y los espadas que las consienten hacen mal en ello: ni aun para matar un toro de sentido se necesitan más de dos, y de ellas, ha de estar situada una á la cola de la res.

Por lo general, los toreros que capean bien y con arte, manejan perfectamente la muleta; pero

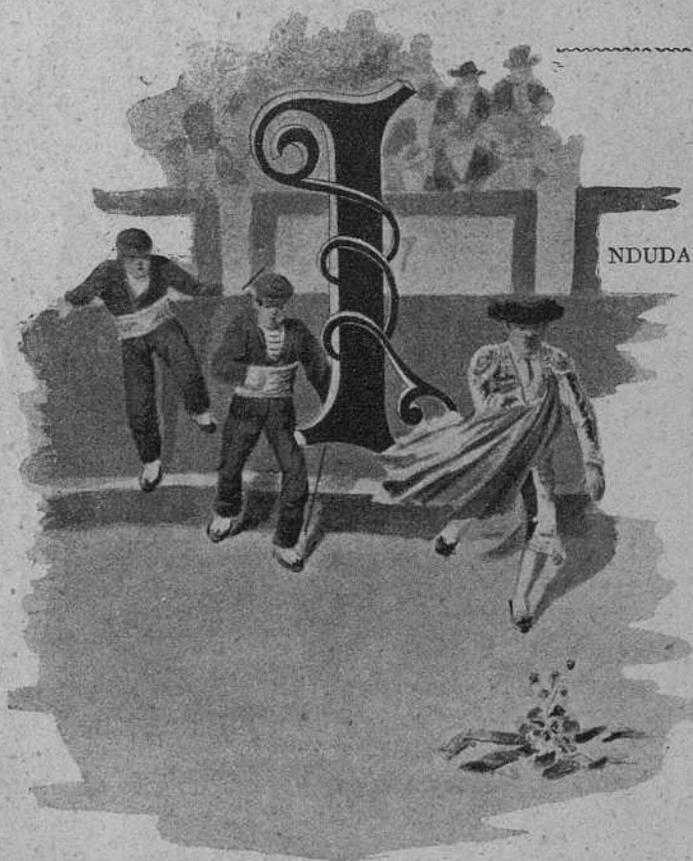
ésta exige mayor habilidad, y según *Pepe Illo* siempre debe llevarse solamente en la mano izquierda, lo cual quiere decir como preparación al manejo de ésta, que es indispensable aprender con empeño la manera de usar el capote de todos modos y en todas ocasiones, para cimentar la reputación de un buen espada.





XXXII

LAS COMPETENCIAS



INDUDABLEMENTE, desde que hay corridas de toros, sostiénese entre los lidiadores que más descuellan por su valor, inteligencia y mérito, esa noble emulación que los estimula á aprender cada día más su difícil arte, y á procurarse los aplausos y simpatías del público. Este, casi siempre, ha tenido la culpa de que esa emulación se convierta en negra envidia, y más de una vez ha originado desgracias por intemperancia y apasionamiento. ¡Cuántos daños ha causado, en el momento de efectuar una suerte, la manifestación de desagrado de cualquier vocinglero! ¡Qué criminal es el que apostrofa á un torero cuando va al toro, y antes de que cumpla su cometido le silba y escarnece!

Y esto no es de ahora. Ha sido siempre, y no lleva trazas de concluir, como no sea por falta de toreros buenos, que viene, desgraciadamente, mucho más de prisa de lo que quisiéramos,

porque hay muy pocos que puedan llamarse tales.

Las competencias han sido más ó menos empeñadas en todos tiempos, según la resistencia de los que las han sostenido, haciendo evidentes su maestría y sus recursos, pero entrando en ellas como factor principal el estímulo entre dos toreros notables.

Para recordar las que han sido de alguna importancia de cien años acá, basta recorrer la historia taurina, lo cual no es tarea difícil para el verdadero aficionado, que no se contenta con asistir frecuentemente á las corridas de toros, sino que además cuida de saber qué es el toreo y sus vicisitudes; sin embargo, refrescando recuerdos, haremos una ligera mención de las competencias que de un siglo acá se han señalado como principales, empezando por los tiempos más inmediatos.

Ahora poco concluyó la persistente y continua competencia, que por espacio de veintitantos años sostuvieron con honra y provecho Rafael Molina (*Lagartijo*) y Salvador Sánchez (*Frasquello*), que sucedieron á Antonio Sánchez (*El Tato*) y á Antonio Carmona (*El Gordito*), entre quienes fueron más encarnizadas las diferencias, llevadas al extremo en Cádiz á fines de Septiembre de 1868, y antes en Madrid, donde se crearon periódicos para encender las pasiones de sus respectivos partidarios, especialmente contra los del segundo.

Ya habían luchado en buena lid diez años antes el maestro Cayetano y el *Tato* en aquellas célebres corridas en que Cayetano hacía desalojar completamente la plaza de todo peón cuando mataba los toros; y pocos años más atrás, el mismo maestro, fué el antagonista de Julián Casas.

Pero la gran competencia, la que trajo en Madrid alborotados los ánimos de los aficionados y de muchos que hasta entonces no lo habían sido, fué la que en 1852 sostuvieron, durante seis corridas, los inolvidables *Cúchares* y *Chiclanero*, y que estaba iniciándose desde que el último vino á obscurecer las glorias de aquel. Montes no tuvo competidor que le disputara sus laureles; y Lucas Blanco, Yust, Domínguez y algunos otros llenaron su hueco sin desdoro, pero sin emulaciones. Sólo Juan León y Antonio Ruiz (*El Sombrero*), en años anteriores, fueron incitados á contender en su profesión, más que por ella, por el efecto que en sus respectivos partidarios influían las ideas políticas que distintamente ostentaban, pues León fué siempre liberal y el *Sombrero* realista.

Tampoco el desgraciado *Curro Guillén*, que murió en Ronda el 20 de Mayo de 1820 (por la

imprudencia del aficionado Manfredi), tuvo competidores; bien es verdad que entonces había pocos toreros que merecieran ese nombre. Ni Agustín Aroca, ni *Sentimientos*, hicieron más que cumplir sin arrebatarse el ánimo de los concurrentes, y su época fué de las de mayor decadencia del toreo, sin duda porque, empeñada la Nación en guerra con los franceses, acudían á ella los españoles como asunto más importante.

Pero antes, y descartando la competencia que há cien años cumplidos tuvieron los diestros Pedro Romero y *Pepe Illo*, de que tanto se ha hablado y que dió motivo á ocuparse de ella en la preciosa zarzuela *Pan y Toros*, los ánimos de los madrileños estaban muy excitados, y apasionados unos en pro y otros en contra de Romero y de *Costillares*, el cual estaba considerado como un maestro, y realmente debió serlo, porque la invención del volapié, de que es autor, no la concibe el que no lo fuere. Por eso aplaudían á este sin cesar los de una clase, y los de otra á Romero, en quien veían prodigiosa facilidad para recibir toros y ejecutar otras suertes, sin el más ligero contratiempo en su larga carrera.

Llegó á la prensa de entonces la inquina de los partidarios de *Costillares*, y entre otras apreciaciones publicaron el siguiente soneto que hizo ruido:

A PEPE-ILLO

¿Apasionado soy del gran Romero?
No. ¿Del señor Joaquín por excelente
soy partidario? Nunca. A el diligente
Pepe-Illo he graduado por torero.

En Perico el valor le considero
empleado muy mal: ¿es evidente
que está en Joaquín? También es aparente.
El que *Pepe-Illo* muestra verdadero.

Conque discurre, queda declarado,
á quién estimo más de todos, pues
ya he dicho de qué es Pedro el afamado
quien no me gusta. ¿*Costillares* es?
Tampoco; quiero sea privilegiado
el intrépido Pepe entre los tres.

A COSTILLARES

¿Apasionado soy del gran Romero?
No. Del señor Joaquín por excelente
soy partidario. Nunca á el diligente
Pepe-Illo he graduado por torero.

En Perico el valor le considero
empleado muy mal. Es evidente
que está en Joaquín. También es aparente
el que *Pepe-Illo* muestra verdadero.

Conque discurro, queda declara lo,
á quién estimo más de todos, pues
ya he dicho de que es Pedro el afamado
quien no me gusta, *Costillares* es.
Tampoco quiero sea privilegiado
el intrépido Pepe en re los tres.

A ROMERO

¡Apasionado soy del gran Romero!
No del señor Joaquín por excelente
soy partidario; nunca á el diligente
Pepe Illo he graduado por torero.

En Perico el valor le considero.
Empleado muy mal, es evidente,
que está en Joaquín. También es aparente
el que *Pepe Illo* muestra verdadero.

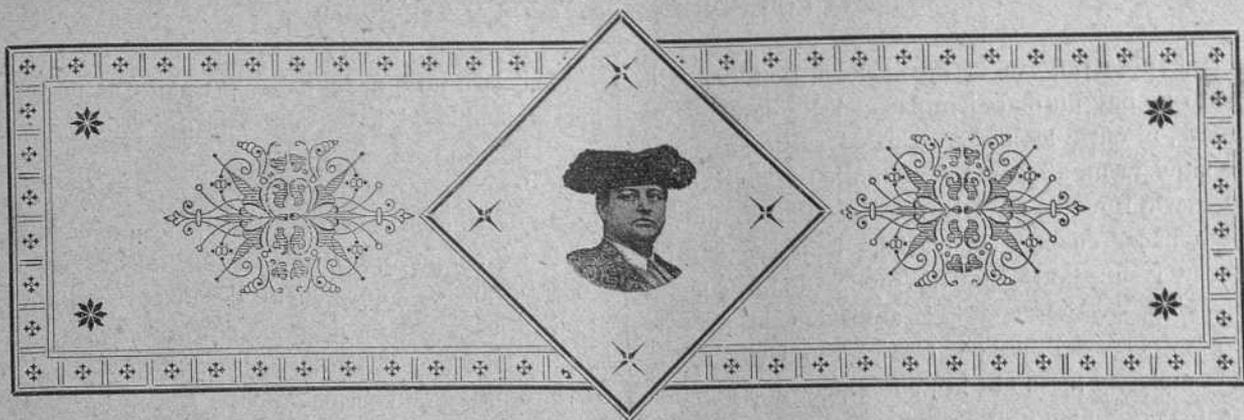
Conque discurro queda declarado
á quién estimo más de todos, pues
ya he dicho de que es Pedro el afamado.
Quien no me gusta, *Costillares* es.
Tampoco quiero sea privilegiado
el intrépido Pepe entre los tres.

El autor, cuyo mérito no calificaremos, quiso quedar bien con todos, dejando al aficionado que colocase, donde bien le pareciera, los signos ortográficos, según sus inclinaciones le llevasen á favor de cualquiera de los tres diestros. Algún soneto más se publicó en la misma época (1790), inclu-

yendo en él á Pepe Conde, torero acreditado; pero del contenido de ambas composiciones se desprende, á nuestro modo de ver, por lo encomiástico de las frases, más predilección por los maestros Romero y *Costillares*, que por los otros espadas. La emulación entre dichos maestros debió ser muy marcada, si hemos de atender á la circunstancia especial y poco frecuente, de que en la corrida verificada en Madrid el 26 de Octubre de 1789 trabajaron alternando Romero y *Costillares*, sin consentir ninguno en el redondel otros lidiadores que los que componían la cuadrilla respectiva.

Podríamos exponer nuestra opinión, fundándola, acerca de los matadores de toros que en dichas competencias se llevaron la palma; pero cuando viniéramos á hablar de los tiempos modernos, sería fácil que los apasionados de unos espadas manifestasen distinto criterio, puesto que de gusto no hay nada escrito, y nosotros no somos capaces de componer sonetos ni otras poesías que puedan interpretarse á placer de quien las lea, con solo variar los puntos y comas que el autor omitió de intento en la que va copiada. En la conciencia de los inteligentes en el arte de torear, está bien grabada la memoria de los que le han practicado más fielmente, observándole sin adulteraciones y en toda su pureza; ¿á qué hablar, pues?





XXXIII

OLVIDOS PERJUDICIALES



EUSTO es confesar que en el ejercicio de la tauromaquia ocurren con frecuencia incidentes y sucesos, que por lo mismo que son apreciados con diversidad de criterios, parecen de difícil solución siendo muchas veces ésta contraria á las buenas prácticas taurinas, y aun á disposiciones escritas, que olvidan ó no han querido aprender, quienes tienen obligación de conservarlas en la memoria bien estudiadas.

Un incidente sencillo al parecer, pero que puede acarrear, si se repite, funestas consecuencias, ocurrió en la plaza de Madrid el día 29 de Junio de 1892. Por haberse inutilizado en el redondel un toro colocado en tercer lugar, y por consiguiente, que tocaba matar al espada novillero Gavira, se suscitó la duda, entre algunas personas que no debían tenerla si de cosas de toros entendieran, de si habría pasado el turno para aquel espada, en cuyo caso correspondería matar al cuarto toro á

Cayetano Leal. En la Presidencia, donde por lo visto no hay un mal ejemplar del Reglamento vigente, ni entre los que á su palco asisten se cuenta siquiera un aficionado entendido, se dejó correr al cuarto toro, sin advertir á los espadas lo que debían hacer cuando los clarines llamasen á estoquear, y sucedió lo que no podía menos cuando no saben por dónde anda la autoridad, los toreros y gran parte del público. Gavira tomó el estoque y la muleta y fuese al toro, y Leal, con los mismos trastos en la mano, se dirigió resueltamente á acabar con la fiera, y así lo hizo después de darle dos pases cada uno. En Madrid no recuerdan los que hoy viven caso igual, aunque originado por distintas causas, más que el de *Cúchares* y el *Chiclanero*, en la tarde del 26 de Septiembre de 1846, y entonces, como ahora, fué estoqueado por aquel á quien le tocaba el turno, y entonces también el público gritó y se desgañitó censurando ó aplaudiendo, según sus parcialidades, y atendiendo á todo menos á la razón y la justicia.

Nuestra afición es celosa, como lo tiene acreditado en su larga vida, de que no se alteren las buenas prácticas basadas en la experiencia y de que se cumpla lo mandado en los Reglamentos al pie de la letra y sin distingos ni subterfugios. Por eso va á emitir francamente su opinión empezando por afirmar que no conocemos personalmente á ninguno de los espadas referidos, y por consiguiente no tenemos por uno más simpatías que por otro, y como tampoco se trata del mayor ó menor mérito que como toreros puedan alegar en su favor, la cuestión queda reducida á los siguientes términos:

Quando un toro se queda inútil para continuar con él la lidia y hay precisión de acachetarle, ¿debe pasar el turno del espada á quien correspondía matarle?

La respuesta no queremos darla nosotros, que tantas veces hemos visto resuelta la cuestión en sentido afirmativo; la va á dar el art. 71 del vigente Reglamento de 14 de Febrero de 1880, que dice así literalmente: «Artículo 71. Cuando un toro se inutilice durante los dos primeros tercios de la lidia y tenga que ser acachetado en el redondel ó llevado al corral, pasará el turno establecido para los matadores; por manera, que el espada á quien correspondiese estoquear la res inutilizada matará una menos que los otros.»

Más claro no puede haber precepto alguno, ni más aplicable al caso, tampoco. ¡Si está escrito precisamente para él!

No ha faltado quien diga que el toro tercero del día 29 no se inutilizó en la plaza, sino que ya salía inútil del chiquero, y, por consiguiente, no debió pasar turno. No hemos vuelto de nuestro asombro al oír tal aseveración. ¿Conque el toro fué *útil* para correrle en todas direcciones (y por cierto que salió rebrincando y con bríos) y para tomar varas en regla, y era inútil desde antes de salir? Pues si era inútil, ¿por qué se le utilizó? Si tuvo lidia, si pudo coger á un diestro, si pudo causar daño, ¿no fué en la plaza su inutilización? Y si lo fué, ¿no debe pasar turno para el espada?

Que era inútil para toda la lidia dicen también algunos. Entendámonos: aquel toro tercero y todos, absolutamente todos los lidiados aquel día, eran inadmisibles para una corrida de toros, ¿eh? de toros, con espadas de alternativa; para una novillada en que empieza el cartel por anunciarlos como *desecho* de tienta y cerrado, son corrientes y utilizables los que están llenos de contrarroturas y sobresanos; los enfermos, con tal que corran; los derrengados, los mogones, cubetos, etc., que estamos hartos de ver; de modo que huelga por completo la observación de ser inútil antes ó después de la lidia. ¿Hubo ésta? Pasó turno. Eso es indiscutible.

¡Pues no podía dar lugar á pocos disgustos entre los toreros, gente por lo común fatalista y supersticiosa, una cogida ocasionada por un toro que, estando destinado á otro espada y por alterar el turno establecido de antemano, viniese á tocar al lastimado! ¡Sería de oír á los partidarios de éste!

Muchos conflictos se resolverían pacíficamente, ó mejor dicho, se evitarían si los toreros, el público y las autoridades supiesen la letra del Reglamento y algo de los prácticas inconcusas que en el toreo forman ley; pero como no es posible hacerles entender sus obligaciones y deberes respectivos, bueno sería que en todas las galerías de la plaza de toros se fijase impreso dicho Reglamento para consultarle el público, y que al mismo tiempo á los efectos que haya lugar, que bien se sabe cuáles son, se fije un ejemplar en el palco de la Presidencia, pero éste con letras muy gordas.



XXXIV

CUESTIONES IRRESOLUBLES.—EL ENCHIQUERAMIENTO



BIEN se sabe que ha sido, es y debe ser siempre costumbre en las plazas de toros que los dueños de las ganaderías de que procedan las reses para la lidia, designen por sí ó por medio de representante el orden en que éstas han de aparecer en el redondel, porque, conocedores de la historia y de las condiciones que cada una tiene, pueden elegir más acertadamente el lugar de preferencia que hayan de ocupar, para dar mayor realce á la fiesta y renombre á su vacada.

Comunmente preparan la buena disposición del público, haciendo romper plaza al toro más hermoso y mejor criado; mezclan los demás por el orden que consideran más atinado, y procuran colocar en quinto lugar al de mejor historia y lámina, con la esperanza de que demuestre gran bravura, viniendo de antiguo, tal vez por esa continuada práctica, el adagio de «no hay quintó malo.»

En eso sucede, sin embargo, lo que en otras muchas cosas. No todo parece lo que es realmente; y se han repetido con harta frecuencia los casos en que un toro fino

y de buena historia haya renegado de ella, y que de otro, basto, feo y de malos antecedentes, dure la memoria largos años.

Es regular que el ganadero, atendiendo á sus propios intereses, observe en unas ocasiones la conducta que dejamos indicada, y en otros casos la que á los mismos crea oportuna para la colocación en los chiqueros de los toros lidiables, sin que le guen afecciones ni compadrazgos con los matadores. Queremos suponer también que las empresas, en ese particular, seguirán la línea que aquellos marquen previamente, y que, de no tener instrucciones concretas, no han de apartarse de la costumbre admitida y razonable; pero, ¿quién responde de que esto sea siempre así? Pues qué, ¿para nada entran en el corazón humano las afecciones y simpatías á diestros determinados?

Por efecto de estas simpatías puede acontecer que un ganadero ó un empresario haga encerrar en los chiqueros, por el orden que á bien tuviera, toros pequeños, de poca cuerna y escasas facultades, con destino al espada de su devoción, y grandes, cornalones y potentes para los otros matadores, á quienes sin quererlos mal, quíeralos é impórtente menos. Y á esas simpatías pueden agregar los empresarios su particular interés, porque á un espada cuyo nombre en el cartel *dé entradas* forzosamente han de proporcionarle todos los medios para que su fama vaya en aumento, ó cuando menos no decaiga y el cálculo mercantil no resulte fallido.

Aunque nosotros profesamos la doctrina de que los matadores de toros tienen la obligación de lidiar y matar cuantos salgan de los chiqueros, sean cualesquiera las condiciones que reunan, comprendemos perfectamente que es más razonable entregar una res de gran respeto á un primer espada que á un tercero, tal vez nuevo en el arte, y por lo mismo de menos recursos y conocimientos. La experiencia adquirida, la reputación que el primero debe gozar, la mayor retribución que cobra, son dignas de tenerse en cuenta, en apoyo de esa razón, para que *lleve el hueso* de la corrida.

Es más; al paso que él puede hacer gala de sus conocimientos con toros difíciles — que es con los cuales se acredita el fundamento de la justa fama — el público ha de atribuirle gran inteligencia, así como meta errores propios de novilleros, dispensándole en todo caso una mala faena; que á los altos se le ve siempre por el lado bueno, y á los bajos por el contrario, juzgándoles con estrechez de miras.

Bien se nos ocurre que alguien podrá salirnos al encuentro diciendo que las simpatías de los gana-

deros ó empresarios, tanto pueden tenerlas en favor de un espada como de otro, y que en el mero hecho de tener alternativa un matador debe ser inteligente como los demás. No negamos que así debe ser, pero sí diremos que así no es. Al de fama se le halaga de todos modos; al que no la tiene no se le solicita; él es quien suplica le den corridas para trabajar, haciendo ruegos é interponiendo influencias á fin de conseguirlo.

Hemos hablado sólo en hipótesis, entiéndase bien. Por más que los maliciosos quieran haber observado que en determinadas épocas y á ciertos lidiadores se les hayan dado toros pequeños y de cuernos cortos, y á otros de inferior categoría grandes y cornalones, no podemos admitir la idea de que exista siquiera, ó haya existido, semejante diferencia, y en todo caso habrá sido pura casualidad sin intención preconcebida.

Por eso, y porque sería notoriamente injusto privar al dueño de los toros del incuestionable derecho que le asiste para colocarlos por el orden que mejor estime al fin de que sean corridos, no admitimos ni por un momento que la autoridad ni los veterinarios, ni los toreros, ni tampoco un jurado nombrado al efecto, puedan en ningún caso usurpar aquellas atribuciones.

La autoridad, porque no debe de ningún modo inmiscuirse en asunto del cual pudiera sospecharse el menor indicio de parcialidad. Son más altas sus funciones, y debe rodearla siempre el prestigio que la corresponde.

Los veterinarios, ya fuesen nombrados de oficio ya por las partes interesadas, darían lugar á quejas de ganaderos y lidiadores, porque para unos y otros no es cosa baladí la de que se trata. Si escogían entre el ganado encerrado para primer toro, por ejemplo, al más buen mozo, al de mejor trapío, podría objetarles el ganadero que aquel era el de peor historia en la vacada, y si á ella respondiese, el público se encontraría predispuesto á ver en los toros restantes iguales ó peores condiciones. A esto no podrían contestar razonadamente, y mucho menos si eligieran el bicho de peores cualidades ostensibles para romper plaza, que entonces no habría quien los oyese.

Menos aun podría encomendarse la elección de ganado á los lidiadores. ¡No surgirían entre ellos pocas rivalidades y contiendas, que se reflejarían luego en el redondel! Y en el caso improbable, casi imposible, de que su prudencia, traspasando los límites de la bondad, se conformase con aceptar tan espinoso encargo, ¿cuál de los matadores debía

empezar á escoger? Esa sería la cuestión inmediata que se suscitase. Alegaría el primero el derecho de antigüedad; otro tanto diría el segundo, y el último apoyándose precisamente en que al más moderno deben concedérsele más ventajas, querría anteponerse á los demás á fin de no cargar con lo que otros desdeñaran.

Las mismas razones que van expuestas ocurrirían al jurado que al efecto se nombrase. ¿Y quién había de nombrarle? ¿Los ganaderos, las empresas, los lidiadores y la autoridad? Buena amalgama resultaría de tan heterogéneos intereses. Ni habría

quien aceptase semejante cargo, ni el jurado llegaría á ponerse de acuerdo una sola vez.

Siendo absolutamente imposible cambiar la costumbre establecida, aunque se preste, como algunos suponen, sin fundamento en nuestra opinión, á cábalas y compadrazgos, no hay medio alguno de alterarla mejorándola, y lo que no ha de mejorar debe seguir como se halla, siquiera pueda tener defectos é inconvenientes.

Esta es cuestión *irresoluble*, como lo es también otra de que prometemos ocuparnos detenidamente en otro artículo.





XXXV

CUESTIONES IRRESOLUBLES—LA ALTERNATIVA

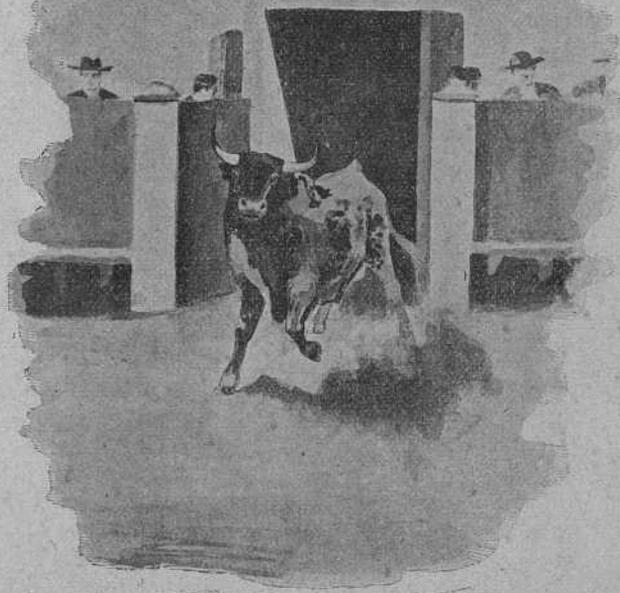


~~~~~

TRA de las cuestiones que en materia taurina considero de imposible solución, es la del derecho á la preferencia en el orden de categorías para la muerte de toros por los espadas que tienen adquirida alternativa con las formalidades de costumbre.

Toda mi vida (que gracias á Dios no es corta, pero que deseo dure mucho más), he oído y presenciado continuas discusiones entre toreros y aficionados acerca del asunto, y siempre ha quedado sin resolver, como al principio se hallaba y como quedará y seguirá, pase el tiempo que quiera, mientras haya corridas de toros.

Ha sostenido constantemente y desde muy antiguo el mayor número de los entendidos en esa clase de asuntos que el derecho á la prelación ó sitio de primer espada de los que juntos lidien, no debe negarse á la antigüedad, contada desde el día en que tomó el diestro la alternativa; pero precisamente en eso estriba, esa es la base y origen de la cuestión. Todos convienen en ese punto:



la antigüedad da cierto aire de suficiencia y nombre que autorizan de algún modo la jefatura, y sobre ello poco se hablaría si detrás no viniera la eterna cuestión que es objeto del presente artículo.

¿Tienen *todos* los matadores de alternativa suficiente autoridad y facultades para conceder aquella á otros que se la pidan?

¿Es igual que esa alternativa se adquiriera en una plaza de segundo ó de tercer orden que en otra de primera?

¿Y cuáles son las plazas que deben considerarse de esta categoría, y de entre ellas, cuál debe figurar á la cabeza?

Difícil es contestar á esas preguntas, y más difícil aún, si no imposible, verificarlo á gusto de todos.

Ocúrreme desde luego, respecto de la primera, que de concederse en absoluto á todos los matadores de alternativa, sin excepción, la facultad de conferirla á otros lidiadores, pocos de éstos serían los que no la tuvieran acreditada, puesto que tan cortos inconvenientes se les pondrían por delante, que con muy ligeros esfuerzos habrían de conseguir vencerlos. Nada más fácil que obtener de cualquier espada, de esos que abundan más de lo regular y que viven del producto de un par de corridas que al año les encargan, la promesa y el cumplimiento de conferir aquel grado al banderillero ó no banderillero, que al efecto le recomiendan. Habría tan gran número de banderilleros como de toreros de á pie, y aún es posible que alguno de los de á caballo adquiriese también aquel derecho para ser licenciado *in utroque*: y para que tal desmán no acontezca, hizo muy bien el reglamento vigente de la Plaza de toros de Madrid al exigir que para tomar aquel grado se presente certificación de aptitud, sin perjuicio de los informes que adquiriera la autoridad. No basta, en mi opinión, para evitar abusos ese precepto que contiene el art. 104: algo corrige, pero no alcanza á todo. Mientras no se ponga como condición precisa al objeto la de haber sido el solicitante por dos años al menos, peón de buenas cuadrillas, ó siquiera una temporada matador de toros de puntas en novilladas de plazas autorizadas, llamando su trabajo la atención por lo bueno ó sobresaliente, al lado de conocidos espadas por otro tanto tiempo: mientras la certificación no vaya firmada por matadores que hayan figurado *como primeros* en plazas de primer orden no debe permitirse la alternativa en éstas á cualquiera que la pida.

La consecuencia que de esta opinión se des-

prende es la contestación á la primera pregunta.

Cuanto á la segunda, no titubeo en manifestar que la alternativa tomada en plaza de segundo orden, y mucho menos en las de inferior categoría, no deben tenerse en cuenta para adquirir derecho de preferencia al que la obtenga, sobre otro que la reciba, aunque sea en fecha posterior, en plaza de primer orden. Esta es la que da prelación y se antepone á las demás.

Sólo en un caso puede admitirse que valga el primer punto para un matador más moderno entre dos iguales. En el de que siendo ambos de alternativa ya adquirida trabajen juntos luego en plaza de primero, segundo ó tercer orden, figurando en los carteles el más antiguo como el más moderno, porque en ese caso se entiende que aquél ha cedido á éste sus derechos, quedando postergado. Muy recientemente he visto en carteles de provincias estoquear alternando con matadores de primera nota á banderilleros aventajados, que han tenido, y han de tener, precisión de tomar aquel grado en plaza competente, si ha de servirles para en lo sucesivo ostentar el título de alternativa: y en esa costumbre me fundo para afirmar que únicamente acredita aquella cualidad la plaza de primer orden.

¿Cuáles son estas? Aquí viene la cuestión *irresoluble*.

En lo antiguo venía siguiéndose tradicionalmente la costumbre de no considerarse plazas competentes para el efecto de conferir alternativa á los matadores otras que las de las maestranzas, ó sean Ronda, Sevilla, Valencia, Granada y Zaragoza, y la de Madrid por ser de la corte ó residencia real. Después el tiempo ha ido borrando, ó al menos haciendo caer en desuso el derecho de aquellas plazas, á excepción de la de Sevilla, que constantemente ha venido disputándola á la de Madrid, queriendo en ocasiones adquirir la primacía, de modo que en puridad de razón no quedan hoy más que dos plazas de primer orden para el fin indicado, Madrid y Sevilla.

Pero como dos á un tiempo no pueden ejercer igual derecho en asunto tan indivisible, porque pudiera darse el caso de que en un mismo día y á una misma hora tomaran dos diferentes diestros la alternativa en cada una de dichas plazas, se ha puesto en tela de juicio el constante derecho que respectivamente se atribuyen, y veces ha habido en que se han resucitado, entre los partidarios de una y otra, apasionados odios, nunca olvidados ni transigidos, aunque para dominarlos ó acallarlos

se acudió no há mucho, á consultar la opinión de los matadores más caracterizados: el resultado que con sus respuestas se obtuvo fué completamente ineficaz y de ningún valor ni efecto.

Manuel Domínguez, Antonio Carmona, Antonio Sánchez y Rafael Molina, firmaron la siguiente acta en 5 de Mayo de 1881:

«Los que suscribimos, matadores de toros en categoría de primeros espadas, conocidos por los públicos de casi todas las provincias de España, en las cuales hemos toreado, decimos y firmamos bajo nuestra palabra de honor y como innegable, que no hay plaza de toros ninguna que tenga derecho de antigüedad ó primacía en la alternativa de los espadas, y que éstos cuentan el tiempo de matador de toros desde el momento en que otro reputado y conocido como tal, cede en una corrida la alternativa suya á favor de otro diestro...»

Si la afirmación que el documento anterior contiene fuese tan rotundamente exacta como se desprende del mismo, el primero que la firmó, Manuel Domínguez, no hubiese matado detrás de Casas, Cayetano y otros, que estoquearon reses muchos años después que él, pero antes que él en Madrid, cuya supremacía reconoció por lo tanto, además de que parece un poco fuerte que no habiendo plaza de gerarquía superior á otras pueda en Alcalá, Guadalajara ú otro punto tomar alternativa un torero porque se la ceda otro de reputación. El último de los firmantes ha contradicho con sus actos lo que allí aseguró, puesto que ha alternado en muchas plazas con banderilleros que han venido á Madrid después á tomar de sus manos la alternativa. Fundados sin duda en casos análogos los diestros madrileños Gonzalo Mora y Angel López Regatero, contradiciendo á los andaluces, declararon en 25 de Octubre de 1882 «que en su concepto tiene supremacía sobre las demás provincias para dar antigüedad á los espadas la Plaza de Madrid, pues en distintas ocasiones ha ocurrido dar la preferencia á aquel que, aunque matador más moderno, ha estoqueado en Madrid antes que el más antiguo en provincias.»

Más conciliadora, aunque menos expresiva en claridad es el acta que firmaron en 16 de Octubre de 1882, los matadores andaluces y madrileños Salvador Sánchez, José Sánchez del Campo, Felipe García, Vicente García Villaverde y Francisco Sánchez. En ella dijo el primero, y con él los demás, que siguiendo las formalidades para dar antigüedad á sus antecesores, han servido para Andalucía las alternativas de las plazas de Ronda, Sevi-

lla y Granada, por ser plazas de Maestranza, y que tienen este privilegio sobre todas las provincias, á excepción de la de Madrid; que es la que rige desde Despeñaperros acá, hasta la presente, que no se ha tomado ningún acuerdo sobre este asunto.

Quedó la cuestión en pie, como no podía menos. Y no porque las opiniones se dividieran y fueran distintas, si no porque el asunto no se puede prestar á solución que sirva de regla para lo sucesivo y obligue al cumplimiento.

Habrá matador sevillano que por simpatía personal, por reconocer mayor mérito, ó por otra causa, ceda su antigüedad, como antes hemos dicho, á otro sevillano también, madrileño ó de otra región, y le habrá también de éstos que no ponga reparo en figurar en segundo lugar, aunque su alternativa lleve algunos años de ventaja á la de los demás y de esto se han visto algunos casos; pero, al que por haber tomado antes la alternativa en Sevilla, por ejemplo, se le contratase en Madrid, ¿ha de concedérsele preferente lugar sobre otro que en Madrid la tomó antes que aquél? Y, por el contrario, ¿á éste último, lidiando en Sevilla, se le hará figurar en segundo término, porque sea la primera vez que allí se presenta á pesar de ser, tal vez, espada cinco años antes?

Eso no puede ser y aunque comprendo que nada hay legislado sobre el particular ó al menos no tengo de ello noticia, me inclino á sostener que Madrid siempre ha figurado en primer término y lugar en esta clase de fiestas. Más antiguas son en Castilla que en Andalucía; la capital de España es de más importancia, por todos conceptos, que cualquiera otra capital de sus provincias; el número de funciones que en Madrid se celebran, la forma que revisten en todos sus detalles, el deseo que todos los toreros, sin excepción, tienen y han tenido siempre por figurar en carteles de la Corte, y hasta la prisa que los matadores que han actuado en otras plazas, se han dado por confirmar su alternativa en Madrid son, para mí, razones que me llevan á creer que la de este punto es la primera en todo y para todo. Y lo es, indudablemente, mientras Sevilla, Valencia, Pontevedra, Burgos, etc., no presenten privilegio que acredite preferencias á su favor.

Pero con derecho ó sin él, Sevilla como Madrid y Madrid como Sevilla, romperán el precedente desde el momento en que cualquier matador se niegue aquí ó allí, á ir detrás de otro á quien crea más moderno, sin que sirvan antecedentes que

consultar, ni consejos que seguir. Es más: aunque cualquier plaza ostentase antiguo pergamino ó moderna ejecutoria para que se la considerase como la primera y superior á todas las demás del reino, si algún matador se negaba á ser segundo y tercero, queriendo siempre ser primero, podría quedarse sin trabajar, pero no podría obligársele á aceptar un puesto que no quería, que no es ahora la época en que de orden del Rey se imponía su voluntad á súbditos y vasallos.

La buena armonía que, salvo pocas excepciones, ha habido hasta ahora entre los toreros es la única que puede evitar rivalidades; y el mejor dic-

tamen el de que continúen todos oyendo los consejos de la prudencia.

Si la cuestión que ya en el último tercio del siglo pasado se inició entre Romero, *Costillares* y *Pepe Illo*, dirimiéndola un sorteo, continúa en tal estado por ser *irresoluble*, su importancia queda rebajada desde el momento en que el verdadero mérito se sobrepone á todo, porque el que le posea ocupará puesto privilegiado en el cariño del público, aunque por antigüedad le corresponda el último lugar.

Es una verdad la máxima de que á veces *el último es el primero*.





# XXXVI

## LOS BANDERILLEROS



UPONGAMOS, y sólo como suposición puede tomarse lo que ya va siendo raro, que hay unos banderilleros que, sin haber entrado aún en las abusivas prácticas modernas, toman los palos en cuanto oyen el toque de los clarines, se van al toro sin titubear y sin preámbulos ni salidas falsas, clavan las banderillas en lo alto de las agujas levantando los codos, cuadrando debidamente y saliendo limpios de la suerte. Demos también por supuesto (y en esta suposición no exageramos porque es lo corriente en el día), que otros banderilleros hacen que les coloquen el toro á fuerza de capotazos en sitio determinado cansándole y encontrándole reponiéndose de las carreras, recortes y destronques sufridos, y paso á paso llegan á la cabeza, ponen los rehiletos de costado, alargando los brazos y procurando la salida al cuarteo hacia la cola para evitar la persecución.

¿Cuáles de estos banderilleros han cumplido mejor su cometido? Si preguntamos á la masa general del público que silba, aplau-

de y grita sin cesar, la contestación no ofrece duda, porque atiende al *efecto* más que á la bondad de la ejecución de la suerte, y le importa poco el modo de realizarla con tal que produzca el fin apetecido. Pero si la interrogación va dirigida á los que á fuerza de observaciones y larga práctica entienden algo de toros, la respuesta se apartaría mucho de la opinión antedicha.

A primera vista, parece que la suerte verificada despacio y en corto es de más mérito, como lo tienen sin duda alguna todas las que de cerca se ejecutan en el arte de torear; pero reflexionando un poco, pronto se convence cualquiera de que en este caso es lo contrario.

El banderillero que de cerca llega á un toro cansado, no puede temer de este el cambio de ruta en su viaje; sabe que ha de venir derecho sin torcerla y, por consiguiente, no tiene que atender más que á la cabeza; al paso que el que de lejos arranca, ha de reparar mucho, además de la ligereza de las reses, su codicia, su inclinación á un lado determinado, ó «acostamiento», en cambiarse á tiempo en la carrera si fuere preciso ir á la izquierda en vez de la derecha; en medir, sin pararse, los terrenos hasta llegar á la jurisdicción del toro; en fijarse mucho en el momento de la humillación, y en dejarle siempre salida libre lejos de las tablas.

Claro es que en las banderillas al sesgo, cuando el toro está aculado en los tableros, lo mismo que cuando está quedado, el diestro lo hace todo y la entrada á la suerte es más segura de cerca que de lejos; que el lidiador ha de apreciar despacio las distancias, atendiendo á su probable salida y á las facultades de las reses, porque esa suerte es la más difícil que en el arte se presenta durante el segundo tercio. Sin embargo, no hay que olvidar que los pares clavados á topa-carnero ó de frente, son de un gran mérito si el torero espera con valor la embestida de la fiera, aunque de lejos venga, y aguanta el momento de la humillación, y en el centro del terreno común á ambos contendientes, las clava, cuadrando con pausa y vista suficientes para salir rápidamente por el costado.

La forma de banderillar de esta manera, ha ido perdiéndose poco á poco, desde que dejó de practicarla el inolvidable Regatero, y la del sesgo pocos también la han realizado con tanto valor y con tan matemática precisión como el entendido Pablo Herráiz. Por lo mismo que son expuestas y difíciles, han ido olvidándose los toreros modernos, que suelen obtener mayores aunque innereci-

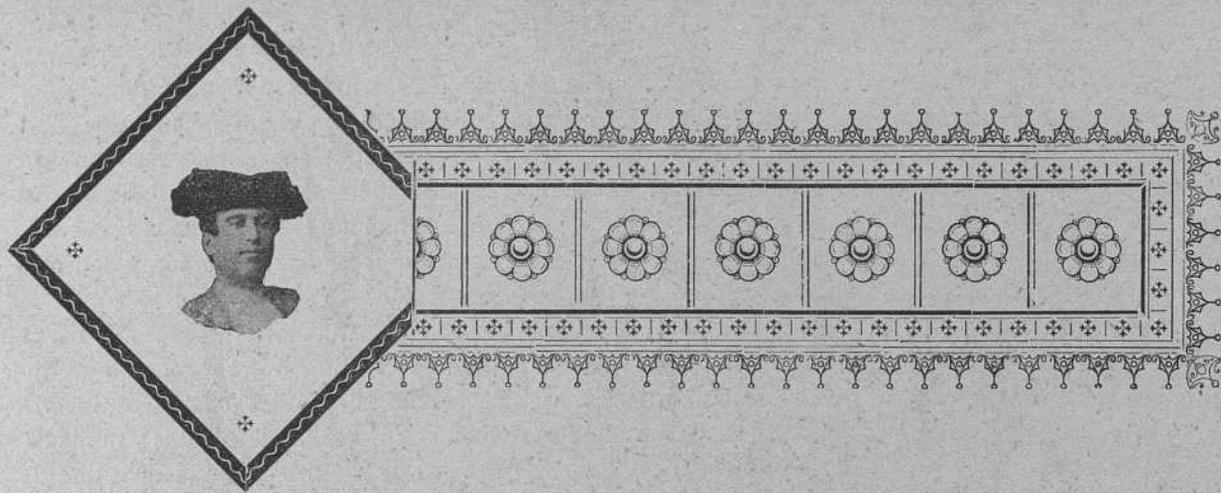
dos aplausos, en los pares al relance, donde, por lo regular, ni siquiera son vistos por la fiera.

Fíjense bien los espectadores. El mayor mérito en la suerte de banderillas, como en todas las del toreo, está en el que las clava con más brevedad, con mayor pausa al formar la reunión y con más limpieza en la salida.

Importa poco ponerlas bien después de haber cansado al público y aburrido al toro, con perjudiciales preparaciones, inútiles capotazos, inverosímiles revueltas y ridículos desplantes y mojigan-gas, más propias de los circos gimnásticos que de las plazas de toros. La lidia de estos en todas ocasiones requiere verdad sin mistificaciones que, con pretexto de adornos, la desnaturalicen. No es el jugueteo encaminado solamente á burlarse de las fieras, esquivando con el cuerpo, y á fuerza de piernas, las acometidas, que es, como tantas veces hemos dicho, la completa demostración de que la inteligencia del hombre vence al inmenso poder y fiereza del bruto, por medio de la práctica exacta y fiel de las reglas que, en fuerza de constantes y meditadas observaciones, han llegado á escribir, de completa conformidad y sin diferencias esenciales, personas entendidas y aconsejadas por maestros experimentados.

Fundados en estos invariables preceptos clamamos y protestaremos uno y otro día, contra la perniciosa corruptela de preparar, por medio de cuatro ó seis peones, al toro que otro ha de banderillar; porque si este sabe su obligación, si tiene «estómago» para desempeñar su cargo, no ha de necesitar semejante auxilio, que él mismo ha de procurarse marchando á la suerte sin vacilaciones. El que por sí no ejecuta las suertes que tiene el deber de ejecutar, puede decir aquello de «entre todos la matamos y ella sola se murió»; y añadir, para su chaleco, que los aplausos que se le prodigan por sus finjidos atrevimientos, son arrancados por la mentira al necio espectador, que atiende más á las apariencias que á la realidad.

Y si todavía no resultase más daño que el que en dicha suerte pudiera experimentarse, pasaríamos por alto en alguna ocasión, eso que ha dado en llamarse adornos y filigranas, pero es que con esta lidia van los toros á la muerte desparramando la vista, recelosos y en defensa, causando á los espadas gran perjuicio por dichas dificultades y al público el disgusto de verse privado de la ejecución perfecta de la suerte de matar en todas sus manifestaciones.



# XXXVII

EL ÚLTIMO MONO.—LIDIA ANTIGUA Y LIDIA MODERNA



A esta en la arena el toro bravo.

Erguido, arrogante, de aceradas armas, hondo, de alto morrillo, cola delgada, pezuña diminuta y ojos brillantes. ¡Gran trapío! ¡Treinta arrobas!

Ha salido del chiquero despacio: se ha plantado á los seis pasos, y como no ha visto á la derecha ni al frente objeto alguno que le llame la atención, fijase en el otro lado donde los picadores le aguardan en el sitio conveniente, con un peón ó más, colocados detrás del estribo izquierdo de cada uno, y allá se dirige furioso, siguiendo el instinto natural de su raza. Besa al caballo del primer jinete, pero de cinchas atrás, que el picador ha tenido buen cuidado de levantar su jaco refrenándole con la siniestra, al paso que apretaba la puya en lo alto del cerviguillo, cerca de los mismos rubios, empujando hacia adelante: y el peón, tendiendo á la larga su capote hasta tocar las manos de la fiera, ayuda eficazmente al jinete, aliviándole de la

codicia de la misma y guiando á ésta de manera que siga su carrera natural.

No se aleja mucho de aquel tercio de plaza, que el animal es bravo y desea vengarse por la herida que lleva en la cerviz: encuentra cerca otro caballo, contra él arremete, sin pensarlo, que si los toros pensarán nadie los lidiaría, y derrumba con feroz empuje á la cabalgadura y al picador, saliendo rápidamente del grupo que juntos formaron el hombre y los animales, gracias á un oportuno quite del director de la lidia, que deja correr por su camino al toro, sin torcerle ni estorbársele. Repítase la suerte diez, doce, quince veces, porque el toro no ha sufrido más destronques que los del ímpetu de sus acometidas y el de los esfuerzos del apoyo que para arremeter fija en sus cuartos traseros. Las heridas de la puya sólo han servido para ahormarle la cabeza, para *pararle*, no para quitarle facultades.

Cuando ya en el estado de *parado* se le han puesto delante más de una vez los picadores, y no ha acudido al cite, ordena la Presidencia el cambio de suerte: retírase á las tablas *toda* la gente y los banderilleros solos, y cada uno por donde cree conveniente, sin preparación alguna, y sin que un capote se haya entrometido en el acto, ni aun para llamar la atención de la fiera, clavan tres ó cuatro pares en dos minutos y se retiran satisfechos de haber cumplido con su deber, sin hacer salidas falsas ni jugueteos que enseñen y lastimen al toro.

Suena el clarín: el espada toma en sus manos los trastos de matar; síguenle dos peones á cierta distancia, y en el redondel no quedan más bultos que el del toro y los tres hombres, los demás están entre barreras. El matador busca al toro donde quiera que le encuentre, yendo á él por el camino más corto; le tantea con la izquierda y con uno ó dos pases, y se convence de que acomete con nobleza, porque no le han aniquilado con mala lidia; prepárale para que se fije con otros pases; colócase á corta distancia, le cita con la muleta *bien liada*, le espera y le mata *recibiendo*. Si la estocada ha sido en hueso ó atravesada, y tanteado de nuevo al toro le ve *aplomado*, quieto, sin obedecer ya á cite alguno, entonces, sobre corto también y por derecho, un volapie acaba con él y el cachetero se encarga de despenarle.

Poco más ó menos, y con raras excepciones, así era la lidia que se daba en nuestra plaza á mediados del presente siglo, sin que por eso ocultemos que días hubo en que se corrieron toros mansos, y los lidiadores holgazanearon cuanto quisieron, lo

cual en nada alteró el orden del redondel ni la manera noble de torear. Ahora vamos á presentar otro cuadro moderno, para que el lector compare y vea si hay diferencias que cedan en favor del espectáculo ó en su contra.

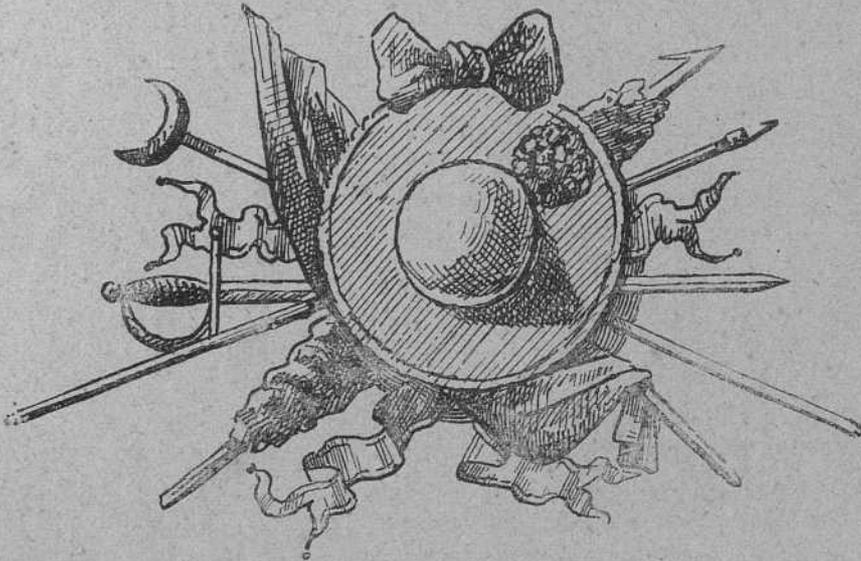
Abren la puerta del toril y sale al ruedo un toro, bonito de piel, escaso de cuerna, de doscientos kilos de peso, que apenas cuenta cuatro años, y que denota ser ligero como el viento, al ver que cruza la plaza buscando los capotes que flamean unos toreros puestos en desorden al pie de la Presidencia. Corre después alrededor de las tablas, desde las que suelen soltarle algún capote, y cuando llega á ver un picador ha corrido ya en todas direcciones y sufrido algún recorte. Embiste con bravura; resiste en su testuz el peso del caballo y el del picador, á quienes derriba, y cuando quiere seguir su viaje natural para reponerse del esfuerzo, encuéntrase con un capote abierto á dos manos que le hace retorcerse y cansarse hasta el punto de ver tranquilo ante sí, á un paso de distancia, al necio que cometió tal fechoría. La suerte así descrita, sin variar esencialmente, la vemos repetida cuatro, seis y aun ocho veces: más no, porque no hay toro que resista el romaneo de los caballos que le entregan ni el destronque de tantos recortes inútiles y perjudiciales.

Pero como el toro es joven y de buena sangre, aun tiene fuerzas para correr, y acude á los peones que, al sonar los clarines para las banderillas, pueblan el redondel convirtiéndole en un hormiguero. Nada menos que un espada y dos peones se colocan en el centro, á proteger la retirada *indefectible* de los banderilleros: otros dos peones y también algún espada, apoyan el movimiento de huida; y tres ó cuatro más, si de más se componen las cuadrillas, capotean de un lado á otro al mísero animal, que receloso ya con tal mareo, aprende á cortar el terreno que le han marcado antes las salidas falsas. En medio de tal barullo, sufre el animal dos ó tres pares de palos de más efecto que mérito, y pasa al último tercio de su vida.

A pesar de estar *aplomado*, á pesar de sus pocas facultades, á pesar de tener tan poca cuerna, necesita el espada también que se le preparen. No va él á buscarle, han de colocársele donde le guste, y al efecto, aquellos peones mareadores corren, sudan y se afanan de un lado á otro hasta que llega... ¿quién? ¿El espada? No; el destroncador que ha de poner al bicho, á fuerza de recortes y capotazos, más blando que la manteca y más inmóvil que un poste. Entonces el matador remacha el clavo con

unos pasecitos de barrendera para que el toro no le vea, y *sin liar* la muleta, arrójase á tiro rápido sobre el bicho, sin darse cuenta de cómo entró y confiando la salida á la Providencia. Hay ahora también algunas excepciones que se apartan de las figuras de ese abigarrado cuadro, y más de una vez hemos elogiado sus trabajos. ¡Bueno estaría el arte si así no sucediera! Pero no se nos puede negar que el *tono* general de las modernas corridas de toros es el antes pintado, aunque sea con colores fuertes: mientras los picadores no dejen de entregar caballos, los matadores de hacer los quites de otro modo que con largas, y los banderilleros de abusar de los recortes, aprendiendo á correr los

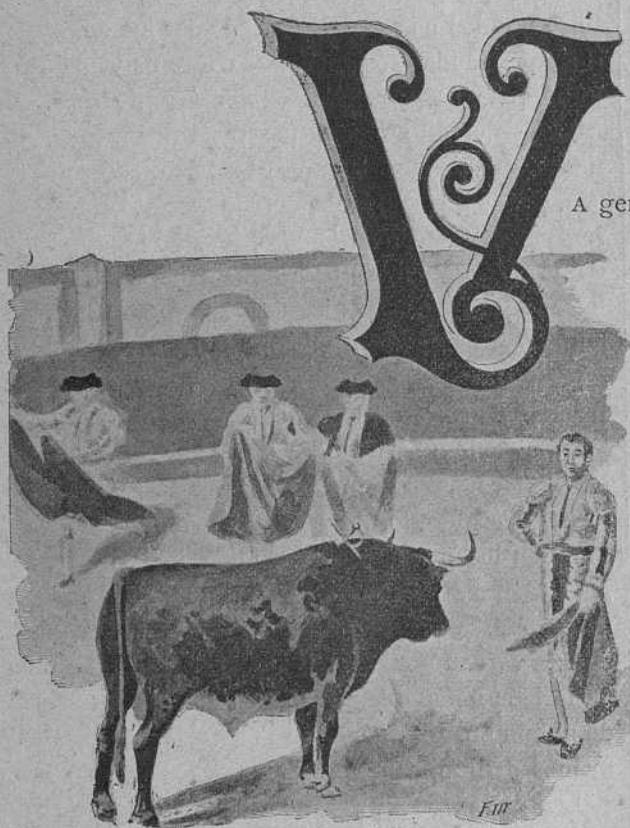
toros por derecho, y pareando sin ayudantes ni preparadores, ni habrá toros buenos ni lidia ordenada. Gran culpa de esto tiene el público que aplaude sin conciencia lo que no debe, y sobre esto ya hemos hablado hasta la saciedad; pero tienen más los ganaderos, que se doblegan á las exigencias de los toreros, y no interponen su influencia ante las autoridades para que se cumplan los reglamentos y las buenas prácticas. Si fueran ellos solos los perjudicados, allá se entendieran: lo malo es que aquí, como en todas partes, el último mono es el que se ahoga, y ahora y en eso es el público el mono, dicho sea con perdón del que se crea aludido.





# XXXVIII

## EXAGERACIONES



A generalizándose de algún tiempo acá, entre los aficionados á las corridas de toros y más aun entre los revisteros, tal deseo de ensalzar á los lidiadores, que ya faltan en el Diccionario de la lengua castellana palabras con que expresar el mérito que suponen contraído por aquéllos, bien sea en la faena de toda una tarde, bien en la ejecución de suerte determinada. Las voces de superior, admirable, asombroso, inimitable, colossal, monumental, soberbio, incomparable y qué sé yo cuantas más que se prodigan abundantemente, no demuestran por completo, á juicio de sus autores el pensamiento que su costumbre, más que su entusiasmo, les hace concebir: ya empiezan algunos á emplear las palabras de sublime, piramidal y demás retumbantes, que entremezclan con algunos *archi* antepuestos á otras, para levantar á sus predilectos hasta la punta de la cumbre del

pináculo de la cúspide del pico más alto de la más elevada gloria (!!!)

Quien tal oiga, quien tal lea, se hará cruces seguramente por ese lenguaje, y temerá, que así

como Góngora, con sus rimbombantes conceptos, hizo en su época perder la chaveta á muchos poetas y aficionados á las letras, los modernos revisiteros alteren el escaso entendimiento que á no pocos taurófilos les queda, rebajado ya paulatinamente por las acaloradas controversias á que se presta el relato de tan hermosa fiesta. Cuidado, que al decir esto no me refiero más que á lo que toca y pertenece á la tauromaquia, que bien puede un hombre estar *ido* en lo relativo á la misma y ser muy cabal y de gran capacidad en todo lo demás que á su razón esté confiado.

¿Quién que no haya visto la corrida deja de asombrarse y aun de quedarse estupefacto al oír las encomiásticas frases con que se refieren sus principales accidentes?

¿Quién no se emboba al leer que tales y cuales diestros son los más *diestros* que hay y ha habido desde que hay toreo, hasta el punto de que se diga como verdad que no puede irse más allá en los prodigios del arte?

¿Quién no puede dudar después de leer una de esas revistas que el ganado que ahora se lidia es de lo más fiero y bravo que puede concebirse, oyendo calificarle de gran poder, gran romana, gran trapío y qué sé yo cuantas cosas más?

Y sin embargo, los que alucinados por esos elogios desmedidos van á presenciar las actuales corridas de toros, encuéntrase con que los bichos son pequeños, de poca edad y á veces flacos y derrengados, como si las empresas puestas de acuerdo con los ganaderos de poca conciencia, comprasen ganado de *tercera*, que ahora le hay hasta de cuatro clases, según los precios, y no se conoce por deshecho de tiente, más que al ciego, cojo, y sin cuernos que antes iba al matadero público. Encuéntrase también con que no há muchos años esos mismo toreros trabajaban más y mejor con menos recompensa; y claro es, como la relación exagerada que han leído les ha hecho concebir esperanzas de ver algo de lo inimitable y fenomenal que se les ha contado, no quedan entusiasmados al contemplar—por bien que vayan las cosas—más que una lidia pasadera en general y alguna buena tal vez en determinada ocasión y esta buena, por buena que sea, no reviste más importancia ni ofrece más atractivos, que la que ha hecho y hace comunmente aquel mismo picador, banderillero ó espada, sin salirse de los límites ordinarios.

En eso y en la poca justicia del público al distribuir los aplausos, encontramos la causa de la *frialdad* que se ha notado en algunas corridas ce-

lebradas en nuestro circo taurino; en eso y en la exorbitancia de los precios de las localidades consiste que falten mujeres y hombres en tan soberbio espectáculo; y si á ello se agrega que la avaricia y la ignorancia han hecho que muchos toreros, que cuando más podrían ser considerados como medianías, hayan querido elevarse hasta presumirse que están al nivel de los que, á fuerza de años y distinguiéndose han llegado á los primeros puestos, se comprenderá fácilmente que hay razón para que la gran masa del público permanezca alejada de nuestra fiesta nacional.

No es imposible el remedio: apuntadas quedan las causas principales que entre otras originan la inminencia del daño y á la empresa en primer lugar, y al público después, toca conjurarlas; pero que ayuden mucho los distinguidos escritores que se ocupan en reseñar las lidias taurinas. Es preciso que éstos moderen sus desmesurados elogios á todos, absolutamente á todos los toreros haciendo con su actual conducta más daño que provecho; es necesario que á los ganaderos no se les compren toros que carezcan de la edad reglamentaria y de los requisitos de lidia tradicionales; precisa también que los toreros sean más modestos y demuestren siempre gran voluntad para complacer al público que los paga; no deben olvidar los empresarios que Madrid exige buenos toreros y mejores toros para cada corrida *semanal* y no más, en cambio del alto precio que paga por verlas, y, finalmente, ya que las autoridades que presiden son, por lo general, poco entendidas, aténganse al reglamento y aplíquense con justicia é igualdad.

Mucho torero malo hay, pero también los hay buenos y de éstos son los que corresponden constantemente á una Plaza como la de Madrid. Ahora, si cuatro amigos se empeñan en hacer ver lo blanco negro, si dan como excelente lo que no lo es, si cantan sus glorias hasta la epopeya, haciendo formar coro á masas inconscientes é ignorantes, sucederá lo que está sucediendo.

Dicen los periódicos que los toreros son el *non plus ultra* de la taurina gente, que el ganado es fiero como nunca se ha visto; que se *ejecutan* (y esto es verdad por desgracia) las suertes con una perfección inimitable, pero... el público no responde al bombo, falta gente en la corrida; «todos son buenos pero mi capa no parece» dice la empresa.

Las exageraciones, si por algún tiempo surten efecto, vienen al fin y al cabo á ser conocidas y producen entonces lo contrario de lo que se intenta.



# XXXIX

¿CÓMO DEBEN ESCRIBIRSE LAS REVISTAS DE TOROS?



Al contestar esa pregunta hago la protesta de que no pretendo dar lecciones ni llevo más fin que el de poner de manifiesto los diversos modos con que generalmente se da cuenta al público de los lances y resultados de las corridas, y al mismo tiempo apreciar de qué manera cumplen mejor su cometido los revisteros.

Por supuesto, según mi leal saber y entender. Ha habido revisteros de conocida competencia como entendidos, y recuerdo entre ellos á los inolvidables Siman, Carmona y Santa Coloma, que *sacrificaron* la forma del lenguaje á la verdad estricta del arte: hubo también un D. Blas Reguera, un Paco Manrique y un López Azcutia, que unieron á sus conocimientos taurinos el arte de bien decir; y hoy mismo citaríá de buena gana los nombres de muy queridos amigos, que se cuentan en

el último caso, si no me lo vedase la obligación que me he impuesto de no aludir directa ni indirectamente á los que viven.

Pero con seguridad habrá también algunos para quienes las principales reglas del arte de torear podrán ser desconocidas; otros, zurcidores de oficio, que no sabiendo más que el título de una docena de frases taurinas, las apliquen cuando mejor les parezca, vengan bien ó vengán mal; y algunos también que se pongan á escribir sin más conocimiento de lo que en las corridas pasa que lo que oigan á diversos aficionados más ó menos entendidos. ¡Si al fin procediesen de buena fe y se acompañasen siempre con la verdad!

Para escribir de toros es indispensable estudiar minuciosamente los preceptos del arte, conocer bien las condiciones de las reses y ser de todo punto imparcial. Dadas esas condiciones peculiares al buen revistero, hay que examinar cuál sea la aptitud de los lectores, para apreciar el mérito de las revistas.

Para el espectador alegre, de buen humor, que va á los toros á jalearse y gastar bromas, nadie cumplirá mejor su misión que el escritor de artículos humorísticos y graciosos, aunque prescindan de especificar detalles relativos al arte, porque para esos *aficionados* lo principal es reír, lo accesorio la verdad; y cuidado que al usar esta palabra no quiero suponer que á ella falten *todos* los revisteros, sino que alguno tomé como verdad en el toreo lo que realmente es todo menos eso. Al partidario de diestros determinados—que hay muchos dedicados á la idolatría más que al toreo—ha de parecerle mejor revista aquella en que se alabe y ensalce á su ahijado, así esté escrita en chino ó en hebreo, en serio ó en guasa, con exactitud ó con mentiras; y el aficionado que guste del arte en toda su pureza y quiera saber cómo se verificaron las suertes, preferirá siempre el relato de quien, con formalidad y sin rodeos, le explique minuciosamente la manera con que aquellas se realizaron, de qué modo y si se cumplieron ó no los preceptos del arte.

Comunmente muchos revisteros prescinden de tan importantes detalles, no porque ignoren—asi quiero creerlo—que son muy esenciales para juzgar con exacto criterio; es porque suponen que al lector le fastidian; y si esto puede suceder á algunos aficionados de poca talla, de seguro no lo ven de igual modo los verdaderos inteligentes. No quiero vayan á decir que cayó un caballo á la derecha ó á la izquierda, ni si el picador perdió el sombrero, ni si el banderillero llevaba medias blancas, ni el espada torcida la coleta, que con tantas pesadeces lucha el escritor al apuntar as

puyas que cada toro sufre, los pares de palitos que le ponen y los pinchazos que le arriman; pero entre ese derroche de aburridos detalles, y la mermada noticia de la descripción de una suerte, hay un camino fácil que adoptar y seguir, y en prueba de ello voy á poner algunos ejemplos.

Satisfaría más la curiosidad del aficionado que, al hablar de la suerte de varas, no se pasase, como hoy se pasa, con sólo decir «Fulano y Zutano pusieron cuatro varas cada uno, dos de ellas buenas,» sino que se expresase: «Fulano puso dos varas á caballo levantado, otra estando en las tablas, por lo cual hizo bien al sacar más palo, y otra citando al toro en los tercios, con palo corto, recargando, y usando tan bien de la mano izquierda, que libró al caballo de una segura cornada,» ó bien que «por terciarse ó sacar mucho la garrocha marró, perdió el jaco, herido en el pecho, ó rasgó el brazuelo de la fiera.»

No me contento tampoco con que en la suerte de banderillas digan «plantó un par al cuarteo de los que forman época» porque esto no dice nada. Exijo, como lector aficionado, que se exprese, por ejemplo «que hallándose el toro en las tablas, aculado y en defensa, le llamó el banderillero por la derecha, se fué á él, cuadró en la cabeza, clavó el par en lo alto y salió por piés perseguido ó no»; y en otro caso «que igualado el toro en los tercios, salió el torero describiendo un arco, y al llegar al centro del terreno ó reunion de la suerte, clavó las banderillas al cuarteo, de sobaquillo, altas, bajas ó desiguales.»

Yo no diría, como dicen algunos, «el valiente matador dió tan soberbia estocada al bicho, que todavía resuenan los aplausos y los vítores con que el público premió su hazaña», y no diría eso, porque de ello no saco en limpio más que al matador le aplaudieron, pero no la razón de hacerlo. Quiero que, en ese caso, digan «el matador, no pudiendo sacar al toro de las tablas, ó conociendo que su querencia estaba en ellas, se perfiló con él y en corto y por derecho, ó de largo y cuarteando, según fuese, se arrancó al volapié, saliendo de tal modo, y dejando en los rubios una estocada hasta la cruz, recta, atravesada, corta, ida, baja», etcétera.

Así podría formarse el buen gusto entre el público que sabe poco: de ese modo las ovaciones á los diestros serían justas, y no se daría el caso, hartamente común por desgracia, de que, al aplaudirse el efecto, se ignoren las circunstancias que le precedieron: influiría mucho ese conocimiento del arte,

para que las revistas no pudieran escribirse desfigurando los hechos; y el prójimo que las leyese y no hubiese visto la corrida conseguiría formar de ella juicio exacto, dejando de ensalzar el mérito de algunos toreros, que pudieran deber al compadrazgo parte de su reputación, y apartándose de la reata que el vulgo sigue por el camino que le trazan jaleadores conscientes ó inconscientes.

Enhorabuena que en lo demás usen los escritores de su gracejo y talento para describir la fiesta en general, que abusen si quieren de su ingenio adoptando frases y emplando giros, retruécanos y *malicias*, que tan bien sientan en una revista de toros, *cuando se dicen con buena sombra*, pero al describir una suerte importante, háganla comprender al lector como si la viera, y explíquense-la, si bien viene, que muchas veces lo necesita, y no todos los ojos ven, aunque miren con cuidado.

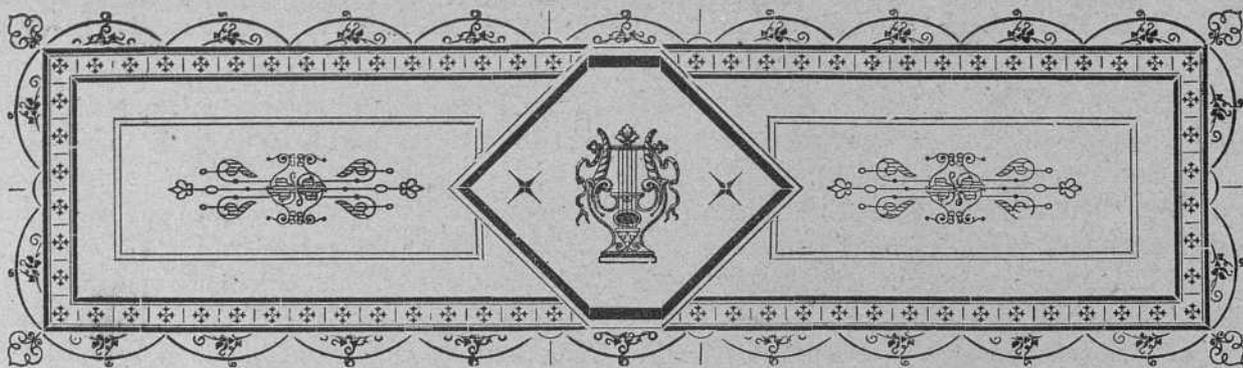
De tal modo deseo que la ejecución de las suertes vaya siempre explicada en las revistas taurinas,

que acepto y prefiero el sistema que algunos han adoptado, de escribir una extensa apreciación de todos los lances de la lidia, de las condiciones de las reses y del trabajo de cada uno de los toreros, siempre que la razonen y funden, apoyando los hechos en los preceptos del arte.

Conste, pues, que en mi opinión vale más la revista de toros escrita sencillamente, que no omita la descripción circunstanciada de todas y cada una de las suertes del toreo, tales como se hayan ejecutado, y mencionando también las condiciones de las reses, según las hayan puesto de manifiesto en el redondel, que los escritos taurinos de mérito literario si tergiversan la verdad ó la disimulan ocultándola.

Sin embargo, la aspiración que dejo expuesta no pasa de ser, bien lo conozco, una expresión de mi deseo que no se cumplirá por... varias razones, aunque estoy convencidísimo de que, si llegara á ponerse en práctica, ganaría mucho el arte y nada perderían los aficionados.





# XL

## LA MÚSICA Y EL TOREO



ABALZA, el maestro músico de tanta inspiración como el primero, se vió motejado más de una vez porque era partidario de nuestra fiesta nacional, á lo cual contestaba, como su paisano Gayarre, con el más profundo desdén. Para combatir la idea que algunos tienen, suponiendo que las corridas de toros no pueden ser gratas á las personas que por la música deliran, ni que éste último arte sea entendido por los que profesan afición á nuestra fiesta nacional, voy á escribir cuatro palabras que demuestren el error en que se hallan los primeros.

Casi todos los músicos españoles, y los hay muchos y buenos, son aficionados á las corridas de toros. ¿Por qué? No hay más que reflexionar un

poco acerca de las cualidades internas del individuo y la contestación está dada. El verdadero músico, el que siente, el que puede contar uno á uno los latidos de su corazón al escuchar los delicados sonidos de un aria sentimental, el que se enardece oyendo los vigorosos ecos de una sinfonía de Wagner, es por naturaleza apasionado por todo lo grande, lo magnífico, lo que se sale de la estera comun, por aquello, en fin, que le impresione fuertemente, que le cause emociones verdaderas, ya sean de dulce regocijo, ya terriblemente trágicas. Magnífica es la música cuando hiere las fibras delicadas que excitan el sentido hasta el punto de producir éxtasis inexplicables: pero no es menos soberbio el espectáculo que desde el principio al fin, tiene en suspenso el ánimo del espectador y le causa emociones de alegría, sobresalto y entusiasmo, que se suceden rápida é inesperadamente, pasando de unas á otras, de tal manera que hacen olvidar mientras se presencian, cuantas penas y disgustos afligen á la pobre humanidad.

No siempre el espíritu ha de estar vagando por los espacios imaginarios, que es necesario al hombre vivir dentro del medio ambiente que le rodea, y este no es otro que el de la verdad, por más que la *verdad real* es grata ó amarga, triste ó alegre, según le place al acaso, ó Al que todo lo puede y así hay que aceptarla: pero ¡es tan hermosa! ¡Se aparta tanto de la mentira!

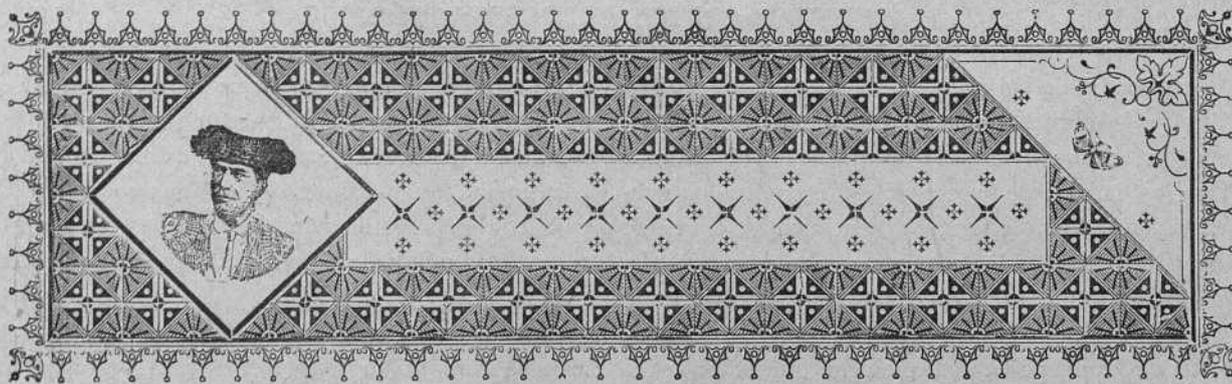
Llevados por la realidad y comprendiendo que pueden fundirse, mezclarse y amalgamarse, sin perjudicarse de ningún modo, los ecos de la música que son puramente ideales con los actos de virilidad, al mismo tiempo que de tranquilidad serena, demostrados por el hombre entendido y valiente delante de las fieras, fueron notabilísimos aficionados á las corridas de toros los maestros Sobejano, gran coleccionista de documentos taurinos; Iradier que con sus canciones andaluzas hacía las delicias de los salones de Madrid, antes de finalizar la primera mitad del presente siglo; Soriano Fuertes, autor de la música del *Tío Caniyitas*; el popular Barbieri, el inteligente Arrieta, los renombrados Gaztambide, Oudrid, Fernández Caballero, Zabalza, Chueca y otros muchos que

sería prolijo enumerar, y que si aplaudieron y aplauden al tenor que valientemente ataca las notas más difíciles en el canto, nunca cercenaron ni escatiman sus plácemes y entusiasmo al torero que, con más valor aún, hunde el estoque en lo alto de las péndolas del astado bruto, con menosprecio de la vida.

Así se explica la íntima amistad, el delirante cariño, que Julián Gayarre, el gran tenor de los modernos tiempos, tuvo siempre al eminente matador de toros Salvador Sánchez (*Frascuero*). ¡Cuántas veces vimos en nuestro circo, al cantante de la dulce voz, loco de contento, ebrio de placer, con el rostro animadísimo por el entusiasmo, aplaudir frenético aquellas estocadas que, con el nombre de *frascuelinas*, han pasado á la historia para que no se borren de ella jamás! Y ¡en cuántas ocasiones la ruda fisonomía del famoso matador ha variado de expresión, y ha sentido correr lágrimas de grata emoción al escuchar las armoniosas frases de una bella romanza cantada por su inimitable amigo! Ambos sentían dentro de su pecho la idea de lo grande, de lo extraordinario, y por eso se hermanaron y confundieron sus aficiones, por más que la manifestación de ellas en cada uno fuese diversa: el torero, alejado de la candente arena donde la existencia de la vida está en peligro, se creía transportado á otras regiones puramente fantásticas, y el cantante comprendía la gran distancia que hay de la ficción á la verdad, y admiraba hasta dónde llega el hombre con su audacia, su valor y su inteligencia.

Si para los toreros sirve la música de grato descanso á sus agitadas y arriesgadas faenas, para los músicos son las corridas de toros necesaria transición, desde la suave dulzura de la fantasía, á la sobresaltada excitación de los sentidos, que agradecen el cambio, como si les diera tuerza y vigor para despertar del adormecimiento que aquellos le producen, y porque para equilibrar las fuerzas vitales en el individuo, no ha de trabajar solo la cabeza.

Bien hacen, pues, los músicos que lo son realmente, en ser admiradores de la mejor fiesta popular que en el mundo se conoce.



# XLI

## LOS INFANTES TOREROS



En los tiempos en que la escuela de tauromaquia de Sevilla se hallaba en completo auge, cuando el famoso maestro Pedro Romero daba lecciones á los célebres después Francisco Montes y Francisco Arjona en las aulas de aquel combatido centro de instrucción taurina, había, como siempre, en la capital de España notables aficionados que propagaban la afición al arte en los círculos y tertulias de la corte.

No era sólo en las tabernas y casas de vecindad donde se hablaba de toros, que también los talleres de artesanos en el barrio de Maravillas y las posadas de la Fuentecilla de la calle de Toledo rendían homenaje á la fiesta nacional, dando para las plazas toreros como el *Pandito*, Jordán, Párraga y otros muchachos, que si no fueron célebres por su pericia considerábaseles, cuando menos, como muy entendidos en la lidia de reses bravas. De esos sitios salieron los picadores *Antoñín*, Zapata y varios ginetes de primer orden, que, siguiendo la opinión, entonces no discutida, del mayor mérito que tiene

la suerte de varas que las demás de á pié, excepción hecha de la de matar, quisieron mejor lucir sus prendas á caballo que corriendo toros.

Pero donde se oían con más agrado, si no con más entusiasmo que en los barrios bajos de Madrid, los detalles de la corrida de la semana, la superioridad de los toros de Gaviria y de los Alvarreños sobre todos los demás conocidos en aquella época, donde los partidarios de los *Sombrereros* disputaban el mérito de estos, sobreponiéndole al de *Parrita*, Pepe Conde y Roque Miranda, y aun al de Juan León y el *Morenillo*, era en las tertulias aristocráticas á que concurrían jóvenes Guardias de Corps y de la Guardia Española, aspirantes á correjimientos y covachuelistas distinguidos; la que ahora llamamos gente de la buena sociedad, aunque no toda sea *buena*. Allí tomaban parte en las discusiones taurómacas las damas de linajudos timbres, y algunas, como la de H. y la de G., que poseían ganaderías, con más conocimiento de las circunstancias y condiciones de las reses cornudas y de la lidia que debía dárselas que muchos de los hombres que llevaban coleta; y claro es, dada la afición que al espectáculo taurino había demostrado en muchas ocasiones el rey Fernando, hasta el Real Palacio llegó también la fiebre taurina. Conocidas son las *buenas intenciones* de aquel monarca, aun para sus más allegados; y á tal extremo vino su deseo de ver revolver á los infantes y otros magnates de su Corte, que mandó construir y fué construída en la Moncloa una placita para lidiar becerros, en la cual se dieron fiestas á que sólo concurrían contadísimas personas. A la vista tengo un cartel, raro ejemplar que debo á la amistad del Sr. don Nicolás de Rivas, teniente visitador de policía urbana de Madrid, y que conservo entre los de mi colección como oro en paño, en el cual se anunció para las seis de la tarde del día 4 de Julio (no expresa el año, aunque me inclino á creer fuese el de 1833) una corrida de novillos de especialísimas circunstancias. No inserto á continuación dicho cartel en la forma que tiene, por cierto muy parecida á la común y usual entonces, por no ocupar demasiado espacio, pero voy á copiarle en su mayor parte, á fin de que sobre él formen juicio los lectores. Dice así:

«El Rey Nuestro Señor, que Dios guarde, se ha servido señalar la tarde del día 4 del presente Julio (si el tiempo lo permite), para la función de novillos que se ha de ejecutar en la Real Plaza de la Moncloa y en presencia de SS. MM., en cele-

bridad de la jura de la Serenísima Señora Infanta Doña María Isabel Luisa por Princesa de Asturias. Se lidiarán seis novillos de acreditadas ganaderías. Lidiadores. *Picadores*: D. Sancho Conejo y D. Ignacio de Urrutia. *Espadas*: El SERMO. SEÑOR INFANTE D. FRANCISCO DE PAULA ANTONIO y el SERMO. SEÑOR INFANTE D. SEBASTIÁN GABRIEL, que estoquearán los dos primeros novillos, y á cuyo cargo estarán las correspondientes cuadrillas, compuestas de los siguientes: *Banderilleros*. D. Francisco Uría, D. Eusebio Rey, D. José María Acisclo de Larra, D. Antonio Salvatierra, D. Luis Antonio Frates y Chamusca, D. Bernabé de Montes, D. Miguel Uría, D. Mateo Cea y don Fernando Urbano. *Sobresalientes de espada*. Don Pedro Esteban de Barreneche y D. Casimiro Roa y Rozas, que matarán los restantes por el orden de su antigüedad. *Chulos*. Bernardino Fernández y Benito Ruiz. *Bollero y Naranjero*, D. Francisco González. *Oficios de justicia*, D. Jerónimo Wals. *Alguacil Mayor*. D. Benito Soto y D. Estanislao Móstoles *Alguaciles*. Habrá prevenidos perros por si S. M. tuviese á bien mandarlos echar. Se previene á los convidados de orden superior que ninguno puede estar arrimado á las barreras, estando al cargo de los alguaciles echar de ellas á cualquiera (sin excepción de personas), que contravengan esta disposición. La víspera por la tarde estará el ganado en el arroyo de Cantarranas, y abiertas las puertas de la plaza. La corrida empezará á las seis.»

La función se verificó en efecto con gran contentamiento del enfermo Rey, que la presidió y que no tuvo el gusto de ver rodar á los Infantes. Lo mismo D. Francisco que D. Sebastián, á pesar de haber estrenado preciosos trajes de los llamados entonces de *luces*, que son los de guarnición de plata ú oro, confeccionados con buen gusto por la afamada Jesusa, tía de Mateo López, el banderillero muerto en Vitoria en 23 de Agosto de 1867, apelaron á la más esquisita *prudencia*, encerrándose en los burladeros luego que las reses pisaron el redondel. Lo mismo hicieron la mayor parte de los individuos que componían la famosa cuadrilla, á excepción de los picadores, que en honor de la verdad estuvieron valientes y arrojados por más que para quitarles mérito decían á una voz los espectadores que los novillos eran añojos y sin cuernos. Así y todo si allí no hubiesen concurrido mis amigos D. Pepito López, primer espada luego en la elegante sociedad del Jardinillo y don José Besuguillo, primer banderillero en la misma,

que aún vive en perfecto estado de salud, el ganado hubiera vuelto á la dehesa sano y salvo y sin el menor detrimento en su cuerpo. La vergüenza torera tan indispensable en casos semejantes quedó en Madrid á larga distancia de aquel teatro de pantomima; y, sin embargo, la función se repitió más de una vez, y en alguna ocasión dirigió la lidia, sin otro carácter que el de estar á los quites de toda la gente pedestre y ecuestre, el gran maestro Francisco Montes, que no pudo, á pesar de su inteligencia, enseñar nada á los ilustres lidiadores. Faltábales valor y ligereza, y sin esas indispensables condiciones claro es que no podían adquirir el conocimiento de la profesión ni tener los requisitos que Montes exige en su *Tauromaquia* para lidiar reses y lidiarlas bien.

Si en tiempos antiguos los Príncipes, los no-

bles y los hidalgos se ejercitaron en arriesgadas luchas con toros para hacer demostración de su valentía, en los presentes, salvas contadísimas excepciones, se ha rebajado la clase. A los Dazas, Trejos y Villamedianas de elevada alcurnia, han venido á sustituir los de cuna humilde, pero gran esfuerzo, *Badilas*, *Agujetas* y *Pegotes*, y á la inteligencia de Diego Rodríguez Pamo, Gonzalo Argote de Molina, Novelli y Baragaña, que escribieron reglas para torear, reemplazan hoy con ventaja los *Lagartijos* y *Frascueros*, que en lugar de pluma usan estoque y ejecutan suertes que á aquellos egregios caballeros les parecerían imposibles si las vieran.

En el presente siglo, y en tauromaquia, como en otras cosas, los grandes han sucumbido, los plebeyos se han elevado.





# XLII

¡POBRE ARTE!



QUE de muy diversos modos y por distintos registros un hombre que se dedique al difícil arte de torear, puede adquirir fama de notable, cuando menos, está en la conciencia de todos: los medios más eficaces para conseguir el objeto mencionado no son tan conocidos de la generalidad, y nosotros, caso de que á fondo lo supiéramos, habríamos de callarlos mucho tiempo, atendiendo á consideraciones con la actual gente de coleta, que no las merecerá tal vez, pero que guardamos á los que puedan ser dignos de ellas.

Hoy nos vemos compelidos por fuerza mayor, á la que no podemos resistir, para publicar el extracto de unos sabios consejos, ó lecciones, que forman parte de una *Gramática parda para uso de la torería*, escrita por un conocedor del arte y *de las artes*, que pueden ponerse en juego para llegar adonde no debían llegar más que:

los que tuvieran *valor*, del cual muchos carecen, tal como le quiere la tauromaquia: *vergüenza* que falta á casi todos en el ruedo: *ligereza*, que no debe confundirse con el aturdimiento, y *conocimiento* exacto de su profesión, del que carecen nueve décimas partes de los que le ejercen. Son apuntes sueltos que del libro viejo, escrito por la experiencia (que no se ha publicado ni se publicará de otro modo que infiltrándole en el cacumen de quien capacidad tenga para entenderle), nos suministra sigilosamente, quien los guarda con empeño, para usarlos y aplicarlos en casos oportunos, y que vamos á relatar sin ilación ni orden, como los hemos aprendido. Dicen así:

*Lección 1.<sup>a</sup>—Art. 1.<sup>o</sup>*—Para ser torero lleva mucho adelantado un joven guapo. Haga sus ensayos en herraderos ó tientas mejor que en los mataderos, que allí asiste gente más principal, y el que tiene puede dar. Al principio muéstrese humilde, servicial, y no hable si no le preguntan; y aun al contestar, hágalo alabando la opinión de los más encopetados. Procure siempre hacerse visible y que de él se ocupen esos señores, que entendiendo poco de tauromaquia, saben mucho de la parte oculta que entre ganaderos, arrendatarios, empresarios, apoderados, prestamistas, etc., etcétera, hay siempre que se trata de espectáculos públicos.

*Lección 4.<sup>a</sup>—Art. 2.<sup>o</sup>*—Trabaja de balde al lado de otros que lleven fama. Eso de andar de capea en capea, de pueblo en pueblo, no da dinero ni honra, ni proporciona aprendizaje. En los comienzos de tu carrera sufrirás de seguro revolcones, y aun heridas: no te limites á llevarlos con resignación. Es preciso que en el momento de caer al suelo te levantes furioso, aparentando mucho coraje, y mordiéndote, y buscando al toro, que ya se han llevado tus compañeros, y el aplauso es seguro, y no faltará quien diga que eres valiente, y que, aunque no sepas de toreo, de un valiente puede sacarse algo. Por de pronto ya suena tu nombre.

*Lección 7.<sup>a</sup>—Art. 3.<sup>o</sup>*—Quien quiera que sea el que á banderillero suba, dentro de una cuadrilla, procure adquirir, ante todo, la confianza del matador; y sírvale, y acompáñele, y elógíele entre los amigos y conocidos, mejor que directamente, que ya cuidarán ellos de pregonar sus amores y simpatías. Antes de clavar pares, mucho de *paripetria*, mucho estiramiento de cuerpo, aunque el corazón esté encogido, y nada de entrar si no es á golpe seguro y libre de cacho. ¡Es tan bonita una

salida falsa, concluída con un meneito de caderas, á modo de bailarinal

*Lección 8.<sup>a</sup>—Art. 4.<sup>o</sup>*—El banderillero que no tenga estómago bastante ancho para irse al toro por todos lados y de todos modos, puede, aunque no sea torero—porque no lo es el que tiene miedo—acreditarse de buen peón. Es el más bajo grado de la milicia taurina; pero suele dar fama y aplausos con poco trabajo. Nada de correr toros por derecho, sino en el caso de que sean de pocos piés y de muchas libras, y aun así flameando mucho el capote; que surten mejor efecto los recortes continuados con *eso* que llaman ahora medias verónicas, y que no lo son, porque esa suerte debe hacerse con los piés parados y juntos, y la *cosa esa* es un puro movimiento. Verdad es que tales recortes no son recortes tampoco, porque con capote abierto no los hay, puesto que *Pepe Illo* los exige llevándole liado al brazo ó escotero al hombre que los haga. Mas ¡qué diablos! si el público aplaude mejor las mentiras que las verdades, ¿á qué ejecutar estas que son difíciles y arriesgadas?

*Lección 10.—Art. 5.<sup>o</sup>*—Si por tu fortuna llegas á ser matador de toros, entérate bien de lo que debes hacer para ser aplaudido, aunque valga poco tu trabajo artísticamente considerado. Deja á los picadores en su puesto, sin colocarte al estribo izquierdo, como indica Montes en su arte de torear, que es mejor verlos venir de largo, llamándolos un peón ó varios, para que se revienten, dando unas cuantas vueltas al redondel antes de ver los caballos. Deja también que al ser derribado un jinete se cebe el toro en él, y cuando se vaya de allí por su voluntad, ó se pare, derramando la vista, recógele á capote abierto, derréngale con dos ó más vueltas, y párate sin temor ante el testuz, que el destronque sufrido le hará quedar jadeante y sin ganas de acometer: y si bien viene, ráscale el hocico ó dale en él una patadita, que de seguro te aplauden. No uses las largas entonces, que no vas allí á hacer lo que debes, sino lo que te toleran; y si quieres significar actividad y energía, cuando caigan caballos y el pueblo los pida, deja que la lidia parezca merienda de negros y sea un lío aquel burdel; vete á la puerta de la cuadra y grita, y manda que vengan más picadores, con lo cual darás tiempo á que otros se rompan el alma ante la fiera mientras te hallas lejos del peligro. ¿Le hay para el picador que yace en tierra? Pues que otros metan el capote al toro, contentate con cubrir con el tuyo al hombre derriba-

do, que no tiene fácil salida, no hay exposición para tí y parece que haces algo, aunque no es verdad. Cuando más, coléale, que así no le das la cara, y después de coleado y quebrantado, crúzate de brazos ante su fisonomía, y ya verás como recoges los aplausos que otro mereció.

*Lección 20.—Art. 6.º*—En la hora de la muerte del toro no ha de usar el espada la muleta, que por ser pequeña, llamose en algún tiempo muletila. Ahora debe ser cuanto más grande mejor, así parezca manta de cama de matrimonio, ó toldo de garabito, porque aleja el peligro y, ¿á qué estamos? Bueno será tantear con la derecha, aunque el arte diga lo contrario, y si puede ser, alargando mucho el brazo y encorvándose, mejor que mejor, por más que digan cuatro infelices que esa conducta no la observan los valientes. Que á cada dos pases den diez los muchachos que compongan la cuadrilla, y si el toro es clarito y noble apodérese de él con algunos pases en redondo, tres ó cuatro cambiados, en que no hay peligro, y otros tantos de barrendero en que el bicho no le ve—por supuesto sin parar los piés un momento --y luego á matar cuarteando y sin liar, pero siempre arrancando, que ya cuidarán los amigos

de llamar volapié lo que nunca ha sido, es, ni será. Puede tener seguro quien tal haga que ha de obtener más aplausos y ovaciones que si realmente fuese al volapié legítimo, recibiese ó aguantase, que casi es lo mismo, particularmente si la banderilla, digo, el estoque, queda clavado en lo alto. Con esto y mientras toca la música, con un par de docenas de capotazos á diestro y siniestro, el éxito será asombroso. Debe, sin embargo, fomentarle el matador, pidiendo á los tendidos, montera en mano, lo que los tibios no hayan concedido, que no todo ha de ser espontáneo.

Estos y otros consejos y lecciones comprende la antedicha *Gramática parda*, que son para meditados. Por ellos se ve que no hay precisión, para obtener celebridad, de arrimarse á los toros, ni observar las reglas taurinas que escribieron los maestros. Son pocos, muy pocos, los que al ver el camino recto lleno de estorbos, al contemplar que á quien por él no va, no se le permite torear ni equivocarse en lo más mínimo, no consideran más conveniente echar por el atajo

aunque todo el edificio  
mañana se venga abajo.

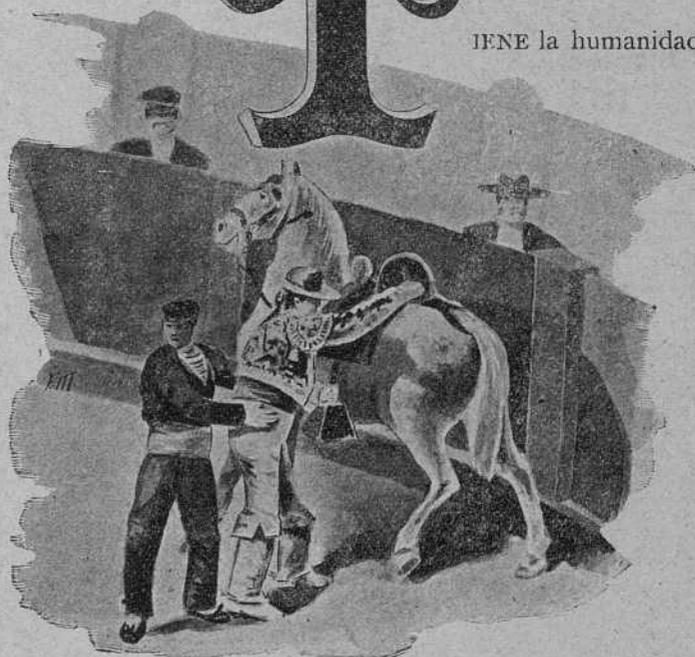




# XLIII

## VICIOS Ó COSTUMBRES

**T**



HENE la humanidad, en cada uno de sus individuos, rasgos especiales que le caracterizan, ó al menos que le son peculiares, distinguiéndolos entre sí; y también en esos individuos gestos y acciones particulares, adquiridas, sin saber por qué ni cómo, y sin darse cuenta de ellos, formando por el continuado hábito una especie de distinción de cada personalidad, en términos de que esos *vicios* ó costumbres van adheridos á ella, completando su tono especial. Sin duda por eso, Castelar no puede ser recordado sin figurárnosle con la vista alta en busca de lejanos horizontes; Sagasta acostumbra á rascarse la barba con harta frecuencia; hombre hay que no sabe reflexionar, si no muerde al mismo tiempo las uñas, y alguno que se las clava en el pecho, poniendo cara de risa.

Yo no sé á qué atribuir ese modo de señalarse cada individuo, pero sí he notado que muchos, casi todos, no perciben esos ademanes, esos gestos ó actitudes en sí mismo, sino en las demás personas, por aquello de que nuestros vicios van en la alforja de la espalda y la ajena va delante. Es más: hay individuos que por su posición social son más conocidos de la multitud, como los oradores, actores y toreros, y á ellos, unas veces en serio, otras en son de crítica, por escrito en periódicos jocosos y de otra clase, y aun en conversaciones particulares, son advertidos de sus defectos, si así pueden llamarse, y siguen con ellos y no los destierran, sino que los arraigan más en sí, tal vez sin poderlo remediar. Cuando el vicio es tan inocente que no puede traer consecuencia alguna en pro ni en contra, poco importa; pero si por inocente que sea da, por ejemplo, en un actor cómico, puede perjudicarle en su carrera; que al fin los defectos, defectos son.

Otro tanto, y en mayor escala y con peores resultados, puede ocurrir á los toreros, y de éstos únicamente voy á ocuparme para recordar detalles característicos, favorables unos á su reputación, y otros que para nada han influido en ella ni pesan en su crédito.

Recuerdo que el famoso *Curro Cúchares*, en cuanto daba una estocada corta, pero buena, de aquellas *suyas*, que él conocía como nadie si era de muerte, se dirigía sonriendo al público guiñando el ojo derecho, como diciendo: ¿Eh, que tal? Rara vez olvidaba este detalle, que solamente dejaba de ejecutar si la fortuna no le favorecía.

El célebre José Redondo (*El Chiclanero*), iba siempre en busca del toro para estoquearle, sonriendo y alegre como el que está seguro de vencer, y tanto era así, que si la estocada era alta y buena, soltaba la carcajada con visibles muestras de complacencia. Esto le perjudicaba siempre que daba una estocada mala, porque en seguida le decían sus adversarios: «¿No se ríe usted ahora?»

Julián Casas (*El Salamancaquino*) tenía el defecto al armarse para herir, de alzar extremadamente los hombros, lo cual le quitaba gallardía y le hacía perder su figura simpática y arrogante, sin ventaja alguna para él ni para el arte.

El inteligente y no menos elegante Cayetano Sanz, era tan exagerado en demostrar que un buen espada no necesita nadie á su lado para torear y matar un toro, que en sus mejores tiempos, y desde el momento en que tomaba en sus manos la muleta empezaba á gritar á sus peones: «¡Fuera,

fuera!» Pero había ocasión en que pronunciaba estas palabras cuando no estaba cerca persona alguna, y entonces promovía la hilaridad en los concurrentes.

Mucho más la producía con sus grotescos ademanes y contorsiones, Manuel Díaz (*Lavi*), que además tenía costumbre de hablar en alta voz con el toro, y darse golpes en la barriga para llamarle. En esto, ni el arte ganaba nada ni la estética tampoco.

Por raro contraste, con su valor sereno en banderillas y jugueteos, Antonio Carmona (*El Gordito*), fué el primero que para separarse más de los toros en la faena que precede á la muerte, usó, en vez de muletilla, esa muleta grande, grande, grande, que sus discípulos han adoptado con mengua de su buen nombre.

¿Quién, que lo haya visto, puede olvidar aquella graciosa *patadita* del *Tato*, al arrancarse al volapie? Consistía en alzar la pierna derecha como si jugase á la pata coja, y adelantar con ella el paso necesario para herir; y de este modo, ni perdía terreno, yéndose atrás, ni perjudicaba la buena ejecución de la suerte.

Esa perfecta ejecución es la que ha perdido Rafael Molina (*Lagartijo*), con su acostumbrado paso atrás que le ha facilitado herir con ventaja al cuarto, y libre de cacho.

El incomparable matador, Salvador Sánchez (*Frascuero*), feo de cara y de cabeza hermosa, al formar la puntería para dar la estocada, ponía un gesto tan duro arrugando el entrecejo, que bien se conocía su decisión, para matar ó morir con honra.

También á semejanza del *Tato*, echa á atrás, aunque sin encorvarla, su pierna derecha, el espada Luis Mazzantini, de modo que tampoco pierde terreno, puesto que no mueve el pie izquierdo de su primitiva colocación. Esta postura favorece mucho la inmejorable actitud del diestro en el momento de matar.

Manuel García (*El Espartero*), cuya estoica tranquilidad, pasando de muleta, ha llamado tanto la atención, tenía el vicio de torcer la cabeza á un lado y estar sonriendo al verificarlo, lo cual ni quita ni pone para el buen uso del trazo ni en contra del arte. Posible es que ni él mismo se diese cuenta de tal detalle.

Y, por último, *Guerrita*, el torero de piernas de acero y rey de los floreos, colócase al herir generalmente, con los piés muy separados—el derecho atrás—y engendra un balanceo antes de arrancarse de adelante atrás y de atrás á delante, que indica

poca quietud en aquel momento, por más que no resulte anti-artístico ese defecto, puesto que el movimiento es del cuerpo, no de los piés.

No he apuntado esos ligeros vicios ó defectos para que por ellos se forme juicio de la suficiencia de los matadores indicados, sino para hacer notar que esas costumbres, distintas en cada uno, forman parte de su modo de ser, de tal manera, que unos por no darse razón, y otros porque en ellos se han arraigado profundamente, no pueden pres-

cindir de manifestarlos. Después de todo, los gestos y las acciones de los hombres, responden casi siempre al estado de su ánimo: si tiene miedo, aunque intente disimularlo se le conocerá en que no afronta el peligro solo y con resolución; si es valiente, lo demostrará sin acordarse de que le pueda venir daño alguno; pero como nada hay perfecto en este mundo, algo sobra ó algo falta á la mísera condición humana. ¿Son los toreros de distinta procedencia que los demás hombres?





# XLIV

LO QUE HACE FALTA



AN llegado á tal extremo el desorden y el barullo en las plazas de toros cuando se lidian reses bravas, que ya nadie conoce la razón de ejecutarse las suertes como el arte, fundado en largas experiencias, aconseja y determina. Es un verdadero escándalo el desbarajuste que poco á poco ha ido introduciéndose en el redondel, donde cada uno hace lo que quiere de propia voluntad, sin obedecer á nadie ni á más ley que á su capricho, porque ni los lidiadores saben cuáles son sus obligaciones, ni los presidentes tampoco, ni el público se cuida más que de jalearse y alegrarse, no comprendiendo que esto es ficticio y que generalmente toma como bueno lo que esencialmente es malo. De ahí los recortes, las pataditas y las monadas erigidas en sistema, aplaudidas hoy á rabiarse y silbadas furiosamente al célebre *Lavi* y aun al diestro Antonio Carmona (*El Gordito*).

Ya cuando el afamado *Cúchares* quiso iniciar ese bullicio y jolgorio que desnaturaliza la lidia, le salió al paso, en 1845 cortándole los vuelos, el

inteligentísimo aficionado y cumplido caballero D. Alejandro Latorre, diciéndole que todo aquello (las monadas y chavacanerías) sería bueno si á tiempo se hiciera, dando á entender que un recorte en momento determinado debe aplaudirse, que un coleo, para salvar á un picador es digno de elogio; que un descabello á un toro casi muerto es apreciable y que un galleo al de mucha vida, tiene indisputable mérito, pero que no puede admitirse como bueno ninguno de dichos medios para burlar las reses cuando se hallan en otras condiciones. ¿Qué diría mi distinguido amigo si viera lo que hoy estamos viendo? ¿Qué opinión formaría de los que hoy cosechan aplausos á cambio de actitudes acrobáticas? ¿Qué le ocurriría pensar de esos picadores que no quieren ir á la suerte y después salen terciados; de esos peones que echan capotes sin orden de nadie, desluciendo el uno lo que el otro hace; de esos banderilleros que necesitan ayudas para prender medio par y de esos espadas que nunca saben mandar y mucho menos obedecer? Seguramente hubiera tomado el asunto más en serio que yo y habría adoptado el partido de prescindir por completo de las capeas, para no olvidar la tauromaquia legítima y verdadera.

Difícil es el remedio y obra constante del tiempo y de enérgica voluntad por parte de los jefes del ruedo que quieran cumplir con sus deberes y encauzar el desbordamiento anárquico introducido en todas las plazas del reino; pero no es imposible si hay un primer espada que se imponga á todos haciéndose respetar y obedecer y hasta privando de trabajar á los jinetes y peones que estorban é imposibilitan la ejecución de las suertes. A ese fin necesita tener sobre todos, el ascendiente preciso para que le respeten, consiguiéndole por su inteligencia, por su carácter y por su perseverancia, cualidades que hoy no demuestran desgraciadamente los directores de plaza, que se han criado, por decirlo así, en otra atmósfera, viendo el mal ejemplo, y algunos de ellos supeditado ó poco menos á la voluntad de un banderillero más diestro. Montes fué una especialidad como director de lidia: ningún picador rehuía marchar al toro y colocarse donde le ordenaban y la buena ejecución de la suerte reclamaba, y ningún banderillero salía con el capote á correr la fiera si no se lo mandaba el matador, y era porque sabían que, de otro modo, habríales despedido á la segunda falta de obediencia. *Cúchares* dejó hacer lo que cada uno quiso y lo mismo ha sucedido desde entonces á casi todos los que le han segui-

do, excepción hecha del maestro Cayetano Sanz, que siempre se hizo respetar de sus compañeros subordinados.

Malo, muy malo es el Reglamento que hoy rige en la Plaza de Madrid, y á pesar de ello, si fuera observado y cumplido literalmente por todos los que pisan el redondel y si los espadas, de acuerdo con la presidencia, se hiciesen respetar y supiesen lo que mandaban podría la afición taurina prometerse funciones ordenadas que pondrían de manifiesto la gran diferencia que hay entre las malas capeas y el verdadero arte de torear.

Nunca se vería á los picadores completamente abandonados cuando colocados en sus puestos esperan la salida del toro, sino que al lado del estribo izquierdo, en distancia conveniente, habría cuando menos un capote en su auxilio; jamás se daría el caso de que los monos sabios á fuerza de palos y llevando al jaco del bocado se acercasen á la fiera entregándole á la muerte á ciencia y paciencia de un jinete que se llama así, porque va montado en una aleluya, como podría ir en un madero, tampoco se formarían alrededor de tal piquero las cuadrillas completas de peones, porque nadie estaría al lado derecho y solo se consentiría en el izquierdo al matador encargado de estar al quite y á buena distancia á sus iguales para acudir al peligro si le hubiese. Concluirían de una vez esas faras de no poder hacer andar al caballo, de bajarse de él para volver á montar y de buscar al toro por el camino más largo, y ya que no pudiera conseguirse que picaran cómo y dónde se debe, al menos no esquivarían las suertes, desacreditando ganaderías.

Otro tanto puede decirse de los banderilleros. Empezando porque no darían un paso cerca de los toros sin que el espada se lo ordenase, está dicho todo. Sería consecuencia natural que no aburrieran al toro á capotazos antes y después de que viera los caballos, cansándole y preparándole á huir, y que á la suerte de banderillas no hubiese, fuera de los tercios de la plaza, más que un hombre á espaldas de los banderilleros, para protegerle en su fuga, ya que ahora nadie sabe poner banderillas esperando en todos los terrenos.

Pues ¿y el estorbo y desbarajuste que arman los tales peones cuando toca el clarín á matar? Entonces todos, especialmente los de la cuadrilla del matador, se despachan á su gusto, corriendo de un lado á otro y volviéndole al sitio de donde le quitaron, recortándole, levantándole la cabeza, humillándosela á capotazo seco, resabiándole con

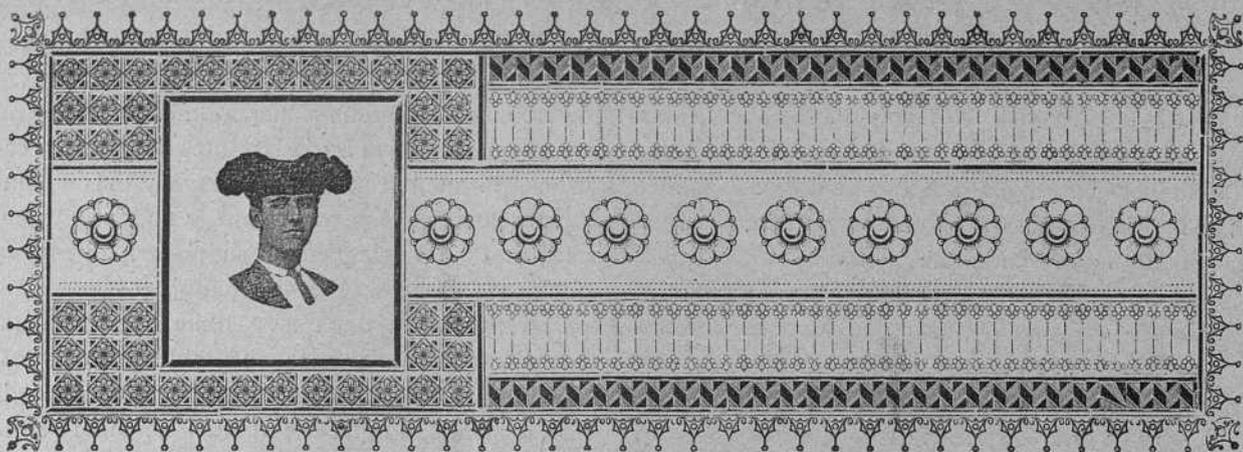
dejarle el percal en el testuz ó en el suelo, y haciendo, en fin, tantas herejías que, francamente, si hubiera un espada que se estimase en algo, despediría lejos de sí tan bulliciosa tropa, y tendría cuidado de advertirla que para otra vez no quería á su lado, ni aun para correrle el toro adonde considerase conveniente, más que los dos hombres que designase en el caso de que él no tuviese confianza para irse solo á la fiera, fuere el que fuere el sitio en que se hallase.

Urge el remedio, si las corridas de toros han de ser lo que deben ser, y si los toros han de dar el juego que requiere una fiesta, en que entra por principal elemento la bravura de las reses, que in-

dudablemente pierden á fuerza de capotazos y carreras que las dejan burladas antes de ver los caballos, porque el toro es más bravo y más voluntario cuanto más se consiente y más pronto encuentra objeto que ceda á su poder. Un espada que como director de lidia cumpla y haga cumplir á todos sus deberes y obligaciones, es tal vez más necesario y más aceptable que cuantos, siendo buenos matadores, descuidan el cargo de jefe, consintiendo que el redondel se convierta en merienda de negros, donde todos mandan menos el amo.

Cuanto más vale un capitán, mejores son los soldados.





# XLV

SEAMOS JUSTOS



O puede ser más singular lo que ocurre con los partidarios de los lidiadores de toros, cuando no se amoldan á su modo de pensar los aficionados al arte de *Pepe Illo*.

Quieren convencer á todos de que su predilecto es el torero de más inteligencia, de más saber, de más valor de cuantos practican el toreo, y con una intolerancia exclusivista, no admiten en diestro alguno el asomo siquiera de que en determinada corrida, en señalada suerte, haya podido estar, no por encima, sino al nivel por lo menos de su patrocinado. Siempre hay disculpa de que *al suyo* le han correspondido los huesos de la lidia, y al otro las babosas más sencillas, ó de que el aire impedía al primero jugar bien la muleta, ó de que necesitaba á su lado mucha gente, porque el toro se colaba, acostándose de un lado, ú otra razón de pié de banco por el estilo. Para él todos son motivos de fundamento que le abonan; para los de.

más, nunca hay pretexto que consenta lo que todos suelen hacer en casos idénticos. Sácase partido de la mejor ó peor figura del diestro, de su gallardía, de sus aficiones personales y hasta de la historia de sus progenitores para ensalzar á las nubes al uno y hundir en el polvo á los otros. Si media docena de hombres hábiles y aptos para ello, se encargan de levantar al ídolo, la reputación de este queda formada en poco tiempo, ensalzada y elevada á los cuernos de la luna, á muy poco que el torero haga para cimentarla, porque tendrán cuidado de propagar las excelencias del ahijado, popularizando y haciendo entender á las masas ignorantes, que en nadie hay más sal, ni más gracia, ni más facha que en su ahijado, aunque no haya el arte ni el valor que también suelen concederle. Confunden de intento, el arte con la maña, el valor con la astucia, sin tener en cuenta que aquel tiene sus reglas fijas, y el que de ellas se separa ya le pierde, y el último se manifiesta acercándose siempre y estando á la cabeza de las reses: y claro es, cuidando mucho de señalar los defectos de los demás toreros, que forzosamente han de tenerlos, porque no puede haber nadie exento de ellos, y ocultando los suyos consiguen el objeto apetecido, y ya puede hacer horrores el mozo de su devoción, que se le admitirán como bondades. Difícil es luego hacer á los prosélitos conquistados que se vuelvan atrás de lo que, guiados por otro, dieron por bueno, que raro es el que tiene valor de arrepentirse de lo que sostuvo una vez en público: y si allí en el fondo de su conciencia siente alguna vez el peso de la verdad, recházala con la pasión, ó la ahoga con la tenacidad.

¿Por qué todo esto? ¿A tal punto llegan la ofuscación y el cariño, que la pasión ciega el conocimiento? ¿Qué razón hay, por mucho afecto que se sienta hacia un individuo, para negar y echar por el suelo todo lo bueno que otro pueda hacer?

Los que así obran, ignoran que su juego es conocido y que trabajan en sentido que alguna vez, no siempre por desgracia, suele surtir efectos contrarios. Desconocen que cuanto más mérito dieran á los otros lidiadores, mejor encumbrarían al suyo, porque sobresalir entre los que nada valen, no tiene significación digna de elogio. Por eso *Lagartijo* y *Frascuero*, Cayetano y el *Tato*, *Cúchares* y el *Chiclano*, en los tiempos de sus emulaciones y rivalidades, concediéronse mutuamente méritos excepcionales; y por eso los partidarios de cada uno, reconociendo en el contrario gran inteligencia solían decir «si será Fulano buen torero que lucha, vence y gana á Zutano, que sabe más de lo que

parece.» Así se comprende la pasión porque no traspasa ciertos límites y no lleva el carácter de la intolerancia y la intransigencia.

Todavía es más incomprensible la conducta de aquéllos que ayer encontraron admirable y perfecto el trabajo de un torero y hoy le encuentran malo y digno de censura y desprecio, no en caso determinado, si no en toda ocasión y momento. Cuando pasan años, durante los cuales un diestro decae por falta de facultades, por resabios y tranquillos adquiridos en provincias, ó por ausencia de valor, que suelen ocasionar las grandes cogidas, está bien que el público retire, poco á poco, su apoyo y escatime sus aplausos, á quien antes se los prestó con usura: pero cuando ninguna de esas causas existe y la mudanza es repentina, ¿qué razones pueden alegarse para cambiar de opinión en tan breve plazo? Al fin, los que desde un principio advierten los defectos de un lidiador, se los hacen entender para que los corrija y continúan siempre insistiendo en las apreciaciones, podrán equivocarse, pero llevan el recto camino de la consecuencia, calculando que hace en el ánimo muy mal efecto el hombre que reniega de su religión, de su política, ó de otros ideales proclamados en alta voz constantemente, si grandes y muy poderosas razones no le obligan á seguir el adagio de que «de sabios es mudar de consejo.»

Y ¿quién es sabio en el difícil arte de torear? ¿El populacho que aplaude ó silba á tontas y á locas, sin saber por qué? ¿El aficionado que por llevar muchos años mirando corridas de toros, se cree doctor en el arte? ¿El torero, que si hace bien una suerte, no sabe explicar por qué ni cómo la hizo? ¿El que escribe revistas ó de asuntos taurinos *cálamo corrente*? Nadie, absolutamente nadie. Podrá ser más ó menos *entendido* en la materia el que la estudia, la practica y la tiene amor, pero ¿sabiol...

Y á los que entienden de toros, por lo mismo que no se les ocultan las dificultades con que luchan los lidiadores para dominar las reses y vencerlas, es á quienes corresponde usar en sus conversaciones de mayor mesura y circunspección en su modo de apreciar el trabajo, midiendo á todos por un rasero y ateniéndose en cada caso á las reglas estrictas del arte, que muy bien puede un buen torero hacer mala labor en ocasiones, y un mal torero ejecutar en otras actos plausibles.

La crítica debe emplearse en ellos, para que el que algo valga no se abandone ni se vicie, y para que le sirva de aguijón y de incentivo en su carrera: las censuras deben ser fundadas en hechos

ciertos, y siempre teniendo presente lo que dice el arte escrito y no controvertido: las apreciaciones, de tal manera que no puedan convertir la discusión en disputa, ni la emulación en rivalidad envidiosa; y en toda ocasión considerarse debe, que á unos diestros adornan ciertas aptitudes, que en otros son muy distintas sin que por eso dejen todos de sobresalir en las que le son peculiares.

Entre los mismos matadores que hoy figuran en primera línea, existen diversas condiciones. Suertes lucidas ejecuta el *Gallo*, que no practica *Lagartijo*: estocadas da *Mazzantini* que no dará con igual frecuencia y del mismo modo el *Espartero*: *Guerrita* no capea con la perfección de *Cara ancha* y

*Angel Pastor*; y *Currito* estará más acertado con un toro de cuidado y estudio que muchos de los citados, y, sin embargo, los *entendidos* en el arte tienen ya colocado á cada uno en el sitio que le pertenece, por más que las afecciones particulares desvíen algún tanto de él á quien merezca preferente lugar.

No hay, pues, que apasionarse hasta el extremo, que en un buen medio está la virtud, y sobre todo los *entendidos* no deben derrumbar á unos para encumbrar á otros; juzguen á cada cual según merezca por su trabajo en el redondel y apláudase el mérito, la buena voluntad y el valor donde quiera que se encuentren.





# XLVI

Á DESLINDAR LOS CAMPOS



SEÑORES taurófilos, vamos á cuentas.

Están ustedes predicando constantemente los unos que se denominan antiguos porque, como yo, son viejos, que en los tiempos que pasaron todo era bueno en las lidias de toros: espadas, picadores, chulos y ganado: que éste era más bravo y aquéllos también, con la circunstancia de que sabían ser toreros los que al arte se dedicaban, y los ganaderos no querían presentar en las plazas bichos de poca edad y mal trapío: y comparando, sacan la deducción de que ahora no hay toros, ni toreros, ni nada, en fin, que se parezca á lo de entonces. Y los otros, los que se titulan modernos, afirman que nunca ha podido haber, ni por consiguiente ha habido mejores toreros, ni mejores toros que los de treinta años acá, dando con esto á entender que los viejos faltan á la verdad á sabiendas, ó por lo menos que con aquellas glorias se les han ido las memorias.

Achaque de la vejez ha sido siempre el de creer que solo lo de sus tiempos ha sido bueno, sin duda porque los de la juventud siempre se recuerdan con deleite, y vicio constante el de los

jóvenes afirmar que lo presente supera á lo pasado en bondad, sin que unos ni otros quieran ceder en sus apreciaciones por cuanto hay en el mundo; pero yo, que aunque soy viejo, tengo el corazón joven, voy á ver si puedo convencer á todos de que *en absoluto* ninguno está en lo cierto, salvo en la parte fundamental que luego explicaré.

Difícil es convencer á quien no quiere convenirse, y el que así piense debe apartar la vista de este artículo. Quien escuche razones atienda.

Hasta hace treinta años, el modo de torear era igual en todos los diestros. Sujetábanse á las reglas que el arte prescribe, y cuando de ellas salían, eran vituperados y tenidos en mal concepto, lo cual prueba que ya había entonces toreros malos, como ahora, aunque hubiese otros buenos, como los hay actualmente. Al lado de picadores de tan notable habilidad como Trigo, *Charpa*, *Coriano* y Sánchez, figuraron Guisado, *Cartón* y otros, que por malos podían dar quince rayas á quien les ganase en chapucerías. Junto á Montes, Redondo, Cayetano y Domínguez, glorias del arte taurino, alternaron Pastor, *Gasparón*, Manolo Arjona y otros que dejaron mucho que desear, y en unión de Jordán, Blayé, Muñiz y *Regatero*, que llegaron adonde pocos llegan, parearon el *Macando*, el *Mellizo* y Enrique Ortega, de infeliz recordación.

En la época moderna han brillado justísimamente en la suerte de varas alguno de los Calderones, *Chuchi*, Cirilo, *Badila* y otros, acompañados de una gran mayoría de ineptos, cuyos nombres están en la mente de todos los aficionados; mejores banderilleros que el *Gordito*, *Lagartijo*, *Cara-ancha*, *Armilla* y Pablito, no fueron aquellos que especialmente he citado; y en cuanto á espadas, que es el caballo de batalla de la cuestión, *Lagartijo*, *Frascuelo* y algún otro, han sustituido dignamente á aquellos grandes maestros.

Pero hay que hacer forzosamente comparaciones entre éstos y los actuales matadores de nombre, y á fe que lo siento, porque nada hay más odioso; aunque con la conciencia tranquila, según mi leal saber y entender, nada está más lejos de mí que el herir personalidades.

Los cuatro antiguos maestros, cuyos nombres he fijado por orden cronológico, practicaron indistintamente *todas* las suertes de matar, ó sea, recibiendo, á un tiempo, arrancando, á paso de banderilla, á volapié, etc., etc., y de los modernos solo el segundo y *Cara-ancha* han recibido toros, y en cuanto á volapiés, no son siempre volapiés los que así se llaman.

Ahora, en cuanto á la perfección de las suertes es otra cosa. Como Redondo y Domínguez nadie ha llegado—salvo algún caso—á recibir con tanta perfección y exactitud ni en tantas ocasiones y en cambio como *Lagartijo* y *Frascuelo*—especialmente éste—nunca, dígaselo que quiera, ha habido quien haya matado tantos toros de una estocada cada uno, en lo alto y hasta la empuñadura. Ganan en esto los modernos á los antiguos; gánalos también *Frascuelo* en arrimarse más que aquéllos se arrimaban, y gánalos también *Lagartijo* en el trasteo—excepción hecha de Cayetano—á quien es difícil llegar en este punto si hubiese continuado siendo matador de conciencia como en sus primeros años. Toro mejor muerto, con tanta habilidad, con tanto arte, con precisión tan matemática como el segundo de la corrida celebrada en Madrid el día 11 de Abril de 1852, cuando la competencia de *Cúchares* y Redondo, que despachó éste de una soberbia estocada recibiendo, no le he visto en mi larga vida; pero tampoco una corrida de seis toros tan magistralmente estoqueados como la del 26 de Mayo de 1887, en que *Frascuelo* quedó á tanta altura, que si Montes y *Chiclanero* vivieran hubiérales dado envidia.

Cuanto al ganado, sucedía lo mismo que ahora, si bien rara vez eran admitidos en plaza bichos menores de cinco años. Resultaban, sin embargo, de mayor empuje y más bravura, porque observándose fielmente las buenas prácticas taurinas, los lidiadores no las destroncaban á fuerza de recortes, si no á fuerza de puño con la garrocha, que para eso es la suerte de vara, y aun en casos de apuro siempre eran corridos por derecho.

Eso no quiere decir que no se ejecutasen suertes de adorno. Entonces se reducían al capeo, á los galleos, á los saltos de garrocha y trascuerno—olvidado hoy—y á algún recorte; pero una vez en toda corrida, sin la frecuencia lamentable con que ahora se abusa.

Dicho esto, no hay motivo para considerar, en cuanto á valor y voluntad, diferencia tan notable entre lo antiguo y lo moderno que altere los fundamentos del toreo. Existe únicamente en la aplicación de esas denominaciones, y de ahí nace la confusión que es preciso aclarar.

Yo considero *antiguos*, aunque solo tengan veinte años de edad, á los partidarios del arte en toda su pureza, el cual observan ó intentan observar los toreros que *no recortan* las reses; que capean con los brazos á *piés juntos*; que corren por

*derecho*: que no las preparan á banderillas, y que van á matar frente á frente, *en corto y en línea recta*, dando salida á aquellas «á favor del quiebro de muleta» que dijo *Pepe Illo*. Y considero *modernos*, así tengan setenta años de edad, á los que aceptan de buen grado los lances fuera de cacho, los continuados recortes favorecidos por el trapo, las monadas, los cuarteos y los desplantes.

Es cuestión de gusto.

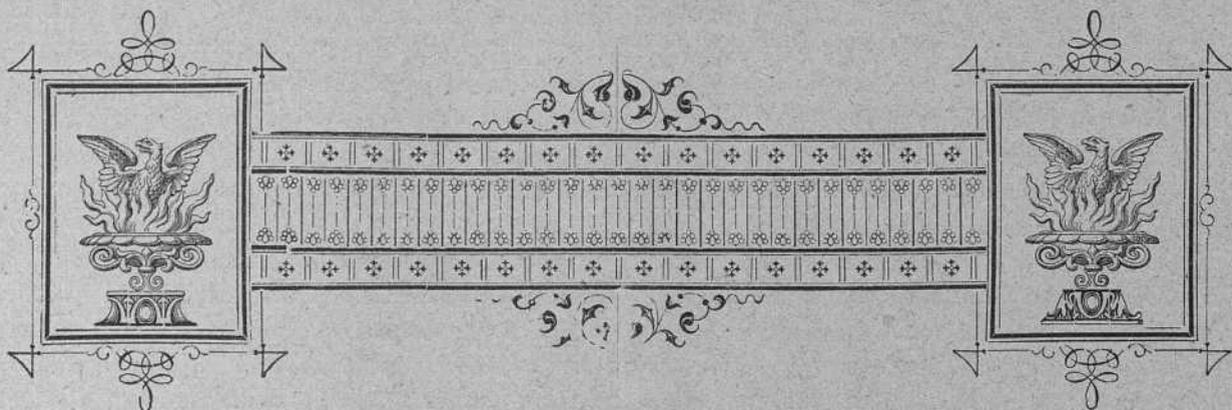
Los últimos sacrifican el todo por la parte y los primeros no transigen con la más pequeña adulteración de la verdad, que la quieren *pura* sin mezcla que la desvirtúe. Prefieren la estampa perfectamente grabada á chafarrinado cromo, aunque éste se halle en marco de filigrana y aquel carezca de tanpreciado adorno. Por eso se han aplaudido el modo de correr los toros del banderillero que fué de *Lagartijo*, Mariano Antón, los pares de Esteban Argüelles, cuadrando en la cabeza, y los de *Pablito* sesgando de verdad: y por eso aplauden hoy á Victoriano Recatero, banderillero clásico, y

el artístico modo de torear de Angel Pastor, aunque ambos son toreros modernos.

Personas hay que admiran con la boca abierta, el adorno y filigrana que puso Churriguera en las portadas del Cuartel de Guardias y Casa Hospicio de Madrid, al paso que otras, estimando de mejor gusto el Museo de Pinturas y la Puerta de Alcalá, elogian las obras de D. Ventura Rodríguez que el arte aprecia como de mayor mérito artístico. Es cuestión de gusto, repito. Churriguera y Rodríguez fueron buenos arquitectos, aunque de estilo é inclinaciones diferentes. Yo prefiero á Rodríguez, váyase quien quiera con Churriguera.

*El arte no es más que uno*, y lo que hay que buscar en su ejecución, es lo que siendo más perfecto «en su parte fundamental» pueda llamarse *clásico*. Los antiguos y los modernos podrán variar en sus juicios y apreciaciones, el arte taurino siempre será el mismo, peor ó mejor observado y cumplido, pero con las reglas fijas é invariables que escribieron *Illo* y Montes. No es cuestión de época.





# XLVII

¿VENDRÁ LA REACCIÓN?



INDUDALLEMENTE ha de venir, y tal vez más pronto de lo que algunos creen. Se impone por la fuerza de la lógica y de la verdad, que no tienen más que un camino. Al continuado abuso de la paciencia del público—que es el que con su tolerancia, por no darle otro nombre, ha tenido la culpa de que el arte se mistifique y adultere hasta el punto de que parezca distinto de lo que es en sí—ha de sustituir forzosamente el planteamiento del toreo clásico y legítimo, exento de los golpes de efecto y supercherías que con gran daño se han enseñoreado de nuestras plazas hace ya tiempo. El público, si no todo, gran parte de él, empieza ya á ver claro, y ha de abarcar su mirada mucho más, cuando vayan desapareciendo del ruedo ciertas entidades que le sorprendieron por sus desplan-

tes y movimientos aparatosos, mejor que por la solidez del mérito efectivo. Mucho ayudó á pervertir el buen gusto una parte de la prensa política, que atendió más á las simpatías personales que á la perfecta ejecución de las suertes, y las masas populares siguieron el rumbo que se las marcó, llevadas del impulso, que admitieron inconscientemente porque halagaba sus sentidos.

Ya empieza, decimos, á juzgar por sí y aunque no se borran pronto los errores de tantos años, día llegará en que esa gente, una vez perdidos de vista los hombres de su personal simpatía, vuelva á fijarse en los preceptos escritos y comprenda cuán grande diferencia hay entre lo que es realmente artístico y lo que solo es aparente y falso. Tan señalada es la tendencia que viene iniciándose en favor del toreo verdad, que no hay más que reparar en algunos actos de los lidiadores actuales para convencerse de que poco á poco, llegará una época, si no igual, muy parecida á aquellas en que se vituperaba al torero que, olvidando el arte, acudía á trampas y artimañas para deslumbrar á la muchedumbre.

Se *va notando* que raro es el capote que se extiende para correr los toros por derecho, y se apostrofa al peón, que gracias al abuso de que al principio hablamos, le arroja á la media vuelta recortando las reses. Se *cae en la cuenta* de que muchas veces perjudica el mareo que para destroncar los toros y aniquilar sus facultades, practican los que antes fueron por eso aplaudidos. Se *exige* que al espada se le deje solo, y cuando más con un peón en la hora de matar, y se *advierten* otras cuquerías, que han pasado con aplauso para disimular precauciones, ignorancia ó falta de valor. Ahora mismo ¿qué significan esas estruendosas muestras de entusiasmo tributadas en las últimas corridas á los banderilleros Rodas y Moyano? Pues no son más que una protesta viva contra ese modo de poner banderillas alargando los brazos y clavándolas al pasar por el costado, en vez de hacer, como aquellos hacen, un cuarteo ceñido, cuadrando en el testuz y levantando los codos para pinchar de arriba abajo, no de soslayo. No hacen más esos chicos que lo que deben hacer; no hacen otra cosa que resucitar la ejecución, con arreglo al arte, de una suerte que practicaron con lucimiento por última vez en Madrid, los inolvidables Armilla, *Pablito*, Recatero y Valentín. Lo que hacen es lo que no practican más que rara vez los demás banderilleros, y por esa razón aparece como de gran mérito, lo que no pasa de ser una verdadera

aplicación de las reglas del arte.

Todos esos indicios, que van ensanchando el camino de la perfecta observancia del toreo verdad, constituyen la prueba de que vamos entrando en un período de reacción favorable á los intereses de la buena escuela de la tauromaquia. No hay que dudarle; las aguas volverán á su cauce natural, más deprisa ó más despacio; pero volverán ¡Vaya si volverán!

Trabajo ha de costar á los actuales matadores dominar sus resabios y acomodarse á las nuevas exigencias; que no se olvidan fácilmente hábitos y costumbres de muchos años, sobre todo si por ellos han sido aplaudidos: pero no tendrán más remedio que variar de rumbo, para que no les falte el apoyo de la opinión que es tornadiza y no quedará mañana lo que quiso ayer. Por de pronto, aquella dirección del ruedo y de las cuadrillas que tan perfectamente establecieron y cumplieron Montes, Redondo, Cayetano y Domínguez, y que ha caído en desuso, deben restablecerla, dando por sí el ejemplo: han de hacer los quites con largas en la mayoría de los casos, renunciando á esos continuados recortes que hacen á las reses cuando salen de la suerte de varas, porque siendo el quite, como su nombre indica, el acto de separar ó apartar al toro del picador ¿á qué viene coger al bicho y recogerle con los vuelos del capote, destroncándole y estorbándole su natural salida? Pues qué ¿ha de sacrificarse la lidia noble, la bravura de las reses y la manifestación del buen gusto, á las extravagantes posturas acrobáticas y gimnásticas, que aplaudidas y celebradas ahora, nunca fueron admitidas más que en las mogigangas novilleras?

Y en la hora de la suerte de matar, en esa hora... la verdad, hay que afinar como hace mucho tiempo *no se afina*. Nada de perder terreno al pasar de muleta, que hace ver al bicho toreando al matador: nada de baile y mucho de *pasar* con calma: y nada de pases *de efecto* agachándose y *barriendo*, que los pases por bajo no han de ser tan bajos que la res pierda de vista al hombre que le domina, ni tan sucios que levanten polvo ó recojan lodo: pero mucho de perfilarse bien: mucho de arrancarse sobre corto y por derecho, y *algo* (¿podemos contentarnos con menos?) *de esperar*, si hay alientos.

Todo eso quiere ya el público que antes no reparaba en ello, y por lo mismo hemos dicho que ha de costarles trabajo acomodarse á las nuevas exigencias. Penoso les ha de ser olvidar aquellos lances que, tan á poca costa, les proporcionaron

frenéticas ovaciones: pero las épocas no son iguales siempre: el gusto cambia, y aunque haya un tiempo en que domine la corrupción del arte y éste quede eclipsado, la razón, el buen juicio y la imparcialidad, vuelven por los fueros de la legítima pureza de aquel, reaccionando la opinión y colocándola en su verdadero puesto.

En toreo somos reaccionarios como venimos predicando en todos nuestros escritos: muchos que, deslumbrados por apariencias *efectistas*, no lo eran, ya empiezan á serlo y con ellos vendrán otros que discernirán con justicia entre lo malo y lo bueno. Ahora, vean los toreros qué línea de conducta les conviene seguir.





# XLVIII

GALERÍA TAURINA DE 1890

V

OY á tener el gusto de presentar á mis amables lectores, una colección de retratos de los espadas que han alternado en las corridas de toros verificadas en el circo madrileño hace pocos años. Según el color del cristal con que se miren, así parecerán más ó menos exactos ó parecidos: de modo que al que se le antojen feos, algunos, por que los haya visto con cristales oscuros, le aconsejo vuelva á mirarlos con lentes rosados y los encontrará bonitos.

En materia de gustos ¡es tan difícil agradar á todos!

Son obra de un mi amigo, muchacho bueno si los hay, á quien quiero como á mí mismo, y que de todo entiende, hasta de tauromaquia, con sus anexidades y conexidades, según él dice. No lo extraño; que ahora todos hablan de toros, y escriben y disputan y se dan aires de entendidos que no hay más que ver.



Los retratos son hechos á conciencia, eso sí; y ponen de manifiesto, de una manera precisa, ante los lectores, los méritos y defectos de dichos toreros que han *pasado* por la arena del circo madrileño, como ya he referido. Mucho ojo y á mirar bien, que la vista engaña, y nada de prevenciones ni antejuicios, que aquí no hay malicia, ni amistad de pandillage, ni otra cosa que la verdad pura y neta; y al que le pique que se rasque y el favorecido que baile de contento.

Anda, muchacho; enséñalos despacio y explícalos como autor de ellos, que yo me reservo comentarlos; pero no des á la expresión el tono de *tuti le mundi* de *Perico el Ciego*, ni de Manuel *el Manco*, que el asunto es formal y no son los retratos caricaturas. Relátalos si puedes por orden de antigüedad y con voz clara, que oyen muchos y han de oírte más, según yo entiendo. Conque al avío.

De antaño saben los homes  
q'en el coso ben lidiars  
y que tienes merescido  
el gran puesto que alcanzares.

Nón te acuitades por ende,  
ne ingratitudes llorares,  
que al ingrato perxudican  
é han de causarle pesares.

Si de Madrid (magüer lexos)  
las palmadas escochares,  
regocijate, van dadas  
á tus feitos populares

Bien dicho está lo dicho. Yo he sido el primero que he censurado á *Lagartijo* sus defectos; pero no quita lo cortés á lo valiente, que hoy no es ocasión de arrebatarse de las manos su *gramática*, á una antigua respetabilidad, digna de consideración. Cada cosa en su tiempo.

Adelante.

\* \* \*

¡Abajo los sombreros y mostrad todos los toros respeto y admiración ante esa gran figura!

...que de esa talla,  
al mundo viene *unó* en cada siglo.

Es verdad amigo mío: ya murió *Frasuelo* para el toreo; ¡y qué hueco tan difícil de llenar ha dejado en él! Su retirada ha demostrado cuánta es su grandeza de ánimo, pero...

Sigue, hijo, sigue.

\* \* \*

¡Ay Currito, Currito,  
Curro del alma,  
verte donde te encuentras  
me causa rabia!  
¿Por qué, debiendo  
estar á la cabeza  
te hallas en medio?

Chico, eso no se lo preguntes á él si no á las veleidades del público y al carácter indolente de un hombre que tanto sabe. ¡Para dormirse en las pajas de ese arte, en los presentes tiempos, cuando salen toreros á borbotones como garbanzos de olla repleta! ¡Si despertara!

\* \* \*

Ahí está un matador muy apreciado;  
con valor, no alardea de valiente,  
pende de la ocasión tan solamente  
el que se atreva ó no. Muy bien plantado,  
arrancando da buenas estocadas:  
pero es frío, y el frío en el estío  
si gusta por el pronto, deja frío  
y aminora del pueblo las palmadas.

¡Ya lo creo! Ha tenido *Hermosilla* la mala suerte de venir á lidiar en la plaza de Madrid cuando el extragado gusto del pueblo apetece mejor pájaros volanderos que pavos y perdices. Si no aprieta cuanto puede, que bien puede, no se queje luego de la fortuna: mírase en el espejo de *Currito*.

\* \* \*

Ahí está el toreo fino  
y la pureza del arte.  
¡Ay! si yo pudiera darte  
la *pimienta* que imagino,  
¡cómo habrían de envidiarte!  
¡Sigue por ese camino,  
que estando el santo de cara  
puedes subir y subir...  
(Suele la afición venir  
al punto de que arrancara.)

Si señor: y llegará día en que todos los saltos, brincos y cabriolas, que tanto se aplauden ahora, se desprecien, y reine de nuevo el toreo que practicaron Romero, Montes, Redondo y Cayetano, de quienes Angel Pastor es legítimo heredero. Si esa reacción no viene pronto, bien podremos exclamar: ¡Apaga y vámonos!

\* \* \*

Oiga, D. Fernando  
 usted que es tan listo,  
 y tan elegante,  
 tan apañadito,  
 que *cambia* en rodillas  
 como muy poquitos,  
 que maneja el trapo  
 con muy buen estilo  
 y que sabe mucho  
 de toreo fino,  
 ¿por qué no es más alto  
 siquiera un palmito?

Eso quisiera él, pero no está en su mano remediarlo. ¡Vaya una pregunta! Debo decirte, sin embargo, que fundado en ese defecto personal, cuarteo para herir en muchos casos, sin acordarse de que eso no se ha consentido nunca en Madrid más que á *uno*. De mucho sirve la estatura alta para meter el brazo con desahogo, pero no es absolutamente preciso, que bajando bien la muleta, los toros humillan lo bastante para quedar descubiertos. Por eso cuando tal hace, asegura monumentales estocadas. Bien lo sabe.

\*  
 \* \*

Venga otro retrato que se va haciendo tarde.

Voy á darle color, á ser posible  
 para que á todos sea inteligible.

*On parle français,  
 si parla italiano.*

Yo has visto mozo que á empezar calvea,  
 el de los volapieles:  
 si quieto hubieras piernas *recibiendo*  
 otra cosa ya fueses;  
 y si taurino Empresa no tomaras,  
 dinero más tuvieses.

Eso no importa á nadie más que á él. Allá se las haya y en todo caso aconséjale que el que mucho abarca poco aprieta. Por lo demás razón tienes en decir que es gran lástima que un hombre que tan especiales condiciones reúne para recibir toros, no haya intentado nunca practicar la suprema suerte del toreo y fie á su poderosa fuerza de piernas lo que debía encomendar á los brazos, que aquellas se acaban y estos duran más tiempo. Podías haber añadido que tiene mucha vista, buena voluntad y pundonor.

\*  
 \* \*

Y vamos á otro acerca del cual te encargo mucho cuidado, porque tiene grandes partidarios y apasionados que le ponen por las nubes.

Razón de más para apretar de veras. La imparcialidad me guía, y al que no le guste que aparte la vista y tome tila.

Lo tengo dicho mil veces  
 mucho ruido y pocas nueces.  
 De estas hay pocas apenas  
 pero buenas, pero buenas.  
 Y también las hay muy malas  
 del Conde, Torres y Palha,  
 que estos diablos de chiquillos  
 no quieren más que Saltillos.  
 Sin embargo, es necesario  
 para cualquier empresario.

¿Nada más? Pues mucho más has podido decir acerca del espada cordobés que desde hace unos cuantos años llama con justicia la atención de los aficionados españoles. Bueno habría sido que hubieras dicho algo sobre el movimiento continuo que ha descubierto ese mozo y también acerca de sus adelantos en el arte. Cuando lidie toros grandes y de sentido, y cuando las piernas no le ayuden, haremos nuevo retrato.

Por hoy basta venga otro.

\*  
 \* \*

Vaig á dirte lo que sent.  
 Eres terne y algo mes:  
 encara no saps lo que es  
 arrojó tan violent

Yo no t'ho volguera dir:  
 mes volguera que pensares,  
 chiquet, que nos asustats:  
 ¿tu vols ferme que sentir?

Dices bien: parece mentira que ese *Fabrilo*, tan guapo y tan valenciano, tenga aversión á la horchata de chufas que refresca la sangre. Que estudie y mejore el manejo del capote y la muleta, y que pare y se repare, que no se ganó Zamora en una hora, y las cosas han de venir por sus pasos contados (1).

Adelante, amigo.

\*  
 \* \*

(1) Nuestros temores, manifestados á fines del año 1890, se han realizado por desgracia. Este infeliz joven, cuyos apuntes biográficos van comprendidos en la página 93, murió en Valencia, donde vivía, el día 30 de Mayo de 1897, á las cuatro de la tarde, precisamente á

Por facha, por aire, por su voluntad.  
parece un torero casi de verdad;  
práctica le falta. Si espera algo ser  
á matar bien toros tiene que aprender.

Esa es la consecuencia de tomar la alternativa antes de tiempo. Hay que aprender luego lo que debía traerse aprendido, y casi siempre suele ser tarde. Eso de ser maestros antes que discípulos trae malos resultados: bien lo sabe *Centeno*.

\*  
\* \*

los ocho años justos de haber tomado la alternativa en Madrid. Hé aquí descrito por un testigo presencial el trágico fin de tan simpático diestro: corríanse, en dicha ciudad, por las cuadrillas de Reyerte y *Fabrilo*, en el día 27 del referido mes, toros de D. José Manuel de la Cámara, de Sevilla, y antes de enchiqúerarlos sortearon el número de orden en que debían de ser lidiados, porque los amigos del torero de Valencia mostraron interés en que el toro que luego sacó el quinto lugar correspondiese á su paisano. Era el bicho cárdeno, *conservón* y de malas condiciones, blando pero de mucho poder, grandes facultades y quedado: el público ignorante pidió que le pareasen los espadas; *Fabrilo* rehusó hacerlo, pero al ver la insistencia tomó los palos, que ofreció á Reyerte y éste no los aceptó fundándose en lo dificultoso del bicho. Entonces *Fabrilo*, así que el toro estuvo preparado, se fué hacia él andando hasta la misma cara; metió los brazos con valentía y parando mucho, y al salir de la suerte, por el lado izquierdo le enganchó el toro con el cuerno derecho, lo cual indica lo mucho que alargaba el pescuezo el animalito.

Ya en los cuernos, le campaneó, pasándole de uno á otro pitón, y entonces fué cuando sufrió el varetazo en el pecho, además de la grave cornada de la ingle.

Cuando cayó al suelo, trató el toro de recogerlo, pero lo evitó el oportuno capote de su hermano, que estaba en la cola.

*Fabrilo* se levantó sin ayuda, aunque encorvado y echándose mano á la ingle, indicando claramente que se hallaba herido de gravedad.

Sin perder la serenidad ni la entereza, fué trasladado á su casa y curado por el acreditado médico señor Moliner, que pudo observar, como los facultativos de guardia, una herida contuso-dislacerante en la ingle izquierda, paralela al mismo pliegue y de 15 centímetros de extensión, que interesaba la totalidad de los tejidos blandos de la región. Al día siguiente, 28, se le levantó el apósito y se vió que tenía una hernia intestinal por lo que fué necesario hacerle una operación cruenta, que *Fabrilo* resistió valientemente y que consistió en desbordar la herida reduciéndola en dos asas intestinales. Sin embargo, los vómitos no cesaron, ni la hinchazón del vientre, acompañada de grandes dolores, hasta que se declaró la peritonitis que le llevó al sepulcro. Puede decirse que Valencia entera y gran parte de España se han condolido con profunda pena por el desgraciado fin del simpático torero, á quien se le hizo un entierro, el día 2 de Junio, á que asistieron más de sesenta mil almas, tanto de aquella población como de todos los pueblos inmediatos.

Si has de corresponder á las favores  
que recibiste de tu gran padrino,  
y conquistar palmadas y loores,  
sigue con valentía aquel camino,  
ejemplo de valor entre valores,  
que tu maestro recorrió continuo.  
Ánimate, no seas perezoso  
que una cosa es bullir y otra ser soso.

Conformes de todo en todo. *Lagartijillo* es impávido, pero su tranquilidad puede traducirse en inercia, su calma en abandono. No me gusta que bullan los toreros á tontas y á locas: pero tampoco que les falte actividad y ligereza, porque si de estas cualidades carecen siendo jóvenes ¿se podrán esperar á los cuarenta años?

\*  
\* \*

Ahí verán, que traen por la mano  
á Juan (*El Ecijano*),  
¡Buen muchacho! ¡Valiente!  
pero dice la gente  
que se para muy poco. Si parara  
tal vez algunos lauros alcanzara.

No debemos meternos á profetas, amigo mío que nadie lo es en su patria. Ese hombre pudo ser algo; se echó atrás y fué al montón como otros, por lo que puede decirse «con su pan se lo coma.»

\*  
\* \*

Anda y enseña el último, que es tarde y viene lloviendo, y hay que dejar para mejor ocasión otros que, si cuajan, darán que hablar.

Cuando manejan el bombo  
los amigos hacen daño,  
porque el público los cree...  
hasta que conoce el paño.

Y grita después, con ó sin razón,  
á troche y á moche, y en toda ocasión  
¡Bambolla! ¡Bambolla!  
ni pan, ni cebolla.

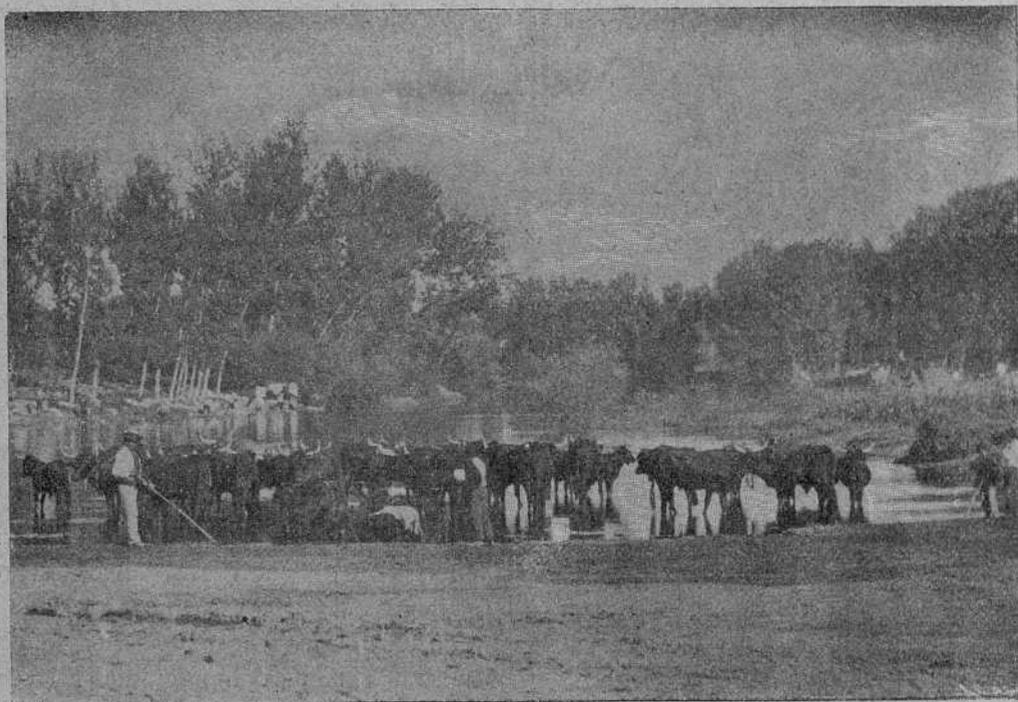
Y claro es: al pobre *Farana* le han perjudicado porque con tanto tronío, le dejaron atronado sin que pueda decirse con fundamento, ni que es bueno, ni que es malo, por más que la exhibición no le ha sido favorable.

¡Gracias á Dios que acabó la presentación de los retratos! Prepara otra para fin de siglo que comprenda los años de 1890 á 1900, que mucho podrá decirse y poco bueno tal vez.

Uno sólo al óleo, otros á la aguada, alguno al pastel, y otros al carbón, forman un conjunto poco armónico, ya lo se, pero á mi parecer tienen tal verdad en el dibujo, es tan fresco su *colorido* y sobre todo los ha hecho mi amigo con tal franqueza, que me he decidido á darlos como despedida. Algo amostazado se ha puesto mi amigo al oírme

la anterior exclamación y tratando de disculparse me ha contestado recogiendo sus cuadros y mirando después á los toreros.

¡Qué! ¿No son bellos?  
Pues es, que no es mejor ninguno de ellos.





# XLIX

EL TENDIDO NÚMERO 5



A no existe. Desapareció al ser derribada la plaza vieja, como los demás tendidos y departamentos que la formaban.

¡Con qué placer recuerda el viejo aficionado los buenos ratos que pasó allí, durante su juventud! ¡Qué alegría interior experimenta al referirlos *corregidos y aumentados*— como relación de militar antiguo,— á la gente novel que los escucha con tanta boca abierta! De mí sé decir, que al ver un amigo de aquellos que durante treinta ó más años fueron mis compañeros en constante asistencia al tendido número *cinco*, le abrazo y doy la mano, con más cariño que á un condiscípulo de primera enseñanza; tal vez porque en ésta no todo eran flores, y en aquél sólo se encontraba alegría, pasión, bullicio y contentamiento.

Era el tendido número *cinco* en la época que empezó, por el año de 1840, el punto fijo y constante, el paradero, digámoslo así, de la gente joven y de buen humor que tenía afición á las corridas de toros,

y que al mismo tiempo era conocida en todos los círculos de buen tono de la corte, como elegante sin bandolina; que tan pronto empuñaba el fusil en defensa de ideales patrióticos, como usaba la pluma para ilustrar al mundo con sus escritos, ó dedicaba su talento al estudio de ciencias y profesiones, que algo deben ahora á su ilustrada cooperación.

En nada se parecía aquel tendido á los demás de la plaza. Tenía carácter especialísimo. En él no se veían gorras, hongos ni chambergos; dominaba por completo el sombrero de copa, ya blanco, ya negro, y rara vez, y esto por equívocación, tomaba allí asiento mujer alguna. Parecería á quien se hiciese cargo de estas circunstancias, que aquel era el sitio de la gente formal, y precisamente era todo lo contrario. *Daba la ley* á toda la plaza, unas veces imponiéndose con sus manifestaciones siempre unánimes, y otras con chanzonetas y dichos, que han llegado á hacerse célebres, y que entonces aplaudían á rabiar los espectadores. Los toreros brindaban al *cinco* sus mejores suertes, y los aplausos del *cinco* fueron para muchos la base de su reputación. Las autoridades, atentas al cuidado del orden público, no apartaban la vista de aquel grupo tan turbulento, que más de una vez las puso en desesperado aprieto; y las señoras y gente sesuda, admiraban aquel conjunto de jóvenes bien avenidos, tan bulliciosos, como justos en sus apreciaciones. Y no podría ser otra cosa, si se tiene en cuenta que allí, sobre la dura piedra primeramente, y más tarde sobre mal acondicionados almohadones, tuvieron asiento sucesivamente aficionados tan entendidos como los Aguado, Fabeirac, Montemar, Alzamora, Sélles y Ferrús; jóvenes de tan elevado criterio como Cristino Martos, Simeón Avalos, Eugenio Olavarría, Nicasio Guereñu, Calixto Bordonada y Luis Rivera; escritores taurinos como Carmona, Caracuel y el inolvidable Manrique, y muchos ilustrados y decidores, de cuyos labios salían á borbotones los dichos picantes y graciosos, envueltos en epigramas ingeniosísimos, y de cuyas manos siempre se desprendían—al menos hasta 1860—aplausos nutridos y entusiastas. Los *bravos*, los *víttores* y los jaleados *olés*, eran muy frecuentes, y en cambio rara vez los silbidos del *cinco* atormentaron á los diestros. En defensa de éstos, y en más de una ocasión, las demostraciones de la gente de aquel tendido llegaron á hacer enmudecer al cencerro de Chironi, por demasiado severo. Había mucha indulgencia, es verdad que muy al contrario de lo que hoy sucede, eran mu-

chas las ocasiones en que los diestros merecían aplausos, pocas censuras.

Entre los sucesos de bulto que pasaron en el *cinco* hubo uno, que todo el Madrid de entonces recuerda y que de tragedia se convirtió en sainete. Con motivo de los sucesos políticos ó de la suspicacia de Narváez y del Gobierno que presidía, las autoridades hicieron mezclar gran número de agentes de policía secreta entre los concurrentes al *cinco* que inmediatamente los conocieron como lo que eran. Primeramente con burlas y pasando después á vías de hecho, arrojaron á los de la ronda de sus asientos y armore una reyerta á *palo limpio*, que no supo el Gobierno apaciguar de otro modo que haciendo salir á la meseta del toril media compañía de tropa, cuyo jefe, á la vista del público mandó cargar los fusiles, preparar y apuntar al tendido *cinco*, que, claro es, quedó limpio al ver tan bárbara medida. Resuelto parecía el jefe militar á hacer fuego, si no lo hubiera impedido el de la policía, que con otros dos comisarios se colocó en el centro del tendido con los brazos abiertos, y manifestando sus bastones, consiguieron que la tropa bajara las armas. De todos lados de la plaza salió un grito de indignación: hubo señoras desmayadas, gente asustadiza que salió huyendo de tan inminente catástrofe, órdenes comunicadas á Madrid por ordenanzas militares, pero los concurrentes al *cinco* volvieron en su mayoría á sus asientos y entonaron, mirando al palco de Narváez, el tango entonces muy en boga:

Usted no es ná,  
usted no es ná,  
usted no es chicha  
ni limoná...

El tendido número *cinco* fué también el iniciador, y algo más, de las demostraciones que contra la empresa J. A. y Comp.<sup>a</sup> hizo todo el público asistente á una corrida en que se lidiaban toros flacos y pequeños, aunque de cinco años, dando con su acción el ejemplo de volverse de espaldas al ruedo absolutamente todos los espectadores, incluso las mujeres, y excitando á los de los palcos á que los cerrasen con los toldillos, como efectivamente lo hicieron. Demostración pacífica, pero imponente, que costó á la empresa dar ocho toros del Duque á la siguiente corrida, después de satisfacer una fuerte multa.

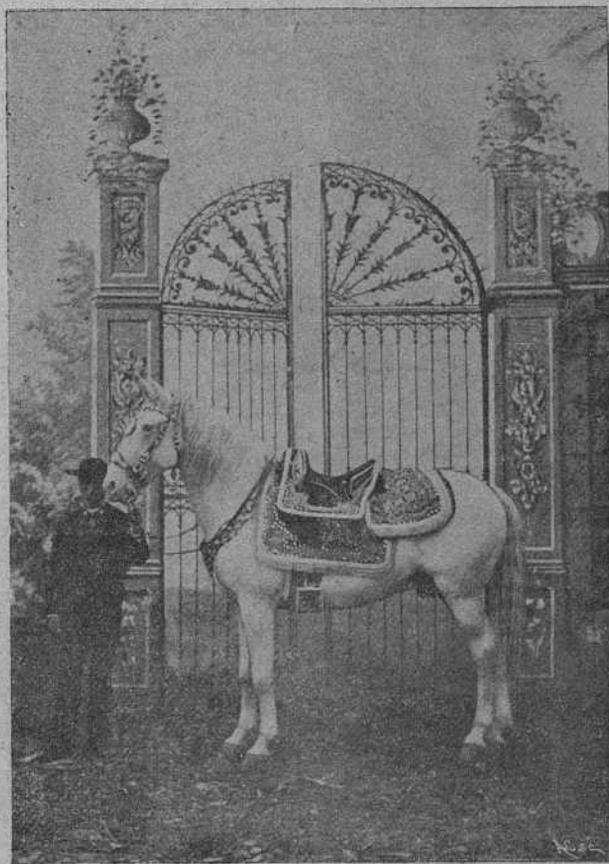
Serían interminables las relaciones que de los muchos sucesos notables allí ocurridos pudiera

contar, en la seguridad de que servirían de agradable recuerdo á los viejos y de entretenimiento y enseñanza á los jóvenes, pero no tengo espacio ni tiempo para ello y concluyo.

Aquella sociedad del tendido número cinco era el núcleo de verdaderos aficionados que oía y respetaba á los entendidos que llevaban la voz en las tertulias de la Vieja Iberia y los Dos Amigos, y aprendía á ver toros y á ser justa con los lidiadores: la juventud de la plaza nueva anda diseminada la que tiene afición al toreo, sin poderse comunicar sus impresiones para corregir errores de apreciación, otra parte se entretiene en dirigir los

gemelos á los palcos y gradas mientras se verifica una importante suerte, y la mayoría aplaude á los primeros galanes *porque sí*, ó sigue el rumbo que la marcan los interesados ó la rutina.

De la plaza nueva con relación á la vieja y tratándose de la clase de concurrentes en general, puede decirse lo que un célebre literato dijo á otro de no menor talla al salir de una velada literaria. Como cambiara el más joven su sombrero tomando el del más anciano, indicó éste la equivocación y contestó aquél «es verdad, tengo yo más cabeza», á lo que el viejo replicó socarronamente: «No, es más grande.»







# Al Círculo Recreativo de la Habana

Cuando, al constituirse esa ilustre Sociedad, me honró aclamándome Socio honorario de la misma, sin conocerme y sin más mérito por mi parte que el de ser autor del "Diccionario Taurómaco,, concebí la idea de escribir la presente obrita, dedicándola á mis Consocios en testimonio de agradecimiento, á tan para mí querida distinción.

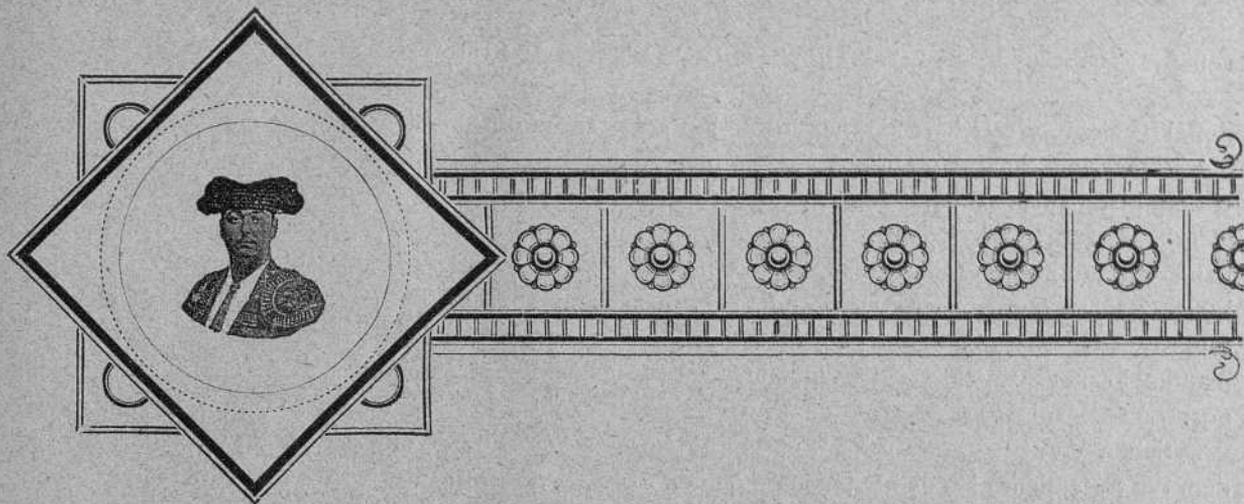
Acójala, pues, el Círculo con tanta benevolencia como entusiasmo tiene por nuestra fiesta nacional, y cuente siempre con el cariño y alta estima de su Consocio

El Autor









# CAPÍTULO PRIMERO

## PRELIMINARES



EN un día del mes de Mayo de 1793, que si en todos los puntos de España es el de temperatura más agradable, en Sevilla es delicioso por el perfumado ambiente que exhalan las hermosas flores que por doquier abundan, hallábanse en el piso bajo de un antiguo palacio, sobre cuyo ancho portal estaba colocado un grande escudo de armas nobiliarias, casi borrado por la inclemencia del tiempo, tres caballeros de mediana edad, con pelucas empolvadas, casacas de terciopelo y ricos vulecillos y chorreras de encajes finos de Almagro.

El de más edad, y téngase en cuenta que no pasaba de los cuarenta años, ocupaba el sitio principal ó sea el testero de una gran mesa cubierta de hule negro, con guarnición alrededor de rico damasco de seda carmesí, y sobre la cual había una grande escribanía de plata, de cuyo centro se

destacaba una enorme campanilla de tan preciado metal.

No hace al caso, y para el objeto que nos proponemos á nada conduce, designar los muebles de la habitación, ni dar acerca de su colocación, gusto y riqueza, los detalles que la novela exige y que sobran en nuestro concepto, á relato tan verdadero como es el nuestro.

Diremos, pues, que aquellos señores, á juzgar por el atento cuidado que á la conversación prestaban, y por el animado diálogo que entre sí sostenían, debían tratar de importante asunto, que si no afectar pudiera á su honra, á sus intereses cuando menos debiera tocar de muy directa manera; es verdad, y el lector nos permita esta digresión, que en aquel tiempo sobraba la formalidad que ahora falta para todo.

Eran los tres señores de quienes vamos hablan-

do, el Teniente y caballeros Diputados de la Real Maestranza de Sevilla, y el objeto de su reunión el de arbitrar recursos para allegar fondos con que atender en parte a los grandes gastos que pesaban sobre tan noble y alta Congregación. Desde luego se inició el medio que siempre ha sido más seguro y eficaz para conseguir aquellos fines, hablando el señor Teniente en los siguientes términos:

—Saben VV. SS.,—rara vez entonces prescindían del tratamiento los que le tenían,—que el estado del peculio de nuestra Congregación, aunque no esté exhausto y mucho menos alcanzado, exige como previsión para futuras atenciones, aumentar el caudal de reserva, como nuestras Constituciones previenen y como S. A. R. el Serenísimo Se-

ante todos los hermanos de entonces, acudió con generosa solicitud á prever necesidades, penetrado, como todos lo estamos, de que si la caballería española ha de ser, como lo ha sido hasta ahora, la primera del mundo (1), hemos de cumplir todos con empeño lo que mejor convenga al lustre y bienestar de la Real Maestranza, á que tenemos la alta honra de pertenecer. Hechas estas observaciones, señores Diputados, propongo á usías la celebración de una corrida de toros.

Los semblantes de los dos Diputados se animaron extraordinariamente; manifestaron con una inclinación de cabeza su conformidad más absoluta, y antes de que usaran de la palabra hizo un ademán conteniéndoles el señor Teniente, que abriendo una descomunal caja de oro ovalada, con

precioso esmalte en su tapa, la presentó á sus oyentes, quienes lo mismo que el dueño de tan soberbia alhaja, sacaron un polvo de rapé, le tomaron, y sacudiéndose la chorrera continuó la conversación tranquila y reposadamente.

Ya que nuestra Real Maestranza debe á la magnificencia del Señor Rey D. Felipe V (q. s. g. h.) el especial privilegio de la concesión de un «perpetuo arbitrio en dos fiestas de toros en cada año, á fin de que su producto sirva para los gastos y dispendios que tuviere en su conservación, adelantamiento y observación de su instituto,» como á VV. SS. consta, pues que la carta obra en poder de nuestro archivero, aprovechémonos de tan señalado favor, como en años anteriores. ¿Alguno de VV. SS. tiene razón fundada que exponer en contra?

—Ninguna, dijo el más joven; pero tengamos en cuenta que el mal año ha hecho que los granos y los pastos encarezcan notablemente, y más subidos de precio estarían los primeros si el muy ilustre Asistente de Sevilla, no hubiere fijado tasa, en favor del vecindario y evi-

ñor Infante D. Felipe, de feliz recordación, lo encargó siendo nuestro primer hermano mayor después de la reforma de aquéllas (1). Él fué el que

tando usuras de acaparadores.

—Es verdad, añadió el otro Diputado. Las



(1) En 1731.

(1) Exordio de dichas Constituciones.

reses que se lidién y los caballos que deban utilizarse han de ser forzosamente caros y no tan buenos acaso como los de años anteriores. Sin embargo, la venerable comunidad de PP. Dominicos de Jerez, cuya ganadería de reses bravas es tan famosa (1), tiene pastos propios y abundantes, y pudiera escribirse atentamente al M. R. P. Prior, rogándole que teniendo en cuenta el objeto á que han de destinarse los productos de la función, que no es otro, como es sabido, que el atender al mantenimiento de picadores notables y experimentados que al mismo tiempo que corrijan defectos de jinetes, domen, adiestren y fomenten la hermosa raza caballar andaluza, cuyos adelantos por el exquisito esmero y cuidado de nuestra Real Maestranza son visibles, se sirva facilitarnos toros de su vacada al precio que en años anteriores nos los dió, y que no recuerdo en este momento.

—Si la memoria no me es infiel, costaron cada uno 140 ducados, encerrados en Tablada.

—Pues bien, aceptado el pensamiento de dar una corrida de toros, siguió diciendo el joven Diputado, debemos procurar que tenga el mayor lucimiento posible. ¿No es así? En tal inteligencia, ¿qué varilargueros parece á V. S. que llamemos á tomar parte en la fiesta?

—Salvo el mejor parecer del señor Teniente y de los demás Maestranzales, propongo al renombrado Juan Amisas, cuyo brazo de hierro corre parejas con la soltura de su cuerpo á caballo; y al mejor jinete que yo conozco de los que han pisado cosos. Me refiero al famoso Ortega.

—¿Juan?

—No, Laureano, cuya mano izquierda no tiene rival. Ambos picadores, aunque sean más gratificados que otros, cuestan menos, porque se dejan matar pocos caballos, y al mismo tiempo demuestran arte, valor y pujanza. No tengo interés por otros, pero como han de ser necesarios otros dos que funcionen por la mañana y aun por la tarde, caso desgraciado de que nos libre Nuestra Santa Patrona la Reina de los Angeles, Virgen sagrada de los Remedios,—y todos inclinaron la cabeza—pudieran traer, Amisas á su hijo, que es mozo que promete seguir los pasos de su padre, y Laureano Ortega á Bartolomé Carmona, que es su amigo y á quien tengo gana de ver, porque elogian mucho su serenidad y sangre fría, al mismo tiempo que su gallarda figura.

(1) Cartel de la época que posee el Sr. D. Francisco de Reina, notabilísimo aficionado.

—No vemos inconveniente, contestaron á una voz los otros interlocutores.

—Se pagará á los últimos 100 ducados á cada uno por la corrida, dijo el Teniente, y á Ortega y Amisas (padre) 150, que es lo que nuestra Hermandad ha dado siempre á los primeros, y que nosotros no debemos escatimar ahora, por lo mismo que es mal año, con perjuicio de los pobres. ¿Y matadores?

—¡Si pudiéramos traer á Pedro Romero! Pero le retiene en Madrid la Real Junta de Hospitales, y ni él puede faltar á su compromiso, ni aquellas autoridades le permitirían que dejase de cumplirle, y harían bien encarcelándole si tal pensara. ¡Libre Dios á nuestra Real Maestranza de ser causa de perjuicio para nadie y mucho menos para los pobres Hospitales!

—Con permiso de VV. SS., y respetando pareceres, vale mucho más que Romero, el de Ronda, nuestro paisano *Costillares*, que es un maestro en toda la extensión de la palabra (1), que aquél no tiene de torero otra cosa que el temerario arrojo, aplaudido por los chisperos y gente baja.

—Perdone V. S., replicó el joven, si le digo que entiende poco del arte de torear al oír que Romero sólo tiene valor ó temeridad. No niego el mérito del Sr. Joaquín, pero sí afirmo que nunca llegará á donde raya Romero, que recibe y aguanta los toros á pie firme como ninguno, y que en el manejo de la muleta es inimitable, ya llevándola horizontalmente al compás del ímpetu del toro, ya llevándola rastrera como barriéndole el piso donde ha de caer ó que ha de besar mal de su grado: aquella muleta que siempre huye y nunca se aleja de los ojos de la fiera, que á veces la obedece como un caballo al freno (2). La seguridad de Romero no la tiene nadie, ni su gran golpe de vista, ni...

(1) Un periódico de aquella época publicó la siguiente décima:

Entre todos los censores  
del famoso Costillares,  
aunque se encuentren millares  
son muy pocos los señores.  
Estos forman, superiores  
juicios, que el vulgo chispero,  
el cual adicto á Romero  
por capricho y por antojo,  
aplaude el bárbaro arrojo  
y vitupera á un torero.

A. R. I. F. E.

(2) *Diario de Madrid* del 17 de Octubre de 1789.

—Pero es un hombre ordinario, tosco...

—¿Y qué tiene que ver...?

—Señores, dijo el Teniente interrumpiendo; no es ocasión de aquilatar el mérito de los estoqueadores que hoy se disputan el primer puesto en el circo. Ya que Romero no puede venir, llamaremos á Joaquín Rodríguez y á José Delgado, acerca de cuya destreza no cabe duda.

—¡Psh., ! En cuanto á banderillas, capeos, recortes y galleos, pero matando...

—Bien, hermano, bien; sea como V. S. dice, mas repito que no es ocasión de elogios ni censuras. Lo mismo Rodríguez que Delgado ganarán cada uno 200 ducados, y además se les darán otros 200 para el pago de los peones de su cuadrilla.

La manutención de todos los lidiadores, con alojamiento decente y limpio, no costará menos de 50 ducados por tres días, y no sabemos á cuánto ascenderá el coste de las casaquillas, chupas y calzones de grana fina con galones y caireles de plata ó blancos que no solo han de usar los varilargueros y toreros de á pie, sino todos los dependientes de la plaza. (1) Sobre esto, el señor Diputado primero procurará informarse y obrar según proceda: V. S. se encargará, —dirigiéndose al otro Diputado— de examinar el estado en que se encuentren las colgaduras y adornos del palco de respeto de nuestro Serenísimo Señor Hermano mayor, para acordar en su caso que se compongan ó hagan nuevos.

—Encargo á VV. SS. que sin escatimar tanto que el intentar ahorro parezca mezquindad impropia de nuestra digna é ilustre Congregación, economicen gastos, para conseguir el mayor producto posible de la fiesta acrecentando los fondos de la corporación que en esta ocasión representamos.

—Paréceme, señor Teniente, y le suplico me perdone si le atajo, que hemos olvidado un punto muy

(1) Por el art. 11 de la parte 3.<sup>a</sup> de las Ordenanzas de la Real Maestranza de Sevilla, se previene la obligación de facilitar trajes de dicho color y adorno á los toreros y dependientes.

importante. La plaza que há mucho tiempo construyó la Ciudad de Sevilla en Tablada, que aun se conserva para los ejercicios de la jineta y la lid de los toros, de donde es verosímil adquirió ese sitio el nombre de Toril (1), está sumamente deteriorada, es verdad; pero con poco gasto podría habilitarse y dar en ella la fiesta, jugando además cañas algunos caballeros hermanos, lo cual contribuiría al mayor esplendor y producto, porque la nueva plaza que hace menos años (2) edificó por su cuenta nuestra Real Maestranza, no tiene por su forma circular las ventajas que la cuadrilonga para aquella clase de juegos, ni para la visualidad de la entrada de los escuadrones, los escarceos de los jinetes...

(1) Rodrigo Caro, folio 25.

(2) En 1760.



—Perdone V. S., no tenemos facultades para cambiar el sitio de la lidia, ni hay hoy medios de celebrar la fiesta corriendo cañas ni haciendo ejercicios de la jineta; porque es muy escaso el número de caballeros maestrantrés residentes en Sevilla, y faltaría la animación y el aparato que son de rigor para tales funciones. Con el fin de que los productos de la que ahora se proyecta no tengan quebranto, la Real Maestranza de Sevilla percibirá íntegros los que rinda la entrada pública, y los señores Maestrantrés cumplirán la honrosa obligación de obsequiar á cualquier otro caballero de otra Maestranza, si á la función viniere, como lo han hecho siempre, de su bolsillo particular, que los fondos comunes no deben distraerse de su objeto ni aun considerando como menos producto de la función el coste del asiento en la plaza y el del obsequio.

—Conformes en todo, señor Teniente; y quiera

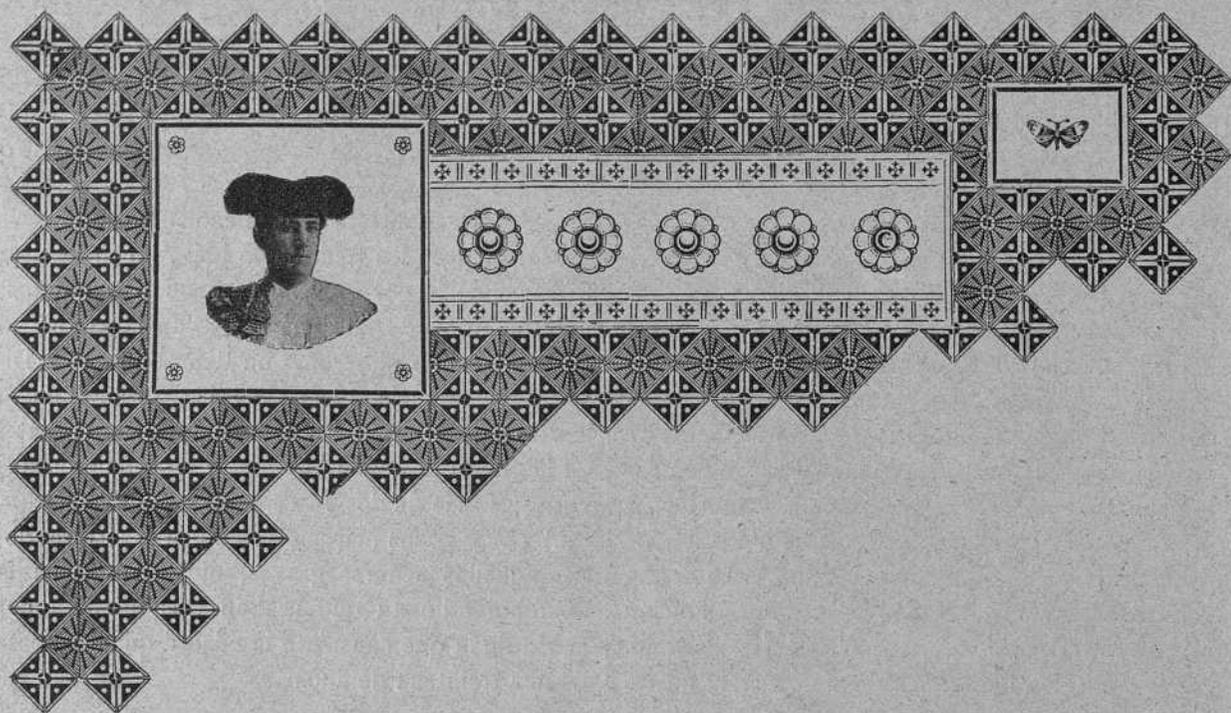
Nuestra Santísima Virgen del Rosario, patrona de la Real Maestranza, concedernos el favor de iluminarnos para el logro más acertado de nuestro proyecto.

—Así sea, contestó el Teniente.

Murmuraron los tres por lo bajo, y con la vista fija en el suelo por espacio de unos dos minutos, un Ave-María, se santiguaron, y con ceremonioso cumplido se despidieron á un tiempo los dos Diputados de aquel superior en categoría, que con cierta prosopopeya los acompañó hasta el dintel de la puerta de salida, donde se reprodujeron las cortesías más de dos veces.

A pocos pasos marcharon en distintas direcciones aquellos señores graves, muy graves en la aparente etiqueta que usaban bien distinta por cierto de la que consiente la edad á quien no pasa de una treintena de años.





## CAPÍTULO II

### LOS AJUSTES



N la misma casa, y en el mismo salón en que pasó la escena que el capítulo anterior describe, encontrábanse, tiempo más adelante, los señores Maestranteros que nuestros lectores han conocido. Ocupaban los mismos puestos al rededor de la gran mesa, y el que presidía aquella pequeña reunión, con agradable voz y extrema afectación en el modo de emitirla, tosió dos veces como el orador que de igual manera prepara la atención de sus oyentes, y empezó diciendo:

—Señores: Nuestros trabajos para la función de toros marchan perfectamente hasta ahora, gracias al favor del cielo y á diligencia que VV. SS. han mostrado en pró de los intereses de nuestra muy ilustre y Santa Congregación. No me he descuidado tampoco en lo que á mí toca para cumplir mis deberes y como ya he indicado á VV. SS., hoy, á las diez, vendrán á esta casa para oír nuestras

proposiciones, los varilargueros Ortega y Amisas. Después vendrán los estoqueadores José Delgado y Joaquín Rodríguez con igual fin, y tanto á aquellos como á estos, juntos y sin recibir ni ajustar primero al uno que al otro, les hablaremos del objeto para que son llamados, aunque por la pública voz de la ciudad, que tanto se preocupa de nuestra gran fiesta, deben saberlo sin duda alguna. ¿Parece á VV. SS. que se les haga entrar, si han venido ya, puesto que ha sonado la hora para que se les ha citado?

—Como V. S. guste; á Ortega le he visto entrar aquí, paseando con otro su camarada por la calle en actitud de espera.

Tomó entonces el Teniente, Hermano mayor, que no era otro 'el Presidente, la campanilla que formaba el centro de la gran escribanía de plata que sobre la mesa relucía, la agitó suavemente, y

al oír su sonido, se presentó en la puerta un lacayo de librea de respetable y vetusta representación.

—Señor... dijo inclinándose.

—Vea usted si han llegado cerca de casa unos toreros de á caballo, á quienes se ha citado para la hora de las diez.

—Señor, há largo rato esperan las órdenes de V. E. los que han dicho llamarse Ortega y Amisas.

—¿Quién los acompaña?

—Nadie, señor. Preguntaron por V. E. antes de las diez y han estado paseando la calle... con mucha intención de hablar á la señora Marquesa que vive enfrente, que no ha mostrado menos por verlos desde las celosías de su ventana del piso bajo.

—Nada de eso nos importa. Llámelos usted y que pasen, dijo aquel señor, que sonrió con sus compañeros tan luego como el lacayo volvió la espalda.

—Servidor de VV. EE., dijeron á una voz, sombrero en mano, dos hombres altos, morenos, fornidos, vestidos casi de igual modo, cuyas chivatas en que habían entrado apoyada la mano dejaron junto á la puerta.

Era el uno de escasos treinta años, pelo negro recogido atrás con ancha trenza contenida en negra cofia de seda, ojos negros y expresivos, nariz aguileña, ancho de espaldas, robusto de hombros más bien alto que bajo, pero de menos estatura que su compañero. Llamábase Juan Amisas.

Era el otro, como hemos dicho, moreno también, de ojos garzos, boca sonriente, expresión dulce, pelo castaño, alta estatura, y, aunque fornido, se notaba en él cierta esbeltez de formas que aumentaba la soltura de sus movimientos. Este era el célebre picador de toros Laureano Ortega y López, varilarguero entonces afamado.

Sus trajes eran iguales, según antes indicamos. Casaquillas y calzones de obscuro y bien curtido estezado, chupillas de lama, botines de correal, zapatos de cordobán y ancho castoreño blanco. Limpias eran sus camisas con pronunciadas chorreras, pero no las completaba botón ni alhaja de metal alguno.

Colocados ambos de pie, á cierta distancia de la mesa, y frente al señor Teniente, Hermano mayor, tomó éste la palabra, y con tono hueco y campanudo les dirigió la siguiente perorata:

—La Real Maestranza de Sevilla, conociendo la habilidad de ustedes, les ha llamado para que trabajen juntos en la corrida de toros que se cele-

brará en la plaza de esta ciudad, el primer domingo del próximo mes de Octubre, día de Nuestra Señora del Rosario, excelsa patrona de la Hermandad. Ha dispuesto que se les provea de los caballos necesarios, y que al día siguiente de la función se paguen á cada uno 100 ducados, que cobrarán en plata, en casa del señor Diputado de plaza; que se les regale, según costumbre un vestido completo de grana con botones y galones de plata (1) y se les costeará la manutención y estancia durante tres días, á cuyo fin todo estará dispuesto en el Mesón de la Solana, calle del Santo Rey Hermenegildo. Usted, señor Amisas, puede traer á su lado, para que también trabaje, á su hijo, que ganará 90 ducados con las demás idénticas ventajas para ustedes referidas, y el señor Laureano Ortega, satisfaría mucho los deseos de la Hermandad si trajera al picador Carmona con las mismas condiciones. ¿Tienen ustedes algo que es-

poner?

—Mi hijo vendrá y hará lo que sepa, que no es poco aunque yo lo diga.

—Bien: ¿y Carmona, señor Ortega?

—Espero no me desaire, señor: hoy mismo le escribiré á la Côte adonde ha ido á trabajar, y espero tener contestación afirmativa dentro de quince días. Aunque faltan más de cuatro meses para la función, si V. E. lo permite, quisiera preguntar...

—Diga usted lo que le parezca.

—¿Cuánto va á ganar Bartolomé Carmona?

—Ganará como Juan Amisas menor, 90 ducados.

—Señor, para la Hermandad tanto montan 20 ducados más ó menos, y para nosotros... también, pero... hay que hacerse cargo... de que los hombres se resienten... que su persona se rebaja, valiendo tanto como otra... y que Carmona es tan buen picador como el primero. Además, Juanito Amisas es un varilarguero que vale mucho y aventajará á su padre y también debe ganar... Vamos, que todos debemos ser iguales, aunque cada uno conserve su puesto.

—Esa conducta le honra á usted. Los varilargueros cobrarán todos igual cantidad y tendrán las mismas adealas.

—Y los caballos, señor, ¿desde cuándo los tendremos á nuestra disposición; porque hay que probarlos y conocerlos bien, arrendarlos según su boca y genio y hacerlos á la mano.

(1) Cap. 2.º de la tercera parte de la Regla de la Real Maestranza.

—Desde ocho días antes de la función podrán ustedes probar y montar cuando quieran, hasta veinte caballos.

—Muchos son para catorce toros; pero si la Real Maestranza así lo ha dispuesto, bien hecho está. Nosotros tenemos solamente seis garrochas, y nos han de sobrar más de cuatro.

—Eso no, dijo interrumpiendo el Diputado de plaza, que era el más joven. Las varas de ustedes no pueden usarlas; tienen que servirse de las que la Maestranza les dé. Está ordenado así (1) en nuestros Reales Estatutos y no podemos faltar á ello. Podrán ustedes examinarlas, sin embargo, y hacer las observaciones que les parezca.

—Es igual, dijo Amisas. Salud haya, que brazo no falta ni deseos de cumplir tampoco.

—Lo sabe la Real Maestranza; y los Diputados presentes se reservan proponer al señor Teniente Hermano mayor y á quién más fuera necesario, la concesión en favor de ustedes de una gratificación adecuada á su trabajo. A primeros de Agosto, y no antes, porque nuestra Regla no autoriza la preparación de la fiesta y cuanto á ella concierne sino con dos meses de anticipación (2), dijo el Teniente, procuren ustedes avistarse con el señor Diputado de plaza que está presente, para firmar los contratos.

—La palabra basta, señor...

—Es precisa la firma para justificar cuentas.

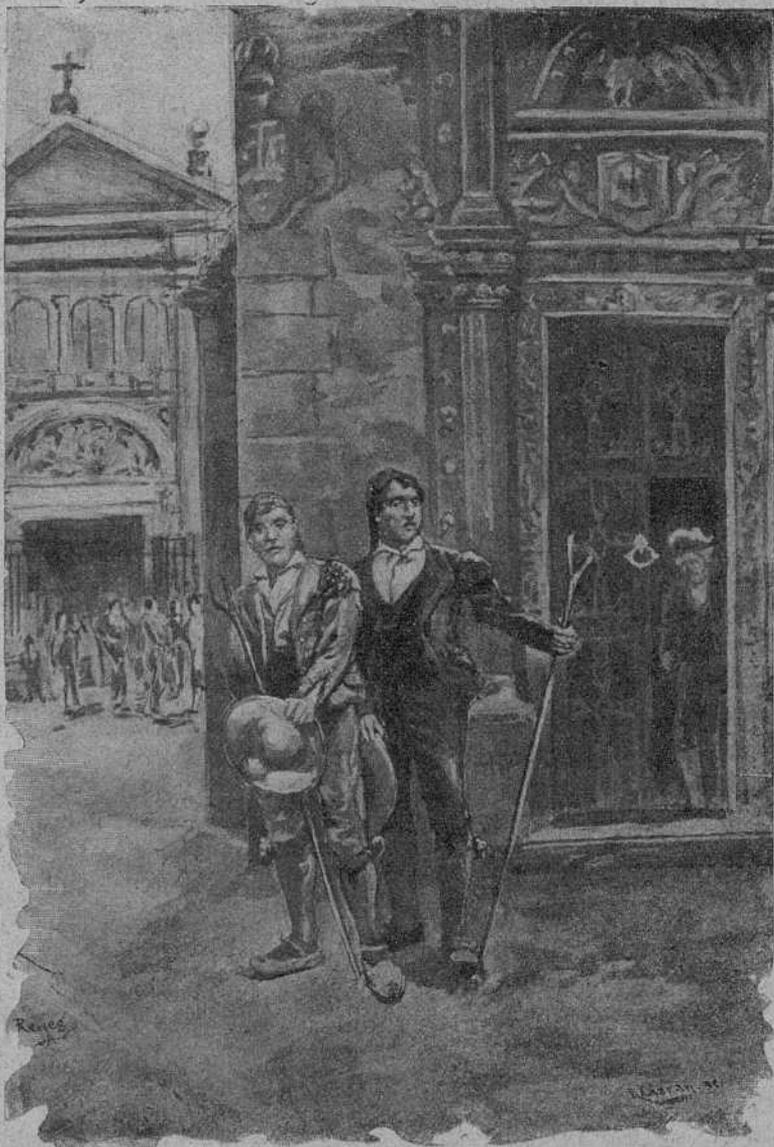
—Entonces no faltaremos. Manden VV. EE. si nos dan permiso para retirarnos.

—Dios les guarde.

Y saludados con una inclinación de cabeza por aquellos señores salieron de la estancia los dos jóvenes que, al tomar sus *chivatas* en el dintel, se volvieron é hicieron una reverencia á los señores de la mesa.

El de más edad de los dos Diputados manifestó en seguida su contento por el buen resultado del ajuste, elogiando en alto grado el buen comportamiento de Laureano Ortega y López, y continuó diciendo:

—Ya no deben tardar los jefes de las cuadrillas; convendrá, señor Teniente, que para no perder tiempo prevenga V. S. al portero avise en cuanto lleguen. Uno de mis deudos asiste hoy á mi mesa y no quisiera pasase la hora



de la plegaria sin estar á ella sentados.

—Muy justo es su deseo y fácil satisfacerle, replicó el Teniente, haciendo sonar la campanilla. Asomó el portero que ya conocemos su rara fisonomía á la puerta del salón y se le dió la orden de avisar en cuanto llegasen los toreros.

No se retrasaron éstos, porque antes de dos

(1) «No consintiendo á los que hubieren de dar la vara larga el que la elijan.»

Dicho cap. 2.º de la Regla impresa en Sevilla en 1732.

(2) Párrafo 1.º, capítulo 2.º, tercera parte.

minutos pasó el recado, sin dar tiempo á nuestros graves señores más que para tomar un polvo de rapé de la caja del Presidente y arrellanarse en sus sillones.

Dada la orden al portero presentáronse en seguida dos jóvenes vestidos con cierto lujo en su clase y extremadamente aseados. Alto y delgado el primero y de mirada viva y penetrante, y algo más grueso, más bajo, menos moreno y de semblante más jovial el segundo.

—Deo gratias, Ave María Purísima, dijeron al entrar, saludando cortesmente.

—Sin pecado concebida, contestaron en alta voz los Maestranes.

—Estamos á las órdenes de VV. EE. que han tenido la bondad de llamarnos para esta hora.

Y entonces el Teniente les dirigió otra oración parecida á la que media hora antes habían escuchado los varilargueros, vaciada en el mismo molde y sin más variación que la de cambiar, como era consiguiente, el desempeño de las diferentes suertes que habían de ejecutar. Catorce toros han de lidiarse por mañana y tarde, y la Real Maestranza quiere que ustedes sean los estoqueadores, pagándoles á cada uno en buena moneda de vellón 200 ducados: se les darán además para todos los peones y chulos que componen sus cuadrillas otros 400 ducados y á todos se les vestirá con trajes de grana, nuevos y completos con galón blanco, que quedarán á beneficio de ustedes.

—¿Y serán todos los trajes iguales?, preguntó el más joven de aquellos toreros, que no era otro que el ya entonces célebre *Pepe Illo*.

—Sí, aunque algo más fina la grana de los que á ustedes se destinan.

—Nuevos tenemos, replicó, los que la Real Maestranza de Granada nos regaló para la corrida de la Purísima Concepción, su patrona, en el pasado año, y pudiéramos servirnos de ellos, que al fin tienen galones de plata y nos permitieron añadir algunos caireles y alamares también de plata.

—No es posible, porque son de color azul (1) y nuestra Maestranza, como la de Ronda, ha de gastarlos encarnados para sí y todos sus dependientes. Pararán ustedes, los que en Sevilla no tengan casa, en el Mesón de la Solana, á donde irán también Amisas y Ortega, varilargueros que ustedes conocen, siendo de cuenta de nuestra Santa Congregación los gastos que origine el mante-

nimiento de las cuadrillas desde un día antes hasta uno después de la corrida.

—Pero si VV. EE. lo permiten haré una observación, dijo el que hasta entonces había oído y no hablado desde que entró.

—Haga usted con franqueza las observaciones que quiera, contestó el Teniente.

—Pues, con el respeto que la Real Maestranza merece, yo Joaquín Rodríguez, á quien los necios han dado en llamar *Costillares*, protesto de que á los varilargueros se les den trajes con botones y galón de plata y á los matadores no se nos dé más que blanco.

—Y si así lo disponen nuestras Ordenanzas y estatutos ¿qué quiere usted?

—Cuando esas leyes se imprimieron (1) la más preciada suerte del toreo era la de vara de detener, y sin que yo la quite mérito, porque le tiene y mucho, no es menor el de matar un toro frente á frente. Todas las ciudades deben haberlo entendido así cuando hoy pagan más á un estoqueador que á un varilarguero (2), y no es justo que aquél vista mejor traje. Nosotros vestiremos del color que quiera la Maestranza, pero pondremos guarnición de plata á nuestros vestidos, aunque sea á nuestra costa; y ese es el permiso que pedimos á VV. EE.

Quedaron por un momento parados los Diputados, y el Teniente Hermano mayor, ante una petición que revestía todos los caracteres de imponerse. Tal fué el resuelto además con que la expuso *Costillares*. Después de muy breve momento, el Diputado de plaza expuso que no veía inconveniente en acceder á lo que el matador pretendía, puesto que *blanca* era la plata y los estatutos no prevenían más que los estoqueadores usasen sobre el grana este color, y aunque el Teniente objetó que si las Ordenanzas no hubieran querido diferencia entre picadores y matadores no hubiesen hecho distinción, quedó al fin convenido en que sobre el galón blanco podía ponerse otro de plata y cuantos adornos de este color quisieran los estoqueadores, pero nadie más que ellos.

—Otra observación, si V. E...

—Exponga usted lo que estime.

—Gracias: y en caso de necesidad, lo que Dios no permita, pero al menos mientras un picador

(1) Sevilla, 1731. Por Juan Franciscó Blas de Quesada, impresor mayor de dicha ciudad.

(2) Este diestro llegó á ganar tres mil reales por corrida de mañana y tarde.

(1) Título 9.º, art. 10 de las Ordenanzas de la Real Maestranza de Granada.

muda caballo, *que puede suceder*, ¿quién le suple? porque los toros, señor, para ir á la muerte, deben ir debidamente castigados.

—Ya el señor Diputado de plaza ha pensado á tiempo en ello, y con su acuerdo hemos determinado que vengan el hijo de Amisas y Bartolomé Carmona; pero ellos y ustedes deben tener entendido que nunca se permitirá estén en plaza más de tres picadores, ni menos de dos (1).

—Bie.a: veremos, replicó *Costillares*, si los toros que se lidien necesitan por su pujanza dos picadores ó tres, porque sean de gran poder. Eso queda á mi cargo proponerlo á VV. EE.

—Y con perdón de VV. EE. y conforme con cuanto ha dicho mi maestro y compañero, interrumpió José Delgado, ¿saldrá este año en romance la descripción de la corrida como hace dos años? Porque yo... mejor que el dinero, quiero la gloria y nombradía que me dan las letras de molde por todo el mundo, y en esto no tengo vanidad ni orgullo, porque peor es que relaten otros romances, batallas donde por el capricho de un ambicioso se ha matado mucha gente, ó relaciones de bandidos, que las hazañas de hombres de bien

(1) Ordenanzas aprobadas por el Vicario general del Arzobispado de Sevilla, en 10 de Mayo 1732.

que se reducen á agradar al público sin hacer daño á nadie, más que á fieras bravas.

—Sí, señor, se publicará. El señor archivista se encargará de ello como es su obligación (1).

—Entonces, dijo con visible alegría *Pepe Illo*, á trabajar y á lucirnos, mi maestro, dirigiéndose á *Costillares*.

Este pidió permiso para retirarse, si nada más había que advertirles; y obtenido después de encargarles que en tiempo oportuno acudiesen á firmar el contrato, salieron saludando atentamente.

En aquel momento daban las doce y las campanas de las iglesias tocaban la plegaria.

Nuestros toreros, como todos los hombres que por la calle andaban, se quitaron sus sombreros, detuvieron su paso, y rezaron en voz baja. Lo mismo hizo el Diputado de plaza, que aquel día no se sentó á la mesa á la hora deseada.

(1) Artículo 10.—Y porque ha sido costumbre antigua de esta Hermandad, en ocasiones que por motivos Reales asuntos ó particulares ha fatigado el terreno con alguno de los ejercicios propios de su profesión, el dibujarlos en metro para que logren inmortalidad en las edades, establecemos que siempre que se juzgare ser el acto de los comprendidos en esta clase, sea cargo del archivista darlo á la prensa en aquel género de verso, cuyas consonancias sean más gratas al oído.





## CAPÍTULO III

### EL BANDO



**S**EVILLA, la reina del Guadalquivir, de quien tanto han dicho los poetas de todos los tiempos, era á fines del pasado siglo, lo mismo que ahora, la ciudad de la alegría, el paraíso andaluz, el edén de España. En un día de fiesta de los primeros de otoño, las hermosas mujeres de la gran ciudad engalanadas con sus sayas cortas de telas pintadas de fuertes colores, y llenas de rosas y claveles, graciosa y picarescamente colocados en el seno y la cabeza; los majos de rumbo, los altos y nobles señores, los habitantes de Triana y los macarenos y macarenas, altos y bajos, ricos y pobres, repartíanse ya en bandadas como pájaros, ya en corros y corrillos, por las principales calles de la gran ciudad, desde una hora muy temprana de la mañana, con marcadas muestras de alegría y contento, y como si esperasen tan de madrugada la realización de algún suceso anunciado de ante-

mano. La afluencia de gentes era mayor que en otras partes en las calles de San Francisco, de la Cuna, la Sierpe, San Pablo y otras principales, cuyos habitantes todos ocupaban los huecos de las puertas, ventanas y balcones de sus casas y hasta de las azoteas, sintiéndose en todo el espacio ese sordo murmullo que producen las conversaciones de unos, las risas de otros, el ir y venir de estos y el cuchicheo de los que pelan la pava, ó hacen honor á unas cañas de manzanilla á la puerta de una taberna.

De los hermosos patios de muchas casas principales, preparados para la molicie y el recreo con más esmero que habitación de oriental sultana, salían los ecos de alegres canciones entonadas por argentina voz femenil, ó cadenciosa y prolongada de joven mancebo que con la guitarra se acompañaba. Aquellos ecos iban envueltos entre ayes y

suspiros dulces y melancólicos, con el perfumador aroma que despedían las infinitas flores que, puestas en grandes jarrones, adornaban las entradas, y los magníficos naranjos que con otras plantas olorosas en los patios se ostentaban.

Al ver tan temprano tal bullicio y animación, diríase que los habitantes de Sevilla no habían dormido aquella noche.

Serían las ocho próximamente, cuando precedida de una turba de chiquillos, mozalbetes y alguno que otro rezagado del barrio de San Bernardo, apareció por la calle de San Francisco, desembocando en lo más ancho de la misma, junto al convento que ya no existe, la siguiente lucida comitiva, que todos sabían acababa de salir de las casas del Sr. Conde de Villanueva, Teniente Hermano mayor á la sazón de la Real Maestranza. Componíase del Escribano, Ministro de la Hermandad, y cuatro picañores de la caballeriza de la misma; delante, abriendo paso en soberbios alazanes ricamente enjaezados, siempre con los colores grana y plata ó blanco, por divisa; detrás, á pie, sombrero en mano y en-

tre dos ministriles, vestidos de negro como él, la Voz pública del pueblo, que así se llamaba al pregonero, hombre alto, seco, de cara huesosa y cejijunto, pero de voz clara, llena y campanuda: y cerrando la marcha, otros Ministros que el señor Asistente de Sevilla había mandado, cumpliendo con su deber (1) para atajar todo género de inquietud que pudiera haber en la fiesta. Momentos antes había entrado en la misma calle, y colócadose en el sitio principal, una tropa de timbales y clarines, que no bajaba de diez hombres á caballo, y que por el distintivo de su traje y el de los arreos de los que montaban, así como por las ricas mantillas que cubrían aquellos abultados y semi-esféricos instrumentos, denotaban claramente que la Santa Hermandad de la Real Maestranza sevillana era la dueña de todos aquellos jaezes fastuosos, y la que pagaba á los hombres encargados de exhibirlos. Veíase en la disposición de todo esto, el buen gusto y delicado esmero del Sr. Vadillo y Alcázar, Diputado de timbales y clarines, que cumpliendo con celo el delicado encargo que el capítulo XI de la Regla le confriera (2) no había descansado, con la ayuda de otros Maestranzantes, hasta ver conseguido su deseo de presentar aquella tropa con aparatosa ostentación.

Cerca ya del centro de la plazuela que formaba dicha calle, la comitiva hizo alto, avanzó el pregonero, y en medio de un religioso silencio, impuesto sin violencia alguna á aquel gentío, mudo al observar la parada de los jinetes, gritó:

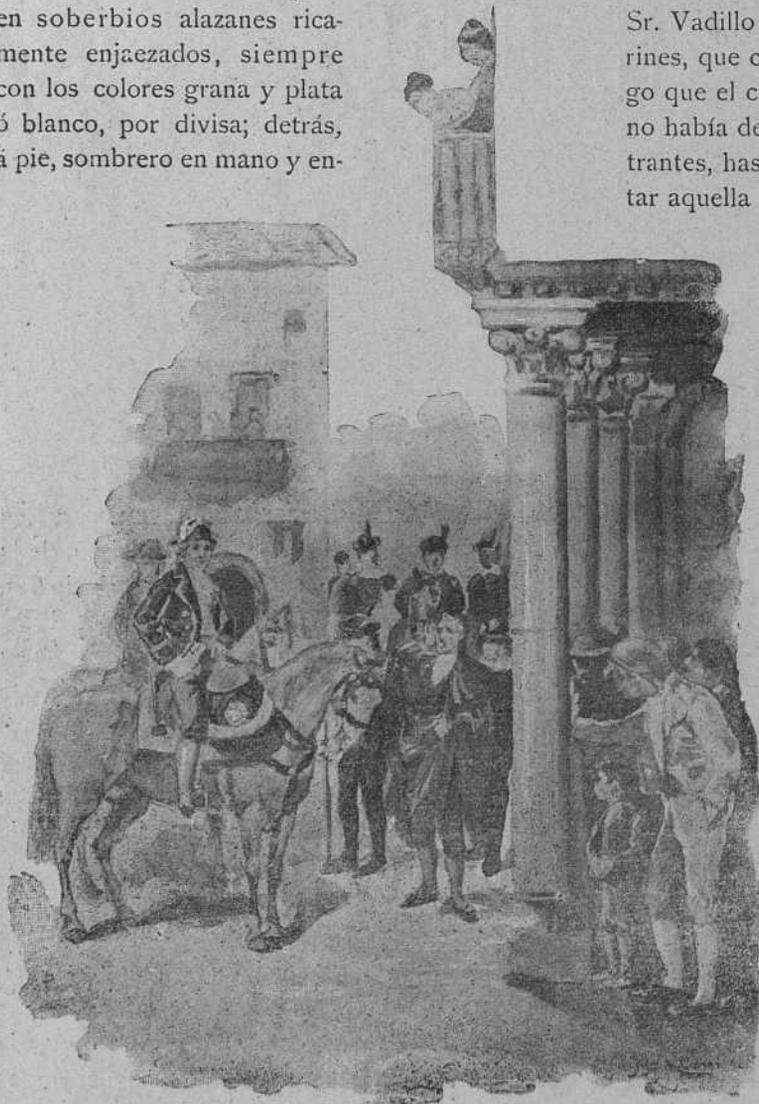
#### BANDO (3)

«Manda el Sermo. Sr. Infante, Hermano Mayor de la Real Maestranza de esta ciudad, por especial autoridad, con Real permiso de S. M. el Rey Nuestro Señor y en nombre de S. A. y como su Tenien-

(1) Real orden de 8 Octubre de 1730.

(2) «Cuida de prevenir en ellas (las plazas) aquellos marciales instrumentos que rompiendo con sus voces el aire, publican el sitio de la función.» *Ultimo párrafo de dicho capítulo.*

(3) Dicha R. O. de 8 de Octubre.—Capítulo VI de las Ordenanzas.—Copia literal.

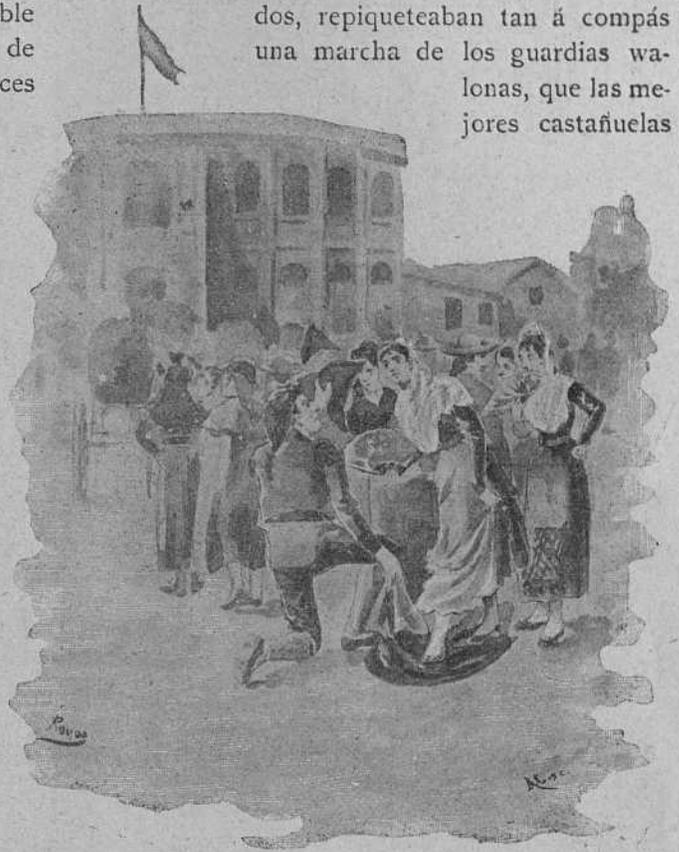


te el Sr. Conde de Villanueva, que en el día... de este presente mes se hagan en esta plaza las fiestas de toros de varalarga de las dos que S. M. tiene concedidas á la Real Maestranza, para que en los tiempos de primavera y otoño de cada uno se celebren en nombre de S. A. y con soberano consentimiento de S. M. Y para que venga á noticia de todos así se publica.»

Inmediatamente respondió á este bando, mejor dicho, á la sonora voz del pregonero, un redoble continuado en los timbales y el agudo sonar de los clarines, acompañados por los gritos y voces de alegría de los circunstantes, que en su mayor número se encaminaron á la plaza de toros, situada en la dirección del famoso Guadalquivir, para presenciar la media corrida que á las diez había de dar principio.

Entonces, como ahora y como siempre, la gente iba alegre y decidora, pero en aquella época grandes agrupaciones formadas al acaso y de pronto, seguían á compás de orquestas de guitarras, octavillas y bandurrias, el paso que los directores de ellas imprimían con sus ademanes. Era de ver allí al estudiante atrevido, con sus rotos manteos, al lado de la manola más limpia de Sevilla, discreteando con gracia; al mozo de mulas recién llegado de los campos de Tablada, codeándose con la ribeteadora de zapatos de tabinete, cuya muestra lucía en su diminuto pie; al bien acomodado artesano de mediana edad, envuelto en su capa de verano de anascote grana ó morado, llevando de la mano al tierno capullo fruto de sus amores, que antes de dos años sería rosa delicada de exquisita fragancia; al ama de taberna del barrio de la Macarena, que entre cuatro ó seis amigos alegres, marchaba altanera y sonriente, dando aire oscilatorio y acompasado, á manera de péndola de reloj, á su vestido de percal francés, de fondo encarnado con guarniciones en picos, que dejaban ver hasta más de media pierna casi cubierta con rica media de seda calada; y tras de este grupo otro en que las castañuelas dominaban los ecos de las guitarras, no tanto por la mayor fuerza de sonido, sino porque las *tocaoras* enervaban la fuerza de *tocaores*; después otro, sólo de mozas juncales, altas de pecho y de estatura, con mantillas de todo el ancho del terciopelo, terciadas sus puntas á la cadera izquierda, de corto y menudo paso, seguidas de mozos y galanes de paso de largo alcance; veía-

se á poco rato otro grupo de tenderas y menestrales ya acomodadas, ostentando arracadas de oro y cruz de brillantes sobre el seno con collar de siete vueltas ó broquelillos de aljófar y deslumbrantes anillos en los dedos de ambas manos; y luego otra turba casi harapienta y sucia tan alegre como la gente más rica, capitaneado por gran número de pillos que con dos trozos de tejas ó cacharros colocados mañosamente entre sus dedos, repiqueteaban tan á compás una marcha de los guardias walongas, que las mejores castañuelas



no hubieran producido mejor efecto al oído; y otro, y otros y otros grupos, comparsas y pelotones de jóvenes y viejos, de niñas atrasadas y adelantadas, de soldados, gitanos, chisperos, menestrales, tenderos y ganapanes, todos á pie, todos hablando en alta voz, muchos gritando, otros cantando, algunos chillando y silbando.

Tal vez en apartada callejuela se encontrase alguno quieto y suspirando porque la niña de sus amores se hallase enferma, y colocado al pie de la reja, con la vista fija en el interior de la casa, le affigiese su mal y le fuera indiferente el contento de los otros; que está

¡Siempre la pena junto al placer!

.....



## CAPITULO IV

### LA PLAZA. — GLORIA, LA NINFA



A gente fué entrando poco á poco á la plaza de toros, porque muchos ministros cuidaban de evitar aglomeraciones haciéndose obedecer, ó porque los vasallos de nuestros Reyes absolutos tenían gran respeto á las autoridades, siquiera fuesen estas de la más inferior categoría.

Hubo, claro es, empujones, griterío y extravío de algunos jóvenes de ambos sexos, á quienes sus familias no encontraron sino cuando acabó la fiesta; pero nada de golpes, amenazas ni navajazos, como suponen algunos que son tema obligado en las grandes reuniones á campo libre. Si alguno insultó á otro, el ministril enseñando la enroscada vara signo de su autoridad, pronto se apoderó de él, y si por piés quería ser bienaventurado sufriendo persecución por la justicia, la voz de «favor al Rey» que aquel pronunciaba, hacía que todo hom-

bre honrado prestara auxilio y el fugitivo no consiguiera su cristiano deseo.

No vamos á describir la corrida con sus lances y peripecias, que ya nos la relatarán luego los que á ella han asistido; pero bueno es que sepa el lector algo del interior de la plaza y de los preliminares de la fiesta, aunque la concisión nos acompañe.

El edificio era como hoy es, salvas las mejoras de adorno, comodidad y ensanche que poco á poco se han ido llevando á cabo. El balcón principal, que era lo que hoy se llamaría palco real, no le ocupaba nadie: es decir, estaba en él colocado sobre un paño de damasco carmesí y sin dosel, el retrato del Infante Hermano mayor, con la silla vuelta de espaldas á la plaza (1). El balcón de la

(1) Previénelo así una carta orden declaratoria de la de 20 de Septiembre de 1730.

derecha le ocupaba el señor Teniente Hermano mayor de la Real Maestranza, y en el de la izquierda estaban colocados los Tenientes del Asistente de Sevilla, teniendo bajo su dependencia á los ministros de justicia y demás gente subalterna, para obedecer y hacer cumplir las órdenes de aquel Teniente Hermano mayor, que en ausencia del Serenísimo Señor que debía ocupar el sillón vacío, gobernaba la plaza (1). Sobre la puerta de caballos, estaba el balcón de los dos Diputados de plaza, y de timbales y clarines, y encima, concluido el andamio, hoy tendido, se colocaban estos instrumentos, cuyos tañedores no perdían de vista á su Diputado, que era el que les hacía las señales, así como los dependientes de la caballeriza y de la plaza obedecían al primer Diputado, es decir, que oficialmente no concurrían de balde ó sea sin pagar precio de entrada, más personas que el Teniente Hermano mayor, los del Asistente y los dos Diputados de clarines y de plaza. Todos los demás hermanos Maestranzales, que no eran pocos, compraban su billete y se colocaban donde buenamente podían, sin preferencia alguna, incluso los que ejercían cargos en la Junta directiva.

En medio de la satisfacción que esta demostraba por la buena disposición que para todo lo concerniente á la fiesta se había dado por el Diputado de plaza de acuerdo con el Teniente mayor, un disgusto de poca monta al parecer, afectaba á la corporación. La Real Maestranza de Granada acababa de negar su permiso (2) al caballero Marqués de Araceli, que á instancias de la de Sevilla había ofrecido rejonear uno ó dos toros, fundándose para impedir la ejecución de esta promesa en una mera cuestión de etiqueta. La Real Maestranza de la muy ilustre y siempre muy noble y leal ciudad de Sevilla, debió pedir permiso á la de Granada para que autorizase á aquél caballero á ejercer el acto de deferencia antes indicado, pero habiendo sido él por sí quien lo solicitó, le fué negado.

En cuanto á etiquetas, cumplidos y cortesías, nos llevaban ventaja nuestros abuelos.

Algo disgustó el incidente á los sevillanos, y no se ocultaban de nadie para manifestarlo públicamente, pero donde más se censuró, fué en el pun-

to de reunión, á donde nos es forzoso conducir á nuestros lectores.

Hace noventa años, había en la ciudad frontera al río del paraíso, que así la llamaban los que entonces la poblaban, una casa de muy modesta apariencia, pero de fama soberbia y empingorotada, que conocían y frecuentaban gentes de buen vivir, pertenecientes en su mayoría á los honrados gremios de chisperos, alarifes, zapateros, sastres y curtidores. Alguna vez alternaban con estos menestrales señores de más alta nobleza que no se ha podido saber, porque la tradición no lo ha revelado, si allí hacían algún alto en su camino por cambiar palabra con la dueña de la casa ó porque los concurrentes eran entendidos en asuntos de toreo, y lo mismo explicaban los lances y suertes de una corrida desde la salida del bicho al redondel hasta que las mulillas le arrastraban al desolladero, como tomaban parte en la *algarrada* (1) que en la víspera de la función se verificaba en el inmediato campo de Tablada, donde muchos años antes hubo una plaza ó circo para ejercicios de la jineta y lidias de toros (2).

Tanto podía ser lo uno como lo otro; pero no era ciertamente por la comodidad que la casa ofrecía. Era esta baja de techo, de una sola pieza para uso de los concurrentes que la daban muchas veces amplitud colocando un par de bancos de tosca madera, sin pintar, en los costados de la puerta de entrada, sobre la cual pendía un gran ramo de yerbas silvestres olorosas, que á la legua pregonaban con su esencia y mucho más con su presencia, que aquella era una de las mansiones que en honor de Baco encerraba Sevilla. Una hilera de jarras de loza fuerte con rayas y filetes azules, amarillos y violados, pendían de largas escarpas colocadas simétricamente en la pared testera del fondo, delante de la cual un mostrador pintado de encarnado con la *primera suerte de vara* en su centro, á modo de pandereta ó trasera de calesín, contenía hasta seis ó más docenas de gruesos vasos de vidrio, de *medio chico*, y un gran lebrillo talaverano.

Pero lo que era de ver, lo que en esta humilde estancia sobresalía, llamando poderosamente la

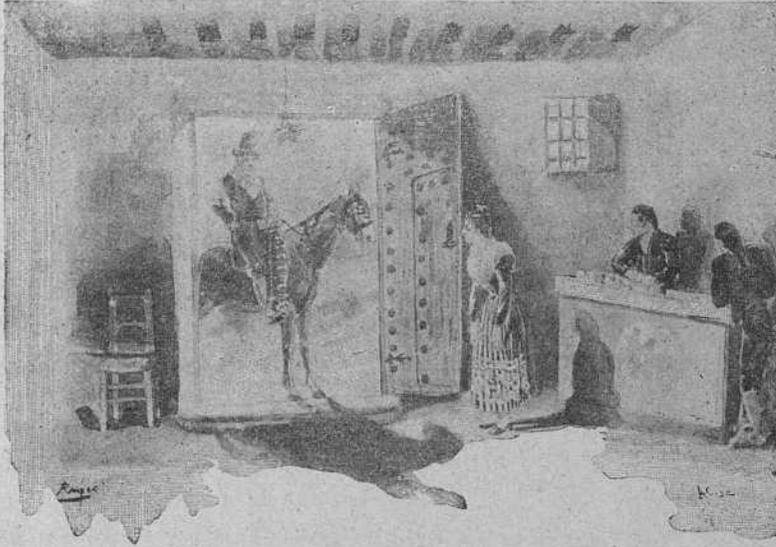
(1) Capítulo VIII de las Ordenanzas de Sevilla.

(2) Ningún caballero Maestranzale podrá admitir toreo en plaza que no sea de la Maestranza, aunque sean fiestas reales, sin expreso permiso del señor Teniente y Caballeros de la Junta secreta. Párrafo 5.º, art. 11 de las Ordenanzas de la Real Maestranza de Granada.—Madrid, por Joaquín Ibarra, 1764.

(1) Voz anticuada, comprendida en el Diccionario de la lengua, que significa: «En las fiestas de toros, la acción de conducirlos á los toriles, que comunmente se llama encierro.»

(2) «Tenían maestro de quien deprender y caballos en qué hacerlo.»—(FERNANDEZ DE ANDRADE, *Discursos nuevos de la jineta*, parte tercera, párrafo 1.º).

atención, era Gloria, la *Ninfa*, que colocada como en un trono tras del mostrador, medía los vasos que un imberbe ganapán servía á los parroquianos. Ojos negros y rasgados, tez sonrosada y ligera-



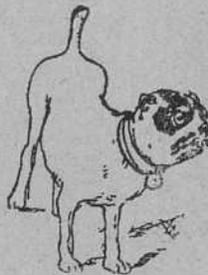
mente morena, pelo y cejas de azabache, boca pequeña que dejaba entrever dos hileras de menudos dientes de marfil, y redondo y torneado cuello, ostentaba aquella mujer, á quien se conocía por la

*Ninfa* en toda la ciudad, y en los barrios de San Bernardo, Triana y la Macarena. Realzaban su gracia natural, un rodete formado por trenza de cien ramales, sujeto por alta peineta de concha calada y hechura de calzador, picarrescas sortijillas sobre las sienes, y ajustado jubón de fuerte sarga de seda, cubierto en parte por ligero pañuelo de bordada muselina, más blanco que la nieve.

Más de un torero de fama había hecho llegar á oídos de la *Ninfa* sus amorosos deseos, y no faltó caballero veinticuatro (1) que aspiró á la gloria de ver muy de cerca á Gloria; pero ni aquél, ni éste, ni nadie, á decir de las gentes, consiguieron nunca más que agradecidas palabras, y serios saludos. Adquirió fama de honrada, y la conservaba con aprecio; no es extraño, pues, que

á su puerta descansaran los jóvenes de buen gusto.

(1) Dábase este nombre al Regidor en los Ayuntamientos de algunas ciudades de Andalucía.





## CAPITULO V

### DESPUÉS DE LA CORRIDA

---



¡LACÍA poco más de una hora que la corrida de toros, cuyos preparativos saben nuestros lectores, había concluído, cuando se encontraban á la puerta de la taberna de la *Ninfa*, sita en la calle de la Cuna, un grupo de gente joven y alegre, y otro de mozos y viejos más sesudos, al menos en la apariencia, que hablaban en alta voz de los lances de la lidia, discutiendo y disputando con energía y calor el mérito de las suertes practicadas, y ponderando en lo general el feliz éxito de la función.

Es imposible á la pluma señalar á un tiempo en el papel las afirmaciones, contradicciones, elogios, censuras, dimes y diretes que á una voz, sin cederse unos á otros la palabra, sostenían aquellos quince ó veinte hombres que componían ambos grupos, que tan pronto se deshacían fundiéndose en uno sólo, cómo se subdividían en tres ó cuatro,

volviéndose á unir y desunir, diez, veinte ó treinta veces; tantas cuantas el interlocutor más caracterizado entre aquellos, por su saber, se dejaba oír, ó el de voz más fuerte y potente se había impuesto con su ademán y con sus gritos al resto de sus amigos. Pero como nosotros tenemos especial empeño en que el lector sepa lo que aquellos *aficionados* decían y pensaban acerca de la corrida, vamos á transcribirle á continuación algunos párrafos sueltos de los animados diálogos que sostenían, aunque pierdan toda la gracia que ellos les daban.

—¡Señores! ¡Vaya una corridita de toros!—decía un honrado mancebo de más de treinta años de edad, perteneciente al muy numeroso gremio de chisperos (1).—Hace muchos años que á Sevilla no

---

(1) Llamábase así á los fundidores, cerrajeros, herreros, y demás que trabajaban alrededor de las fraguas.

habían venido toros de más empuje, mejor criados, ni de tanta bravura. En el lomo del cárdeno de esta tarde, se podían contar sin que se cayeran, mil duros en mil piezas del busto de nuestro amo rey D. Carlos IV.

—Compadre, ¿y quién se detenía á...?

—Y de seguro, el que menos, tenía seis años. Bien armados y de poder, nobles y boyantes.

—Vamos,—le interrumpió otro—que no era tanta la nobleza del primero que mató *Costillares*, ni del tuerto que le tocó después.

—Vuesamercé se equivoca. El tuerto no *traía* nada, sino que, naturalmente, se acostaba del lado en que tenía vista; por eso el Sr. Joaquín, conociéndolo, le dió mucha salida con la muleta al esperarle, y consiguió que, como no se apartaba tanto la res, como se hubiera ido otra de vista completa, la estocada resultó alta, recta y honda.

—Verdad. ¿Y qué me dicen ustedes del señor Amisas?

—Buen piquero, y no menor su hijo. Cuidado con el berrendo en colorado que tomó diecisiete varas, de las cuales el chico puso diez, sin caer y sin que el potro que montaba haya tenido en toda la mañana más que dos ó tres puntazos en el anca, todos de cinchas atrás, lo cual demuestra su maestría (1). Mucho hay que esperar de ese muchacho, si sigue con tan buena voluntad.

—A mí lo que más me ha llamado la atención han sido las tres varas que á caballo levantado puso el señor Juan, sin sacar el palo más de cinco palmos, á aquel toro negro, ligero como el rayo, que salió esta tarde el segundo; y eso que al principio, viendo que la fiera venía lamiendo las tablas, tuvo que terciarse y alargar la vara, con lo cual consiguió echársele por delante.

—No ha estado tan afortunado Manuel Jiménez, que es valiente y temerario, pero que si bien hace sentir á las reses su mano derecha en demasía, descuida algún tanto la izquierda.

—Perdone vuesamercé, no estoy conforme. Jiménez es un gran picador, de muchos conocimientos y excelente jinete, pero ni él ni nadie pueden evitar un *extraño* del caballo, una *colada*, ó una mala medida de los terrenos en momentos en que difícilmente deja el toro tiempo al picador

(1) Era principio sentado como verdad del arte, que toda ofensa recibida por el caballo desde la cincha á la reata, era azar no imputable al jinete, y que toda herida desde la cincha al pretal era prueba cierta de su poca pujanza y de su ningún arte.—(ESTÉBANEZ CALDERÓN.)

para armarse. Ya ve vuesamercé; el alazán que montaba esta mañana, y que le hirió primeramente el segundo toro y luego el cuarto, valía lo menos veinticinco doblones. ¿Querría él perderle?

—No, que bien advertí cuánto sintió su pérdida, pero creo yo, y nadie por esto se ofenda, que se hubiera lucido más el desgraciado Carmona, si como se pensaba, hubiese venido á trabajar. El hombre propone y Dios dispone; respetemos sus altos juicios que son incomprensibles (1), (y todos se descubrieron). Los toros castellanos han dado, están dando y darán siempre grandes disgustos á los lidiadores; no son toros para jugarlos, por lo inciertos, abantos y traidores.

—Vamos, señores. ¿Y qué me dicen ustedes de Laureano Ortega? dijo uno de los picadores de la Real Maestranza, que formaba parte del corro más numeroso de los dos, pero que hasta entonces había permanecido silencioso y en cierto modo retraído, á causa de la presencia en él del señor Conde del Aguila, su principal jefe, que entonces pasó al otro grupo. ¿Han visto nunca reunidas la habilidad y la fuerza en otro hombre que ese? De estos se ven pocos, muy pocos. Picar ocho toros como los de esta tarde, bravos, duros y pesando el que menos ocho quintales, con un solo caballo, sacándole ileso, y sin haber caído más que una sola vez al suelo, y esto porque al retirarla de la suerte en el último toro, la jaca cayó de ancas derribándole, señores, eso es lo que no se ve. ¡Con qué poder detiene al toro con el brazo derecho! ¡Con qué destreza libra al caballo sacándole al mismo tiempo con la izquierda! No se ha visto cosa igual (2) y será difícil verla en lo sucesivo: no se hermanan tan fácilmente con la fuerza y el valor, la destreza y la inteligencia.

—Lo que yo advertí, dijo un reviejuelo de nariz tan larga como su estatura, es el buen quite que le hizo el sobresaliente *Curro* Herrera tendiendo el capote y sin moverse de su sitio, dando al toro salida larga, cuando Ortega puso la primer vara. Yo creo que fué antes de tiempo.

(1) Bartolomé Carmona, murió en Madrid el 9 de Julio de 1793, estando fuera de suerte y cuando se estaba matando al toro, el cual tomó al caballo por detrás y arrojándole con dicho picador con gran ímpetu, este cayó de cabeza y se desnucó.

(2) Por el espacio de tres años y por entre los azares de cien y cien corridas, se le vió sacar siempre salvo el caballo que montaba, que era una famosa jaca mosqueada, que la perdió al fin en la plaza de Cádiz.—(ESTÉBANEZ CALDERÓN (el Solitario): *Toros y ejercicios de la jineta*.)

—Sí, señor; y el señor Joaquín lo reprendió encargando que esperase la ejecución completa de la suerte. Tampoco le gustó al maestro que *Pepe Illo* volviese dos veces al quinto sobre el caballo de Amisas, con el capote liado al brazo izquierdo, recortando sobre las cuartillas de la res.

—Pues yo digo que hizo bien *Illo*, porque así consiguió parar los pies algún tanto al toro, que siempre entraba levantado, y lucir su incomparable gracia y gallardía.

—Es verdad, y habría que aplaudirlo, si no fuera porque con los recortes y con los cinco pares de banderillas que luego pusieron Cristóbal Díaz y Manuel González, el toro llegó á la muerte sin facultades y no pudo recibirle ni aguantarle. Sin embargo aquel volapié en las tablas, tan ceñido y en completa rectitud, valió cualquier cosa. No hay toro difícil para él, y lo ha demostrado hoy al matar el primero, que estaba aculado á las tablas desde que le banderillaron *el Nona* y Manolo Vega. ¿Vieron ustedes cómo se fué á él sin vacilar, como le tendió la muleta á dos pasos de distancia, colocándose él frente á la cuna y perfilando el trapo en línea recta con la cadera izquierda? ¿Y cuando el toro arrancó, cómo le guiaba con la muleta, sin apresuramiento, empapándole siempre y llevándole al terreno de afuera, hasta que en aquellos tres pases en redondo, le hizo pararse y cuadrarse? ¿Y qué en corto le citó dos veces á pie quieto y al ver que no se venía, se fué á él rápidamente, sin perder tiempo, con un volapié, tardando casi menos tiempo en caer el animal como herido por un rayo, que el matador en salir recto pegado al anca derecha de la res? Hacen bien, al llamarle maestro, porque además de practicar y enseñar todas las suertes conocidas *tal y como están escritas*, en la que él ha inventado, demostró gran inteligencia y la ha transmitido á todos sus contemporáneos con reglas fijas y precisas, sin enmiendas ni *tranquillos*.

—Hombre de Dios, eso que se ha dado en llamar *tranquillos*, no los tienen más que toreros de ciento en boca, aprendices que nunca aprenden y que ganan de pueblo en pueblo un miserable sustento. Ningún estoqueador reconocido como buen torero, acude á buscar ardidés de mala ley para matar toros frente á frente.

—Quien se vió apurado, dijo el reviejuelo, en el cuarto toro, ha sido *Pepe Illo* al dar el primer pase; y ¿sabéis por qué fué la colada aquella? Pues nada más que por no tener presente que detrás de él, y á su derecha, estaba un caballo muerto,

al que había tomado el bicho querencia desde que le puso el último par Antonio de los Santos.

—Es verdad, ya lo advertí, y una curra de buena catadura que á mi vera se hallaba en el andamio, no pudo contener un grito, creyendo ya cogido al más salao de los toreros sevillanos. Pero ¡que si quieres! el mozo, parado y tranquilo, dió salida al animal facilitándole su viaje y *sin oponerse* á él, con aquel arriesgado y oportuno pase de pecho forzado, que tantos vítores le valió, y más de seis docenas de rosas y claveles que hasta aquel momento habían servido de adorno y compañía á las pequeñas orejas de otras tantas manolitas y mozas de buen vivir. Cualquiera otro hubiera fiado á sus piés la salvación y no lo hubiese yo criticado ciertamente.

—No digais disparates, exclamó el reviejuelo; ya sabéis que yo soy muy purista en todo, y no olvido, ni quiero que vosotros olvidéis, que *la honra del matador está en no huír ni correr nunca delante del toro, teniendo muleta y espada en las manos* (1). Con la muleta se puede siempre, ¿lo entendeis bien? siempre, guiar al toro donde se quiera, ó al menos quitársele de encima, tomando tiempo para verle llegar; y si por haber olvidado el torero por un momento los preceptos del arte se encuentra colocado en sitio donde la muleta puede serle menos útil, ármese prontamente, espere á la res y aguántela. Eso es lo decoroso para el que de torero se precie. ¡Correr huyendo! Sólo en el caso de no tener muleta, y aun pocas veces lo admito teniendo capote en las manos; pero vamos, para algo se ha hecho la barrera.

—Todo eso está bien dicho, señor; pero cuando un jarameño ó un jerezano del cura Quirós (2) quieren hacer alarde de correr bien y arrancan de lejos inciertos y levantados...

—Cuando sucede eso, lo mismo al jarameño que al toro de... San Lucas ¿estamos? le *espera* clavando en el suelo los talones el hombre que tiene *valor, serenidad y conocimiento exacto de su profesión*, y le mata si ve que entonces hay ocasión sin riesgo, ó le da salida con la muleta; porque á correr, muchas veces, muchas, gana el toro al hombre, pero contando éste con sus manos y no

(1) Esto repetía cerca de cuarenta años despues el gran Pedro Romero.—(*Lecciones en la escuela de tauromaquia.*)

(2) D. Marcelino Quirós fué el fundador en 1769 de la célebre ganadería que poseyeron despues los señores Gallardo, hermanos, á principios de este siglo.

con sus piés, se encontrará más seguro y libre de cogidas, que el marido de la señá Marquesa que

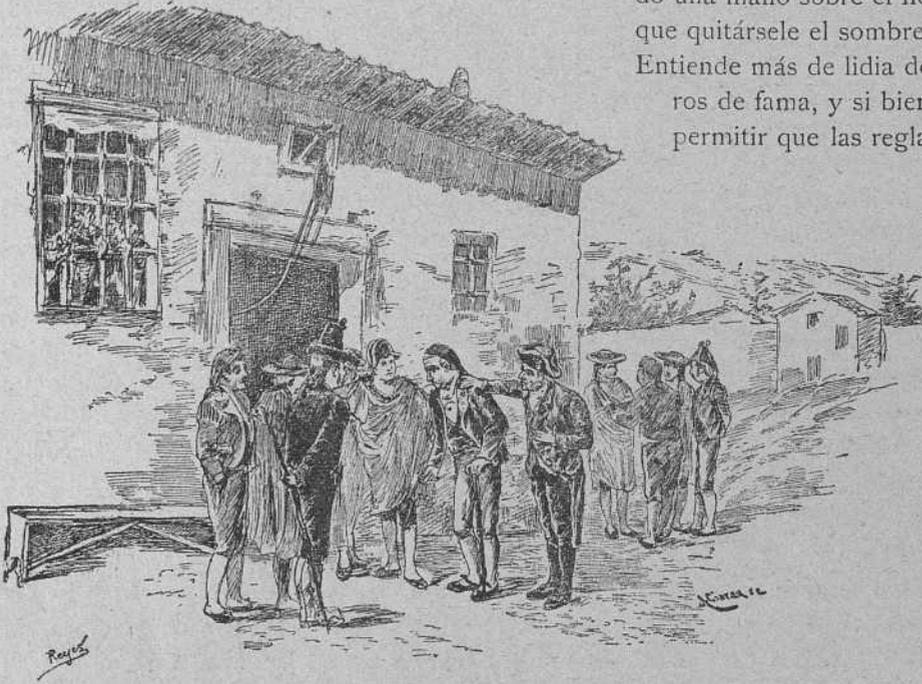
dir el malicioso reviejuelo, como arrepentido de sus últimas palabras.

—A este señor, dijo entonces el Conde poniendo una mano sobre el hombro del reviejuelo, hay que quitársele el sombrero en materia de cuernos. Entiende más de lidia de toros que muchos toreros de fama, y si bien es como dice purista, sin permitir que las reglas siempre escritas y practi-

cadas se alteren ni modifiquen en lo más mínimo, consiente y aplaude cuantas nuevas se inventan, bien definidas y bien ejecutadas constantemente del mismo modo; porque de no ser así, haciéndolas cada torero á su manera, degenerarian en corruptela, y sobre no conocerlas quien las inventó, podrían causar desgracias frecuentes. ¿No es eso, mi buen amigo?

ahí enfrente vive y en la Macarena duerme. Según dicen, que yo nada sé por mí, se apresuró á añá-

—Así es, señor Conde, como quiero al matador...





## CAPITULO VI

### CONTINUACION DEL ANTERIOR

 esto llegaban de su curiosa conversación aquellos buenos aficionados, cuando vieron llegar por la calle arriba cuatro ó seis hombres con grandes castoreños y monteras andaluzas, pendiendo de sus hombros airosas capas de verano, y seguidos de una turba de chiquillos, pilletes y curiosos.

Eran aquellos hombres, ni más ni menos que los maestros *Costillares* y *Pepe Illo*, Antonio de los Santos, el *Nona* y Ortega el varilarguero, quienes al pasar cerca de los conocidos de la *Ninfa*, saludaron cortesmente, descubriéndose la cabeza y con las frases de rigor «Dios guarde á ustedes» y «á paz de Dios, cabayeros,» que fueron contestadas en coro. Impidiéndoles en cierto modo continuar su camino, aquellas gentes formaron círculo alrededor de los toreros, y tomando la palabra el Conde del Aguila les felicitó por el buen

resultado de la corrida, y por su habilidad ofreciéndoles un vaso de legítimo pajarete de Jerez.

Gloria, la *Ninfa*, que estaba atenta á cuanto allí se hablaba, dando su asentimiento ó negándole á cada una de las opiniones emitidas, preparó con singular presteza una limpia batea llena de estrechos vasos, y otra con platos de embutidos, aceitunas y embuchados, rodeados de pequeñas y tiernas roscas de pan candeal, que por sí misma salió á servir á los convidados.

De entre estos hubo uno que miró de alto á bajo á aquella buena moza, se entusiasmó mirándola, y después de cuatro palabras que nadie entendió, se quedó suspirando el principio de una *tirana* muy por lo bajo. El corro, en general, la requebró con un murmullo de frases halagüeñas, y el señor Joaquín Rodríguez, que ni un momento había dejado de atender al Conde, dijo:

—Señor Maéstrante, no merecemos tanto... nosotros no hemos hecho más que cumplir nuestro



deber, que era el de agradar á la Real Maestranza y al público, de cuyo favor vivimos. A la Virgen del Rosario damos gracias por habernos concedido fortuna, y á todos los aficionados porque nos han tratado con mucha bondad.

—Bien merecen nuestros plácemes, que no han descansados ustedes un momento y se han esmerado mucho en su trabajo.

—Pero, señores, dijo *Pepe Illo*, aparte de que no hay alegría que más entusiasme al hombre que la de oír muchos aplausos, porque estos denotan que da gusto á los circunstantes, ¿no tiene obligación el que cobra de trabajar cuanto pueda y sepa? Estaría bueno que no atendiese más que á salir del paso, haciendo lo preciso solamente y no lo debido. Con razón se diría que engañaba, quien tal hiciera, al público...

—También pudiera decirse, interrumpió el reviejuelo, que el miedo tal vez le impedía arriesgarse en la ejecución de una suerte.

—Ya lo creo, el que paga está autorizado para todo lo que no entorpezca el libre ejercicio en la plaza de nuestra profesión, y puede, respecto de nuestro trabajo, hacer las apreciaciones que quie-

ra, aunque sean equivocadas, replicó *Costillares*. Más y mejor conseguimos el cariño del pueblo demostrando deseos de complacerle constantemente, que ejecutando de tarde en tarde una buena suerte, y es que al público se le ofende defraudando sus esperanzas.

Vaciábanse entre tanto en los vasos y cañas, que no soltaban de la mano los allí reunidos, el rico tinto manchego en las jarras contenido, y el aromático manzanilla de Sanlúcar depositado en botellas, uno y otros servidos con profusión por Gloria, la *Ninfa*, su sirviente y algún agregado que, por evitar molestia á la única hembra que el convite presidía, tomaba con empeño el cargo de ayudar en aquella faena á moza de tanto rumbo.

Renovábanse á menudo los platos de aceitunas y empiñonados. Al olor de aquel sitio y procurando ganancia, fueron llegando con sus mercancías algunos vendedores ambulantes, de aquellos que cuarenta años después ha dicho el inolvidable Larra, que ejercían industrias de comer que no dan para comer, y al lado del harapiento buñolero, veíase á la maliciosa vieja pregonando cañamones tostados, y á la niña de pocos años y menos carnes con su tabla de pestiños.

Reinaba allí completamente la alegría, pero sin escándalo ni gritos; brindábase por la salud del señor Conde que hacía el gasto, y por la de los toreros que tanto habían trabajado por satisfacer en aquel día, lo mismo por la mañana que por la tarde, la afición de los taurómacos, y ni las manos más allá de su alcance natural, ni las lenguas, á pesar del estímulo refrescante que á menudo les llegaba, moviéronse para otra cosa que para elogiar la generosidad del noble Conde, la habilidad de los diestros y la magnificencia de la corrida.

—¿Por qué *Nona*, decía un mozalvete que pertenecía al honrado gremio de obra prima, al poner banderillas al tercer toro, salió para cuartejar á la derecha, y para clavarlas se colocó cuadrando por la izquierda?

—No seas ignorante, compadre Crispín, y aprende á ver toros, contestó un mozo alto, seco y de ronca voz, que, según allí dijeron, era picador por la Real Maestranza de Ronda. El hombre salió por la derecha, como tú dices, pero el toro hizo lo mismo cortando el terreno, y como no es de buen torero pasarse sin clavar, sino en caso de grande apuro, *Nona*, que sabe mucho y tiene vergüenza, se cambió en el viaje rápidamente á la izquierda,

gracias á su fuerza de piernas y á su destreza, y puso aquel par limpio parándose fácilmente en la cuna. ¿No conoces, hombre, que de seguir su ruta primera se hubieran encontrado él y el toro, sin permitirle éste salida, porque no la había, y hubiera sufrido aquél sin remedio una terrible cogida?

—Es que éste entiende más de probar chapines á las buenas mozas que de suertes de toreo, y hasta que se case y amanse, anda atrás de ellas como un abanto, haciéndose el bravucón y sin demostrar de sentido ni tanto así. Y metiéndose entre los dientes la uña del dedo pulgar derecho, la sacó fuera castañeteando.

—Pues que pare los piés; usted que es su hermano, hágale comprender que en su edad es muy fácil una cogida; que no se embroque ni encune, si le faltan piés y no sabe quebrar ó al menos recortar con limpieza. Mira que te lo dice con buena voluntad tu compadre Esteban, á quien los revolcones han hecho aprender mucho.

A las risas con que fué acogido este diálogo por las cuatro ó seis personas que formaban el grupo en aquel momento, siguió una ronda de rosolí en diminutas copas. La misma Gloria en persona las fué sirviendo por su cuenta, y como agasajo á sus parroquianos y amigos, de corro en corro, empezando por el del señor Conde y los maestros. Cuando llegó al segundo grupo, encontráronse sus hermosos ojos con los de Antonio de los Santos, que al ser por ella servido, djóla á media voz:

—Oiga usted, Gloria; por la de mi madre que me escuche con atención: Mañana nos vamos á Madrid; si antes de salir de la ciudad no veo en usted alguna demostración de que corresponde á mi cariño, no vuelvo á Sevilla nunca.

Palidecieron un momento las frescas rosas de las mejillas de Gloria; pero pronto se repuso, y continuó sirviendo como si nada hubiera oído. Notaron, sin embargo, algunos, aunque pocos, que desde que Gloria volvió á sentarse en su habitual sitio, no levantó la vista, ni habló más palabras que las puramente indispensables para hacerse entender por su criado.

La animación seguía, hablándose en general del excelente ganado corrido aquel día, de la destreza de los toreros, de la habilidad de los picadores, del valor de *Pepe Illo*, y de la inteligencia del señor Joaquín Rodríguez. Muchos elogios y pocas censuras se oían respecto de aquella corrida, y la alegría, lejos de decaer, iba en aumento entre aquellos aficionados, que recordaban con placer y entusiasmo los infinitos lances, las imprevistas peripecias á que da lugar la más soberbia de las fiestas inventadas hasta el día.

.....

Como si á todos aquellos hombres les hubiera movido un resorte, la conversación principal y las muchas particulares que allí sostenían, cesaron de repente.

En la torre de la catedral había sonado la primera campanada del toque de Ánimas. Todos rezaron devotamente la oración y cada cual rompió por uno ú otro lado con dirección á su respectivo hogar. Cinco minutos después la ronda del Asistente de Sevilla pasaba por la calle de la Cuna. Por solos dos minutos se libró de una multa Gloria la *Ninfa*, que acababa de cerrar la puerta de su casa y de apagar las luces de los cuatro mecheros del velón que pendía del techo de su taberna.





## CAPITULO VII

### LA DESPEDIDA

---

**E**N la tarde siguiente al día en que se verificó la corrida de que hablan las páginas anteriores, hallábanse colocadas á la puerta del Mesón de la Solana cinco caballerías mayores, con arreos de camino, ni tan buenas que la atención cautivasen, ni tan malas que por escuálidas fuesen dignas de desprecio. Eran cinco mulas de paso, al parecer de buen andar, que estaban sujetas del bridaje por tres ó cuatro mozalbetes, á quienes rodeaban más de una docena de curiosos ó desocupados, que sin duda por las trazas de su impaciencia y por su afan de escudriñar lo que en el fondo de la casa había, esperaban la salida de los individuos que en aquellas habían de cabalgar.

No se hicieron estos esperar mucho, puesto que entre alegres cantares, dichos por unos y acompañados por otros, aparecieron diligentes cuatro ó

cinco jóvenes toreros de los que la víspera había aplaudido el pueblo entero de Sevilla, unos arreglando las monturas y estribos de las mulas, otros colocando alforjas en ellas, aquel apretando la mano á otro paisano, este abrazando á un niño, y el de más allá dirigiendo requiebros y reconvencciones á la moza del mesón, robusta muchacha de veinte años, capaz de levantar en peso, por sí sola, dos quintales ó más de cosa de poco bulto, que el mucho volúmen no podría abarcarlo con sus cortos brazos, proporcionados á su pequeña estatura.

Allí todo era entrar y salir, subir y bajar, ir y venir de un lado á otro, no solo los toreros, sino la gente del Mesón, que con ellos se mezclaba ayudándoles en la faena de preparar la marcha y ofreciéndoles algún vaso de buena tintilla de Rota en cambio de no escasa propina.

Por el extremo de la calle y en derechura al

Mesón aparecieron, departiendo amablemente, los diestros sevillanos Joaquín Rodríguez *Costillares* y José Delgado *Illo*, acompañados de dos ó tres amigos, alguno de los cuales, por encontrarse más cerca de aquellos escuchó el siguiente dialogo:

—Maestro, á usted dejo encomendado mis dos pequeños hijos y mi María, á quien sabe bien cuánto quiero. En mi casa y en su poder quedan para lo que ocurra, durante mi ausencia, dos ó tres mil reales de vellón; pero si María le pide á

de buen porte, adiós, ya lo echan á parte mala y dan por hecho con malicia lo que no la tiene, ni nada de particular. No ha sido malo este año ¿eh, maestro? dijo variando la conversación: se van á acercar á cinco mil ducados los ganados por mí con aplauso en lo que va y en dos corridas que me faltan, si no me llaman en Noviembre para alguna otra: y aunque sabe usted que se gasta mucho en viajes y, vamos, en la vida y en las cosas que esta exige, María piensa comprar unos



usted dinero, déselo sin reparo y sin preguntarla para qué lo quiere, que ella es muy buena y económica y no lo malgastará. No tiene más defecto la pobre que siempre que voy á Madrid, llora y lo siente, y dice sin recatarse de ello, que mejor quiere mil ducados ganados por mí en cualquier plaza, que tres mil en la Corte.

—Alguna razón tendrá, ó al menos la sospechará, contestó sonriendo el señor Joaquín: dicen, Pepe, que la Condesa de B. y la Duquesa de A. se disputan tus requiebros, y si esto ha llegado á sus oídos... ya ves no tiene nada de particular.

—No haga usted caso de lo que las gentes digan, porque en cuanto ven hablar á un torero con a guna dama encopetada, ó con alguna maja

olivares, si se encuentran baratos, para que sean la base de fortuna para nuestros hijos, y entre tanto no nos lleva Dios, lo que nos proporcione el sustento para la vejez.

—Tienes una alhaja con María y no debes olvidarla un momento. ¿Llevas bastante dinero para el viaje?

—Sí, señor; he tomado de lo que me ha pagado hoy el señor Diputado de la Real Maestranza hasta unos veinte doblones de á cuatro, con lo cual me sobrará seguramente para los dos viajes; pero si por cualquier accidente necesitara al volver más dinero, tomaré del que me ha de abonar la Real Junta de Hospitales de Madrid lo que fuera preciso. No gano tanto como usted porque no valgo

tantó, pero por estoquear ocho toros me dan ocho onzas de oro, lo mismo que á Pedro Romero.

—Dios te dé buena fortuna en la lid, y quiera la Santísima Virgen de la Soledad protegerte y librarte de las astas de un bruto; pero oye un consejo. Tú eres buen profesor, sabes y quieres, y precisamente porque siempre quieres, te digo que no siempre te acompaña la calma necesaria. Porque celebren tu valor, te arrojas á las suertes sin meditar en las condiciones de los toros, y es preciso, hijo mío, que venciendo tu impetuosidad, no te salgas de las reglas del arte aunque vayas más despacio en la ejecución de las suertes. Mira que no somos niños, aunque yo tengo pocos más años que tú; que tienes mujer y dos hijos, que por lo pequeños, han de necesitarte todavía en el espacio de una docena de años.

—No me recuerde usted á mi Pepe ni á mi Antonio, que si mucho quiero á su madre, más los quiero á ellos; y si yo me acordase en el redondel de mis hijos, creo que haría lo que no he hecho nunca. Huir de los toros como un cobarde.

—No tanto, hombre. Sin embargo, primero es la vida de un padre de familia que los aplausos de la muchedumbre, no siempre entendida lo bastante para apreciar el mérito donde le hay.

—¿Y qué quiere usted si mi genio no permite otra cosa? ¿Si yo no quiero, así me cueste la vida, que me silben ni me echen gatos, perros, frutas ni porquerías? (1) ¿He podido hacer más que negarme á matar toros castellanos por lo revoltosos, huidos y de sentido que son en lo general? ¿Cuánto no se habló en contra mía cuando el señor Pedro Romero se prestó hace años á estoquearlos? (2).

—Hiciste bien entonces y pensé lo mismo que tú: pero eso no quita á lo que te he dicho. ¿Qué toros se correrán en Madrid, te han anunciado la ganadería?

—Sí, señor; manchegos de Gil de Flores y navarros de Zalduendo (3). Estos serán pequeños de cuerpo, pero seguramente bravos y de buenas condiciones.

—Pues te advierto que se revuelven con tanta prontitud como los castellanos: conque ya sabes

que el capote y la muleta matan más pronto á estos toros que el estoque. Ah, te encargo que al que no tome en regla, siquiera media docena de varas, le apliquen los chulos (1) lo menos cuatro pares de banderillas.

—Oye tú, Antonio, dijo *Costillares* al llegar al portal del Mesón, y dirigiéndose á uno de los toreros que allí había. A ver cómo te portas en los quites, que mucho vales para eso, y no te digo nada de tu maestro... porque ya me entiendes.

—Sr. Joaquín, se hará lo que se pueda, siempre con buena voluntad. Al pelo de la ropa no ha de tocar un toro á mi maestro, sin que á mí me la rasgue antes, lo que Dios no permita.

—Haces bien dejándolo á la voluntad de Dios, que contra ella nada podemos los hombres.

—¡Ea! ¡Chicos, á montar! dijo *Pepe Illo*. ¿Habéis colocado en las alforjas las vituallas que encargué? Ya veo en los borreles de las dos pelicanas, las dos botas repletas del tinto que nos regaló Gloria esta mañana. Bien hecho todo. Andando, andando y hasta la vuelta, de aquí á un mes. Tomad y bebed á nuestra salud, muchachos, y á los del Mesón les dió un peso fuerte: y dirigiéndose á *Costillares* díjole en voz baja y entrecortada: maestro, agradezco sus consejos y me acordaré de sus advertencias: acuérdesse usted de nosotros en sus oraciones y dé gracias de mi parte á los señores Maestranes, de quienes no he podido despedirme: hay poco tiempo, estamos á 6 y el 21 es la corrida: mi María y mis hijos, señor Joaquín, y le abrazó fuertemente.

—¡Dios os guíe! ¡Viaje próspero! ¡Buena fortuna! ¡Hasta la vuelta! Fueron las voces que de unos á otros se mezclaron; apretáronse las manos los que se iban con los que quedaban, picaron espuelas los montados, trotaron más que las mulas los dos espolistas que á pie habían de servirles todo el camino, y santiguándose devotamente púsose en marcha aquel tropel con dirección á la puerta de Carmona por el barrio de San Roque.

Al llegar á ésta miraron atrás como despidiéndose de sus familias, de sus casas y de sus amigos, aquellos cinco hombres que se llamaban Antonio de los Santos, Manuel Rodríguez *Nona*, Manuel de la Vega y el ya media espada Juan José de la

(1) Bandos de los Alcaldes de la Real Casa y Corte de S. M.—Septiembre de 1789,—prohibiendo estas demostraciones.

(2) Funciones reales de 1789 en las bodas de Carlos IV y María Luisa.

(3) La antigüedad de esta ganadería data del año 1750.

(1) En el siglo pasado y primeros años del presente llamábanse chulos todos los peones de lidia, á quienes hoy se conoce con los nombres de banderilleros y puntilleros.

Torre, que rodeaban al profesor *Pepe Illo* con cariñoso respeto.

Nadie reparó más que el primero en una mujer, que vestida con basquiña negra y casi tapado el rostro con rebocillo de terciopelo, estaba medio oculta en el quicio de una puerta inmediata. Cuan-

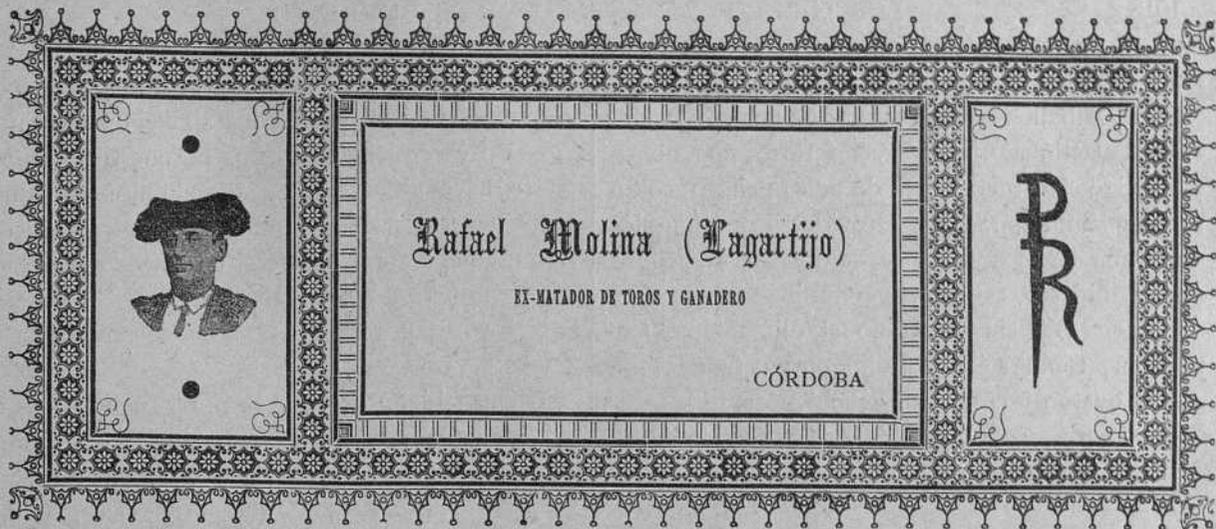
do pasaron de largo, acercó el pañuelo á sus ojos humedecidos, y saliendo de aquella puerta no perdió de vista la cabalgata en un gran rato. Era Gloria, la *Ninfa*, mujer legítima un año después de Antonio de los Santos, discípulo el más querido de *Pepe Illo*.











## CAPÍTULO VIII

### ANTEPROYECTOS

---



AN pasado noventa años.

La escena que vamos á referir ocurre en el despacho de un Jefe, de un Hermano mayor, de un Presidente, de un decano—como quieran llamarle mis lectores—de cierta Corporación respetable, como son todas, cuyos miembros en escaso número, tan pronto sentados como en pie, quietos ó andando, fuman, ríen y charlan unas veces en alta voz y otras tan en secreto, que lo que oye el individuo colocado al lado derecho del que habla moviendo apenas los labios, no puede oírlo el del izquierdo, aunque incline la cabeza en aquella dirección.

Dónde está situada la casa, y cuál es aquella Corporación, no debe decirse; porque sería exponerse á equivocaciones, designar una determinada que tal vez no fuera la que yo refiero, ó dejar de señalar la que realmente se ocupara del asunto que voy á relatar.

Por otro lado, ¿qué importa saber quiénes pueden ser los pecadores? Con saber el pecado, basta; y si no existen aquéllos ni éste, tanto mejor, que para entretenerse el lector lo mismo le da que los hechos pasen en un pueblo grande, como en uno pequeño, en una ciudad, que un villorrio.

Siendo así, querido lector, bueno es que sepas que aquellos Congregantes ó congregados lo habían sido para preparar el anteproyecto—como ahora dicen—de una corrida de toros, que á beneficio de la caridad de aquel pueblo se acostumbraba dar todos los años. Función que, como decía hace cerca de tres siglos el gran escritor Vicente Espinel (1), «ninguna nación sino la española ha »ejercitado ni ejercita, porque todos tienen por »excesiva temeridad atreverse á un animal tan fe-

(1) *Vida del escudero Marcos de Obregón.*—1618.

»roz, que ofendido se arroja contra mil hombres,  
 »contra caballos y lanzas y garrochones, y cuan-  
 »to más lastimado tanto más furioso, que nunca  
 »la antigüedad tuvo fiesta de tanto peligro como  
 »éste, y son animosos y atrevidos los españoles  
 »que, aun heridos del toro, se tornan al peligro  
 »tan manifiesto, así peones como jinetes.»

El que hacía cabeza, como si dijéramos el Corregidor, tomó asiento y dijo en voz fuerte para que le oyeran y cesaran los cuchicheos:

—Señores, vamos á hablar de la corrida de toros que este año, como todos, ha de celebrarse

frade, ó Hermano de los allí reunidos, y se expresó poco más ó menos en los siguientes términos:

—Yo ya entiendo de esto, porque soy Congregante hace algunos años, y sé muy bien lo que debe llevarse á efecto para conseguir, al mismo tiempo que buenos ingresos, un día de distracción y alegría para nuestras familias.

—Eso, eso; repitieron en coro los demás asistentes.

—Pues bien, hay que comprar ocho toros de buenas ganaderías. Cuatro y cuatro, ¿eh? Siempre hay esperanza de más variedad, cierta competencia, y...; para que no nos den gato por liebre, será necesario que dos individuos de nuestro seno sean comisionados y autorizados para tratar con los ganaderos de la adquisición del ganado.

—Sí, señor; que sean toros andaluces.

—Que sean navarros.

—Que sean de la tierra.

—¡Quita de ahí, hombre! Pues vaya un viaje largo. Al fin, el que salga para Andalucía puede pasar bien algunos días y ver algo; pero los alrededores de este pueblo, ¿qué distracción ofrecen?

—También costará más el viaje.

—¡Bah! ¡Qué cosa tan importante dices, amigo Caracalla! Propongo, señores, que el viaje se haga sin economizar gastos, que realmente no pueden ser muchos ni muy crecidos, porque se reducen á los que originen la manutención, dietas y gratificaciones que se vean obligados á hacer nuestros compañeros comisionados, además de tres ó cuatro dependientes, en ocho días, poco más ó menos, que puede durar el viaje. Y aunque los gastos sean algo crecidos relativamente, lo exige así el decoro de nuestra Corporación, que no ha de presentarse en ninguna parte

por sí, ni representada por sus individuos, ostentando pobreza...

—Pero, señores, interrumpió Caracalla, si la Corporación es pobre, si debe más que tiene y puede tener en diez años, y esto lo sabe todo el mundo, ¿á qué engañar y engañarnos?

—Pues decía, continuó el Congregante, sin hacer caso de su compañero, que aunque los gastos fueran algo crecidos, del producto en venta de los



para alivio de nuestros semejantes; que es delicada y comprometida la situación de nuestros fondos no hay que dudarle; luego en lo que principalmente hemos de pensar, es en obtener mucha utilidad y ventaja. Conque, en este supuesto, á ver qué hacemos.

Tal fué el discurso inaugural del Hermano mayor, sin quitar punto ni coma.

Sin pedir la palabra, la tomó en seguida un Co-

billetes para la fiesta han de rebajarse, conque su-  
biendo el precio de las localidades todavía hay  
ganancia.

—Pues más habría si no se hiciesen esos gas-  
tos inútiles. Sí, señor, inútiles. Los ganaderos, de  
un modo ó de otro, es decir, pidiéndoles toros  
desde aquí ó pidiéndoselos en su casa, lo mismo  
nos han de servir, lo cual no sucedería si entendiéramos algo de ganados: pero si aquí no hay ninguno que los haya visto en su vida. Si no veo en la Hermandad más que abogados, tenderos, sastres, y así, gente cortesana y no de campo, ¿qué hemos de entender de reses bravas ni de...

—Salió *este* ya con las suyas. ¡Hombre, aunque no hubiéramos visto toros en nuestra vida!

—Pues claro es. La mayoría de los que aquí estamos no los hemos visto hasta que entramos en la Cofradía. Tú mismo sabes bien que no has asistido á ninguna corrida, porque decías era un espectáculo muy bárbaro, lo cual no quita para que ahora que te dan billete de balde, dejes de asistir ni un día; y eso que hace ya dos años nos hicimos juntos socios de la Protectora de animales.

—Basta: no hay más que hablar. Todos menos nuestro cofrade Caracalla, estamos conformes con el nombramiento de la comisión: propongo, pues, que ésta la compongan los Hermanos Zapata y el mismo Caracalla. ¿Estais todos conformes?

—Si ustedes se empeñan... y, encogiéndose de hombros, *calló* Caracalla.

—Pediremos, continuó el Congregante referido, á cualquier comerciante, unas moñas sencillas con plumas y florecitas y flecos que cuesten poco. De este modo nada tenemos que agradecer á la mujer del Alcalde, ni á las de los pudientes del pueblo, ¿eh?

—Mejor sería, dijo otro, que esas señoras ú otras, nos regalaran las moñas, porque siempre son de más lujo y llaman gente si se ponen en un escaparate á la puerta de la casa nueva, junto á la plaza.

—Es que al ganado le causan más perjuicio de lo que parece, según he oído á un ganadero, que prohíbe siempre que á sus toros les pongan moñas.

—Pues no comprarle toros á ese ganadero, que no faltarán otros que las consientan. Yo quiero moñas de lujo, y banderillas con flores, y pajari-  
tos, y miriñaques, y... ¡Pues se reirá poco mi mujer cuando vea salir de la funda de una banderilla un miriñaquel!

—Vaya, pues, aceptado. Moñas pedidas á las señoras principales del pueblo, y banderillas que cuesten á dos duros el par.

—¿Ave María! Por dos duros pueden presentarse una docena de pares mejores que las usadas el año pasado, porque en vez de cintas, que cuestan poco, tendrán plumas que cuestan más; en vez de cartoncitos y papelitos de colores, llevarán flores de mano, y...

—Cómo se conoce que eres del oficio, díjole en voz baja el individuo que á su lado estaba; y en voz más alta exclamó: Que se encargue el amigo Cartera de todo lo relativo al servicio de banderillas. ¿Les parece á ustedes?

—Conformes: y vamos á lo principal y más importante.

¿Qué espadas contrataremos?

—Eso no se pregunta; á *Sabandija* y á *Librador*.

—Ya. ¿Pero querrán venir? ¿No tendrán ajustes en otras plazas? Porque, señores, si no vienen los dos juntos, que será lo mejor, al menos uno de ellos, los precios de los billetes no pueden ser tan caros. ¿Conocéis vosotros á alguien que pueda ser para ellos buen empeño? Hay que traerlos, cuesten lo que cuesten, y es necesario hablar y comprometer á todas nuestras relaciones altas y bajas para conseguirlo.

—Conformes de toda conformidad.

—Otra cosa. El asentista del pueblo, á quien hemos arrendado la plaza, tiene obligación de facilitar de su cuenta, dependientes, cabestros, mulas, etc. ¿Le encargaremos que cuide mucho de presentarlo todo en el mejor estado de lucimiento?

—Oh, sí, en eso debemos de ser inexorables. Nada de contemplaciones. Tratemos ahora de otra cuestión.

—¡Ya sé cuál es; la de los billetes!...

—¡Que se vendan todos!

—¡Que salgan á subasta!

—¡Que se hagan lotes!

—¡Que se repartan!

—¡Que se venda la mitad y la otra mitad que...

—¿Quereis callar? Así no nos entenderemos nunca. En este pueblo hay la maldita costumbre de dar al que compró un palco, por ejemplo, el año pasado, y el anterior, y el trasanterior, vamos, constantemente, de darle digo, la misma localidad, por su precio se entiende. Con esto nos causa más perjuicio del que á primera vista parece, porque como nosotros no hemos hecho lo mismo que aquéllos, ahora que queremos traer á nuestras familias y amigos y relaciones, siquiera porque nos

vean en palco de gran preferencia, no tenemos localidad decente de qué disponer.

—Ningún derecho tienen á ocupar siempre el mismo sitio; que vayan á lós tablados si quieren.

—Y si no que no vayan.

—Primero somos nosotros; ¡no faltaba más!

—Pero dicen que la costumbre es ley, que hay muchos que llevan treinta ó cuarenta años de asistencia constante, y si ahora se les priva de esa ventaja, no querrán otro sitio y dejarán de asistir, lo cual en el pueblo haría muy mal efecto contra nosotros. Es posible que alguien creyera que nos quedábamos con los billetes, como si no fuésemos cada uno á pagar el importe de los que nos repartamos.

—Pues respetadles eso que llaman su derecho. Así como así, nuestro objeto es procurar que todas las localidades se vendan, y tomándolas ellos ya tenemos cobrada una gran parte del producto. Cargar bien los precios y que lo paguen caro, ya que lo quieren.

—Ni aun de ese modo deben dárselos los billetes. Ha habido alguno, que queriéndose comparar con nosotros y tratándose de igual á igual, me ha dicho que si él no tenía derecho escrito tenía la costumbre inmemorial á su favor, mientras que nosotros no podíamos presentar en nuestro apoyo ni el escrito ni la costumbre.

—A mí me ha dicho otro atrevido, que él y los que se hallan en igual caso, componen gran parte del cuerpo que con sus votos nos ha elegido, y que no siendo nosotros más que administradores de sus bienes, ellos son los que mandan y nosotros los que debemos hacer lo que ellos quieran, como siempre cumple el mandatario lo que el mandante le ordena.

—No hay que hacer caso de disparates. Buscaremos una fórmula para proponerla en sesión pública, y si no todo, sacaremos algo. ¿Qué os parece?

—Aprobado: pero conste que queremos llevar á las mujeres y á las niñas á ocupar buenos asientos; que yo me he gastado 1.000 pesetas en man-

tillas blancas, y no es cosa de que las luzcan en un tendido. ¡Estaría decente!

—Quedamos, pues, en que se hará un viajecito á cuenta de los productos, para adquirir ganado; que compraremos unas banderillas de lujo, también con el importe de los productos; que nos valdremos de estas ó de otras personas influyentes para *suplicar* á los primeros toreros que tomen parte en la corrida; que procuraremos, como mejor sea posible, quitar los billetes á quienes siempre los han tenido, para disfrutarlos los que nunca los tuvimos, por supuesto, pagando su importe, eso sí.

—Pero...

—Silencio. *Este* siempre ha de interrumpir.

—Pero, ¿qué necesidad tenemos de compromisos que se nos echarán encima en cuanto sepan que nos quedamos con los billetes?

—Basta, hombre, cállate. Si tú no quieres los que te correspondan, no faltará quien los tome y... tan contento.

—Se olvida una cosa importante, hasta cierto punto. Tengo entendido, dijo el Cofrade que había gastado cuatro mil reales en mantillas, que en años anteriores se ha obsequiado á todos los Congregantes, sus familias, amigos y conocidos con un refresco, ¿por qué no ha de suceder lo mismo este año?

—¿Y qué necesidad hay de ese gasto? El que quiera comer ó beber, que lo pague de su bolsillo: no parece sino que los fondos de la Hermandad son nuestros; y si al fin sobraran, pero tenemos más trampas...

—Vaya, dijo el Corregidor, ó lo que fuera; de la cantidad que tengo para gastos, yo pagaré el refresco. Todo ello es nada; quinientos duros, poco más ó menos.

—Pero esos quinientos duros podían emplearse en alguna cosa útil...

—Los gasto en lo que me parece; ¿está usted, amigo mío? Habrá pasteles, emparedados, vinos y licores, dulces y helados. ¡No faltaba más!

—¡Bravo, bravo! exclamó la mayoría, y hubo quien añadió con enfático acento:

—¡Sigán usos y costumbres!



# CAPÍTULO IX

## LOS CONTRATOS



—O se canse usted, señora, no puede entrar ahora, ni yo pasar recado. Lo ha prohibido el señor Hermano mayor, y yo no he de desobedecer su orden. Espere usted, tenga un poquito de paciencia.

—¿Pero no recuerda usted que soy la viuda del jefe anterior á éste?

—Sí, señora, aunque era de otro color; es decir, que el difunto era moderado, y ahora ya no hay moderados.

—Ni moderación tampoco; ni atención, ni urbanidad, ni...

—¡Buenos días! dijo á este tiempo, con voz ronca, un individuo que entró por la puerta de la casa en que esta escena ocurre, dando un gran golpazo á la mampara.

—Voy corriendo... dijo el portero, pase usted, y abrió con un llavín la segunda mampara, que

conducía á otras habitaciones, en las que entró aquel *interesado*.

—Diga usted: ¿quién es ese que ha entrado al despacho sin aviso previo?

—Es... yo diré á usted, yo no sé más que le llaman el *Vicioso*, y que es apoderado ó representante ó encargado del matador de toros *Sabandija*.

—Ya... es antes el vicioso que el virtuoso; está bien. ¡A que tiempos hemos llegado! ¡Qué vergüenza!... Y aquella señora, sin esperar á más y refunfuñando mucho, salió de la portería, roja la cara y encendidos los ojos de ira.

El *Vicioso* entró en un despacho elegantemente puesto. Mucho terciopelo, muchos adornos de oro, muchos relumbrones veíanse en todo aquel salón.

Nuestro hombre, grueso y coloradote como un



tudesco, con zamarra de pieles negras y zapatos blancos, saludó al jefe de aquel establecimiento, que al verle entrar se levantó, y después de darse la mano como dos buenos amigos y antiguos conocidos, arrellanándose cada uno en su butaca, sacó aquél un puro, pidió el suyo al jefe para encenderle, y limpiándose el sudor, montó una pierna sobre otra y dijo:

—Vamos á ver: ¿qué es lo que ustedes quieren?

—Que hemos pensado dar una corrida de toros para la Casa de Caridad del pueblo y contamos con *Sabandija*.

—Según y cómo. ¿Para cuándo piensan darla?

—Queríamos celebrarla el día 20.

—Que se les quite á ustedes eso de la cabeza.

*Sabandija* tiene ajuste de otras plazas para ese día y para todos los que restan de mes, y para el 5 del próximo, y para el 8, y para el 17, 18 y 20, y...

—Basta, hombre, basta. Entonces daremos la corrida en día de trabajo. ¿Qué día le parece á usted?

—Pues mire usted, en jueves no puede porque siempre le pasa en el campo; si acaso el lunes, miércoles ó sábado, porque los martes y viernes no quiere trabajar, y hace bien, porque son aciagos. A mí se me murió un niño en viernes y me casé en martes, conque mire usted.

—Veamos el calendario. El 7 es domingo y no puede ser, porque no tenemos la plaza á nuestra disposición; el 8 dice usted que tiene ajuste; el 9, es martes; el 10, hay cabildo de importancia; el 11, es jueves y día apropiado, pero como no quiere... el 12, tampoco por ser viernes. Vaya, pues la fijaremos para el sábado 13.

—Quiá, de ningún modo. Conque le digo á usted que los martes y viernes son aciagos, y no se le ocurre que todavía es peor un día 13. Bonito número como hay Dios!

—Pues sea el 15.

—Sea enhorabuena; pero luego no se vuelvan ustedes atrás; y si se deciden ustedes, avísenme mañana mismo, porque tengo que escribirle con anticipación, no sea que admita otra contrata para ese día en otra parte.

—Bueno, descuide usted, se le avisará en cuanto hablemos con *Librador* á ver si quiere favorecernos en ese día. Si no, no habrá más remedio que buscar otros matadores.

—Pero hasta ahora todo va bueno. ¿Y de cuartos?

—Amigo *Vicioso*, nos hace usted una ofensa que no comprendo. Nunca ha dejado de pagar la Corporación á los toreros, aunque haya faltado dinero para dar limosna á los pobres del pueblo.

—Si no es eso. Digo que cuánto va á ganar *Sabandija*.

—Lo que el año anterior; cuatro mil pesetas por matar dos toros. Se entiende, para él y su cuadrilla.

—Entiendo; pero eso no puede ser. Si á *Librador* se le da esa cantidad, hay que señalar á *Sabandija* lo menos 200 pesetas más. Si no, no trabaja.

—Hombre, mire usted que es para la Caridad el producto de la función.

—La caridad bien ordenada, principia. . Mire usted, lo mismo me dan cien pesetas que doscientas; cárguenlas ustedes á otra cuenta, por ejemplo á los refrescos, que dicen por ahí que van á dar, ó con el coste de banderillas, ó de caballos, y si no con lo que les parezca. Me es igual. ¿Conque usted me avisa lo más tarde mañana, verdad?

—Sí, señor. Memorias á *Sabandija*, y sabe que tiene en mí un amigo de quien puede disponer, etcétera.

—Gracias, gracias, y salió con el sombrero encasquetado.

No bien acababa de salir el *Vicioso*, entró en aquella habitación un Hermano del Cabildo, con visibles muestras de mal humor.

—¿Qué hay? dijo el Jefe.

—Nada; no se puede con ese hombre. Ni halagos, ni promesas, ni elogios ni compromisos de ninguna clase le vencen. Se ha empeñado en no trabajar en este pueblo, y se sale con la suya: en vano ha sido decirle que su sola aparición en el redondel había de entusiasmar y arrebatarse al público; que todo el Cabildo iría á rogarle á su casa, que pidiera cuantas localidades quisiera; nada, erre que erre, ha repetido resueltamente que no nos cansásemos, y que si se le molestaba más, se iría lejos de este pueblo. Le indiqué la posibilidad de un buen regalo, y esto le ofendió en extremo, hasta el punto de decir que él podía arrojar al muladar en un día más que lo que nosotros pudiéramos darle en un año.

—Amigo Zapata, ahí lo erraste; no es ese el flaco de *Librador*; hubiérasle hablado sólo de su gloria y de su fama, y tal vez...

—No, señor, que también he tocado ese registro y no le ha hecho mella. ¿Qué más? He hecho que le hablen la Duquesa de Hojafuerte, y el mismo Marqués de Matihuelos, á quienes respeta y quiere con delirio; y sabes lo que les ha dicho? Que le pidan cuanto tiene, que le exijan que no tome en sus manos el estoque durante un año, que le priven de ver á su familia otro tanto tiempo, pero que no le obliguen á decir que no puede acceder á sus deseos.

—¿Qué terquedad! Y nos era muy necesario. Razones tendrá para pensar así ó serán manías suyas; pero lo cierto es que á la Corporación la perjudica. Encárgate de buscar otros que acompañen á *Sabandija*, y ya que no en calidad presentemos en cantidad gente que llame la atención.

—¡Hay tan poco para escoger! Te digo que cuesta más trabajo contratar las cuadrillas, que

obtener diez concesiones de ferrocarriles, con subvención y todo. Del ganado ya tengo hecho el contrato aunque sólo verbalmente: su dueña doña Agueda, nos dará cuatro toros de primera y cuatro de segunda, porque ni aun pagándola más precio, quiere ceder todos de aquella clase; dice los necesita para las corridas de Agosto de la ciudad de Concha; que los ocho se han de pagar al mismo precio; que sobre éste se la han de regalar seis onzas para alfileres; que será de nuestra cuenta, si se inutiliza algún toro desde el día del contrato, pagársele como ya vendido; que hemos de pagar también á los vaqueros los gastos de conducción y propinas; que si se encajonan para transportarlos por ferrocarril, á nuestro cargo va la operación; y que si vienen por el camino y causan algún destrozo, hemos de abonarle con los daños y perjuicios. Eso sí, nos permite escoger en sus dehesas los ocho toros de ambas clases. Mañana saldremos en tres carretelas y un faetón, seis Hermanos de la Cofradía, el Secretario, el oficial López, dos escribientes y tres porteros; y tal vez nos acompañen Pepe el *Moñudo* y Roque el *Calesero*, que son aficionados que entienden mucho y nos pueden servir de algo. Ven con nosotros y pasaremos dos ó tres buenos días de campo.

—Imposible; me lo impiden los negocios, bien lo sabes.

—Es verdad; conque hasta la vuelta.

—Oye... como siempre se han de originar gastos en estos viajes, llévate 2.000 pesetas, ó lo que quieras. Dí á Bermúdez que te las dé, que ya tiene la orden.

Salió el Cofrade, sonó el timbre, y entró el portero.

—Que vayan á buscar al señor de Cabrero, el apoderado de *Pajarín*, y al señor Bello, el del matador *Mayorál*. Encargue usted, que si pueden, me hagan el favor de venir esta noche á *primera hora*, de doce á una, y si no mañana *temprano*, de dos á tres de la tarde.

—Está bien, señor.

—Y si viene alguien á verme, que no estoy.

—Bien; ya han estado los señores Vázquez, Lezameta y Conchillos, pero les dije quién estaba en el despacho y no han querido esperar.

—Han hecho bien, murmuró en voz baja el gran Cofrade, porque no hay un cuarto para pagarles.

.....  
A poco más de las doce de la noche llegaron á la Sala de juntas de la Hermandad los apoderados de *Mayorál* y *Pajarín*, matadores de toros.

El del primero, joven, elegante, de simpático y agraciado rostro, y el del segundo, alto, blanco, rubio, de distinguido porte. Venían juntos y entraron sin detenerse en el salón que ya conocen nuestros lectores. Pocos minutos esperaron fumando, hasta que llegó el gran Cofrade, que después de los saludos de costumbre, les dijo en breves palabras que se había acordado de los matadores referidos, para que en unión de otro espada, trabajasen en la corrida que la Hermandad preparaba para el día 15, y que se sirviesen fijar las condiciones.

Ambos apoderados respondieron que éstas eran las mismas que en el último año; y replicando el Cofrade si no podrían rebajar algo el precio, contestó el señor Bello, apoderado de *Mayoral*:

—Agradezca usted, y agradezca la Congregación, que no suba el precio, porque se trata de una obra de caridad y porque el deseo del chico es trabajar, y trabajar mucho, para que conozcan su mérito.

Y el representante de *Pajarín*, con cierto desdén, manifestó que su ahijado hacía favor al tomar parte en la fiesta, desatendiendo tal vez otros compromisos.

—Bien, señores, no hay más que hablar; será lo que ustedes quieran; pero yo tendría gusto de de-

cir á mis compañeros que había obtenido ventajas que ellos no esperaban. En fin... yo me he acordado de ustedes antes...

Se sonrieron los dos jóvenes, y el de *Mayoral* dijo:

—Vamos, señor Rubio, entre nosotros puede decirse; ha venido usted á mí, porque el *Majo* no puede trabajar aquí en ese día, y *Rostrito* lleva más caro; si todo lo sabemos.

—Saben ustedes, amigos Cabrero y Bello, que soy suyo, y que se les avisará oportunamente.

—Adiós; y con cuatro cortesías de pura fórmula se despidieron, repitiendo dos ó tres veces la frase *adiós*.

—Gracias á él, que ya están concluidos todos los preparativos importantes, dijo, viéndose solo el Hermano mayor. Los demás detalles ya los arreglarán como puedan los compañeros; estoy harto de fiesta, de cartas de recomendación, de pedidos de billetes, de amigos que de ella me hablan, de personajes que me punzan, aludiendo á la función, de público que me pincha, de periodistas que están á la expectativa, de mi mujer, de los dependientes, y de todo y de todos.

Y se dejó caer en una butaca, tomándose la frente con las manos.





# CAPÍTULO X

## MURMURACIONES

---



Es un pueblo de mucho vecindario en el que pasan las escenas que voy á describir.

Pueblo alegre como todos los de España, amigo de divertirse como pocos, que vive al día y que gasta en una semana lo que gana en un año. Pueblo rico é ilustrado, ó que al menos lo parece, donde no hay día durante el cual dejen de ocurrir muchas cosas buenas y malas; ocultas aquéllas y divulgadas éstas más de lo conveniente; donde no cesa la murmuración, se hace alarde del escándalo, y nunca está ociosa la lengua para relatar aventuras de damas trasnochadoras ó de galanes que usan mejor del don de la palabra que del de entendimiento. Pueblo bonachón y honrado en su mayoría, pero veleidoso é inconstante, como mujer coqueta; que con aparente fe y verdadera contrición asiste devoto á una función de iglesia, de igual modo que injuria y maltrata á los apóstoles

de su religión, si es que tiene alguna; que llora con el desgraciado y le socorre con generosidad, ayudándole y protegiéndole, al mismo tiempo que sin darse de ello cuenta, causa la desgracia de otro ú otros. Pueblo, en fin, que, cual río revuelto, lleva en su seno tesoros, inmundicias, productos de la virtud y del vicio, gérmenes del bien y del mal, mezclándose y confundiéndose loca y precipitadamente, subiendo con ligereza, bajando con pesadez, y siempre, siempre en eterno movimiento, sin quedar cosa alguna de las que arrastra en el fondo de su cauce.

¿A qué he de decir el nombre de este dichoso pueblo? Con figurarse cada uno de mis lectores que es el de su vecindad, es muy posible que acierten. Todos los pueblos se parecen entre sí.

En el que he indicado, andaba la gente novele-  
ra muy solícita y soliviantada, tres días antes del

en que pasan los sucesos de este capítulo, con motivo de haberse anunciado en grandes cartelones, fijos en los principales puntos de la villa, una gran corrida de toros extraordinaria á beneficio de las Casas de Caridad, ó Asilos de Necesitados, que en esto no ando muy seguro. Las fondas, restaurants, cafés, cervecerías, *colmados*, tabernas y todos los demás establecimientos públicos, en que se hacían frases y á todas horas había tertulia, eran de ver llenos de gente que hablaba, cuestionaba, disputaba, y hasta insultaba á la que contestaba, distinguía, respondía, y en tono alegre y zumbón unas veces y otras con marcadas señales de enojo, agriaba la conversación ó la tornaba en chistoso y punzante diálogo en que alguno iba perdiendo.

A la puerta de una de las más afamadas cervecerías, sostenía animada discusión hasta cerca de una docena de hombres, jóvenes en su mayor parte, puesto que sólo dos ó tres demostraban en el color del pelo que su otoño era llegado. Como no se recataban de hablar casi á voces, no pare-

cerá imprudente trasladar aquí lo que decían, pcoo más ó menos; y con la venia de mis lectores, así lo haré, si bien suprimiendo algunas palabras, y aun frases, que podrían lastimar, más que sus oídos, los ánimos de otras personns.

.....

—Desengáñate, Pepe; el cartel no puede satisfacer á ningún aficionado. Nos ponen cuatro espadas, ¡pero qué espadas! Si quitas á *Sabandija*, los demás son de lo peorcito en el arte, y lo mismo sucede con los picadores. Es verdad que son de los de poco dinero, como decía el de los garbanzos de marras, chiquititos, pero duros; parece mentira que la Cofradía se haya atrevido á fijar á las localidades unos precios tan exorbitantes.

—Pero amigo López, el que no quiera pagar esos precios, que no compre billete; así como así deseando están los cofrades que les dejen muchos los abonados, para poder satisfacer los compromisos que tienen.

—Compromisos tienen porque los quieren y se los buscan, dijo un tercero. Si no se guardaran ni un billete, y el público lo supiera, nadie iría y pedirselos. Cuando ellos lo haeen, cuenta les tendrá; y no digo esto porque les reporte utilidad, no; si no porque tal vez de ese modo pueden congraciarse y adular á personas de su agrado, á quienes algún día necesiten. ¡Ah! Si quien puede exigiera que todos los billetes fueran al despacho, no habría compromisos, ni quejas, ni nada.

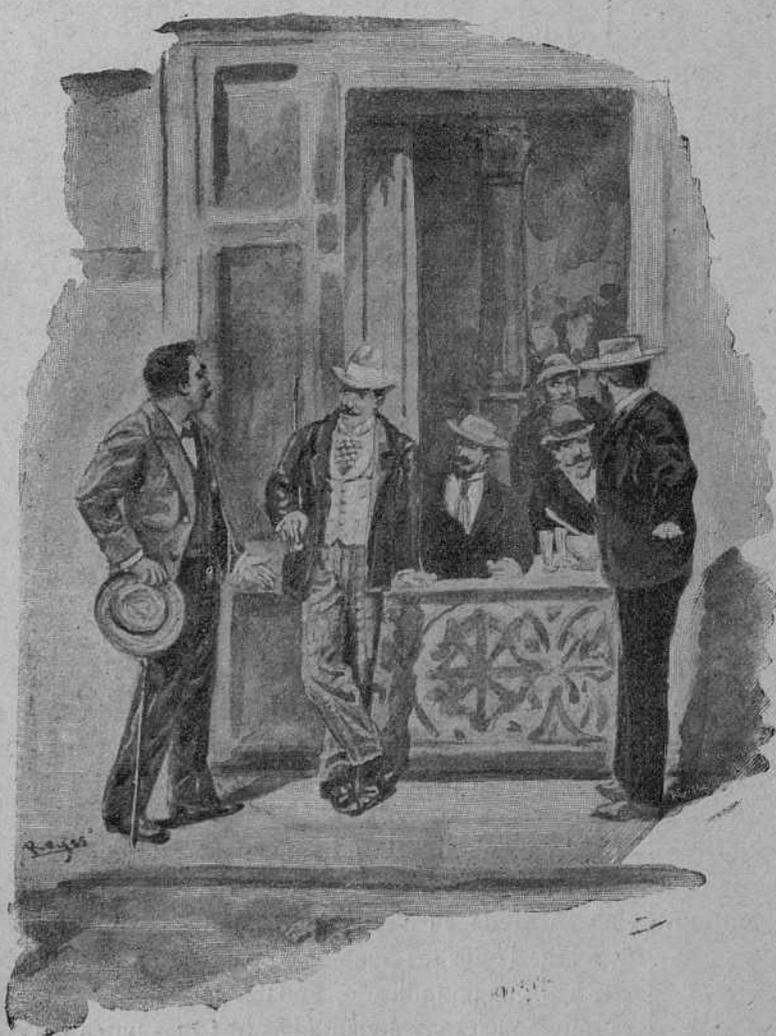
—Déjate, hombre, que todo se andará.

—Oiga usted, López: —dice otro, —ha dicho usted antes que los espadas anunciados son de lo peorcito en el arte, y me va á permitir le pregunte, ¿qué es lo mejorcito?

—No se enfade usted, que no tengo empeño en llamar bueno á nadie.

—Bien, pero es que no dice usted que son buenos, es que dice que son malos; y si es eso aludiendo á *Mayoral*, yo le contesto que no le hay mejor que él como matador, ni como torero, ni como hombre, ni como caballero, ni...

—Tampoco le contradigo á us-



ted. Eso va en gustos; es cuestión de apreciación, de simpatía.

—Tiene razón López, y no hay por qué incomodarse. A tí te gusta *Mayoral*; á Pepe le parece mejor *Sabandija*; á Fulano, *Librador*; á Zutano, el *Majo*, y así los demás. Pero interiormente ya sabes tú y sabemos todos cuál es el mejor torero y cuál es el mejor espada,

—Bueno. ¿Y cómo explicas que hayan contratado á *Pajarín*, y no se hayan acordado de Serafín?

—Eso va en simpatías; tan bueno es uno como otro en su categoría.

—Yo os lo explicaré. Haced corro y secreto, ¿eh?

—¡Secreto! Venga pronto. Salga la bomba...

¡¡¡Chist!!!

—La madre de la... niña que se lleva hoy las

atenciones de *Pajarín*, era en sus tiempos amiga íntima, muy amiga, como que vivían juntas en una misma casa, y pasaban muchos ratos sentadas á la reja de la calle tomando el fresco en el cuarto que habitaban, de...

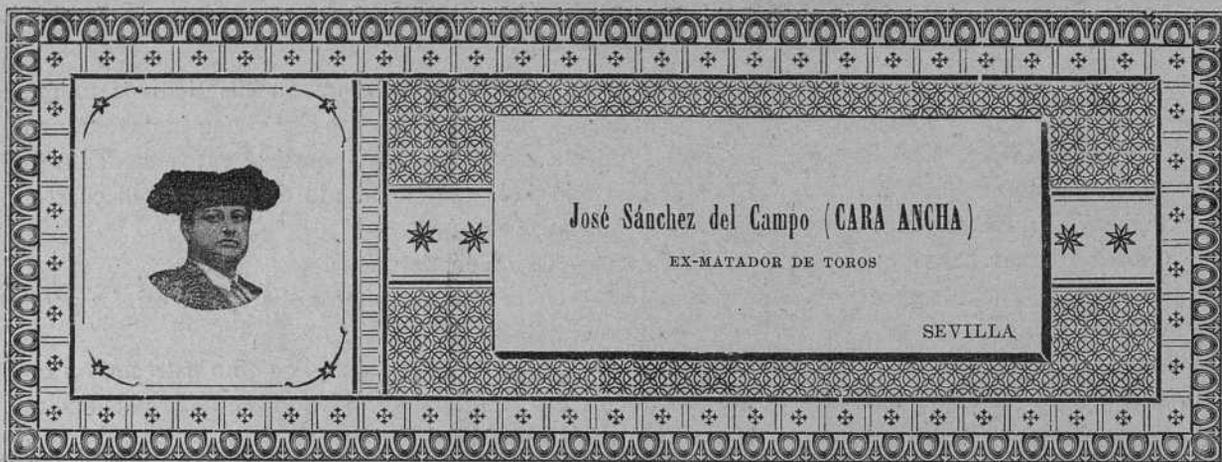
—¿De quién, despacha?

—De la Marcela; ¿no sabéis quién es? La persona más allegada á...

—¿A quién? ¿A quién?—Y como estrecharon el corro, yo no pude oír el nombre de la persona á quien se refería aquel murmurador.

Si no estuviera persuadido de que en este pueblo no hay honra segura, aquel maldiciente me hubiera convencido de ello. Es verdad que cuando los de abajo gritan: ¡Qué dirán! contestan los de arriba: ¿Qué se me da á mí?





# CAPITULO XI

## ¡A LOS TOROS!



LEGÓ el día de la función.

La ciudad, desde antes de medio día, presentaba un aspecto animadísimo. Las gentes se preguntaban unas á otras: ¿Vas á los toros? ¿Con quién vas? ¿Qué asiento tienes? ¿Qué noticias hay del ganado? Y otras frases iguales ó parecidas se repetían cada tres pasos en todos los sitios del pueblo más feliz de la tierra en aquel día.

Difícil es para mí describir con verdad el bullicioso aparato de una población en día de toros; conozco, sin embargo, que debo manifestar al lector, cómo es y cómo celebra cualquier villa en España su fiesta más querida, pero ante los magníficos relatos que otros han hecho, ha de ser pálido cuanto yo diga, y más de pálido, atrevido. He creído, por lo tanto, conveniente ceñir mi narración á la exposición de un pequeño y mal pintado cuadro de costumbres populares, con el cual, si bien

no puede formarse completa idea de lo que debiera ser, cumpla como sé y como puedo. El lector, aunque vea en el lienzo el tono de una capital de primer orden, puede acomodarle al del pueblo de España que mejor le parezca, sin temor de encontrar gran diferencia, que en todas partes hay los mismos tipos que yo bosquejo ligeramente, y en todos los pueblos pasan y suceden las mismas cosas.

Allá va, pues.

.....  
—Manuela, sácame la chaqueta de astrakán y la camisa bordá, que hoy torea el *Andaluz* y se corren ocho jarameños, y va á haber carne, como decimos los aficionados de veras.

—¡Pacol! ¿Conque hay toros y no me yevas? ¡Anda, ingrátón!

—Pero, mujer, si vamos cuatro amigos, y ya ves, una hembra no está bien entre tanto hombre

á más de que yevamos merienda y tocamos á medio duro, y no está bien que por dos motas y media disfrutemos dos personas del avío.

—Toma otro medio duro y alzando... ¡Vaya un reparo!... ¿No va Miguel contigo, como siempre? Pues bien, pué yevar á Nicolasa, y...

—Te digo que no... que no hemos pensao en mujeres... ni en...

—Mira, Paco, tengamos la fiesta en paz, y no hagas que me atufe; yo voy á los toros porque sí, y porque me da la rial gana. Si no quíeres que vaya contigo, no me faltará con quién... que veintinueve años tengo, y la hija de mi madre no se ha quedao entoavía sin sastifacer un capricho...

—Manuela...

—Paco, no es denguna cosa enlícita y que esté prohibía lo que yo quiero. ¿No vas tú á los toros? Pues yo también, hijo mío, que en un día nos casamos. Y va á ir también mi Pepito, que pá eso le ha compraó su madre la chaqueta de terciopelo y el calañés y el traje completo. ¡Hijo de mi alma! Si no se pone hoy el vestío de chulo, ¿pá cuándo es?

—Ya me has pillao, endina; que tienes más pesqui que un catredático. Mía cómo has sacao á relucir el chico; porque sabes que no le niego ná y le quiero con toa mi vida. Anda, yámale y aviaros, que voy á ver al señor Doblao, el almacenista, pá que su yerno traiga dos billetes, cuesten lo que cuesten.

—¡Bien por mi Paco y por sus humos! Dende la Fuentecilla á la Florida no hay otro que quiera más á su mujer y á su hijo; ni naide quiere más á naide, que la Manuela y su hijo á Paco el Ribereño.

Salió Paco de la casa en que esta escena ocurría, un domingo de Junio, y empezó Manuela á gritar desde la puerta:

—¡Pepito! ¡Pepe! ¡Corre, ven corriendo, que te voy á yevar á los toros!

—¡Allá voy!—contestó una voz infantil desde el patio de la casa, al mismo tiempo que dos vecinas de los cuartos bajos salieron de sus habitaciones, diciendo la más anciana, que frisaba en los cincuenta:

—¡Malegro, mujer! ¿Y con quién

vas, con tu marío ó con las señoringas de enfrente?

—Con mi marío y con mi hijo, y con la Nicolasa y el suyo, y qué sé yo quién más.

—Lo decía, porque como te juntas tanto con esas señoras que no tienen padre, ni hermano, ni hombre denguno en su casa, y son tan amigas de divertirse, sin que sepamos de dónde sacan el dinero pá ello...

—Ni nos importa, señá Inacia; ¡qué afán de meterse en vidas ajenas! Eyas no dan que hablar, son parroquianas de mi Paco y pagan puntuales. ¿Qué motivo dan pá que se las critique?

—Como yevan tanto gorro, y tanto lazo, y tanto abanico de á vara, y tóo eso cuesta el dinero; en fin, á mí no me gusta meterme en lo que cada uno hace; allá su alma en su almarío; como usté dice: ¿qué nos importa? Y diga usté, Manuela, ¿y va usté á ponerse el mantón de Manila? Miste que hace mucho calor y sofoca.

—No lo crea usté, señá Isidra: á más, que me le compré pá los toros y pá ir á la praera, vamos, y pá un día que una se viste.



¿Pero vienes, Pepito? Anda, hijo, que te voy á vestir con el calañés y la chaqueta de terciopelo. Diquíá luego.

—¡Anda con Dios y date prisa, mujer, que luego se hace tarde!—contestó la señá Inacia, guiñando el ojo á otra convecina, á la que hizo entrar en su habitación tomándola del brazo.

Antes de media hora, volvía Paco con otros amigos y dos amigas, vestidos de día de fiesta. Las últimas, desde el pie de la escalera, empezaron á gritar:

—¡Manuela! ¿Estás ya? ¡Que es tarde! ¡Date prisa, que son cerca de las tres!

—¡Hola! Güenas tardes; ¡cómo se conocen los aficionaos verdaeros! Yo ya estoy aviá; no me falta más que ponerme las botas claras y echarme el mantón, pero estoy lavando al chico, ¡que es más arrastraol... Mientras, avíate tú, dijo á su marido,— y vosotras asentaros... ¡Chica, qué arracás traes! No te las he visto hasta ahora.

—Se las he tomao á la Matea, la fiadora, en cuarenta duros, á pagar uno cá semana. ¿Te gustan?

—Sí, son bonitas; pero son mejores los brillantes de mis broquelillos, y me yevó el señor Doblao más barato por eyos. ¿Cuánto costaron, Paco? ¡Paco! ¡Paco! ¿Que cuánto costaron mis broquelillos?

—¿Qué sé yo, mujer? No me acuerdo. Dos onzas me parece. Ahora lo dirá el señor Doblao, que nos espera pá venir con nosotros á los toros.

—Mejor me quedaba sin náa, que comprar náa á ese hombre. ¡Jesús, chica! ¡No he visto hombre más chamarilero! Lo mismo vende aceite y garbanzos, que compra alhajas y relojes perdíos; y ajusta en el puente un carro de trigo ú dos ó más, cuando está de servicio Tibulcio, su sobrino, que no sé por qué le llaman Fiel... de puertas, como baja al mercao el jueves, y si no le largan por bajo cuerda argo que se cuente, es capaz de hacer mal tercio al lucero del alba.

—Ya ves, Colasa, el hombre se *vandea* así; y naide tié que hablar de él, porque dicen que hace muchos favores. A mí ni á mi marío, en buena hora lo diga, nenguno nos ha hecho...

—Manuela, vamos, yo ya estoy, ¿Y Pepito? También, mírale que paece un sol.

Y el chiquitín, vestido de pantalón negro ajustado, chaqueta de terciopelo color de guinda, camisa blanca como el ampo de la nieve, faja de seda de mil colores y bota de charol como los hombres, pasa de mano en mano entre los concu-

rrentes, que le besan y elogian y toman en brazos con marcadas señales de cariño.

—Vaya, señores, aquí náa se nos ha perdío: á la caye, que es tarde y andando. Tú, Manuela, echa la yave y ahora la dejaré en casa del señor Doblao, al paso.

—Señá Inacia: si no sale usted hoy, hágame el favor de echar un ojo á la puerta, y eso que aquí no hay cuidiao, ya lo sé.

—Vayan sin cuidiao, que ni yo ni la Isidra salimos hoy.—Oye, Manuela—callandito—¿sabes que las señoras, pues, las de ahí en frente, van también á los toros?

—¿Y qué tié eso de particular pá tanto misterio?

—Eso digo yo. Son libres y cá uno dispone como le da la gana de su dinero .. ó del de cualquier vecino que se escurra. A mí no me la dan; las he seguío y en la plazuela de San Diego se han metío en un simón... vamos, yo no digo nada, pero...

—Bien, bien, hasta luego, señá Isidra.

—Mira, espera, mujer: ¿sabes quién ha pagao el coche y le ha ajustao...—aunque no tiene nada de particular?—El Sr. Doblao el tendero, pero no lo digas á naide que no quiero que por mí pierda naide, ni me gusta meterme en lo que no me importa, ni esto quiero que lo sepan más de cuatro amigas calladas ni...

—Más callao está entre tóos. Abur, abur, que tóos se han adelantao.

Y unos tras de otros, Paco el Ribereño con su hijo de la mano y Miguel su compañero al lado, Luis y Nicolasa y su hermana la Paquita, joven morena, dedicada al oficio de guarnecedora y novia de Luis, Perico el asentador, que lleva al hombro colgada de un palo una bota henchida, y no de agua ni de aire; su hijo, mozo de quince años, con un pañuelo en la mano envolviendo vituallas, y la Manuela, que antes de llegar á la plaza de San Diego se unió á sus amigas, todos alegres y contentos, con paso algún tanto ligero y hablando á voces y riendo á carcajadas, vieron á la puerta de su casa al Sr. Doblado, hombre coloradote, rechoncho, de cara alegre y afeitada en totalidad, que con su pantalón y americana de cuadros muy marcados y sombrero redondo de paja, esperaba á sus vecinos del barrio con aire satisfecho.

—Mucho os habéis retrasado, caramba, dijo Doblado; si tardais otros diez minutos me marchó sin esperaros.

—Ya, dijo Manuela; á usted le hubiera convenido más ir en coche simón, aunque fuera apre-

tadito, si iban otras personas en él: y ha podido usted ir sin reparo, que con nosotros está cumplido, y un hombre viudo es libre...

—No la entiendo á usted, replicó Doblado encogiéndose de hombros y coloreándose las mejillas: pero en seguida dirigiéndose á Paco dijo: chico, he visto el ganado que es de lo mejor que se presenta. A tener un año más, habría que sentir. Hay tres berrendos, un jabonero y dos cárdenos.

—Pues sin verlos, pongo por el jabonero.

—Bueno es; pero mira que hay un cárdeno que no sale mejor al redondel en cuanto á buen trapío. Oyes, Luis, ¿te acuerdas de aquel cárdeno de Moruve, que el año pasado dió tanto que hacer á *Rostrito* en la muerte? pues igual. Luis, ¿oyes lo que te digo?

—¡Echale un galgo! déjale, hombre, ¿no ves que va de palique con la Paca y cuando los hombres se amelonan ni ven, ni oyen, ni entienden?

—Verdad es, pero Luis sabe de toros y los ve con afición. Bien se puede asegurar, que aunque tenga la novia al lado, él no perderá suerte ni se distraerá.

—Como que en los toros, interrumpió Miguel, nadie piensa más que en la lidia y en divertirse. Lo demás queda pá luego fuera de allí.

—¡Y que no va gente en gracia de Dios á la corrida de esta tarde! dijo Manuela. Mira, Colasa, qué guapas son aquellas que yevan mantiyas blancas en carretela abierta; pues temprano la han tomao. ¡Si falta todavía una hora!

—¡Toma, si son las hijas del Cabildero Pantoja! No necesitaban madrugar porque tienen palco, pero querrán que las vean, y lucirse, y ver si enganchan...

—Pero, Pepito, hijóoo... ¿Quieres pararte? ¿no ves que te sofocas? Si anda este chico el camino dos ó tres veces como los perros. ¿Y la Paquita? ¡Ah! ya caigo, va adelantáa... como que la acompaña Luis y se conoce que ahora no piensan en embestidas, ni en cuernos, sino en jabones y melares, pero mejor es eso y más puesto en razón á los ojos de Dios y del mundo, que lo que hace uno que yo sé y no va lejos... que con capa de santidad se arregla con no sé cuál de las vecinas de enfrente de casa.

—¿Cuálas dices?

—Pué que el Sr. Doblao las conozga. Son las mosquitas muertas de frente á casa, las de luto, aqueyas que dicen si son huérfanas de un brigadiel.

—Toas esas son *brigadielas*, Manuela. Ya decía yo, tener buen porte y sin trabajar, de alguna

parte habían de salir las misas. ¿No le parece á usted, señor Paco?

—Lo que me parece es que tenéis las mujeres la lengua muy larga; y tú ¿á qué cuentas lo que no sabes de cierto?

—Hombre, de cierto no; pero como si lo viera. ¿Usted sabe algo, Sr. Doblao?

—Yo, no; respondió éste apretando el paso.

—Pues, miste: yo sé que vienen en coche á los toros, y quién le ha pagao... y.. adiós con mil de á cabayo. Si lo dije.. ¡Corre, hombre, levanta á Pepito que se ha caído! ¡Qué calma tienes! Ven á acá, hijo, ¿te has hecho daño? Límpiase el polvo y no le regañes; ¡vaya! Sr. Doblao, parece que deja usted atrás á las mujeres, y eso que está usted gordo. ¿Hay algo que ver en las gradas antes de que empiece la corrida? ¡Hola, hola! ¿Has visto, Colasa, en esa berlina que ha pasao, á la Antoñita, la hija del sacristán de la Virgen?

—No. ¿Con quién va?

—Con su padre, mujer, con su padre. Eres más maliciosa que yo, que es cuanto se pué decir. Lo que no sé yo, cómo puede sostenerla con ese lujo, ¿verdá, Miguel?

—La cera chorrea mucho, hija; y en ese oficio lo mismo se gana con las bodas y bautizos que con los entierros. ¡Paco, vaya un caballo el tordo ese! ¡Qué andar! ¡Qué pecho! ¡Qué remos! Toda mi vida trabajando y no he podido comprar un mal jaco, que es mi pasión.

—Te hubieras dedicao á prestamista, como es el que le monta, y en seis meses... Arrea, valiente, á esa, á esa, á la mohina... no alcanza ese ómnibus de ocho cabayos á la jardinera, aunque revienten, y eso que van picaos.

—Claro, como que aquel paece el arca de Noé, con más habitantes que había en Babilonia. Manuela, ¿no te entusiasma este gentío? A mí me hace cosquillas el pecho, y me da frío por la espalda y alegría en el corazón, ver tanto coche, tanto cabayo, tanta gente, tantas voces y tanta animación.

—¡Ya lo creo! Esto no lo hay en er mundo, Colasa, más que en España, que es la antesala de la Gloria celestial. ¿Has visto qué poco le ha faltao al tranvía pa atropellar el cochecito de aquella eleganta? ¡Y qué guapa es!

—Pero ya es jamona y tóo lo que yeva de seguro que es postizo.

—Bueno, pero eso no quita pa que sea guapa.

—No quita, pero da. ¿Quié usted alvellanas, señor Doblao, ó melocotones? ¿Qué dice, que están

pasaos? Más pasáas están otras, y hacen tilín, y pasan... tenga usted cuidiao.

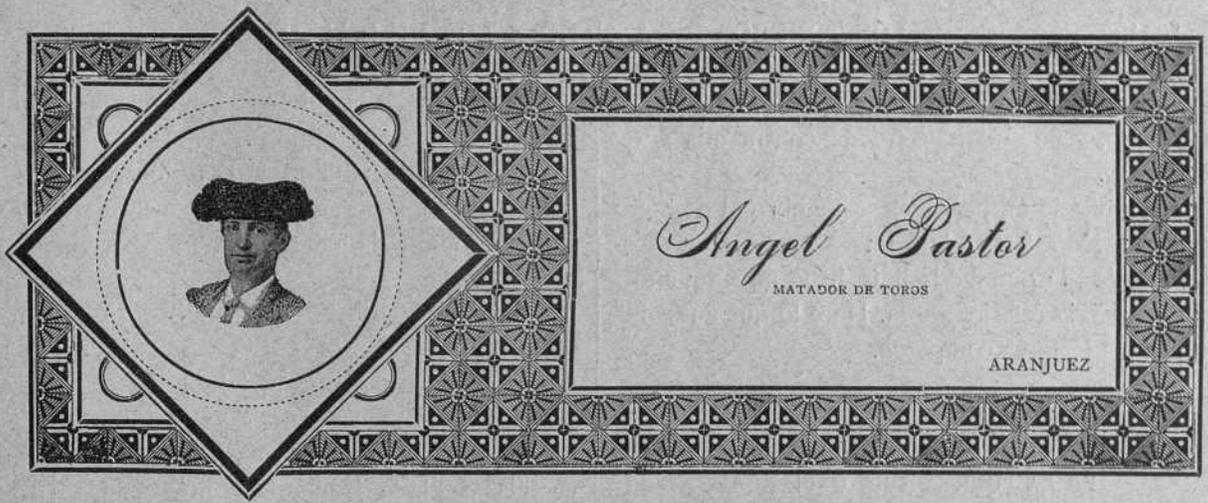
.....  
 Y así diciendo, con parecidas frases, siempre entrecortadas y nunca revistiendo carácter de formal conversación, los vecinos á quienes hemos intentado bosquejar, y como ellos otros amigos, estudiantes, otras familias de clase de más tono, horteras, jornaleros, empleados públicos y particulares, militares de todas graduaciones, llegan á pie frente al magnífico circo taurino, al mismo tiempo que mil coches, ómnibus, tartanas y otros vehí-

culos de más ó menos lujo, conduciendo gente de todas las clases sociales, altas, bajas, elegantes, cursis, finas, ordinarias, pero todas alegres como nunca, sin penas ni malos recuerdos, con grandes esperanzas de divertirse y sin pensar en otra cosa que en presenciar, admirar y entusiasmarse con su fiesta favorita.

¡Dichoso espectáculo que de tal manera conmueve los corazones de todo un pueblo!

.....  
 .....  
 ¿Qué sucedió en la plaza? ¿Cómo fué la corrida?





## CAPITULO XII

### CRÍTICAS Y COMENTARIOS

---



AS anteriores son seguramente preguntas que el lector me dirige al llegar aquí, amostazado porque no le proporciono *una revista de toros*, y no tiene en cuenta que es imposible relatar los hechos acaecidos, aunque sea sin comentarios, tales y como son. Me he explicado mal; no como son ó han sucedido, sino como cada uno de los espectadores los ha visto y apreciado. Toro huído hasta de su sombra, gusta mucho á alguno porque salta la barrera muchas veces; horrorosa desgarradura hecha por un picador en las costillas del toro, tiénese por alguien como muestra de fuerza y destreza; y golletazo ignominioso por evidente señal de inteligencia.

Y no es lo peor eso. Peor es que el amigo ó aficionado que tiene la debilidad de entrar con otro en conversación, allí mismo, á la vista de los sucesos y de las suertes, de que no aparta la mi-

rada, se ve desmentido y contradicho por su *ad latera*, hasta el punto de que hay momentos en que duda si el traje del matador es blanco, cuando creyó que era encarnado, ó si va á pie el picador, al que le parece ver montado.

No: no quiero que un lector suponga en mí pasión por un torero, y que otro lector crea que digo poco en su favor; que uno afirme que me he ido muy allá y otro que me he quedado corto; ni que haya lectora que eche de menos el relato de la gracia y sal conque el banderillero puso un par á la atmósfera, cuando ella asegura le plantó en los mismos rubios.

Para evitar estos inconvenientes, conduciré al lector, como llevándole por la mano, á varios círculos de aficionados, donde escuche las encontradas opiniones que cada uno sustente acerca de la corrida verificada; escoja después el juicio que

más le agrade y así quedará contento, que este es mi deseo, y no el de que truene contra mis apreciaciones.

He limitado mi papel en este libro al de mero cronista. No referí en la primera parte, como testigo ocular, lo que fué la lidia hace noventa años, y tampoco la referiré ahora. Haré lo que antes hice, y mis lectores comparen.

#### EN LA PUERTA DEL CAFÉ REAL

—Mira, Manolo, si á mí me toca banderillar al primer toro, no hago lo que *Pinilla*; vamos, que no lo hago.

—Pero, ¿qué ha hecho *Pinilla*? ¿Qué hubieras tú hecho?

—Nada, hombre, nada; con un toro receloso, que se quedaba, irse hasta la cabeza andando, exponiéndose á una cogida segura; quiá, hombre, quiá.

—Toma, pues yéndose en corto le consintió y resultó un gran par.

—Por casualidad. ¿Y si le hubiera resultado á él un volteo con hijuelas? Llevo más de veinte años de banderillero y nunca he hecho esas pariperías de esperar, sesgar, quebrar, ni ir andando á la cara de los toros, porque eso sale á la cara de los hombres tarde ó temprano, y primero soy yo que el público. Que no me aplauden, que no me aplaudan, ¿y qué? Coja yo la *guita* y lo demás es cuento.

—Haces bien, y mejor harías si te ocupases sólo en tu oficio, sin exponerte á una cogida.

—Hombre, en mi oficio se gana poco y hay que sujetarse, y yo tengo malas pulgas para aguantar á los maestros. Con lo que gana la *Paca* y con media docena de corridas que me den en verano y otras tantas en invierno, vivo bien y tengo un duro, y el día que no le hay, tan contento, algún amigo le tendrá. ¿Verdad, Pareja?

—Que tienes razón. A mí me dicen también: tiene usted la culpa, señor Pareja, de no estar en una cuadrilla de las que trabajan muchas corridas, porque no va usted á la suerte precipitado, ni entra por derecho, y saca mucho palo, y... calla por Dios, que si fuera uno á hacer caso, tenía que andar á palos todos los días.

—¿Y qué os ha parecido la corrida de hoy, vosotros que lo entendéis?

—Regular; ha habido cosas buenas, ha habido cosas malas; en fin, regular.

—¿Y qué ha sido lo de Bertoldo? El porrazo fué tremendo, y yo creí que había quedado en el sitio, porque á la enfermería lo llevaron como muerto.

—Nada. Han dicho que un brazo roto y tres costillas, nada.

—¡Caramba, y eso es nada!

—Nada: para cogida la que yo tuve en Palma hace diez años: creí que me había partido veinte costillas del lado izquierdo y otras tantas del derecho: estuve sin conocimiento más de dos horas, y cuando volví en mí ya me habían llevado á mi casa: ¡aquella si que fué cogida!

—¿Y al fin cuántas fueron las costillas rotas? ¿Estaría usted mucho tiempo malo?

—Ninguna, muchacho, ninguna. Pero cualquiera hubiera creído como yo, que el toro me había partido.

.....  
Y en aquel corro siguieron murmurando de otros y alabándose á *si mismos* unos cuantos toreros de esos que el público llama toreras, maletas y tumbones. Ninguna apreciación hacen de la corrida, porque son incapaces de hacerla, por falta de conocimiento del arte de Montes; y como yo quiero que el lector oiga los juicios que le tengo prometidos, le invito á entrar en el café, y le llevo á una mesa donde se encuentran siete ú ocho hombres de distintas clase sociales, á juzgar por las apariencias, que sostienen el siguiente animado diálogo:

#### EN EL CAFÉ DE LA COSTA

—Vaya, puesto que usted dice que los demás entienden poco de toros, díganos, ¿qué matador es el mejor en opinión de usted?

Iban estas palabras dirigidas por un caballero grueso, aunque no en demasía, de blancas y muy pobladas patillas y reposado aspecto, á un joven alto, seco y moreno, con muy marcadas señales en su cuello de tener casas en la calle de la Gorguera.

—Yo le diré á usted, don Eusebio. Yo soy muy imparcial. Me gusta más *Sabandija*, porque es muy salao y no es tan feo como otros; y además, porque cuando yo vine hace tres años, la

hija de la chalequera, que cosía para la tienda de un amigo del hermano de la patrona de la casa en que paré, me aseguró, *jurándolas*, que era el mejor matador de toros que ha habido, hay y habrá. Y yo la creí... ¡Ojalá no la hubiera creído en otras cosas! dijo echándose mano al cuello con expresión de amargura.

—Ya, vamos; ya se echa de ver la inteligencia de usted y su precocidad para comprender las suertes de la lidia de toros. ¿Con que ya lleva usted tres años viéndolos? ¡Caramba y cuánto ha adelantado en poco tiempo!

—¿No ve usted que yo compro siempre cuantos periódicos de toros se publican y los leo de arriba á abajo? Verdad es que no todos dicen lo mismo, pero siempre hay alguno que dice: *Sabandija* sabe mucho. *Sabandija* es un maestro, y aquel periódico es el que más me gusta.

—Claro, dice usted bien; el que piense como yo, ese lo entiende. Bien, hombre, muy bien; por algo dijo usted antes que era imparcial. Siga, siga por ese camino, que ha de ser usted un inteligente que de seguro dará golpe.

—D. Eusebio, oiga usted lo que dice Pacheco. Que al toro cuarto, si está en la plaza *Librador* y le toca á él, le hubiera matado recibiendo.

—Sí, señor, y lo diré cien veces.

—Pues diría usted mal, y si *Librador*, en el caso que usted indica, lo hubiese intentado, hubiera hecho peor. ¿No vió usted que el toro era burriciego de segundo grado?

—Pero acudía, y toro que acude...

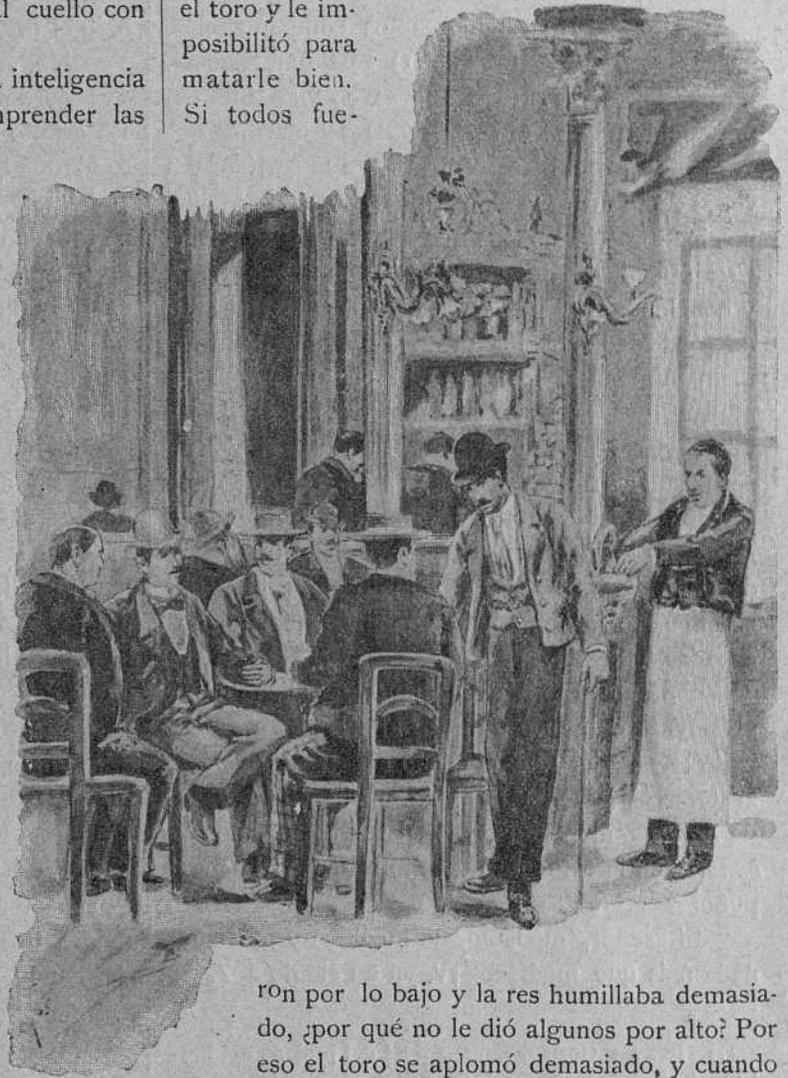
—Hombre de Dios, si acude de muy largo por no ver de cerca, ¿cómo quiere usted que se venga al cite? Lo más que podría hacer era aguantarle, alegrándole de lejos, y eso era expuesto, cuando menos á deslucirse. Ha hecho bien *Sabandija* arrancándose de lejos y aprovechando.

—No estoy conforme, dijo Pacheco, y apartándose del corro murmuró: ¡Vaya un inteligente! Le tienen por libradista y aplaude á *Sabandija*.

—¡Qué pases aquellos los de *Mayoral* al tercer

toro! ¿Ha visto usted darlos mejor á Montes ni á Cayetano?

—Amigo Sol: los pases han sido inmejorables; pero convenga usted en que el abuso de ellos echó á perder el toro y le imposibilitó para matarle bien. Si todos fue-



ron por lo bajo y la res humillaba demasiado, ¿por qué no le dió algunos por alto? Por eso el toro se aplomó demasiado, y cuando quiso *Mayoral* tirarse al volapié, no pudo, por tener el toro el hocico en tierra: entonces los chicos empezaron á marearle, consiguiendo lo que el espada sólo debía intentar, que fué levantarle la cabeza, pero ya la tenía descompuesta á fuerza de capotazos, y tuvo *Mayoral* que irse á él cuarteando á paso de banderillas. Esto es muy feo, sobre todo si el matador tiene la culpa. Ese chico es frío, y aunque fino y elegante, le falta arrojo y coraje en muchas ocasiones.

—No diga usted, señor López, que no es valiente, como por ahí han dado en decir los ignorantes. Un hombre que después de la cogida que tuvo en la Sierra, da muerte, fresco y sereno, á aquel torazo que mató el año pasado, no puede ser llamado miedoso.

—¡Ah! ¡Si no fuera tan irresoluto! Sus dudas le pueden costar caras algún día, si Dios no lo remedia.

—Peor estuvo *Rostrito*, cuando por primera vez pisó el redondel, después de su cogida en Colmenar.

—¡Alto ahí! No establezcamos comparaciones, puesto que soy de los que (1) «estiman ridícula, y hasta odiosa la crítica que se contrae á un espectáculo en que se juega la vida del hombre.»

—Dice usted bien. Volvamos á la corrida, y á ver si están ustedes conformes conmigo. Medianos los toros jarameños que han ido á escoger los Congregantes. Ninguno de ellos valía 200 duros, y con los gastos de coches y jolgorios pasarán de 400. Medianos los picadores, y de estos muy malo Alacrán, que se quedó en el terreno de afuera, cara adentro, dejando al toro el de las tablas. Creí que iba á ejecutar la suerte de Zahonero, que no he visto nunca, pero que describe Montes en el capítulo 8.º de su *Tauromaquia*. Medianos los banderilleros, salvo dos ó tres pares de *Combate* y *Piojito* y el cambio del primer par en el cuarto toro que hizo Castaño. Medianos los espadas, y...

—Para usted todo es mediano. ¿Mediano llama al puyazo que puso *Tenazas* al primer toro á caballo levantado? ¿Fué mediano el par de *Combate* al tercero? ¿Fueron también medianos los pases de *Mayoral* al mismo bicho? ¿Estuvo mediano *Sabandija* en la estocada que dió al quinto hasta el puño?

—Sí, señor, mediano, y mediano y mediano; nada más que mediano. ¡Vaya un elogio á *Tena-*

*zas* cuando le costó el caballo y un talegazo de órdago! Y el par de *Combate*, ¿no era pasadito y saliendo mal?

—No, señor.

—Espere usted y conteste. ¿Cuando metió los brazos, había ya pasado la cabeza del toro por bajo el brazo derecho?

—No, señor.

—Perdone usted, así lo hemos visto muchos. En cuanto á los pases de *Mayoral*, ya ha oído usted antes que han sido muy buenos, pero perjudiciales; y de la estocada tan bien puesta al quinto toro, no tengo más que decir que fué dirigida al cuarteo, de largo, y saliendo á la carrera, lo cual es un paso de banderilla ni más ni menos.

—¿Y qué? ¿La estocada no fué alta y en la cruz? ¿No entró hasta el puño? ¿No cayó en seguida el toro hecho una pelota? Pues entonces, ¿qué mejor?

—Si á usted la satisface que se *acierte, errando*, y sin arte, buen provecho; á mí no. Buenas noches, señores.

—Oiga usted. ¡Que si quieres! ¡Mala mosca lleva! ¡Si de todo quieren entender algunos hombres!

—Pues lo que es ese, entiende de toros más que yo, y más que usted, y más que otros, aunque parezca lo contrario á los que forman el gran vocinglerío de la plaza.

—¡Basta que usted lo diga! No quiero escuchar sandeces. Hasta mañana, señores.

.....

Y poco á poco, por no ponerse de acuerdo siquiera tres de aquellos contertulios, todos van desfilando, en la firme persuasión de que cada uno de ellos sabe más y entiende más del modo de lidiar toros que Pedro Romero y Joaquín Rodríguez.

(1) PEÑA Y GOÑI, pagina XXXI del prólogo del libro titulado *Cuernos*.—Madrid: 1883.



*Fernando Gómez (El Gallo)*

†  
EN GELVES (SEVILLA) EL DÍA 2 DE AGOSTO DE 1897

## CAPÍTULO XIII

### EN CASA DE UN MATADOR



—¿CÓMO se conoce que *Pajarín* trae mal humor esta noche! No ha saludado á nadie desde que ha venido: ha comido muy poco y se ha tendido en la cama cuan largo es, faltando á su costumbre, que es la de obsequiar á los amigos que á su casa venimos á felicitarle después de la corrida, saliendo luego juntos á tomar café. Francamente, la cosa no es para tanto.

—Bien sabe usted que él es pundonoroso, y como no ha quedado bien esta tarde...

—¿Cómo que no? Peor ha quedado otro que ni una sola vez se ha colocado en suerte y ha pinchado siete veces atravesando, y le han enviado dos avisos, y si no es él, le envían el toro al corral. *Pajarín* se ha portado bien con la muleta, y si al herir ha tenido desgracia, cúlpese al ganadero que cría toros grandes como montañas, y á quien no sabe lo que compra.

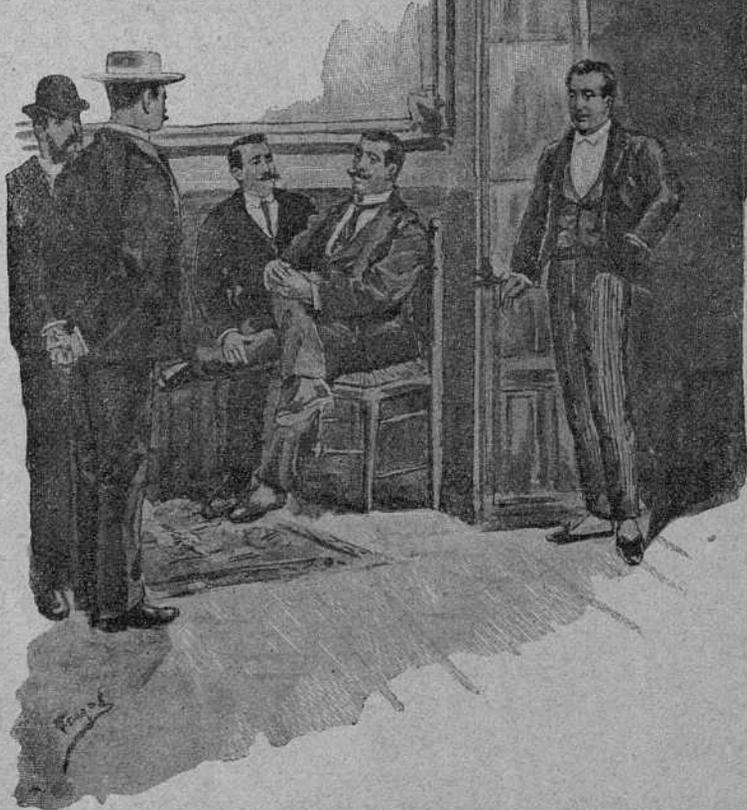
—Eso he dicho yo en el tendido á un guasón, que me ha replicado que el torero que no tenga condiciones para ser espada, que se quede de banderillero. ¡No sé cómo no le he roto el alma!

—Gracias, Juanín, dice el matador apareciendo en la sala donde pasa esta escena. Ya sé yo que eres buen amigo, y que todos ustedes lo son también; pero al público de este pueblo no se le entiende, porque tan pronto aplaude una cosa como la silba; le gusta hoy lo que ayer le irritó, y, en fin... que si cae uno de pie, le aúpa, le aúpa hasta levantarle muy alto; pero si se descuida, cuando está alto suelta de pronto y da uno la gran caída.

—Vamos, *Pajarín*, que usted no puede quejarse; que la verdad es que su trabajo gusta, y aun más sus buenos deseos.

—Diga usted, señor Folfas, que me aplauden

la mayor parte de las veces; siempre, ¡qué caramba! porque ven lo que valgo y que llego á donde otro... aunque me esté mal decirlo. Y ya que usted tantas veces se me ha ofrecido, voy á encargarle que diga á su amigo el escritor que escribe la revista



en el periódico *El Tronio*, que ponga—escuche usted bien—que ponga, que el primer toro que á mí me tocó era tuerto del ojo izquierdo, ó al menos reparado, y que los tres capotes que le habían dejado en la cabeza los chicos de *Sabandija*, se la descompusieron en términos de que no era fácil arreglársela.

—Así lo haré, con mucho gusto, y mi amigo me complacerá porque nos queremos como hermanos, y á él creo yo que lo mismo le dará poner una cosa que otra.

--Oiga usted, que tenga presente que yo he venido cansado del viaje, que al fin son cerca de cien léguas en veinticuatro horas; y gracias que he venido solo en mi departamento...

—¿Ha venido usted en primera, supongo?

—No, señor; en primera han venido los chicos, pero yo he venido en ese coche que llaman Pekín-cuál, ó no sé qué...

—*Sleepign-carr* quiere usted decir. ¿Y en qué tren han llegado?

—En el nuestro, en uno especial mandado poner á propósito. ¿No vé usted que si no, no llegábamos á tiempo?

—Así me gusta; ¿para qué es el dinero? Si las empresas de ferrocarriles lo entendieran, tendrían en todas las líneas un tren taurómico, como hay un tren real, con cuantas comodidades exige el más refinado gusto; y las empresas de plazas de toros debían pagar todo eso, y...

—Ande usted que ya lo pagan, y ellas lo cobran con usura, despellando al público; pero eso no me importa. Lo que sí quiero también decirle es que para matar el último toro me estorbaba tanta gente como en esta plaza se permite bajar al rondel, y... lo que usted quiera. Respecto de lo demás, pongan lo que mejor les parezca; pero exigirme que haga yo, siendo el último, y cobrando menos, por consiguiente, que los demás, tanto como los primeros hagan, no me parece justo, y eso que yo valgo tanto como el mejor, y si no ya lo verán.

El Sr. Folfás no contesta á este final párrafo de encantadora modestia. Únicamente se permite decir

en voz baja: «Para valer tanto como aquéllos poco se necesita».

—¿Sabéis, dice un tercero, lo que he oído yo decir á *Sabandija*? Pues sencillamente: que el público era un estúpido cuando le silbaba porque no se acercaba y porque tomó el olivo. ¿Qué quieren, que me deje coger y me mate un buey? Que los mate á ellos y á su madre y á toa su casta.

—No decía eso del público cuando daba la vuelta entera á la plaza, montera en mano, dando gracias por los aplausos que fuera de tiempo le prodigaban, por haber hecho un quite al picador *Sandía*, lo cual no tiene tanto mérito que no lo sepa hacer el último banderillero, si él le dejara.

—Nada, *Pajarín*, riete de cuentos y no te amosques. Los toros dan y quitan, y si hoy te ha venido el santo de espaldas, otro día vendrá de cara. Los guapos no se atolondran por eso. De un valiente puede salir algo, pero de un miedoso

*nequaquam*. A beber y divertirnos; que traigan manzanilla, y á cantar.

— Bueno; que vaya *Pelufres* al Colmado y pida seis botellas, y para *Sinsabores* que mande traer chocolate con bizcochos, que no le gusta beber.

— ¡¡Malo, malo, malo!! En mis tiempos oí decir á Juan León que no podía ser buen torero el que se desayuna con chocolate, en vez de tomar peñascaró. Si en lugar de agrio toma dulce, ¿qué puede tener sino tripas de merengue cualquier mísero mortal? Por falta de hiel ese chiquillo cuarteaba tanto al entrar, se pasa dos y tres veces y clava de sobaquillo, siempre por un lado. Dale un repaso, *Pajarín*, que yo he visto á Redondo ocupar toda una tarde el callejón sin pisar el ruedo, porque una vez, sólo una vez, se pasó sin clavar los palos. El chico tenía vergüenza y estuvo abroncao durante la corrida.

— Yo no puedo hacer eso con *Sinsabores*, ni nadie tampoco con ninguno. Hay poco para escoger, y además á ese muchacho me le tiene recomendado el Marqués de Barbacana y su señora, que me proporcionan plazas por sus influencias. El aprenderá y se hará aplaudir, porque aunque no sepa mucho, es muy liberal y da la mano á todos, y convida á muchos, y va con los señoritos á las becerradas. Ya ve usted, es tan campechano, que siempre anda á caza de divisas para regalar á la gente de los tendidos. Sabe, sabe dónde le aprieta el zapato.

— Lo mismo te pasa con *Sandía*. Siempre sale á costalada por puyazo. Más caballos le han muerto en la temporada que acémilas se perdieron en la guerra civil. ¡¡Y cuidado, señores!!! que... no digo nada, porque eran amigos míos los contratistas.

— Pero hágase usted cargo D. Blas, que los caballos en su mayoría no tienen condiciones para la lidia.

— Toma, ya lo sé; pues esa es otra de las cosas que critico. Si tuvieran presente los picadores que «el principal requisito que deben agregar á un reconocimiento fundamentado, es la seria y puntual elección de caballos á propósito para resistir el combate de una fiera de tan conocido valor como es un toro,» (1) no caerían tantas veces y podrían manejarse; pero entonces serían picadores como lo eran Corchado, Puyana, Miguez y Clavellino. Y todavía se enfada si le sil-

ban, como la otra tarde sucedió con *Morfina*, que rasgó un toro desde el brazuelo á la cola.

— Oiga usted: le he estado escuchando con paciencia, sin decir esta boca es mía, por respeto al matador *Pajarín*, que está presente. Aquí no se viene á hablar mal de nadie, ¿está usted? Y en cuanto á *Morfina*, que es compadre mío, si rasgó á aquel toro, fué porque se le entró suelto cuando venía empapado en un capote, ¿está usted? Y lo mismo hubiera usted hecho en defensa propia, ¿está usted? La culpa de todo la tiene el director de la plaza, permitiendo ó mandando que los capotes á fuerza de correr y recortar los toros les quiebran las patas, ¿está usted?, sin tener presente que hay disposiciones que lo prohíben (1).

No hay que sulfurarse, hombre, y vamos á cuentas. ¿Deben los picadores salir á los medios como ahora salen? ¿Deben llevar cinco peones lo menos á su lado izquierdo, á manera de guerrillas avanzadas? ¿Deben consentir que les traigan los toros á punta de capote? ¿Deben tolerar que cojan el bocado del caballo los monos sabios, y á veces los mismos espadas, y se le echen encima de las astas? Dice usted que no, y dice bien; y, por lo tanto, estoy en mi derecho, al asegurar con razón que esos no son picadores, ni saben lo que llevan debajo, ni lo que tienen en la mano, ni lo que ven al frente. Entren todos, amigo mío, y salga el que pueda, que alguno podrá salir, ¡pero serán tan pocos!

— Pues que tome el pueblo lo que hay y se aguante. Siempre, que los picadores son malos, los banderilleros peores y los espadas inaguantables, y andan las gentes que así murmuran, poco menos que á palos para obtener billetes!

— Tiene usted razón. Casi, casi, me voy convenciendo de que si el arte de torear está perdido, que si las reglas de tauromaquia se han olvidado, no hay que culpar precisamente á los lidiadores, sino al público que aplaude lo malo; al público cuyo gusto está pervertido, que no va á los toros á presenciar la habilidad del torero, sino á reír, gritar y jalear á los que son santos de su devoción, siquiera no sepan por dónde andan. Hay gentes, que en lo mejor de una suerte, arman una sonata á cualquier individuo que está en los altos, por si habla con una moza demasiado *apegao* á ella, por

(1) PEPE ILLÓ: *Arte de torear*.—Capítulo 2.º, página 32, edición de 1804.

(1) Reglamento aprobado por el Gobernador de Madrid en 14 de Febrero de 1886, art. 61. (Citamos este como más moderno, que en todos cuantos se han dado hay igual disposición.)

si á ella se la ve el pie, ó se la ha caído una flor; en fin, por cualquier cosa, y no se cuidan de ver cómo la suerte se ejecuta, pero sí de aplaudir si aplaude el vulgo, sobre todo si es al espada que más simpatías tiene entre ellos.

—¿Y usted cree que eso es siempre casualidad? Pues, no señor, hay mozos tan listos y tan agradecidos, que han inventado armar bronca con cualquiera en los tablados, unas veces de verdad contra el inexperto que critica, y otras de mentirigillas entre ellos mismos, para que la atención se fije allí, no mire al redondel, pase el tiempo, el toro aburrido se eche y vaya vivo al arrastradero (1) y mientras la silba de unos á otros y la gritaría, disimula la que al espada le conceden los más entendidos y pacíficos. Amigo mío, en todo lo que sea disimular la verdad, en usar del artificio, se va llegando á la perfección. Tengo la seguridad completa, de que ningún torero sabe de eso una palabra, que eso lo hacen sin contar con nadie esos partidarios entusiastas que se dejan romper la cabeza sosteniendo que *Rostrito* es mejor que *Mayorál*, pongo por caso, y no saben si mientras ellos litigian con otro tal sobre la inteligencia y demás circunstancias de los artistas, estará la mujer de visita en casa ajena, ó comprando peines de asta imitados ó naturales. Entretanto la *cosa* pasa, y á otro. Rabia el entendido, aunque no silbe nunca porque sabe bien que la vida de un hombre pende de una silba más ó menos merecida, á veces de una voz inoportuna; y aplaude el ignorante, antes entretenido en la *guasa*, si el torero silbado, en cuanto sale otro toro le recorta con verónicas en un quite, ó le hace un final de capote recortándole. Vuelvo á decir que el público es el que tiene culpa de ello: en general, quiere más al torero que

(1) Los inteligentes dicen que el toro va vivo al desolladero, cuando ha muerto de muchas estocadas, ó aunque de pocas, si para conseguir que se eche intervienen los capotes de los banderilleros, mareándole y haciendo que el estoque se ahonde.

al arte, y no va á las corridas á ver trabajar, sino á aplaudir *al suyo* y censurar á todos los demás. Si aquel torero por quien tiene simpatía trabaja mal, le disculpa diciendo cuando más, «qué repasata le daría yo, *por no querer*, á Fulanito» pero peores son los otros; y nunca le critica y siempre le ofende que los demás lo hagan, y siempre también para defender al *suyo* acrimina á los demás; como si no pudiera tratarse, apreciarse, aquilatarse el mérito de un hombre sin establecer comparaciones.

—Habla usted como un libro, pero ni usted ni nadie gobernará eso. ¡Me hace gracia! ¡Conque si á mí me gusta *Pajarín* y es mi amigo, voy á ir á la plaza á gritarle aunque lo haga mal!

—Es que yo no lo hago mal nunca; son los toros, que no se prestan.

—Claro; y las malas voluntades, y... ¿Pero cuándo viene *Pelufres*? ¿Se habrá dormido?

—Ya vendrá: decía, señores, que yo, ni nadie, lo hacemos mal, porque queremos hacerlo bien. Que el toro se cuele y quiere coger, pues á cogerle nosotros á él, aunque sea desprevenido: que se huye y no acude, pues á despacharle como se pueda: que es noble y boyante y los capotes le llaman la atención, pues arrancarse á él cuarteando y al apercibirse de lo que tiene encima se encontrará con un sablazo que por fuerza ha de aplaudir el pueblo. ¿Se puede hacer más toreando, caballeros?

—¡No, señor!, tiene razón *Pajarín*! ¡Este es de los que se acercan! ¡Olé por los valientes!

Y con estos plácemes y estos jaleos, suena de cerca el bordón de una guitarra que sujeta *Folias* con la mano izquierda, y que prepara para temprarla, á tiempo que *Pelufres* entra con un mozo portador de una gran bandeja de boquerones y de unas botellas de manzanilla y Jerez.

—¡Ea, señores, á tomar algo! Usted, *Folias*, entone unas peteneras; tú, Juanín, á ver cómo te bailas según sabes, y... acábase el mundo.

—¡A beber y á vivir!



# CAPÍTULO XIV

## EL VIEJO AFICIONADO



SEÑORES, como se deja sentir el calor! La tarde ha estado sofocante.

—¿Has empezado así la revista de toros?

No la he escrito todavía; quiero recoger antes vuestras impresiones, y sobre todo oír la opinión del Sr. D. Justo, muy respetable para mí, ya que tenemos la suerte de verle hoy en nuestra reunión, contra su costumbre.

—¿Te chuleas, grillo, ó te tiro la jaula?

—Estás equivocado, Pepe, y mejor sabes tú que nadie cuánto se quiere á D. Justo en nuestro círculo. ¿Habreis salido contentos de la corrida, eh? Verdad que el ganado no ha dado mucho juego en general, y que dos toros han sido quemados, pero el primero y quinto han salido pegando, sobre todo el quinto, que ha confirmado el dicho de que *no hay quinto malo*.

—Indudablemente ha sido el mejor de la tarde,

pero no se le puede calificar de sobresaliente. Sabía herir, y como ha despachado cinco caballos, se le ha considerado bueno y más que bueno, sin reparar en que ha habido que buscarle en todos los sitios de la plaza, y en que una vez dado el hachazo se salía de la suerte sin recargar.

—Dice bien Carlos; tomaba las varas sin codicia. Yo no sé qué tiene esa ganadería de poco tiempo á esta parte. ¿Han observado ustedes que hay tanta desigualdad en las reses, que unas salen bravas, duras y creciéndose, y otras blandas que concluyen por huirse?

—Consistirá eso en que ahora los ganaderos falsificarán el ganado, como los comerciantes el vino ú otro cualquier género. Tendrán reses extra, superiores, de primera, de segunda...

—¡Já, já, y de cuarta y de quinta! ¡Qué cosas tiene este D. Justo!

—Señores, hoy nos presentan en plaza para corridas de empeño, como la que acabamos de ver, toros de las vacadas más acreditadas, flacos, mal armados y pequeños. Esos mismos dueños, en la provincia inmediata, presentaron hace ocho días un ganado grande, corpulento, fino y de buen trapío; y hasta en la corrida de hoy, díganme ustedes si se parecían en algo al primer toro los demás de su casta. Insisto, pues, en que así como desde 5 pesetas á 25 hay champagne de seis clases ó más, de 2.000 á 7.000 reales han hecho los ganaderos cinco clases, lo menos, de toros de una misma ganadería. Vamos, lo mismo que hacen los tenderos con los garbanzos, los criban para apartar los gordos de los medianos y los medianos de los pequeños.

—Pero, señores, si hacen eso los dueños de vacadas, no venderán todas las reses al mismo precio. Las lidiadas hoy eran de cuarta clase á pesar de haberlas ido á contratar dos congregantes con gran acompañamiento, y según mis noticias no costará menos cada toro, incluyendo los gastos del viaje, de 8 á 9.000 reales.

—¡Ave María! Ni tampoco 4.000, lo demás sería escandaloso.

—¿Y á quién echan ustedes la culpa, al ganadero que se ha convertido en usurero mercachifle, ó al comprador que paga lo malo al precio de lo bueno? O no lo paga y...

—¡Qué lengua tiene usted, don Justo! Habla usted poco, pero con mostaza.

—Es el único privilegio que tenemos los viejos, hablar con descaro y sin temor á nadie ni á nada. En cuanto á que hablo poco, no siempre, amigo don Luis. Soy tardío pero cierto. ¿A que ninguno de estos señores que escriben revistas dice nada en su periódico de esa... entuchada que las empresas suelen hacer? Y de los toreros ¿qué piensan decir? Usted, don Carlos, emita su opinión.

—Pues, nada: diré que han estado regulares; que dadas las condiciones del ganado no han podido lucirse; que han demostrado buenos deseos, que han hecho cuanto han podido...

—Y diciendo todo eso no dirá usted la verdad; porque ni han estado regulares ni han querido trabajar.

—Vaya, don Justo, que aquellas largas de *Sabandija* al quite de *Sandía* en el primer toro, demostraban que había voluntad y afán de agradar.

—Ni aquello eran largas ni cortas, ni se dieron con más fin que el de cortar patas al toro, y si acaso arrancar de ignorantes un aplauso. Llaman

ustedes largas á correr un toro hasta los medios ó más, después de haberle sacado con verónicas, y no es eso. Aplauden luego un recorte como término de aquella carrera, siendo así que por los daños que causa lo tienen prohibido todos los Reglamentos que ha habido desde que se publicó el primero. Y nada hablan en los periódicos de esta faena, ni de la peor de los picadores, que nada valen actualmente.

—Excepción hecha de los *Bemoles* y de *Tenazas*, que de esos, amigo don Justo, creo no tendrá mucho que hablar.

—O sí, señor don Carlos; que no es oro todo lo que reluce; al que tiene agilidad le faltan fuerzas, y á *Toni* que tiene fuerza le falta mano izquierda.

—Eso no, y perdone usted, dijo un gomoso de escasos veinte años, que hasta entonces no había dicho esta boca es mía: vaya si tiene mano izquierda ese bárbaro. No hace mucho me arrinó con ella una bofetada de revés que llaman de cuello vuelto, que me hizo ver hasta las profundidades del Averno y las alturas del Olimpo. Es muy bruto.

—¡Jesús, hijo mío! D. Almfbar y ¿cómo lo aguantó usted?

—¿No ven ustedes que dijo que jugando se le había escapado la mano, porque antes á mí se me había escapado la lengua? Cuando es juego no hay motivo de queja.

—Dice bien don Almfbar: sobre todo, si los juegos son... así, cariñosos, de amigos, ¿eh?

Una de las cosas, continuó don Justo, que sucede con alguna frecuencia en el redondel, es quitarse las suertes unos á otros toreros, en los quites, en banderillas y hasta en picar. En esta última se repite con más frecuencia el abuso, sin que las autoridades lo corrijan como deben, ya que los matadores de hoy, según se ve, no tienen prestigio alguno para hacerse obedecer (1) Pero bien pensado ¿qué autoridad puede tener sobre sus compañeros un jefe de cuadrilla que muchas veces hace otro tanto?

¿Por qué no claman ustedes también contra la práctica abusiva de ejecutar suertes nuevas, que se llaman así porque no hay otro nombre que darlas, no porque realmente lo sean? ¿Son acaso suertes de torear, dar con la montera ó con un zapato

(1) No puede llamarse suerte propia la que se hurta á otro... quien así las hiciere todas, á ninguna puede tener por suya.—MESÍA DE LA CERDA.—En Córdoba, 1653.

en el testuz del toro, arrojar el espada la muleta y valerse de un pañuelo al tiempo de herir, picar con el regatón de la vara y otras por el estilo? La suerte nueva, para serlo en realidad y poderse la considerar así, ha de tener la circunstancia de que pueda y sepa aplicarla el inventor teóricamente y en todos sus detalles: ha de ser practicable por todo el que realmente sea torero, y al decir torero, me refiero á los que tienen las condiciones que para serlo exigió Montes; y además de eso, ha de reunir también la circunstancia de que á la belleza estética, y permítanme la frase, acompañe la utilidad en la ejecución. Más claro; que si la suerte inventada sirve, como todas, para denotar la superioridad de la inteligencia sobre la fuerza bruta, pueda también utilizarse en casos apurados para evitar una cogida ó al menos para atenuar sus efectos. El volapié que inventó *Costillares* y el quiebro inventado por el *Gordito*, son de las suertes verdaderas que sirven ó pueden servir de mucho; que un toro aplomado es imposible matarle bien de otro modo que á volapié, y á veces un quiebro de cuerpo libra al torero del hachazo (1). Por lo demás, queridos amigos, son tantas las denominaciones que ustedes y sus antecesores en revistas, dan y han dado á los mil incidentes de las corridas de toros, que concluirán por no entenderse y no dejarnos entender. ¡Alto! señores, déjenme continuar la plática, ya que con sinceridad ó con gana de criticarme han querido que yo hable; escuchen y tengan paciencia, aunque haya alguno aquí que pueda acordarse del refrán español: «el que escucha su mal oye,» y vamos á cuentas, digo, si ustedes lo permiten...

—Que, sí señor; le oímos con gusto pero respetando su opinion, hay aquí alguno que le pedirá permiso para hacer observaciones.

—Convenido y concedido; con una sola adver-

(1) Lo que muchos años se ha observado por razón, no se puede alterar sin ella con disculpa. Quejosa debe estar esta facultad de los profesores que con negarle las reglas que se deben guardar en ella, le destruyen los fundamentos para que lo sea, pues si en estos no hay preceptos que deban guardarse, cada uno lo podrá obrar según su antojo, y bastando esto para cualquier mudanza, nadie torreará ni bien ni mal... Si cualquiera cosa puede hacerse, pues no hay regla que la apoye ó condene, no pasará la razón y la experiencia.—MESÍA DE LA CERDA.—En Córdoba, 1653.

tencia. En el momento en que las observaciones se convierten en disputa, dejo de contestar: que yo discuto pero no disputo. Decía, queridos míos, que han inventado los modernos aficionados, los revisteros y algunos que no son lo uno ni lo otro, tal abundancia de nombres para las suertes, que forzosamente han de originar dudas, contiendas y ambigüedades. En la suerte de matar sobre todo, yo he perdido la cuenta de tantos modos como parece hay de dar las estocadas, si se atiende uno á la moderna nomenclatura; pues llaman aguantando, arrancando, encontrándose, á un tiempo, al encuentro, andando y qué se yo que más, á lo que se encierra en dos solamente conocidas de antiguo. Recibir y á volapié. El matador que parado espera al toro, venga de cerca ó de lejos, llamado ó alegrado, con cite ó con flameo de muleta, RECIBE: el que se va al toro estando éste quieto, da el VOLAPIÉ; pero ya se ve, han tenido necesidad los modernos de hacer subdivisiones, porque rara vez ejecutan los toreros dichas suertes perfectamente, sobre todo la última, á la que se tiran unas veces de lejos y cuarteando, lo cual es á paso de banderilla, aunque lo llamen arrancando; otras de cerca y por derecho, pero sin estar el bicho aplomado, por lo que también él se viene al ver cerca el objeto, y lo llaman encontrándose, ó á un tiempo, según sea más ó menos simultánea la entrada de ambos en el centro de la suerte; y otras de distintos modos casi indescriptibles. Ustedes y otros escritores, sin duda para hacerse entender mejor, han inventado esas voces originadas por la mala ejecución de las suertes principales, primitivas é indiscutibles. Si al fin todos usasen dichas voces con igual aplicación, nada se habría perdido; pero si se arma tal galimatías cuando hay más de dos aficionados, y no quiero decir periódicos, al oírles definir ó explicar una suerte, que no hay quien los entienda. Uno dice se tiró al volapié: otro, si cuarteó desde largo, eso fué á paso de banderilla: otro, no, señores, es que el toro se le arrancó antes de que él llegara, lo cual hace creer que no estaría el matador muy cerca: otro, si cuando metió el brazo ya había pasado la cabeza, y por eso le atravesó.

Resultado, que el que lo haya visto, no lo entiende; y el que no lo haya presenciado forma su opinión particular, y entonces para nada sirve la explicación ni el periódico.



## CAPÍTULO XV

### BOMBA FINAL



TIENE usted razón que le sobra, y más de una vez, por lo que á mí toca, he querido censurar con severidad esa conducta; pero, amigo mio, no siempre se puede lo que se quiere.

—Querer es poder; y cuando la justicia guíe los pasos de usted, tenga seguridad de que ha de llegar al fin que se proponga.

—No sea usted intransigente, ni tan absoluto en sus conclusiones, amigo D. Justo. Yo, como todos los que escribimos, sea de toros, sea de... lo que usted quiera escoger, tengo que seguir la marcha que el periódico se ha impuesto, ó le han impuesto; y si en nuestras apreciaciones podemos perjudicar los intereses de la empresa en cualquier concepto, debemos cejar en nuestro propósito y hacer muchas veces abstracción de la opinión particular, sacrificándola en aras de la más general ó

de la que más convenga al propietario de la publicación. Usted comprende bien que no es justo hacer daño á nadie y menos á quien paga.

—Lo que yo comprendo es, que el que dice la verdad ni peca ni miente; que ustedes están obligados á decir y referir con exactitud y sin pasión lo que ocurra en la fiesta, bueno y malo, aquello para el elogio y esto para censurarlo; y que si alguna suerte ha sido aplaudida sin merecerlo, ó silbada injustamente, tienen obligación de explicarla y comentarla, con arreglo y sujeción al arte *escrito*, para ilustrar al público, que esa es la misión de la prensa.

—¿Y no conoce usted que si la muerte de un toro, por ejemplo, ha sido muy aplaudida, es muy expuesto criticarla al día siguiente, oponiéndose al torrente de la opinión general?

—O tiene usted razón ó no la tiene. Si le asiste,

expóngala con los fundamentos que le sugiera su imaginación, que no le faltarán, porque la razón y la verdad triunfan siempre, y usted tiene talento bastante para exponerlas. Conseguirá con eso primeramente hacerse oír, y después imponerse.

—Pero si ya he dicho que con eso puedo perjudicar á la empresa que me paga, y aunque por lo que á mí toca, renunciase á escribir de toros, otro vendría que haría lo que yo ahora. No sea usted intolerante, que se va pareciendo al D. Pedro, de Moratín, en la comedia *El Café*.

—Ya que usted indica ese nombre, y sin querer ofender á los que están presentes, les recordaré que aquel personaje afirmó entonces que «la escena española tiene de sobra quien la abastezca de mamarrachos», y traduciendo este dicho, aunque sea en parodia, aplíquenlo ustedes á tantos y tantos revisteros de toros como de pocos años á esta parte han brotado de la tierra, sabios de pronto en tauromaquia, que se contentan con decir, «era el toro de muchas libras, blanco y



negro, le pusieron seis varas, le clavaron tres pares y murió de una honda hasta la empuñadura», omitiendo las condiciones de las reses en sus tres estados, llamando blanco y negro á la pinta que no se conoce con ese nombre, ni, en el vocabulario taurino, ni en el *Diccionario* de la Academia, y ocultando el modo con que se pusieron los pares y se clavó el estoque. Hablo así, porque ustedes, que son los escritores que redactan los principales periódicos en su sección taurina, saben muy bien que no nos oye ninguno de aquellos revisteros; pero también ustedes me enfadan cuando echan el muerto al público para esquivar la opinión ó juicio que les merece determinada suerte.

—A ver, á ver...

—Claro. Pues qué, ¿no entiendo bien que muchas veces por salir del paso y conociendo que la censura del público no ha sido justa, se contentan ustedes con decir *aplausos, silba*, sin hacer comentario alguno?

—Señor D. Justo, eso es decir la verdad disimulando: no puede irse, vuelvo á repetirlo, contra la opinión general.

—Niego: no es la más general, ni la más entendida; es la que más chilla y alborota, y nada más. Las mayorías no siempre tienen razón, sin que esto sea decir que en ocasiones no estemos equivocados los que creemos lo contrario.

—Respe-



to la opinión de usted, pero no me parece que una revista de toros tenga tanta importancia que merezca entrar en controversia escrita con nadie. Importa á pocos que se hagan mejor ó peor las suertes; la gente lo que quiere es bulla, alegría y... comer y beber.

—Otro abuso: ¡ya permitiría yo, siendo autoridad, llevar á la plaza comestibles ni *bebestibles*, que incomodan á los concurrentes que no saben ó no quieren comer más que á mesa puesta, y no á *dedo*!

—Pero D. Justo, ¿hasta eso es también para usted motivo de censura?

—Pues ya lo creo; como que no pasa día en

que no se arme contienda en los tendidos, y aun en algunos otros puntos, porque los comilones manchan con sus vituallas á los que van á la plaza sólo á ver la función, á gozar de la lidia y á admirar la inteligencia del hombre, su valor y su atrevimiento. Que coman y beban en las afueras, en las galerías, donde quieran, menos en el asiento desde el que ven la fiesta.

—Pues señor, no ha dejado usted títtere con cabeza, y dificultó que se le haya quedado nada en el tintero.

—¡Ay, ay, amigo Carlos! ¡Puede decirse tanto todavía, que... mejor es dejarlo!

—Lo cierto es que yo quería oír la opinión de usted sobre la corrida de esta tarde, y aunque le hemos oído con gusto, de todo ha hablado menos de ella.

—¿La corrida de esta tarde quiere usted saber? Pues nada... puede usted decir... y se le comprenderá bien, ahora y siempre... que ha sido...

!!! *Una corrida en 1883!!!*

Con eso basta; buenas noches, señores; adiós, D. Luis.

.....  
—¡Qué geniecito el de ese hombre! ¿Si creará que estamos viviendo todavía en el año 40? No conoce ó no quiere conocer que los tiempos son

otros; que la gente hoy se fija menos en las cosas, las ve más á la ligera...

—Es un rigorista tan extremado que exige una precisión en todo lo relativo al arte, que ya pasa de los límites naturales. Eso ya es manía.

—Achaques de la edad y de la rectitud de su juicio; pero no hay que negarle que es justo en todo, y tan imparcial, que hoy á ningún partido pertenece, ni ningún torero le cautiva: tan apegado es á lo antiguo.—¿Quieren ustedes creer que le faltó poco para llorar cuando vió derribar la plaza vieja de Madrid?

—Me acuerdo, amigo D. Luis; y también de aquella composición poética que hizo imitando la de Rioja á las ruinas de Itálica.

—De Rodrigo Caro, si no te opones.

—Bueno, de Rodrigo Caro. ¡Si vieran ustedes cómo trata á los modernos lidiadores!

—¿La recuerdas? Pues recítala, anda.

—No hay inconveniente: os la diré, pero con una condición. No permito que aquí se hable de ella en pro ni en contra por nadie, que D. Justo es muy querido amigo mío, y sentiría mucho escuchar censuras aunque las merezca. Cuando yo no esté presente haga cada uno lo que guste. ¿Estamos conformes?

—Conformes, dijeron todos.

—Pues punto en boca, y allá va.

## Á LAS RUINAS DE LA PLAZA DE TOROS DE MADRID

EMPEZADA Á DERRIBAR EL 17 DE AGOSTO DE 1874

### PARÁFRASIS

DEDICADA

*á mi buen amigo Don José Camarón y Reynaldi<sup>(1)</sup>*

Estos, Pepe, ¡oh dolor! que ves ahora  
campos de soledad, yermos terrenos,  
fueron no há mucho, circo celebrado,  
donde Madrid con voz atronadora  
aplaudía á los hombres, que serenos,  
al fiero toro dejaban humillado  
á impulso de su espada vencedora.

(1) Escrita hace veintidós años, no llegó á verla mi buen amigo, porque no la consideré digna de su ilustración. Hoy el amigo falta, pero no mi cariñoso recuerdo.

Aquí trompa sonora  
llamó al combate al grande *Pepe Illo*  
y á Romero, el insigne, el eminente:  
y, ¡lástima es decillo!  
de esta invencible gente,  
sólo quedan memorias funerales  
que nos dejan el ánimo abatido.

Este llano fué plaza, aquél tendido:  
de todo apenas quedan las señales;  
de las gradas y extensas andanadas  
leves vuelan cenizas desdichadas.  
Los famosos corrales y toriles  
desechos fueron por peones viles,  
y en la desierta arena  
el gran pueblo no suena.

¡Gran pena da el mirar estos despojos!  
Triste es á fe, que al recordar la mente  
las soberbias hazañas que el valiente  
diestro español en este circo hiciera,  
¡las lágrimas asomen á los ojos!...  
¡Oh! si la generación presente viera  
al coloso del arte, al gran maestro,  
al eminente MONTES, al *divino*,  
ante quien muda se postró la fiera  
atónita al mirar á aquel tan diestro  
que fuera desatino  
quererle describir: si peregrino  
lance de capa ó pase de muleta  
le viera ejecutar, quieto, parado,  
con ánimo sereno, cual atleta  
seguro de vencer; y que esforzado,  
con solo su saber, hiciese al toro  
morder la arena, débil, jadeante,  
rendido, y sin poder y vacilante...  
entonces sí que aquella, por decoro,  
su importuno entusiasmo apagaría,  
que emplea mal, gozosa celebrando  
*sombras* no más, que andando el tiempo, andando,  
producirán mortífera agonía.

Pepe; si tú no lloras, reflexiona  
que aquí Corchado, famoso por sus brazos,  
allí Puyana, más acá Sevilla,  
y muchos más que fija y amontona  
la historia en nuestra mente, cual pedazos  
de gloria del toreo, en nuestra villa  
lucieron como diestros picadores;  
que ya no hay quien iguale  
al famoso Jordán, ni al gran *Capita*,

que asombraron á mil espectadores  
clavando rehiletos; que se sale  
del angustiado pecho, voz que grita:  
*«Los diestros que el toreo enaltecieron  
al impulso del tiempo sucumbieron.»*

.....

.....

Vete de aquí, por Dios, Pepe querido,  
tu vista aparta de tan tristes restos  
del taurómaco arte,  
y renuncia por siempre al atrevido  
y grandioso espectáculo; que aquestos  
escombros que á esta parte  
desparramados ves, no son más cosa  
que del TOREO simulada fosa.



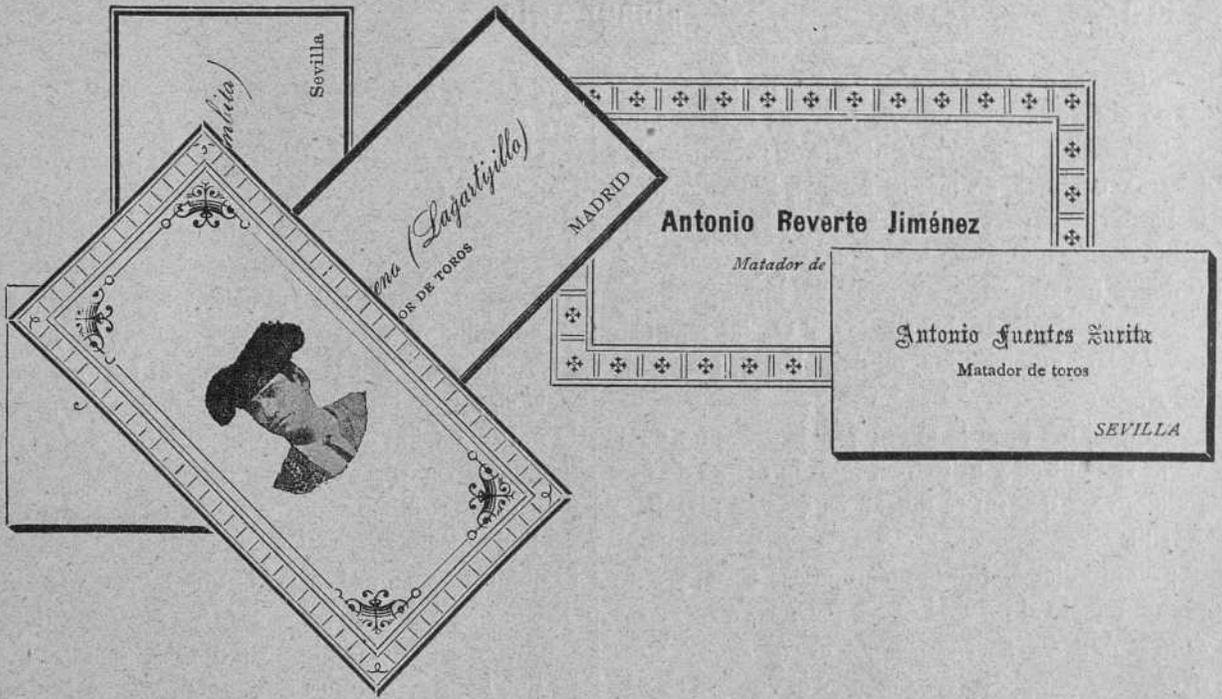
# ¡¡DURO AHÍ!!

---

AYUDA QUE PRESTA Á LOS IMPUGNADORES DE LAS CORRIDAS DE TOROS

EL AUTOR DE ESTE LIBRO





## ¡¡Duro ahí!!



UES, señor, esto es hecho, no hay remedio. Me han convencido los que escriben *ahora* contra las corridas de toros. Confieso con tanta sinceridad, como la electoral al uso moderno, que no había caído en la cuenta de la verdad que sus palabras encierran, hasta que sus poderosos argumentos é incontrovertibles razones han traído á mi ánimo la plena convicción de que la mal llamada fiesta nacional es un anacronismo que lucha abiertamente con nuestra ilustración, educación, instrucción y civilización.

De sabios es mudar de opinión me he dicho; y aunque no tuviera más fundamento que ese para cambiar de modo de pensar, él sólo bastaría para arrepentirme de errores pasados. Supóngase que nada he escrito en pró de tan bárbara función, que la extensísima defensa que de ella hice en mi *Dic-*

*cionario* taumáquico, hay que atribuirla á debilidad de mi pobre cerebro: y que cuanto han dicho en pró los afamados *Paco Media-Luna, Sentimientos, Sobaquillo, D. Ferónimo, Alguacil, El Tio Capa, Aficiones* y otros compañeros, debe considerarse, así lo estimo desde ahora, como una aberración de su claro ingenio, como una extravagancia de carácter.

No les doy mi último adiós, ni el penúltimo siquiera porque ¿quién sabe si mañana ú otro día, por sólo llamarme sabio otra vez, volveré á las andadas? El que malas mañas há... pero entonces pediré perdón por mi nuevo arrepentimiento, ó más bien con descarada franqueza repetiré que antes no sabía lo que decía y... Cristo con todos.

Desde hoy... resueltamente sin escrúpulo alguno, quiero formar coro con los Navarretes y Jiménez; quiero pertenecer á la izquierda de la afi-

ción taurina cuando menos, ya que no me aparte, como el primero de dichos señores, enteramente de los círculos taurómacos, ni deje de presenciar las pícaras corridas, en que la sangre, la inmundicia, la barbarie, la perversidad, la... la... la.. en fin, las demás cosas que como han dicho los mencionados y nunca bastantemente apreciados impugnadores, tienen su asiento en los ruedos, y en las localidades de las, amenazadas de demolición, Plazas de toros.

Conque me paso la mano por la cara, no volví la vista atrás y grito con toda la fuerza de mis pulmones,—que no es mucha en verdad ¡¡DURO AHÍ!!!

¡Cuánto dice en pocas palabras esa frase! y sino preguntárselo al *Chuchi, Colita y Dientes, representantes, hoy los más genuinos de la raza de los Sevillas, Pintos, Trigos, Charpas* (á quienes se parecen como yo al ama de cría de Aristóteles;) preguntárselo y veréis cómo aseguran con entera convicción que si algún momento crítico hay en la vida, es el que cita *Paco Media Luna* en su *Diccionario cómico*. Pero amigos; á eso replico yo haciendo más las palabras del iniciador de esta controversia «*me libraré de fundar en la compasión de los picadores ni de prójimo ninguno de coleta, casi todos mayores de edad, mis razones contra las fiestas de toros,*» ó lo que es lo mismo, en otros términos: «tú lo quisiste fraile mostén, tú lo quisiste, tú te lo tén.» ¡Vaya! como que al autor de aquel parrafito le importa bastante la gente de coleta! Un hombre que se despampana ¿qué importa? si fuera un buey ó un caballo ¡ah! entonces, entonces...

Ya oigo al *Tío Capa* acercármese al oído preguntándome: ¿pero hombre, si no les importan los toreros, si no les tienen ustedes compasión, á nombre de qué rasgo de sentimentalismo piden la supresión de las corridas de toros? Hijo mío, eres muy joven y no llegas—le contesto—á comprender aún, de qué manera pueden los hombres sostener en una misma hoja de un escrito, opiniones que rabian de verse juntas á tus ojos, ligeramente entreabiertos á la luz de la razón anti-taurómaca, muy distinta por cierto á la de la lógica! Ya aprenderás, hijo, ten calma, que te queda bastante que ver hasta que se prohíba la lidia de reses bravas!

¿Y por qué no se ha de prohibir desde luego? Vamos á ver ¿por qué? ¡Ah! Yo bien lo sé y mejor lo sabe mi predecesor ó precursor. ¿Saben ustedes por qué? ¿No quieren decirlo? ¿Se avergüenzan? Pues lo repetiré sin ambages ni rodeos. *Por-*

*que no hay un Gobierno que tenga concepto exacto del Derecho.*

Dijo San Roque á Santa Teresa: ¡Chúpate esa! ¡Pícaros Gobiernos! Miren ustedes que meterse á mangonear y dar leyes, y bandos (y bandas) sin haber estudiado, y mucho menos aprendido, el «concepto exacto del Derecho,» es atrevimiento y audacia. Y no son los de ahora, ni los de ayer, ni los del pasado lustro, ni los del anterior siglo; son los Gobiernos que han regido la pobre nación española—más pobre por tener funciones de toros—desde hace *diez siglos*, los descuidados holgazanes, y malos estudiantes que no han aprendido en las aulas, ni fuera de ellas, lo que sabemos nosotros los anti-taurófilos. Algo de eso del concepto más ó menos exacto, debió estudiar en su tierra el inoivdable Carlos III, puesto que llegó á prohibir, ¿entienden ustedes? á prohibir, como nosotros queremos, las corridas de toros; pero el buen señor olvidó pronto la lección, volvió la oración por pasiva, y á los pocos muy pocos años las resucitó con todo esplendor y propopeya. ¡Adiós mi dinero! digo, adiós esperanzas, conceptos y Derecho! ¡Derechos del concepto, ó exactos derechos, ó conceptos derechos! ó lo que sea. Nuestro gozo en un pozo. No hay bien ni mal que cien años dure, excepción hecha de las corridas de toros que llevan de duración más de 900 años para mengua y baldón de este país donde la ignorancia crece como la mala hierba por... ¿saben ustedes por qué? pues muy sencillo: porque sus habitantes son *católicos en más de sus dos tercios*. Ahí tienen ustedes: si en vez de católicos fuesen de medio cuerpo abajo, ó de medio arriba, ó por lo menos el tercio inferior, calvinista, budhista, anabaptista ó perteneciente á otra seta, quiero decir *secta* religiosa, ¡qué, habían de haber durado tanto las corridas de toros! ¡Quíá, ni por pienso! Tengo la firme convicción de que ni Lutero, Budha, ni Mumser, se hubieran metido nunca á hacer competencia, en cuanto al arte de torear, ni á los Romeros, ni Palomos, ni á los *Africanos, ni Martínchos*. ¡Bonito genio tenían aquellos mozos para lidiar reses bravas! Ellos sí que tenían «concepto exacto del Derecho» y no nuestros pazguatos españoles católicos y gobernadores ignorantes.

¡Si serán ignorantes los que nos gobiernan que no saben cortar la *cola*! ¿Qué es eso, dirán ustedes?

La cola, ¡¡oh, la cola!! No vayan ustedes á creer que es la de ningún animal ni *cosa* parecida, Es

la fila de gente que, para obtener billetes con que poder asistir á la bárbara función, se enrosca hoy en el solar de la calle de Sevilla, armando cada *bronquis* que canta el orbe, y que está compuesta de aficionados y pobres que en sus dos terceras partes no saben leer ni escribir. ¿Qué diablo soplará á la oreja los pormenores del cartel, á unas personas á quienes estorba lo negro? Comprendo muy bien, que para ver las corridas de toros, no es necesario haber saludado el *Christus*, y así sucederá, digo yo, á los banqueros, empleados, estudiantes, militares, comerciantes, aristócratas y demás concurrentes que forman la inmensa mayoría espectadora, y aun á las señoras de mantilla blanca, ojos de fuego y pies diminutos, que son el mejor ornamento de gradas y palcos; pero saber que han de lidiarse toros de Miura ó de Veragua por *Cara-ancha* ó *Lagartijo*, sin poder siquiera deletrear malamente el cartel, no hay remedio, supone que, ó hay quien se ocupa en ser moscón de oreja de todo el género humano—es decir, del público ignorante para que peque y haga cola—ó que imitando al cura de Totana que no sabía leer más que en su misal, aciertan á juntar las letras de los programas de los toros, y á saber lo que dicen nada menos que catorce periódicos taurinos que sólo en Madrid se publican actualmente, aparte de los diarios políticos que publican las revistas, y que por cierto venden en esos días mayor número de ejemplares que de ordinario. ¡Qué pena! ¡Qué tristeza! ¡Pobre país donde tales cosas pasan!

Si en vez de ir á las corridas de toros en ómnibus, en tranvías, en simones, jardineras, sociables, milores y victorias, esas turbas que con los trapitos de cristianar visten de gala para presenciar el horrible espectáculo, y para requebrar y dirigir galanterías á las elegantes damas que con igual malévolo fin caminan al circo, viéramos, como dice muy bien el nuevo impugnador cuyas huellas estoy siguiendo, *arrastrar materias, máquinas, combustibles y mercancías*, ¡qué gusto, qué alegría! Cierto es que la perspectiva de un landó no es igual á la de un camión, ni un tronco de hermosos caballos se parece en nada á una recua de mulas, ni el *hui* del carretero tiene semejanza con el *¡coronela!* del mayoral; y cierto también que si el cochero y el lacayo del aristocrático landó van extremadamente limpios, el conductor de las máquinas lleva en su traje más grasa que la que da de sí un cetáceo; el del combustible en su cara, más betún que el necesario para el calzado de un

regimiento, y el de las mercancías no recordará cuándo ni dónde salpicó el agua su... pellejo; pero aparte de eso; dejando á un lado esas menudencias, ¿no es más alegre esto que aquello? ¿A que cualquiera se regocija oyendo el ruido de esta regeneración social, comercial, industrial y... constitucional?

\*  
\*  
\*

«*En una corrida, público inclusive, sólo son dignos de lástima el toro y el caballo, y el único que tiene razón, es el toro.*»—PERO GRULLO.

¿Hay por ahí alguien que se atreva á contradecir la sentencia que antecede? ¿Hay quien apele? ¡Miren que si pasa el término legal, se va á declarar firme, pasada en autoridad de cosa juzgada y consentida!

¿Qué hemos de apelar, hombre, si estamos conformes con el autor del apotegma!—me dice con clara voz un estudiante en teología que es más feliz al recoger los billetes de abono á un tablancillo, que cuando recibe la nota de sobresaliente en su carrera. ¿Por qué hemos de apelar? ¿Por qué? ¿Qué razón hay para que se pueda tener lástima á los que componen esa masa de gente á quien llaman público? ¿Qué desgracia nos aflige? ¿Qué batalla hemos perdido? ¿Qué daño nos amenaza? ¿Está Scipión á las puertas de Roma?

Basta y sobra, amigo mío, que hace usted alarde de no tener pelos en la lengua; para decir que es verdad la excelente afirmación del aficionado señor Triviño, no necesita esforzarse. Quede sentado que el toro y el caballo son dignos de compasión, y confiese que el único que tiene razón es el toro.

Sentado y... *acostado* si usted quiere: que no hemos de negar á esos animales lo que no negamos á la pobre perdiz, á quien el pícaro cazador espera traidoramente escondido detrás del *tollo*, para matarla y privar de su amparo á sus infelices hijuelos; pero eso de que el toro tiene razón, no lo entiendo, si no se me explica. Razón ¿de qué ó para qué? ¿Para acometer? ¿Para herir? ¿Para matar? Pues entonces, razón habrá también para herirle y matarle, que donde las dan las toman; y ya que su poder sea tan grande que al hombre le sea imposible dominarle por la fuerza, claro es que ha de apelar á su inteligencia, sus mañas y sus ardides.

No he querido oír más sandeces, y he vuelto la

espalda al estudiante. ¡Allá se las entienda con quienes como él piensen, que yo, hoy por hoy, digo con el señor Navarrete, que ha hecho muy bien el Gabinete francés al desatender, há pocos meses, la petición en favor de las corridas que unos católicos rancios (¿católicos y rancios?, con la olla tengo la tema), querían celebrar en la capital de la vecina República, y más hubiera yo hecho, si señor, que no seguiría permitiendo se celebren como se están celebrando constantemente en Mont de Marsan, en Nimes, en Cauterets y otros pueblos de aquel civilizado país, mojigangas toreras que ocasionan heridos, muertos y otros excesos, aunque no fuera más que por evitar las inculdas hablillas de los que suponen existen en aquella tierra unas leyes para las grandes poblaciones, y otras para las pequeñas.

\*  
\*  
\*

*En ninguna parte ¡voto al diablo! se desordenan más las pasiones; en ninguna parte se prostituyen tanto las aspiraciones del alma como en la Plaza de Toros, por más que en el pugilato inglés y en los ejercicios ecuestres y gimnásticos, hayamos convenido los impugnadores de la tauromaquia en que «no disfruta tanto el público con la habilidad de los artistas, como con la posibilidad de verlos descostillados. El más prodigioso salto nada vale sin la salsa de que tal vez se rompa el volatinero el esternón.»* ¿Sabéis el impulso que guía al pueblo estúpido, que al ver libre del daño al torero que sufrió una cogida ó un revolcón, prorrumpe en atronadores aplausos con frenética alegría? Pues no es porque se goce del bien, ni porque le adorne como á todo buen español la virtud de la caridad encarnada en las *entretelas* de su gran corazón; no: es porque... por... porque parecía mal lo contrario; digo yo; porque otra cosa no se me ocurre.

¡Vaya si se prostituyen las aspiraciones del alma en la Plaza de Toros! Allí, allí, á la sordina, es donde se fraguan los grandes complots que *ponen los nervios en combustión*; allí es donde se conciertan los robos de doncellas y de valores públicos; allí es donde se falsifican los billetes de Banco; allí donde se cometen los timos, se da el pego y se levantan muertos; (1) allí, en fin, donde se cometen los grandes crímenes, que resonando en todo

el mundo, aterran y atemorizan la sociedad, que parece tambalearse cuando la noticia de haberse cometido, causa mayor explosión que la de una bomba de dinamita; allí, allí en la Plaza de Toros, y no en parte alguna, es donde pasa todo lo que va dicho, sino que *naturalmente*, nadie lo ve, ni oye. ¿Qué más? En secreto diré á ustedes que las *operaciones* que precedieron á la liquidación, por virtud de la cual quedaron extinguidas aquellas célebres sociedades de crédito que causaron la ruina de tantos miles de familias, se debe al encumbramiento de media docena de hombres, menos escrupulosos que los toreros, que lo pensaron, desarrollaron y casi se llevaron á efecto en la Plaza de Toros. (Puede que no sucediera nada de lo dicho, pero... ha podido suceder, que para Dios nada hay imposible.)

Conque quedamos en que la Plaza de Toros es el punto en que más se prostituye el alma y en que más se desordenan las pasiones. Una prueba evidente es, que uno de los dos impugnadores que ahora nos han salido, al ver en una de las pasadas corridas entrar en un palco á la hermosa marquesa de L. se sintió repentinamente *desordenado* «con ímpetus y turbaciones interiores que nos ciegan.» (1) Añadan ustedes este *caso* á los anteriores y á otros muchos que pudiera contar, y díganme con imparcialidad si nuestras afirmaciones son ó no justas.

\*  
\*  
\*

Vamos á otro punto que no tiene vuelta de hoja. Este sí que confunde hasta el quinto suelo á los ignorantes taurófilos.

¡Estremeceos!

No se concibe, no se comprende, no cabe en el entendimiento humano, que un padre quiera, y mucho menos procure la perversión de sus hijos; y, sin embargo, ese padre bueno, honrado y trabajador, que lo mismo puede ser progresista de los que oyen misa, que tendero carlista de los que leen *El Motin*, ó banquero demócrata partidario de Carlos *Chapa*, tiene la insensatez, la poca aprensión, la nunca bastante criticada desvergüenza de llevar á sus hijos á ver una corrida de toros. ¡Fragilidad paternal! ¡Inconcebible condescendencia! Siendo la Plaza de Toros un centro donde se

(1) Esto nadie lo negará.

(1) Catecismo del P. Ripalda.

desatan y revuelven las malas pasiones, ¿no comprende ese *padrazo* que el alma del ser que vive en él, se prostituye y se embrutece?

Yo con lágrimas ¡ay! *que escaldan la mejilla*, con profunda pena y sincero arrepentimiento, me confieso reo de tan tremendo delito. He tenido la debilidad, he cometido la torpeza de premiar los adelantos que tuvieron mis hijos en sus estudios, llevándolos á presenciar esa horrible atrocidad que se llama corrida de toros, y alentado su afición, y fomentado ese vicio, que de tal manera prostituye el alma, los buenos instintos y la razón sensata. Perdón pido por tamaño desliz, y no hago propósito de la enmienda, porque me conozco; pero harto castigado estoy con la salida de tono que uno de ellos—el menor de mis hijos—tuvo hace cuatro años al emborronar las cuartillas de un artículo que hizo publicar en un acreditado periódico no taurino, y de que para muestra, copio los siguientes párrafos:

.....

«... Como el objeto de este artículo no es el de hacer historia detallada del espectáculo, cosa imposible en breve espacio, apuntaremos aquí solamente cuáles han sido las épocas de mayor apogeo de estas fiestas, para venir en conocimiento de si, siendo tan bárbaras, sólo se han desarrollado á la sombra de la ignorancia, ó si ha sucedido lo contrario.

Pasando por alto funciones anteriores, cuentan las crónicas y afirma la historia, que en 1124, al contraer matrimonio el Rey don Alfonso VII con doña Berenguela de Barcelona, y en 1144, en León, al casar doña Urraca con don García VI, Rey de Navarra, se celebraron grandes fiestas de toros—tan brillantes como nunca se habían conocido—no habiendo noticia, después de la muerte de aquel Rey, llamado por excelencia *El Emperador*, que destruyó los reinos de Sevilla y Córdoba, y llegó con sus armas hasta Almería, hubiese en España funciones notables de toros hasta 1418 y 1436, en Medina del Campo y en Soria, siendo Rey don Juan II, de quien dice la historia que era muy *aficionado á las letras humanas*, singularmente á la poesía, que en su tiempo, y con su patrocinio, empezó á salir de la oscuridad y el abatimiento en que yacía después de tantos años de barbarie. Es decir, que en los reinados de don Pedro *El Cruel*, de don Enrique *El Bastardo*, de don Enrique *El Doliente*, y de don Enrique *El Impotente*, no hubo funciones taurinas oficiales,

digámoslo así—aunque particulares en ningún punto de España dejarían de celebrarse;—y como va dicho, se celebraron bajo el mando de los *ilustrados* Alfonso VII y don Juan II.

A la Reina de Castilla, doña Isabel I, la Católica, no la gustaron las corridas de toros, según consta de una carta por ella escrita á su confesor, que no queremos consignar aquí, por haber abusado tanto de su cita en todas ocasiones: pero á pesar de ello, en su próspero reinado, en la más solemne ocasión de regocijo y alegría para una madre, cuando casó á su hija con don Alfonso, primogénito de los Reyes de Portugal, hizo celebrar en Sevilla (18 Abril 1490), tan notables corridas de toros y cañas, que llamaron la atención de muchas gentes, que de muy lejos acudieron á presenciarlas, y tomando el Rey parte en las mismas. Otro tanto sucedió en 1526, al nacer el infante don Felipe, hijo del Emperador Carlos V, que en la plaza de Valladolid mató un toro de una lanzada, y más tarde, al casar dicho don Felipe con doña Isabel de Valois, y al contraer segundas nupcias con doña Ana de Austria: de modo que en los *prósperos reinados* de los Reyes Católicos y del Emperador Carlos V, las corridas de toros no sólo eran consentidas, sino que formaban parte, como ahora, de los festejos reales celebrados por grandes sucesos. Ni en tiempo de *La Beltraneja* ni en los de doña Juana *La Loca* hubo corridas de toros, y sólo se verificó *una* notable al concluirse la Plaza Mayor de Madrid, en tiempo de Felipe III, que imitando en esto á don Fernando *El Católico* expulsó de España á muchos cristianos nuevos, y tuvo confiado el gobierno al Duque de Lerma, no muy afortunado por cierto para la dirección de los negocios.

Viene Felipe IV al trono, apellidándole *El Grande*, título que más le convenía por sus excelentes prendas de carácter, ilustración y apoyo que á las letras, artes y ciencias prestó durante su mando, que por su fortuna en la gobernación del Estado, y las fiestas de toros toman incremento y se celebran con una ostentación que hasta entonces no se había conocido, tomando parte en ellas la más alta nobleza, que tiene á gran honra hacer gala ante la corte, de su destreza y pujanza.

Sucédele Carlos II *El Hechizado*, y las funciones de toros que con motivo de sus bodas se celebraron en Madrid, cedieron su preferencia á los autos de fe y á las hogueras de la Inquisición.

Allá por los años de 1730 al 35, y reinando Felipe V, empezaron á formarse cuadrillas de toreros

de á pie y á caballo, que regularizaron, digámoslo así, la lidia de toros bravos, que hasta entonces con más ó menos fortuna había estado confiada en la parte de mayor riesgo á los hombres asalariados; y en la más lucida, aunque también expuesta, á caballeros y gente noble, que por hacer alarde de su valor ante su Rey ó su dama, lo mismo harían frente, rejón en mano, á un toro jarameño ó de las orillas del Betis, que á un escuadrón de gente de guerra con lanza en cuja y visera calada.

Las cuadrillas toreras que, como hemos dicho, se formaron antes del medio siglo último, reconocieron como jefe más aventajado al mismo que el público señalaba ya con tal nombre, á Francisco Romero, inventor de la muleta para matar los toros frente á frente y á pie firme, si bien había otras cuadrillas que recorrían los pueblos.

Pues bien; tanto en las provincias de Andalucía, donde más arraigada estaba la afición, como en el resto de España, no había entonces media docena de plazas, propiamente dichas, ó sea construidas *ad hoc* y con carácter permanente, incluso Madrid, que sólo celebraba las corridas ordinarias en la plaza edificada en la inmediación de la de Antón Martín, cerca de la actual calle del Tinte, que servía de toriles y corrales para el ganado destinado á la lidia.

Pocos años después, y cuando ya empezaron á darse á conocer como matadores de nombre los hermanos Palomos, se hicieron algunas plazas en Andalucía y en Navarra, y el Rey Fernando VI concedió al Hospital de Madrid la propiedad de la plaza que se estrenó en 1749, edificada á su costa en las afueras de la Puerta de Alcalá, y que todos hemos conocido derribar en Agosto de 1874. Todavía, por consecuencia de la gran afición al toreo que se iba desarrollando en todas las provincias de España, se edificaron nuevas plazas en Aragón y Andalucía, siendo dignas de mención la de Zaragoza, que lo fué en 1764, y la de Sevilla en 1760; y tanto se repitieron las corridas en coso y fuera de plazas al intento construídas, que el Rey Carlos III creyó conveniente suprimirlas.

Esta prohibición duró tan poco tiempo, que en 1765 el mismo Monarca hizo celebrar corridas reales de toros, con motivo del enlace de su hijo don Carlos con María Luisa. Entusiasmaban luego al público Pedro Romero, José Delgado (*Illo*), Pepe Conde y el famoso *Costillares*; y al querer muchas poblaciones de España admirar su mérito, construyeron plazas para ello, entre las que se distinguieron las de Ronda en 1775, y la de Aranjuez

en 1796, y otras muchas. Decayó algo el arte tau-rino después de la muerte de *Pepe Illo*, y tal vez por el estado á que la guerra con Francia condujo á los españoles: y en esta época se construyeron pocas, muy pocas plazas, de las que sólo recordamos en 1715 una en Córdoba. Pero con la aparición de Montes, *Cúchares* y el *Chiclanero*, se reanima la afición y se extiende en tales términos, que á competencia construyen plazas permanentes las ciudades de Cáceres, Ciudad Real, Alicante, Almagro y Antequera, y echa sus cimientos la magnífica que hoy posee la ciudad del Cid. No decae el entusiasmo, y tras de aquellas plazas constrúyense otras, hasta en Oviedo, donde nunca se habían corrido toros, lo mismo que en otros puntos de España, pudiendo afirmarse que no hay en esta Nación, provincia alguna que carezca de circo taurino, y que no bajarán de 600 las hoy existentes.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca de la época en que ha sido mayor la afición á la fiesta de que nos ocupamos, y, por consiguiente, de cuándo la edificación de plazas ha tenido mayor incremento, porque ha de servir esto al objeto que nos proponemos.

Portugal, esa parte de la Península Ibérica, cuya ilustración es notoria, ha construído gran número de plazas para la lidia de toros; y caballeros de alto rango no se desdennan de tomar en ellas participación, cuando se trata de festejar á amigos elevados ó tender la mano de la caridad á pobres desvalidos, y la Francia, esa nación que se llama á sí misma la cabeza de Europa y dice marcha al frente de la civilización, construye plazas en muchas de sus ciudades para ver nuestro espectáculo favorito, y en este mismo año ha celebrado corridas, en número que excede de 40.

No pasemos adelante. Basta lo dicho para hacer constar que Francia, más ilustrada que Portugal, y Portugal, que quieren algunos creer que lo es más que España, van tomando de ésta *la pasión* del toreo. Obsérvase también, y sobre esto ya hemos apuntado algo, que cuando mayor ilustración ha habido en nuestro país, es cuando más grande ha sido el número de construcciones de plazas.

Todos reconocen, y la historia lo consigna, que el Rey Carlos III, al llamar á sus consejos hombres tan sabios como Floridablanca, Jovellanos, Aranda y Campomanes, favoreció la instrucción del pueblo español notablemente.

No habrá quien niegue que durante el reinado de Isabel II ha extendido la civilización en todas sus manifestaciones, su benéfico influjo por España.

Como antes hemos dicho, la ilustración de nuestros vecinos los portugueses, no puede negarse, sin faltar á la verdad.

La Francia no quiere ceder el primer puesto en nada y á nadie, en cuanto á inteligencia, civilización, etc.

Y precisamente en tiempo de Carlos III, de Isabel II y de los gobiernos más liberales, y por consiguiente, ilustrados, que en Portugal y en Francia ha habido, es cuando se desarrolla la afición á las corridas de toros.

Y en la época del absolutismo de Fernando VII en España, en la de Luis XVIII y Carlos X en Francia, decaen notablemente y no se conocen en muchos puntos.

¿Quién explica este fenómeno?

.....

«Si la civilización está en razón inversa del número de corridas de toros que un pueblo presencia, ¿qué grado de aquélla alcanzan actualmente España entera y gran parte de Portugal, Francia y América, que cada día se aficionan más al espectáculo?

¿Vamos atrás ó adelante en el camino del progreso?

¿Es éste favorable al espectáculo nacional, ó inconscientemente se deja vencer ese pueblo sabio, científico y civilizador, por el valor y la arrogancia?

¿Habrà que decir que los pueblos pierden virilidad cuando se civilizan, y por eso admiran la valentía de los pocos hombres que no se parecen á los demás, en cuanto al desprecio de la vida?

¿Es más cobarde el pueblo más instruído? ¿Es más valiente el pueblo más ignorante? ¿Pueden hermanarse la civilización y el valor?

Si se opone la civilización á que un pueblo goce, con esa fiesta ¿por qué en las épocas de mayor ilustración es cuando más se desarrolla la afición á las corridas de toros?

La felicidad de un pueblo ¿se conoce por las manifestaciones de alegría de sus habitantes? No lo sabemos; pero si en la familia se refleja el bienestar de sus individuos por sus actos ostensibles, preciso es confesar que en ningún momento de la vida demuestran las naciones más bienestar que cuando se entregan á sus diversiones favoritas.

Ved sino á todo un pueblo en un día de corrida de toros, seis horas antes de empezar la fiesta, ¡qué movimiento, qué agitación, qué actividad en sus habitantes! Mientras unos se dedican afanosamente

á concluir sus labores y adelantar sus quehaceres, otros más desocupados piden al tiempo que corra: las mujeres se acicalan, y componen, y atavían y retocan con interior alegría; y los viejos se alborozan, y la gente joven canta como las alondras en el campo, y hasta en las caballerizas de los magnates hay desusado movimiento, para enjaezar los caballos, preparar los trenes y vestir de gala.

Conforme va aproximándose la hora señalada para la celebración de la gran fiesta, todos los caminos, cuantas vías de comunicación afluyen, guían ó conducen á la Plaza, se van llenando de gente, que alegre y contenta se confunde y mezcla entre sí marchando aceleradamente como si hubiese de faltarla asiento en el gran circo, ó temiéndose llegar tarde al espectáculo. Elegantes damas ocupan ricos trenes rebosando lujo y ostentando vistosos trajes, de los que forman digno remate preciosas é interesantes cabezas, rubias como el oro, negras como la endrina, ó de ese color castaño que sólo tienen las españolas; sirviendo de pabellón á unas facciones finísimas y expresivas, de ojos azules como el cielo, negros como el azabache ó garzos como los de la gacela, que al mirarlos queman, la airosa mantilla andaluza de finísimo encaje blanco. Mozas del pueblo de espléndida hermosura, con vistosísimos trajes multicolores, unas á pie y otras en modestos coches de alquiler, pero todas al lado de sus galanes, forman parte de la alegre comitiva que en vertiginosa carrera se antepone, retrasa ó iguala á los demás carruajes, entre los que se encuentran los ómnibus atestados hasta la cima de gente de todas clases, guiados por diestros mayores y jóvenes zagales, que con sus gritos y exclamaciones alientan al ganado y hacen que con el ruido de los cascabeles y campanillas aumente la animación y rebose el gozo en los semblantes de todos los transeuntes.

La imaginación no puede concebir cuadro tan alegre, y nadie puede verle sin sentir en su interior, siquiera por aquel momento, el colmo de la dicha en el olvido de sus penas.

Ya estamos en la Plaza.

La vista se recrea gozosa y asombrada al contemplar aquel extendido anfiteatro, circundado por una doble corona de gradas y palcos en que aparecen como incrustadas, á manera de perlas y esmeraldas, bellísimas mujeres ricamente ataviadas, y algunos hombres que forman el esmalte negro que la corona ostenta, para que brillen más aquellas piedras preciosas.

En los tendidos se ven, con diversidad de trajes,

posturas y ademanes, niñas coquetas, pollos almirados, sesudos caballeros y gentes del pueblo.

Aquello es otra nueva Babel, todos hablan, todos gritan, todos gesticulan y se mueven á un tiempo.

Por si algo falta para dar más animación á este cuadro, allí se ven desparramados y pregonando su mercancía, á voz en grito, los abaniqueros y vendedores de naranjas, que con sin igual destreza las arrojan á los palcos, gradas y tendidos.

Llega la hora y aparece la autoridad que preside en su palco, y á la señal que hace con el pañuelo, el cuadro cambia, tomando colores más vivos.

Suena el clarín, redoblan los timbales, siéntanse los que están de pie, y entre los silbidos y la algazara, retíranse á sus localidades cuantos ocupaban la plaza.

Los ministriles despejan el redondel y marchan en busca de las cuadrillas. Aparece en vistosísimo grupo la gente torera de á pie y á caballo, rica y lujosamente ataviada, con más oro y plata que los que encierra el Banco, y seguida de los chulos y tiros de muías, enjaezados con elegancia.

Todos marchan al alegre son de la música, con aquel *aire* y aquella *sal* que á la gente torera es inherente.

El público les saluda aplaudiendo frenéticamente y flameando sombreros, abanicos y pañuelos. Cambian el lujoso capote de paseo por el de faena, el alguacil *corre* la llave, suena el clarín y...

He ahí el malhadado articulito que á mí, infeliz padre del padre del mismo, satisfizo algún tanto cuando le ví en letras de molde. ¡Lo que es la ignorancia!

Tener yo por bueno, ó al menos como *pasable* cuanto en el tal articulito va escrito, es igual á enamorarse de mujer fea. Ahora lo comprendo, desde que el Sr. de Navarrete me ha convencido. Porque á la verdad, ¿qué se propuso probar su autor con la relación de hechos que expone? Que á los Reyes *Cruels*, *Impotentes*, *Déspotas*, *Dolientes*, *Bastardos* y *Locos* no les gustaban las corridas de toros, y que los *Ilustrados*, *Valientes* y *Civilizadores* las protegieron? Pues eso ya lo sabíamos todos los que hemos leído *un poquito*, y no necesitábamos viniera á decirnoslo un mozo casi imberbe. ¿Que cuando las naciones ponen en mayor actividad y movimiento sus recursos intelectuales, acrecen los materiales? También lo sabemos. ¿Que por consecuencia de lo dicho, los más ricos pien-

san más que los pobres en gozar y divertirse, y que por eso en las épocas más prósperas de esta nación se han construído más plazas de toros que cuando no teníamos un cuarto? Noticia coja: para decir eso no necesitaba el chiquillo haberse calentado la mollera.

Tal vez pensara al escribirlo en que llegaría pronto la ocasión de que el Sr. de Navarrete ú otro impugnador del abominable espectáculo, había de escribir para probar lo contrario, y quiso anticiparse, ó mejor dicho, sembrar la duda en mi ánimo.

La duda cuando menos, que espero fundadamente desvanezca aquel señor.

Si en vez de gastar los bienes de este mundo y los del alma, en corridas de toros y en otras funciones y divertimientos que aniquilan aquél y pervertien la última, nos dedicamos á esa hermosa faena de descargar y cargar mercancías; de portearlas, venderlas y hacerlas productivas, tomando el género humano el aspecto hermoso de carretero, mozo de aduanas y el de tratantes, chalanes y *vividores*, acumulando riqueza sobre riqueza, sin cesar y sin descanso, ¿qué vamos á hacer con tanto dinero junto?

A mí, francamente, aunque me gusta trabajar—no en esos oficios—me complace más divertirme y cuando menos, dedicar un día á la semana al recreo, que para eso, después de cubrir las perentorias necesidades de la vida, he trabajado siempre. Otro tanto sucederá al Sr. de Navarrete y á cada hijo de vecino, y dudo mucho (pícara duda) que ni él ni los demás trabajen todos en acarrear comestibles, como no sea desde el plato á la boca, ni dejen de divertirse en funciones... honestas, si se quiere, que yo no sé cuáles serán.

Es indudable, y con esto respondo á la impertinencia de mi vástago, que no me deja en paz, queriendo echar en el asunto su cuarto á espadas, que los jesuitas son la causa eficiente de que haya corridas de toros, porque ellos las promueven por bajo de cuerda y valiéndose de sus mañas. Si alguien pone en duda esta aseveración, fundándose en que precisamente cuando en España no ha habido congregaciones de jesuitas, ha sido la época en que más corridas de toros se han dado, y más plazas se han construído; mi buen predecesor se encargará de convencerle de lo contrario, ¿con qué razones? no lo sé, pero él las encontrará: vaya si las encontrará!

Que no te convenzo, dices: tampoco yo lo estoy mucho que digamos, pero... basta, que ya para

muestra sobra un botón. ¡Vaya con el chiquillo, qué modo de entusiasmarse!

¿Habrase visto semejante desafuero? ¿Qué sabes tú, pobre vástago mío, de pinturas fantásticas?

Tampoco yo las sabía y hasta miré entonces con júbilo y con amor de padre tus ensayos literarios; pero ahora, en vista de lo que nos dicen, plenamente convencido, no puedo menos de exclamar—como la madre aquélla que en un teatro casero oyó decir á su hijo en un drama «sudores fríos, corren por mi fuente» en vez de sudores fríos corren por mi frente. ¡Hijo mío! ¡Chiquitín! ¡Métete, que lo ensuciaste!

Oye al gran impugnador y aprende y tiembla y... ó no tiembles, ni te asustes, hombre, que la cosa no es para tanto, pero escucha. *Ni concibo tampoco, qué recreo hallará la vista en aquella confusión de chaquetas, hongos, levitas, sombreros de copa y abanicos, salpicada muy escasamente de pañuelos y mantillas, pues si en el palco A, ó en la delantera de grada B, pueden admirarse los radiantes ojos de una morena, ó la graciosa sonrisa de una rubia, para conseguir esto, no hay necesidad de ir á la plaza.*

¿Te convences, hombre, te convences de que no hay necesidad de ir á la plaza para ver mujeres? Date un paseito por el Retiro, Recoletos ó la Castellana, y ya verás mujeres rubias, morenas, con ojos, sin ellos, calvas, cojas, mancas, y de todas edades y condiciones.

No habías caído en ello, ignorante, ¡ni sabías que *para ir á la plaza, pobres y ricos suelen achisparse!* Yo tampoco lo he visto en cuarenta y siete años, ¡qué barbaridad! qué hace asisto sin interrupción á tan malhadada fiesta. Ya se ve, ¡primero que abrimos los ojos á la luz de la razón se pasa tanto tiempo! Pero déjate, que ya preguntaré á mis compañeros de palco, y á los ganaderos amigos, y al empresario y á los revisteros, y demás gente conocida, pobre y rica, en cuanto los vea entrar por las puertas, ¿vienen ustedes *chispas?* ¿Dura el rescoldo? Y si en Madrid no encuentro muchos alegros por una pítima interna, cuando vea las corridas de Valencia, las de San Sebastián ó las del cualquier plaza de Andalucía, ya me enteraré si el alcalde, el banquero, el rentista, el industrial, ó los ganaderos más acomodados se alumbran por dentro con vino manchego, sagardúa ó manzanilla, que bueno es enterarse para saberlo todo.

Padres que tenéis hijos, no los llevéis á ver funciones de toros, creednos á los impugnadores de

tan soez espectáculo, si no queréis verlos en camino de perdición. Por olvido, sin duda, no ha habido hasta ahora quien dé el aviso, y por eso España no es más que un presidio suelto, cuna de malhechores, donde lo menos el noventa y nueve por ciento de los aficionados está destinado ¡Ave María Purísima! destinado... *á consentir que se levanten los siniestros tablados en las plazas públicas.* (TABLEAU.)

\*  
\*  
\*

Mucho pudiera decir acerca de que *en la plaza de toros están los españoles al mismo nivel de cultura que lo estaban los moros, nuestros conquistadores;* pero tengo compasión de los aficionados, y no quiero que me tomen ojeriza. Diré, sin embargo, que estamos tal vez más atrasados; que mezquitas y palacios como los que ellos hicieron, no se hacen ahora; que en muchas artes industriales sabían más que se sabe hoy; y que en letras y ciencias hubo hombres sabios, á quienes hay que envidiar. De consiguiente, admitiré *en eso*, y es mucho conceder, el mismo nivel de cultura, no así en cuanto á la *lucha* que tenían con los toros, que no puede compararse con la *lidia* que se da actualmente á las reses bravas. Debía ser mucho más bonito, más edificante aquello de clavar 15 ó 16 picas en confuso tropel al bravo animal, y cortarle los corvejones con los chafarotes, después de arrojarle dardos y venablos, en cambio de una docena de volteos por los aires, otra de reventados por los suelos, y otra de cornadas, puntazos y varetazos, que la insulsa, fría y más que necia suerte de matar *recibiendo*, por ejemplo, en la cual «el valiente diestro se coloca frente al toro, cerca, muy cerca, á tres pasos de distancia, á dos, á menos si es preciso. Pasa de muleta al toro tres ó cuatro veces en redondo, permaneciendo quieto, sin separar un pie de otro, girando sobre los talones lo puramente preciso para dar siempre la cara á la fiera, y ésta ha pasado alrededor de aquel impávido lidiaador, buscando con furia un objeto que destrozar, tras del rojo trapo que la engaña. En los círculos que describe el paño, húmedo por el resoplido del toro, hay algún flúido que electriza; aquellos pliegues despiden un vapor que se sube á la cabeza. El espectador que por vez primera lo ve, no puede apartar la vista, está asombrado, ensimismado. Párase por fin el toro, acércase más á él aquel

hombre, cuya estatura crece en aquel momento al erguirse, conociendo que le contempla un gentío inmenso, mudo al ver tal arrogancia; tiende la muleta, la lía, se perfila frente al testuz de la fiera; coloca su espada en recta dirección al punto en que quiere clavarla, junta de nuevo sus piés, y espera. Adelanta todavía un pie, alarga el brazo izquierdo, en que ostenta el rojo trapo ya liado, provoca con su voz al toro, parte éste rápido como un rayo, y al inclinar su cuello para herir con sus formidables armas, el hombre, inmóvil y sereno, deja que se le acerque, le hace torcer su ruta á favor de la muleta, clava en él su acerado estoque, y el bravo animal se encoge, se tambalea y se desploma.»

.....  
 .....  
 Y ahora de la imparcialidad.

¿Qué comparación tiene una suerte con otra? Aquella, la de los árabes, presta á la atención mayores atractivos que las practicadas por los españoles de coleta, ¿qué duda cabe? Si yo tuviera influencia con los toreros del día, había de aconsejarles que dejaran el *arte* moderno por la barbarie antigua; quiero decir, la barbarie de ahora por... vamos por... las prácticas de entonces, y ¡puede que no quisieran salirse del nivel de cultura antes mencionado! Venid, jóvenes incautos, les diría: ¿no comprendéis que es mejor irse al toro una turba de 20 hombres bien armados, que uno *solo* de vosotros, sin más armas que un percal? De este modo es verdad que demostráis vencer al bruto, como también le vence el buen picador con la garrocha, más del otro moriríais alguno, otros quedarían cojos ó mancos, y alguien se salvaría, pero caballos se perderían pocos; y como la muerte de los animales importa en grado eminente, á evitarla es á lo que hay que atender con preferencia. Pues á pesar de ser tan sólida esta razón como los cerros de San Isidro, no me harían caso: —¡si conoceré yo la gente! — ¡Como no se le hará D. Rafael Molina al Sr. Navarrete *cortándose la coleta, protestando contra la barbarie de la lidia de reses bravas, y empleando su capital en... la fabricación de aceites.* ¡Compare! —dirá á su mejor amigo— ¿por quién me ha tomao ese Sr. Navarrito, Navarrote ó Navarrete? ¿Se quié quear conmigo? ¿Tengo yo facha de aceitero? ¡Pus hombre!! Y pa jonjabarme dice que estoy á la altura de Montes y de Redondo. ¡Me jase gracia! Que se ponga ese señorito á la altura que *ellos están* si quié ser aceitero, que el hijo del niño de Dios se está bien

ganando parneses, sin aprender un ofisio tan gracioso; ¡pues hombre me jase gracia!

Estoy oyendo al torero decir esas ó parecidas, palabras, sin reflexionar el pobre que, con el buen aceite que él fabricara, nuestros hijos comerían unas ensaladitas que ya... ya, sin tener que ir á Francia á pagar tributo. *Mayormente*, los toreros no van á impresionarse demasiado con nuestras predicaciones.

\*  
 \* \*  
 \*

¿Consentiría el Gobierno la instalación de una fábrica de pólvora en la Carrera de San Jerónimo de Madrid?—pregunta con buen sentido mi precursor;—y la contestación que á reglón seguido se da, es lógica y contundente. *No, porque sería un atentado al derecho á la vida de los vecinos.*

¡Bien dicho! ¡Que le pinchen ratas! Esa es una estocada que va al fondo, y es lástima que no la haya ampliado preguntando: ¿Por qué los Gobiernos permiten á los padres de familia, ó hijos, que para el caso es igual, trabajar en la fabricación de aquella materia terriblemente explosiva, atentando contra su vida (que vale tanto como la de los vecinos): por qué autorizan la elaboración de la dinamita: por qué consienten que en una mala cáscara de nuez se lancen al mar en busca de cuatro sardinas los pobres pescadores, que suelen no volver á sus casas: por qué paga jornales á una población entera que *vive* (mejor sería decir que agoniza) sacando azogue ú otros minerales de los profundos antros de la tierra: por qué... en fin, tolera el ejercicio de profesiones que embotan la inteligencia y causan enfermedades y la muerte de los infelices que las ejercen?

Esto y más ha debido añadir á su pregunta, sin temor á que le replicaran, que la sociedad ha establecido leyes que exigen el sacrificio de unos pocos en beneficio de los más, lo cual no será justo en conciencia, pero es legal. Eso no se considera atentatorio á los derechos individuales, pero sí lo son las corridas de toros, en que por fuerza se obliga á los toreros á exponerse á una muerte cierta; y si precisamente no es por fuerza, es porque todos ellos están inducidos y engañados, ¡inocentes! ¿por quién dirán ustedes? ¿No aciertan? Pues si eso lo saben todos: *por los que desean dominar el mundo y acaparar la instrucción de niños y niñas* (y niñas ¿eh? ¡qué pillines!), *para que sean*

*sucios, hipócritas, enemigos de la libertad* (1).  
Ahí está la razón de que *nosotros los demócratas*

(Nosotros solos somos los buenos,  
nosotros solos, ni más ni menos.)

*seamos enemigos de tan indigna fiesta*; esa es la razón de que los demócratas no vayamos nunca á ver corridas de toros; los que allí van son todos *carcas*, ó poco menos. Si hemos visto ocupando localidades altas y bajas á los Riveros, Castelares, Figueras ó Montemares, ó á los *Merengueros*, *Cojos de las Peñuelas* y *Tachuelas*, que dicen eran demócratas, no debemos atribuirlo sino á que fueron engañados, seducidos como niños inocentes, porque á todos nos consta la falta de malicia de aquellos buenos patricios. ¿Verdad?

Guerra, pues, á las corridas de toros en nombre de la democracia; y si les dicen á ustedes que en las Plazas de Toros es el único punto donde impera realmente la soberanía del pueblo, no lo crean, aunque lo vean. Guerra á todas las profesiones en que se arriesgue la vida, incluso la militar, y las en que por la aspiración continua de un producto químico ponzoñoso pueda padecer el hombre, aunque cooperen á la realización de empresas beneficiosas á la nación en general (2). Tiempo es ya de que se aparten de nuestra vista espectáculos que *ocasionan la muerte á Pepe Illo, Montes, Oliva, Domínguez, el Tato y Pepete*, porque si bien en todo el siglo presente, lidiándose más de ¡cincuenta mil toros! han muerto ¡diez hombres!, y aparte de que Montes no murió á consecuencia de su herida, ni Oliva fué torero de profesión, y Domínguez ha fallecido de muerte natural á los setenta y un años de edad; aparte de eso, digo, en lo demás, no habrá quien nos contradiga. Me parece á mí.

Esas *equivocaciones* del Sr. Navarrete son *petaca minuta* (3); pero me traen á la memoria antiguo relato de aquella escena que ocurrió á uno de nuestros más populares actores, y que á trueque de que no haga efecto, quiero trasladar aquí.

Actor Alcázar que sobre el Tejo...  
Apuntador Tajo.

Alcázar que sobre el Tejo...  
Tajo.  
Alcázar que sobre el Tajo  
blandamente te reclinas  
y en sus ondas cristalinas  
te ves como en un... espajo,  
(Acercándose irritado al apuntador.)  
¿lo ve usted, señor... Marrajo,  
cómo era Tejo y no Tajo?

\*  
\*  
\*

*Al insigne poeta lord Byron, que visitó á Cádiz durante la guerra de la Independencia, le produjo tal indignación una corrida de toros, que en el apunte de ese viaje que figura en sus obras, hay frases de entusiasmo por la belleza de la ciudad, de desprecio, y aun de falso testimonio para los españoles y para las españolas, y de tiernísima compasión para el caballo.*

¡Qué razón tenía el eminente lord para opinar así! En las palabras que preceden, transcritas del libro *División de plaza*, se conoce á la legua que era *inglés*. ¡Qué dientes tan largos se le pondrían al examinar la belleza de Cádiz, la tacita de plata de Andalucía, la envidiada de los extranjeros! ¡Ay! si con ella hubieran podido quedarse los británicos, ¿quién les tose con Gibraltar y Cádiz?

Los maliciosos podrán haber creído que, el motivo de despreciar el *inglés* á los españoles y españolas, y aun de hacer á los mismos el *levantamiento* de... falsos testimonios, puede obedecer á la *coba* que le dieran algunas gaditanas, *sin largarle la tela*, dejándole con un palmo de narices; y á alguna insinuación de cuello vuelto, que le propinase en canto llano un marido ofendido, ó un amante quisquilloso: pero, no es esa la causa en mi opinión. Creo yo, y me parece no andar des-acertado, que el motivo de sus... exageraciones debe atribuirse, á que siendo un poeta de calenturienta imaginación, cuyas extravagancias le dieron nombre, se le fué... el santo al cielo ó se le aflojaron los tornillos de la chaveta. Eso á cualquiera le sucede, y no hay por qué extrañarlo; y en cuanto á la tiernísima compasión para el caballo, bien demostró sus naturales instintos el excéntrico poeta que solo tiene para el hombre palabras ofensivas y para la mujer injurias. ¡Pobrecito caballo, que está deseando morir para descansar, ya le maten de un tiro ó le lleven á un matadero ó muladar por inservible en vez de aca-

(1) Tara-tira-ta-tira-ta-tú. ¡Libertad, libertad sacrosanta!...

(2) Apaga y vámonos.

(3) De pitillos, v. g.

bar en las plazas; y pícaros hombres y malditas mujeres que no han dado al *inglés* la tacita de plata con que se hubiera recreado, ni otorgado los favores que tanto le hubieran satisfecho!

Y como no se consuela el que no quiere: y como, otra cosa podré tener, pero no mala intención, voy á citar las opiniones de verdaderas autoridades *extranjeras* (porque si las cito españolas dirán que busco testigos de tacha), que han visto corridas de toros y se han contagiado al maléfico influjo de nuestras costumbres, *pervirtiendo su alma y prostituyendo su cuerpo*.

Allá van.

J. F. Burgoing, autor del libro *Tableau de l'Espagne moderne, 1797*, dijo, al hablar de las corridas de toros, que el circo presenta un golpe de vista imponente: que la pasión de los españoles á estas fiestas nada influye en lo moral, ni altera la dulzura de sus costumbres, y que el riesgo de los toreros es mucho menos de lo que se exagera.

J. J. Rousseau, el gran filósofo, dijo: Una gran nación debe mantener sus usos propios, civiles y domésticos, que tal vez degeneran diariamente por la propensión general de la Europa á imitar los gustos y maneras de los franceses. Conviene, pues, sostener estos usos, que siempre serán ventajosos, aun cuando de suyo fuesen indiferentes ó no buenos, bajo ciertos respetos. Si fuese dable, nada hay exclusivo para los grandes y poderosos. Muchos espectáculos al raso en donde todo el pueblo se divierta igualmente, como entre los antiguos, y que allí la juventud de la nobleza haga ensayos de fuerza y agilidad. No han contribuído poco las corridas de toros á mantener en la nación española un cierto vigor.

Teófilo Gautier, Edmundo de Amicis, y... ¿á qué citar más nombres? otros muchos muy ilustres y sensatos, han hablado con elogio de las corridas de toros, pero no seré yo quien los traiga á cuenta. Eso sería dar armas á mis adversarios, y una cosa es, como ya he dicho, no tener mala intención, y otra poner dócilmente el cuello para ser estrangulado; además de que á nuestros fines importa hoy llamar á Rousseau y á los demás escritores que no consideraron bárbara la función de toros, gente de poco más ó menos que no sabía lo que se pescaba; y á Jorge Gordon Byron, que así se llamó el ilustre lord inglés, el hombre de acertado *juicio*, por más que sus biógrafos hayan convenido en que su cabeza andaba á pájaros en muchas ocasiones; tales fueron sus raras y repetidas excentricidades.

Porque también conviene á nuestros fines, ha

dicho, con razón como siempre, mi buen predecesor, que al escribir Moratín sus famosas quintillas (que nunca se olvidarán, al paso que nuestros *trabajos* durarán menos tiempo del que se tarde en leerlos), estuvo más afortunado en todas las estrofas que no atañen á los horrores de la lidia, porque en éstas no abundan las bellezas literarias. *No parece sino que los hilos de la inspiración se rompan cada vez que D. Nicolás se imaginaba una embestida del bruto, ó una caída de corcel y caballero.*

Y dice muy bien el señor de Navarrete. ¡Vaya si lo dice! *La poesía se resiste á describir las fiestas bárbaras*, y si muchas composiciones de poetas celebrados han sido y son consideradas como modelos en su género, aunque describan fiestas y hechos bárbaros ó atroces, los que tal hacen no entienden una palabra del arte: que si en el poema épico á que Virgilio dió el nombre de la *Eneida* y en el de la *Araucana* de Ercilla y en otras muchas *poesías* de nuestros primeros autores se describen aquellas... barbaridades; si en muchos himnos se excita á cometerlas ó se relatan las sucedidas, indudablemente hay que atribuirlo á... ¿á qué diré yo? á casualidad, aunque sean muchas más casualidades que las que contenía la sucia capa del pobre estudiante, héroe de un cuento que por sabido se calla. Para corroborar y afirmar lo dicho en el párrafo anterior—el de los hilos rotos de D. Nicolás (1)—voy á copiar también algunas quintillas que precisamente se refieran á la descripción de la lucha del toro con el hombre.

Crece la algazara, y él  
torciendo las riendas de oro,  
marcha al combate cruel,  
alza el galope, y al toro  
busca en sonoro tropel.

.....

Pero ya Rodrigo espera  
con heróico atrevimiento:  
el pueblo mudo y atento:  
se engalla el toro y altera  
y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,  
sobre la espalda la arroja  
con el hueso retorcido:  
el suelo huele y le moja  
con ardiente resoplido.

(1) No fué tendero ni mucho menos. Bueno es advertirlo.

La cola inquieto menea,  
la oreja diestra mosquea,  
vase retirando atrás,  
para que la fuerza sea  
mayor, y el ímpetu más.

.....

...el bruto se abalanza  
en terrible ligereza,  
mas rota con gran pujanza  
la alta nuca, la fiereza  
y el último aliento lanza.

La confusa vocería  
que en tal instante se oyó,  
fué tanta, que parecía  
que honda mina reventó,  
ó el monte y valle se hundía.

A estas quintillas, á estos admirables versos, en opinión de algunos que les conceden vigor, fluidez, naturalidad, expresión, gallardía, y qué sé yo cuántas cosas más, los estima *prosa rimada* el señor Navarrete, *cuarzo grosero*: y como yo me he propuesto *corearle*, ó lo que es igual, ser su eco, repetiré con él que *la poesía no puede buenamente describir fiestas bárbaras*, digan lo que quieran el prosista Moratín; el menguado Rodrigo Caro (que no habló de fiestas de toros, sino de gladiadores); el autor de los cuentos de un loco, don José Zorrilla; el que cantó la *Guerra de Africa*, don Pedro Antonio Alarcón, y otros *pobres hombres* que han hecho versos describiendo las corridas de toros, sin duda por no considerarlas bárbaras.

A nosotros nos conviene hoy dar más crédito á lord Byron; y se le damos, y tentados estamos—es decir, yo no, y supongo que el señor Navarrete tampoco—á dársela á otro *inglés*, Robert Owen, que ha sostenido (1) que «el destino del hombre no es otro que el de obedecer, COMO SUS HERMANOS LOS BRUTOS, á sus instintos y apetitos.»

Muy fuerte es esto para mí, que protesto enérgicamente contra semejante atrocidad, mil veces más bestial que las corridas de toros; y protesto tanto más, cuanto ni por un momento admito, ni en hipótesis, que mis hermanos sean los brutos. El que tales cosas dice, será otro... excéntrico como el buen novelista Byron: y aquí hago alto sobre este punto, antes de que mis contrarios inventen preguntar si aquellos ingleses eran ó fueron miembros de alguna sociedad protectora de brutos, ó si ha de ser con sujeción á la doctrina de

Owen, la congregación que Navarrete quiere funde el celeberrimo marqués de San Carlos.

Para no saber contestar, *peor es meneallo*, que en boca cerrada no entran moscas.

\*  
\* \*

*La Presidencia por la autoridad de las corridas de toros debe desaparecer.*

Conformes de toda conformidad. Ya lo dije hace más de ocho años, y después lo han dicho, apoyando mis razones, todos los desgraciados amantes del arte que han relatado en revistas taurinas los lances de la lidia. Dí mis razones, que tales me parecieron y siguen pareciéndome, pero no me atreví á lanzar el grito subversivo de «Fuera los Presidentes de las corridas de toros.» Le ha dado mi predecesor en la impugnación, y puesto que al principio dije que me obligaba á hacerle coro, repito la voz; y no me atrevo á repetir: ¡Viva el derecho! ¡Viva la ley que emana del derecho! porque no alcanza mi torpe inteligencia á comprender qué pito ni qué flauta toca aquí el derecho ni el torcido. Estoy convencido, sin embargo, que cuando lo dice el señor Navarrete, sus razones tendrá, y que su constante repetición de las palabras derecho, libertad, baldón, infamia, horror, escándalo, progreso, brutalidad y otras semejantes que baraja con una rapidez y precipitación que atolondran, obedece, cuando menos, á la idiosincrasia del individuo, á la ardiente imaginación puramente meridional, de dicho impugnador de lo taurómaco, que asegura, bajo su palabra, *que tal fiesta ha sido constantemente amparada por el Estado, por la aristocracia y por la religión.*

Alguna equivocación advertirán en esto los que han rebuscado papeles y desentrañado archivos, para saber un poco de la historia del toreo, como si se tratara ¡necios! del descubrimiento de las herraduras del asno, con una de cuyas quijadas mató Caín á Abel (porque pudo más que él), cosa importantísima para los pre-históricos; que no todos los Gobiernos ó Reyes de España han considerado oficial, ni mucho menos, la fiesta de toros, puesto que se dieron leyes prohibiéndolas é infamando á los toreros; no á todos los aristócratas ha parecido bien, y si no dígalo el nunca bien ponderado, célebre cual no otro, y alegre como cualquiera señor Marqués de San Carlos; y nunca las han amparado en nombre de la religión los Papas ni los Obispos, que hasta negaron se-

(1) M. A. Jay Rapport présenté á l'Academie française le 20 avril 1841.

pultura eclesiástica á los que murieran en lucha con las fieras; pero este *lapsus* es otra *petaca minuta* que hay que agregar á la anterior.

También observarán los estúpidos defensores de la horrible fiesta, que al mismo tiempo que mi antecesor en la impugnación asegura que en los tiempos modernos la aristocracia no desdeña las ciencias, las artes ni las industrias, y no ampara la lidia de reses, cita en apoyo de su aserto al Duque de Rivas, sin acordarse de que su brillante pluma realzó la fiesta en un magnífico romance; á la Duquesa de Medinaceli, cuya espléndida belleza hemos visto acrecentada con el precioso traje de torera, presidiendo muchísimas becerradas; á los Duques de Veragua, de San Lorenzo, Conde del Aguila y Marqués del Saltillo, decididos aficionados y muy notables ganaderos de reses bravas; al Marqués de los Castillejos, el inolvidable Prim, que fué socio de número de la famosa del Jardínillo, y al Marqués de Salamanca, que fué un notable aficionado, y precisamente el contratista de la construcción de la gran Plaza ó circo de Madrid. Esta es otra *petaca minuta*, que con las anteriores, puede almacenar para formar colección, y para que sirva de base á la *Sociedad abolicionista de las corridas de toros, que propone se funde bajo el manto tutelar del señor Marqués de San Carlos*. ¡Bravísimo, Sr. Navarrete!

Con otro golpe como ese  
se eterniza en el poder.

¡Ah, valiente! ¡Duro ahí!

Para cuando constituyamos esa estupenda sociedad, propongo que, como primera providencia, compremos *todas* las Plazas de Toros de España y del mundo entero, é islas adyacentes, y *todos* los toros bravos que existen y puedan existir; y amansando á éstos y derribando aquéllas, que vengan, que vengan los toreritos á hacer de las suyas, que ya los dejaremos con un palmo de narices. Vayan allá; que se metan á aceiteros ó á ejercer otro oficio de pringue, y verán cómo les relucen las espaldas.

Yo suplico á mis lectores que esta idea no la propaguen, que por lo mismo que es GRANDE, quiero que la gloria de su invención ú ocurrencia, vaya siempre unida al nombre de un impugnador de la execrable fiesta. Es un capricho.

¡Qué bien estaríamos los españoles si *los terrenos en que pastan los toros bravos fuesen roturados y nos los repartieran en lotes!* ¡Qué descansada vida la del que huyendo del mundanal, etc., se fuese al campo, y á la sombra de un árbol se quedara en celestial arrobamiento!! ¡Ay qué regalo! Sin pensar en vestirse con más ó menos delicada *toilette*, sin afeitarse, el que tuviera barbas, sin lavarse nunca y sin tener que cavilar en el pan nuestro de cada día—porque supongo nos le traería un cuervo, como á no sé qué santo—¿Qué más desearían los pícaros aficionados? ¿Estarían mejor en el inmundo edificio donde se verifican las indecentes corridas de toros? Allí, tranquilos como los partorcitos de la Arcadia, tocando la flauta ó armando con las pastorcitas un caramillo, ¡qué gusto! no echaría nadie de menos su casa alfombrada, ni su mesa confortable ni su mullida cama, ni nada; en fin, que allí tendría hermoso lecho de hojas secas cuando no lloviera; gredosa arena que pisar; estruendoso aire que respirar y cálido y ardiente sol, que le diera al cutis un colorcito obscuro y tostado de irresistible atracción. Alguna víbora, topo, lagartija ó corta-rabos por el suelo, y algún moscardón, tábano, cinife ó mosquitillo por el aire, serían causa de alguna incomodidad *pequeña*, pero todos los agrestes se verían ampliamente recompensados con la facultad libérrima de observar los astros, contemplar la magnificencia de las tempestades y escuchar los aullidos de los lobos, sino se venían encima. ¡Al campo, pues! y concluyan *los grandes ganaderos, que son los mantenedores de la execrable fiesta, los responsables de esa ignominia*.

¿Es que no existen, dice el Sr. Navarrete, otras fiestas que no matan la razón, y el alma y el cuerpo, y que no envenenen y pudran la sociedad?

¡Vaya si existen!

Las carreras de caballos, que son una fiesta *culta*, donde no se estampa *el alma*, más que de tres veces dos el alcoholizado jockey, á quien previamente se pesa como un talego, y donde por más que digan los detractores, nunca excede de una docena de personas en cada carrera las que, por consecuencia de la mano de la ruleta, que es el caballo, se quedan con los bolsillos limpios y la conciencia sucia.

Es función más *culta* que la de los toros (!!!).

También las *mascaradas* con sus comparsas de ciegos y tullidos, que van pidiendo (¿querían ustedes que viniesen dando?); el hombre de las barbas con el hígú famoso; los que se visten de fel-

pudos; las *doncellas* disfrazadas de hombres en calzoncillos; los *bebés* con sonajeros descomunales, cuernos, tambores y trompetas, producen atractivo extraordinario (para escapar de allí 150 millones de leguas), y confianza y aproximación *cariñosa* de los individuos que no se conocen, hasta el punto de que le apabullan el sombrero á cualquier cristiano, y... tan contento. Como que en esas mascaradas hay olvido de las penas *sin la embriaguez de la gritería salvaje, ni de la sangre que hay en los toros* (1). Por supuesto, que aquí no hablamos de otra cosa que de las mascaradas al aire libre, no de los bailes de máscaras, donde, según el inolvidable Larra, «allí hay madres que andan buscando á sus hijas, y muchos maridos á sus mujeres, sin encontrarlas.»

Y por último, los teatros, las ferias, las exposiciones de plantas y las de ganados, que tan *distinguido aroma* despiden á distancia de 10 kilómetros; los conciertos, las comidas de campo y los bailes públicos— como los de la Gachona, el Gavilán y la Frappé, por ejemplo— bastan y sobran para que podamos divertirnos sin ver corridas de toros. ¡Ya lo creo! ¡Cuánto daríais, pobres lectores, por divertirnos tanto como otros muchos en los famosos bailes de Capellanes!

¡Qué tiempos aquellos!  
ya no volverán...

¡Cuántas comidas de campo *con acompañamiento* salieron de allí! ¡Cuántos *conciertos* en que al fin y á la postre alguien quedaba desconcertado!

Pero no hablemos de eso.

Y venid aquí, acercáos, *oid*, ATENDED, ESCUCHAD. ¡Gran secreto! ¿Sabéis de dónde salen la iniciativa y el dinero para la construcción de las nuevas plazas de Toros?

—Sí, señor; de los hombres de negocios que saben aplicar su inteligencia á lo que les ha de dar utilidad, y el dinero... de la caja, me dice un infeliz capitalista.

No me interrumpa usted y déjeme concluir. *Ahonden, ahonden ustedes y tropezarán siempre con un jesuita de capa larga ó de capa corta.*

¿Qué t...a...l...tal? ¿A que no sabían ustedes nada del secretito que en confianza les digo? Pues no duden, que es positivamente cierto. Según mis noticias, el descubrimiento se debe á una suripan-

ta jubilada que apadrinó un sastre, pariente de un amigo mío, pero no lo digan ustedes á nadie, porque aunque más callado está entre todos, lo que les conviene es *ahondar, ahondar* hasta las mismas profundidades de los profundos... Entonces se convencerán de que á los jesuitas les gusta que les den con la badila en los nudillos, por aquello de «Jesuita y se ahorcó, cuenta le tendría.»

.....  
Dice muy bien, rebién y requetebién el señor Navarrete; y si alguien intenta contradecirle, que se vea conmigo. Cuando desaparezcan las corridas de toros; cuando no haya necesidad de conocer siquiera lo que son esos instrumentos que inventan los hombres para su exterminio, y apoyados en los cuales, á falta de razón y de justicia, se matan miles de hombres por el capricho y la ambición de un *sublevado*; cuando no tengamos en España luchas políticas; cuando haya ley..., es decir, cuando se cumpla y obedezca por todos sin excepción; cuando seamos nación rica, próspera y envidiada; cuando tengamos abiertos los senderos que conduzcan á la realización de los risueños ideales del porvenir, cuando todos pensemos lo mismo, y por lo tanto no haya divergencia de opiniones; cuando los hombres, incluso los toreros, que claro es, también lo son, y las mujeres, sin exceptuar las cancanistas, sean buenos, virtuosos y... santos, entonces, entonces

¡Oh qué gran país;  
qué felicidad!

entonces, vuelvo á decir, ya no tenemos otra cosa que hacer, sino tomar cada uno su violón, fígle, flauta ó instrumento que mejor sepa manejar, ó al que más afición tenga, para que, como sucede en el Paraíso, entonemos todos

||| MUSICA CELESTIAL |||

\* \* \*

*Hay en el Código penal señalado castigo para el suicida; la imprudencia temeraria se pena como delito, y, sin embargo, las autoridades que persiguen esos delitos, castigan con multas al torero que no se arrima, es decir, castigan la falta de imprudencia temeraria. Así lo dice el Sr. Jiménez, que es lástima no se llame Blas, para aplicarle aquello de lo dijo Blas.,. Y no me venga por ahí algún le-*

(1) ¿Quiere usted darse una vueltecita por la Pradera del Canal el miércoles de Ceniza?

guleyo aficionado á los moños y á las moñas, explicándome el Código, y diciendo que la imprudencia temeraria consiste en la ejecución de un hecho que, *si mediase malicia*, constituiría delito; que yo por mi compañero impugnador le cortaría el paso, asegurándole que me consta, de una manera indudable, que los diestros (y cuanto menos lo son, más los comprendo en el caso) llevan malicia en lo que hacen y hasta muchas veces matan á traición, con premeditación y alevosía. ¿Eh? ¿Me explico? Ya cuando hagamos un nuevo Código penal cuatro amigos anti-taurómacos eminentemente sabios, incluiremos en su primer capítulo del que haremos desaparecer esa *malicia* y medie ó no medie ¡duro ahí! impondremos á los toreros la pena de reclusión perpetua, á los ganaderos la de pobreza perpetua, y á los Presidentes y aficionados á la bárbara fiesta, cadena perpetua; que en nuestro humanitario Código escribiremos que todas las penas serán perpetuas, para evitar reincidencias.

Antes, y para que en el seno de la comisión no haya divergencias, siempre lamentables, mucho más, cuando se trata de asunto tan piramidalmente cataléptico, cuidaré yo, y si no la persona de más influencia sobre los señores Navarrete y Jiménez (q. s. g. h.) (1) de ver cómo se ponen de acuerdo sobre un punto importante, cual es el de que el último ha citado las palabras del Padre Mariana *sacar toros al coso, afirmo que es inicuo, negro y cruel espectáculo. Este es mi juicio y será eternamente mi sentencia*; y el primero sabe muy bien que el tal padre disculpa, sino defiende las corridas de toros y fué jesuita—por más que á su patria la hiciese, entre otros, un gran servicio, con su célebre Historia de España—y ya tiene dicho que *ahondando*, en todo lo relativo á cuernos se encontrarán no puntazos, ni siquiera varetazos, sino jesuitas. Pero ya se pondrán de acuerdo, y si no, nombraremos una comisión mixta de caballos y de toros de ellos protegidos con razón, y les harán entrar en esta sin réplica ni encono.

¡Como que no estamos llamados á regenerar el país los anti-taurófilos!

¡Bonitos somos para consentir la continuación de tal oprobio!

Como tal lo reconocieron—ahora entra lo bueno, ¡preparen!—*Alonso de Herrera, Santo Tomás de Villanueva, el venerable Juan de Avila, Gó-*

*mez de Amezcoa, Gregorio López (1), Quevedo y otros que enumera—¡apunten!—probando esto que tal espectáculo no ha tenido nunca de su parte á los hombres que, con sus escritos y con sus actos, han contribuído al mayor lustre y engrandecimiento—¡fuego!—de su patria. ¡Púm!*

Y así lo reconozco yo de buena voluntad, y así lo reconocerán los que tales opiniones lean, porque ni ellos ni yo nos acordaremos para nada del gran Cervantes, príncipe de los ingenios españoles, del erudito D. Antonio Capmani, del célebre Moratín, regenerador de la escena española, del insigne D. Ramón de la Cruz, del inolvidable Isidoro Maiquez, del inteligente Carnerero, del inimitable Goya, ni de otros muchísimos que malgastaron su imaginación en pró de las corridas.—Los olvidaremos y haremos bien desatendiendo á tantos extraviados

cuyas pésimas letu-  
la cabeza devana-

porque ellos no procuraron nunca el lustre y el engrandecimiento de su patria, (2) ni sabían de toros lo que aquellos presbíteros, ni de toreo de muleta y cambios en la cabeza, como Isabel I.

Qué bien citada y á tiempo ha traído Jiménez á la arena... de la discusión la trasnochada carta de la Reina Isabel la Católica á su confesor Fray Hernando de Talavera en que le dijo: *De los toros sentí lo que vos decís aunque no alcancé tanto, mas luego allí propuse con toda determinación de nunca verlos, en toda mi vida, ni ser en que se corran, y no digo defenderlos* (esto es prohibirlos) *porque esto no era para mí á solas.*

La lectura de este párrafo conmueve y enternece. Es verdad que siendo entonces las corridas de toros, de tal manera distintas en todo y por todo á las que ahora se celebran, ninguno de los que hoy vivimos hubiéramos, aun viviendo en aquella época, presenciado aquéllas, pero también es verdad que á pesar de ser como eran, la buena Señora, la gran Reina, no se desdendió, como antes va dicho, de presenciarlas, después de mandarlas celebrar cuando el casamiento de su hija.

Por donde se ve que una cosa es predicar y otra dar trigo. Tal vez la humanitaria Señora—que humanitaria en alto grado ha de reconocerse á quien fundó la Inquisición—se condolió de los po-

(1) No hay que alarmarse. Estas cuatro letras quieren decir que *saldrán ganando horas.*

(1) No es el conocido entre la gente de coleta. Este es de los otros López.

(2) ¡Blasfemasti!

rrazos, heridas y barbaridades que llevarían y cometerían los que de lidiar toros estaban encargados, y que de reglas del arte se hallarían á la altura del subsuelo, y á eso aludiría en su carta cuando dice «sentí lo que vos decís;» pero algún malévolo de los muchos que hay en este pícaro mundo, establecería tal vez comparación entre las *luchas* en aquel tiempo y las *lidiás* del presente, para sacar consecuencias que le favorecieran. ¿Diría, por ejemplo, si aquella Reina y aquellos santos varones, en vez de presenciar tremendo pugilato entre las desordenadas turbas de hombres con las fieras, hubiesen llegado á ver cómo en nuestros tiempos vemos, la habilidad y hasta la elegancia en los variados juegos que con los toros ejecutan los toreros? ¿Pensarían lo mismo que pensarón? ¿Dirían lo que dijeron? ¿A que más de una vez á la Buena Señora se la hubieran encandilado los ojos mirando la gallardía, garbo y sal del célebre *Chiclanero*, y hubiera palpitado de gozo su corazón al concluir el gracioso *Tato* un admirable galleo? ¡Venga de ahí! habría exclamado la Reina olvidando su majestad, y ¡venga de ahí! habrían repetido los venerable que nos citan; es probable, más que probable seguro, que les hubiera sucedido lo que al Santo Padre que prohibió el fandango, creyéndole un baile obsceno y hasta irreligioso. Sabido es que se apeló al recurso de que, puesto el cónclave de Cardenales no había nunca presenciado semejante baile, y, por consiguiente, podía haber aconsejado aquella determinación, fiado solo en los informes de personas no peritas, fuesen á Roma unas cuantas parejas de bailaores y se sometiera la apelación al resultado de la prueba ocular. Se escogieron seis barbianas de las que dan el opio, llegó el día señalado, y con sus parejas empezaron el baile ante el gran número de prelados que componían aquel jurado. Sonaron las guitarras y el repiqueteo de las castañuelas, y aquellos santos varones palidieron, tapándose algunos la cara con las manos; después, cuando los jaleadores empezaron á gritar ¡olé tu mare! ¡bien por lo güeno! y las bailarinas empezaron á hacer pompas con sus cortos é insurgentes vestidos, dejando ver pantorrillas de mucha verdad, y de allí al cielo, entreabrieron los padres los dedos de las manos y algunos menos timoratos las bajaron y llegaron á juntarlas, oyéndose á media voz ¡*bravisima!* Pero cuando al final empezó el jaleo con toda su ostentación de magia estrepitosa, los quiebros de cintura de las mozas acompañaban al zarrandeo de sus contorneadas caderas, y los ojos her-

mósimos españoles miraban al cielo casi entornados, repiqueteando *muy menudito* las castañuelas, y haciendo sonar quejidos á las guitarras, entonces, entonces, los prelados aplaudieron á rabiar, perdieron su gravedad, se levantaron, y arrastrados por la violencia de la tentadora inspiración, todos, todos acabaron por bailar el fandango, armándose allí tal *juerga*, que á pesar de los muchos años que hace que ocurrió esto, aún dura la tradición que lo atestigua.

Pues están ustedes en un error los que tal proponen; la opinión particular de unos cuantos, enfrente de la de otros, no puede inclinar á nadie á decidirse, sin examinar detenidamente, *viéndolos y entendiéndolos*, los hechos antiguos y modernos que son objeto de la controversia; pero tratándose de una reina-hembra, de un santo, de un venerable sacerdote muy ilustre, natural de Almodóvar, la cosa ya *varea*.

¡¡DURO AHÍ!!

Y que no *háiga* compasión.

\*  
\* \*

*Amados hermanos míos:* expuesto queda con la mayor claridad, y con marcada inocencia y falta de malicia, el daño que causan á la sociedad, á la familia y á los animales las malditas corridas de toros, á que tanta afición muestran los españoles.

Por ellas estamos todos pervertidos, sin conciencia recta, perdidas las nociones de buena educación y de honradez, abyecta el alma y en camino de los presidios y algo más: que eso de sentir y dolerse de que un toro hiera á un hombre, y no parar mientes en que mate un caballo, podréis, hermanos, considerarlo como lo más natural del mundo, pero no estáis en lo firme. Vale tanto, un bruto como un hombre, según dicen.

No creáis lo contrario, hijos, que hasta ahora hemos vivido en grave error. ¡Protección absoluta y decidida á toda clase de animales, con preferencia al hombre! Marchemos todos, y yo el primero, por tan benéfica senda; que si alguna vez nos sirven como manjares apetitosos y apetecibles los faisanes, codornices ó chochas ricamente condimentados, despidiendo un olorillo capaz de resucitar un muerto, los comeremos, ¡qué diablo! Ya que los animalitos murieron, ¿qué mayor protección podemos dar á sus inocentes restos, que la de guardarlos en nuestros estómagos?

Caridad con el prójimo, hermanos, caridad, que es la que endereza á las demás virtudes. A ella dirigen sus firmes pasos con segura planta los Santos Padres, Navarrete, Jiménez y demás compañeros mártires; y yo os conjuro en nombre de la gran masa antitaurófila á que *pian piano* los sigáis á donde os lleven, como sigue el becerro á su madre.

Ya os encontraréis con las bellas formas de las hermosas suripantas, fresquitas de traje, aliviadas de pudor y pintadas de rostro, «de aquellos rostros donde no asoma la vergüenza nunca», ya admiraréis cómo encogen las patas ó alargan el cuello los animales, á voluntad del que á fuerza de palos, hambres y otras *protecciones* parecidas les ha enseñado. Allí también lucirán sus gracias los payasos, haciendo el mono, el oso y qué sé yo qué más, con una perfección, que habrá momentos en que realmente dudaréis si el mono es hombre ó el hombre es mono. Esto no envilece, amados míos, ni el tirar de un carro, ni recibir puntapiés, ni bofetadas, porque todo es *por juego*, para entretener al ilustrado público; y *por juego* también podéis adquirir mucho dinero para perderlo en la *poulhe* de la gran ruleta: para obsequiar á las bellezas retintas, lomipardas y calceteras, que os dejarán sin calcetas: para ilustraros con las hazañas de los payasos que se tragan sables afilados y mascan estopas encendidas: y para gastar en otras diversiones *cultas* que no perviertan el alma ni descompongan el cuerpo, aunque le dejen tan firme como carro desvencijado.

Apartaos, hermanos, de la horrenda fiesta taurina. Apartad á vuestras mujeres de toda función de cuernos, que eso y el beber cerveza, se os sube á la cabeza: y sobre todo, impedid á todo trance que vuestros hijos vean, ni aun dentro de casa, cualquier lance en que la mujer haga de torera, no sea que el ejemplo cunda y la cosa no tenga remedio.

Os predico con la *misma* convicción que mis predecesores. Si á pesar de cuanto hemos dicho para traeros al buen camino, nada conseguimos: si fijándoos en nuestros *hechos*, no hacéis caso de

nuestros *dichos*; si persistís en no *ahondar* para saber de veras quién tiene la culpa de que haya corridas de toros; si... en fin, os habéis reído de lo que con buena voluntad y sobrado talento hemos predicado... *habéis hecho perfectísimamente*.

¿Entendísteis? ¡¡PERFECTÍSIMAMENTE!!

\*  
\* \*

Para contestar á todas las erróneas afirmaciones que el señor Navarrete ha hecho en contra de las corridas de toros, podría escribirse un libro tan grande como el *Diccionario de la Academia*, sobre todo, si siguiendo á dicho señor en su fantástica excursión por los espacios imaginarios, hubiera luego precisión de descender á navegar por el inmenso piélago de las profundas lagunas taurofilosófico-sociales, á que tanta afición muestra el distinguido antagonista; pero conociendo que ni él ni yo nos convenceremos, ni lograremos convencer á los que de otro modo piensan, paréceme que, con sólo unas cuantas páginas á *la ligera*, como lo están las precedentes, basta y sobra para satisfacer mis aficiones taurinas, que se han creído obligadas á rectificar errores expuestos con ensañamiento y premeditación.

Escribir contra las fiestas de toros, es simplemente un pasatiempo, disculpable tal vez, cuando al que lo verifica guía el deseo de lucir sus dotes literarias, si las tiene, que esto no sucede con frecuencia; y no abrigando la convicción de que sus predicaciones han de ayudar, cuando menos, á concluir con una fiesta que, á pesar de las graves censuras y penas que contra ella se han fulminado, ha durado *más de mil años*, es tiempo perdido el que se emplea en anatematizarlas.

Si yo le he perdido también al defenderlas, lo han de decir los aficionados al ESPECTÁCULO NACIONAL, que de seguro harán el mismo caso de las censuras anti-taurinas, que el que hacen los pica-dores tumbones cuando les gritan:

¡¡DURO AHÍ!!!

# INDICE GENERAL

INDIOU GENERAL

# INDICE GENERAL

PÁGINAS

## PRIMERA PARTE. — INTRODUCCIÓN.

|                                                                                        |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Al que leyere.....                                                                     | vii |
| CAPÍTULO I.—De las fiestas en general y en particular de la de toros.....              | 1   |
| CAPÍTULO II.—Algo sobre la historia de las corridas de toros.....                      | 7   |
| CAPÍTULO III.—Del toreo moderno, sus vicisitudes y su apogeo.....                      | 15  |
| CAPÍTULO IV.—Comparación entre las fiestas de toros y otros espectáculos.....          | 21  |
| CAPÍTULO V.—Continuación del anterior.....                                             | 27  |
| CAPÍTULO VI.—Conclusión y resumen de los dos anteriores.....                           | 33  |
| CAPÍTULO VII.—Cuatro palabras contra los impugnadores de las corridas de toros.....    | 43  |
| CAPÍTULO VIII.—Conveniencia de las corridas de toros bajo el punto de vista económico. | 47  |

## SEGUNDA PARTE. — DICCIONARIO.

|              |     |
|--------------|-----|
| Letra A..... | 55  |
| » B.....     | 117 |
| » C.....     | 151 |
| » CH.....    | 215 |
| » D.....     | 221 |
| » E.....     | 263 |
| » F.....     | 283 |

|              |     |
|--------------|-----|
| Letra G..... | 321 |
| » H.....     | 361 |
| » I.....     | 415 |
| » J.....     | 423 |
| » K.....     | 437 |
| » L.....     | 439 |
| » LL.....    | 467 |
| » M.....     | 469 |
| » N.....     | 525 |
| » O.....     | 535 |
| » P.....     | 549 |
| » Q.....     | 643 |
| » R.....     | 647 |
| » S.....     | 701 |
| » T.....     | 747 |
| » U.....     | 771 |
| » V.....     | 775 |
| » Y.....     | 795 |
| » Z.....     | 797 |

SUPLEMENTO. — *Adiciones y enmiendas.*

|              |     |
|--------------|-----|
| Letra A..... | 801 |
| » B.....     | 812 |
| » C.....     | 815 |
| » CH.....    | 823 |
| » D.....     | 824 |
| » E.....     | 824 |
| » F.....     | 824 |
| » G.....     | 826 |
| » H.....     | 830 |
| » I.....     | 831 |
| » J.....     | 832 |
| » L.....     | 833 |
| » M.....     | 834 |
| » N.....     | 837 |
| » O.....     | 838 |
| » P.....     | 838 |
| » R.....     | 839 |
| » S.....     | 839 |
| » T.....     | 841 |
| » V.....     | 841 |

**TERCERA PARTE.** — ARTÍCULOS CORTOS, CRÍTICOS Y TEÓRICOS.

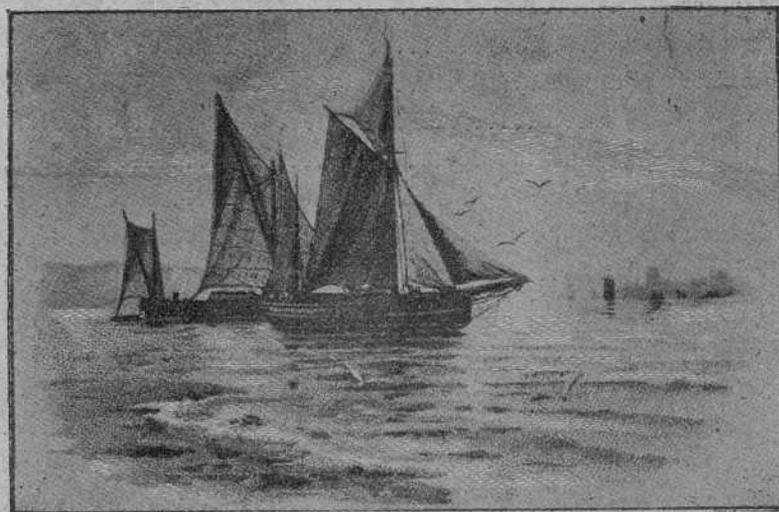
|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| I.—La carrera del torero..... | 847 |
| II.—Vocación.....             | 849 |

|                                                                    |     |
|--------------------------------------------------------------------|-----|
| III.—El miedo.....                                                 | 851 |
| IV.—La ignorancia.....                                             | 854 |
| V.—Milagros.....                                                   | 857 |
| VI.—Subordinación.....                                             | 860 |
| VII.—Conocimiento que de los toros deben tener los lidiadores..... | 863 |
| VIII.—Los maestros.....                                            | 865 |
| IX.—Los directores de plazas.....                                  | 867 |
| X.—Cómo son y cómo fueron los instrumentos del toreo.....          | 869 |
| XI.—Los ganaderos.....                                             | 871 |
| XII.—A los ganaderos.....                                          | 874 |
| XIII.—Los toros de la tierra.....                                  | 877 |
| XIV.—Antigüedad de las ganaderías.....                             | 880 |
| XV.—En defensa ajena.—Orden de ganaderías.....                     | 886 |
| XVI.—De la prelación de ganaderías y matadores.....                | 888 |
| XVII.—¿Qué debemos preferir?.....                                  | 888 |
| XVIII.—Los picadores del día.....                                  | 891 |
| XIX.—Contra los malos picadores.....                               | 893 |
| XX.—El rejón y la garrocha.....                                    | 895 |
| XXI.—¿Hay toros?.....                                              | 898 |
| XXII.—Nueva campaña.....                                           | 901 |
| XXIII.—Sigue la campaña.....                                       | 904 |
| XXIV.—Animo y adelante.....                                        | 906 |
| XXV.—Filípica.—Sobre la suerte de recibir.....                     | 909 |
| XXVI.—¿Es de recurso la estocada á volapié?.....                   | 911 |
| XXVII.—Tenicismo.....                                              | 914 |
| XXVIII.—La mano izquierda.....                                     | 916 |
| XXIX.—Los quites.....                                              | 919 |
| XXX.—La capa de faena.....                                         | 922 |
| XXXI.—La muleta y el capote.....                                   | 925 |
| XXXII.—Las competencias.....                                       | 928 |
| XXXIII.—Olvidos perjudiciales.....                                 | 931 |
| XXXIV.—Cuestiones irresolubles.—El enchiqeramamiento.....          | 933 |
| XXXV.—Cuestiones irresolubles.—La alternativa.....                 | 936 |
| XXXVI.—Los banderilleros.....                                      | 940 |
| XXXVII.—El último mono.—Lidia antigua y lidia moderna.....         | 942 |
| XXXVIII.—Exageraciones.....                                        | 945 |
| XXXIX.—¿Cómo deben escribirse las revistas de toros?.....          | 947 |
| XL.—La música y el toreo.....                                      | 950 |
| XLI.—Los infantes toreros.....                                     | 952 |
| XLII.—¡Pobre arte!.....                                            | 955 |
| XLIII.—Vicios ó costumbres.....                                    | 958 |
| XLIV.—Lo que hace falta.....                                       | 961 |
| XLV.—Seamos justos.....                                            | 964 |
| XLVI.—A deslindar los campos.....                                  | 967 |
| XLVII.—¿Vendrá la reacción?.....                                   | 970 |
| XLVIII.—Galería taurina de 1890.....                               | 973 |
| XLIX.—El tendido número 5.....                                     | 978 |

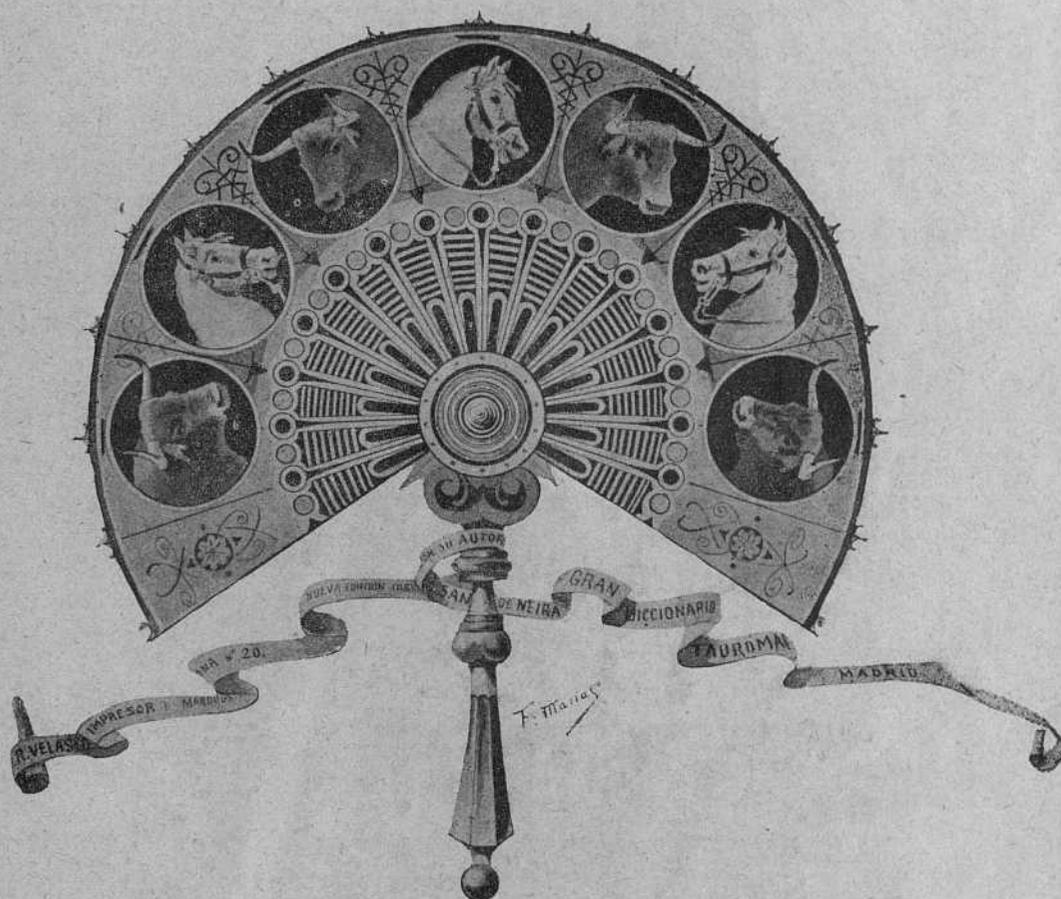
|                                               |      |
|-----------------------------------------------|------|
| CAPÍTULO I.—Preliminares.....                 | 987  |
| CAPÍTULO II.—Los ajustes.....                 | 992  |
| CAPÍTULO III.—El bando.....                   | 997  |
| CAPÍTULO IV.—La plaza.—Gloria «La Ninfa»..... | 1000 |
| CAPÍTULO V.—Después de la corrida.....        | 1003 |
| CAPÍTULO VI.—Continuación del anterior.....   | 1007 |
| CAPÍTULO VII.—La despedida.....               | 1010 |
| CAPÍTULO VIII.—Anteproyectos.....             | 1017 |
| CAPÍTULO IX.—Los contratos.....               | 1021 |
| CAPÍTULO X.—Murmuraciones.....                | 1025 |
| CAPÍTULO XI.—¡A los toros!.....               | 1028 |
| CAPÍTULO XII.—Críticas y comentarios.....     | 1033 |
| CAPÍTULO XIII.—La casa de un matador.....     | 1037 |
| CAPÍTULO XIV.—El viejo aficionado.....        | 1041 |
| CAPÍTULO XV.—Bomba final.....                 | 1044 |

¡¡DURO AHÍ!!.— *Ayuda que presta á los impugnadores de las corridas de toros el autor de este libro.*

|                   |      |
|-------------------|------|
| ¡¡Duro ahí!!..... | 1051 |
|-------------------|------|



ACABOSE  
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN MADRID, EN CASA DE DON REGINO VELASCO  
A 25 DE SEPTIEMBRE DE  
1897









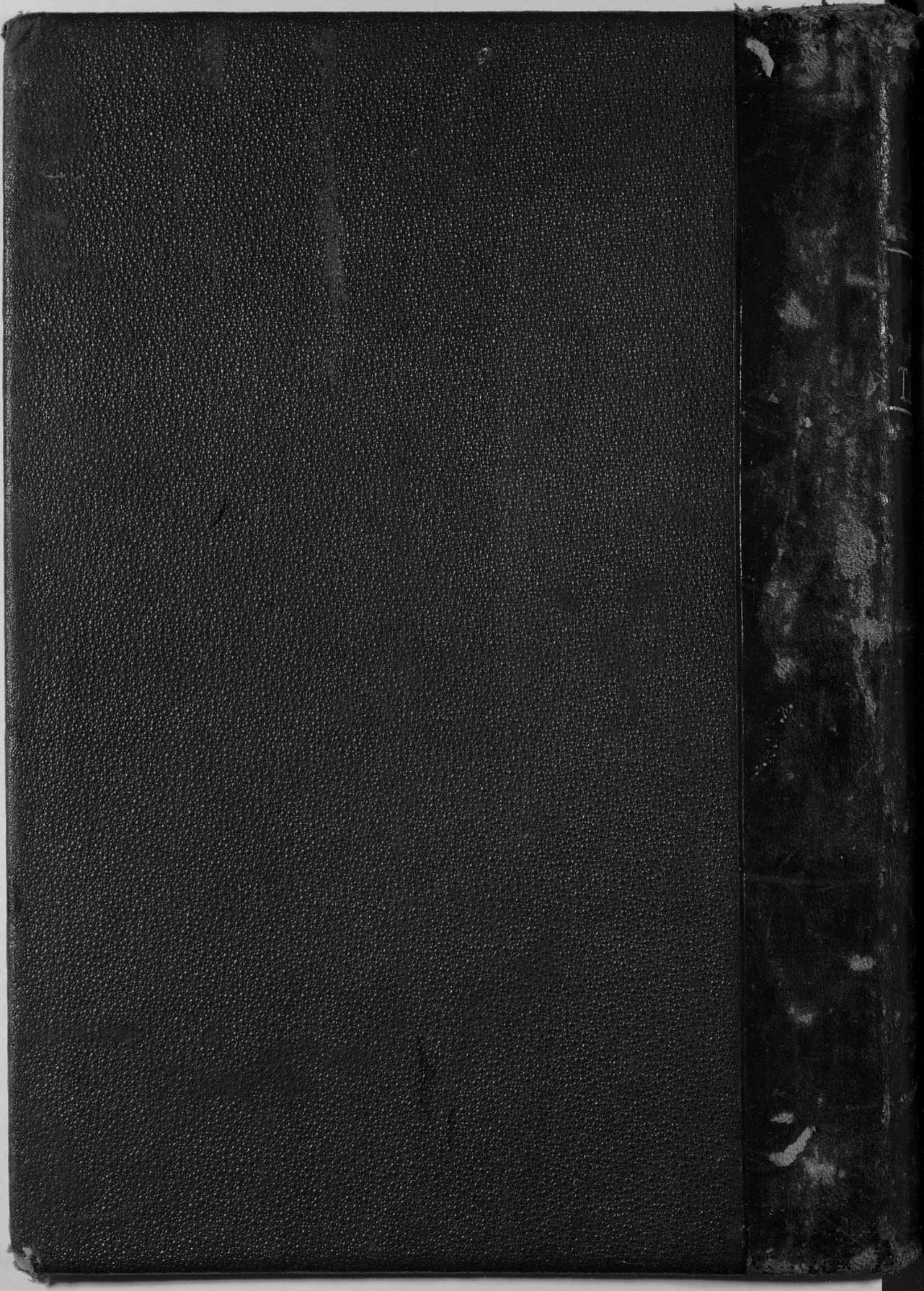




Est. 21

611

Pedro Zama





Sánchez Neira

DICCIONARIO  
TAUROMACO

